

A close-up portrait of a young man with light-colored eyes, looking directly at the camera. He is wearing a grey hooded sweatshirt. The lighting is soft, highlighting his facial features.

ANDREW FUKUDA

LA CAZA

Lectulandia

Cuando caiga el sol, empieza a correr.

A sus diecisiete años, Gene lucha por sobrevivir en una sociedad en la que los humanos han sido devorados por la raza dominante y se encuentran al borde de la extinción. Cuando es reclutado para participar en la caza patrocinada por el gobierno con el propósito de encontrar a los pocos supervivientes, no sólo debe aprender el arte de la lucha, sino también eludir las crecientes sospechas de sus compañeros respecto a su verdadera naturaleza.

¿Qué harías para sobrevivir en una sociedad en la que fueras uno de los pocos miembros de la raza humana que no se han extinguido? ¿Cómo esconderías tu verdadera naturaleza ante la raza dominante?

No sudes. No titubees. No sonrías ni llores. No hagas amigos. No llames la atención. Jamás bajes la guardia. Y sobre todo, hagas lo que hagas, no te enamores de uno de ellos.

Lectulandia

Andrew Fukuda

La caza

La Caza - 01

ePub r1.2

Rocy1991 28.10.14

Título original: *The hunt*
Andrew Fukuda, 2012
Traducción: Montse Meneses Vilar

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prologo

Antes éramos más, de eso estoy seguro. No tantos como para llenar un estadio o un cine, pero sí más de los que quedamos ahora. Lo cierto es que no creo que haya nadie más aparte de mí. Eso es lo que ocurre cuando eres una exquisitez, cuando se mueren por devorarte: acabas por extinguirte.

Hace once años descubrieron a alguien en mi colegio. Una niña que estaba en su primer día de guardería. La devoraron casi de inmediato. ¿Qué le pasaría por la cabeza? Quizá la repentina soledad (siempre es así) que sentía en casa la empujó a ir a clase con la idea descabellada de que allí encontraría compañía. La profesora anunció la hora de la siesta, y la pobrecilla se quedó en el suelo de pie, agarrando su osito de peluche, mientras sus compañeros se lanzaban al techo con los pies por delante. En ese momento todo terminó para ella. Fue el fin. Hasta se podría haber sacado los colmillos falsos, haberse tumbado en el suelo y haberse preparado para el inevitable banquete. Sus compañeros la observaban desde arriba con los ojos como platos: «Perdona, ¿qué tenemos aquí?». Me contaron que empezó a llorar y a berrear. La profesora fue la primera en alcanzarla.

Es precisamente después de la guardería cuando debes presentarte en el colegio, cuando ya te libras de las siestas, aunque aún te pueden pillar desprevenido. En cierta ocasión, el profesor de natación estaba tan enfurecido por la apática actuación del equipo en un encuentro escolar, que nos obligó a hacer la siesta en el vestuario. Lo decía por decir, pero yo casi pico. Por cierto, no pasa nada por nadar, pero será mejor que no hagas ningún otro deporte: el sudor te puede delatar. Es lo que ocurre cuando tenemos calor, que las gotas empiezan a caer como babas de bebé. Sí, es asqueroso. Todos los demás están frescos y limpios mientras yo goteo como un grifo. Así que olvídate de actividades en el campo, del tenis o hasta del ajedrez competitivo. En cambio, la natación va bien porque esconde el sudor.

Esta es sólo una de las reglas, pero hay muchas más. Mi padre comenzó a enseñármelas todas desde el momento en el que nació. Nunca esboces una sonrisa, ni te rías. No llores nunca. En todo momento tu expresión debe ser anodina y estoica. Las únicas emociones que se pueden ver en las caras de la gente son el ansia de hepato o de deseo romántico, y, obviamente, yo no tengo nada que ver con ninguna de las dos. Nunca olvides aplicarte mantequilla profusamente por todo el cuerpo cuando te aventuras a salir de día, ya que es complicado dar explicaciones sobre las quemaduras solares. Hay muchísimas reglas más, tantas que podría llenar un cuaderno, aunque nunca he tenido la menor intención de hacerlo. Que te pillen con un «reglamento» sería tan incriminatorio como una quemadura solar.

Además, mi padre me las recordaba todos los días. Durante el desayuno, mientras el sol se ponía, repasaba unas cuantas. Por ejemplo: no hagas amigos, no te quedes dormido en el colegio (las clases aburridas y los trayectos largos en autobús son especialmente peligrosos), y no carraspees. Que tu atractivo no pueda contigo.

Aunque las chicas se te entreguen en cuerpo y alma, no caigas nunca en la tentación. Debes tener siempre presente que tu imagen es más bien una maldición. No lo olvides nunca. Todo esto me lo decía mientras me echaba un vistazo a las uñas para comprobar que no estuvieran desconchadas. Tengo las normas tan interiorizadas que son tan inamovibles como las de la naturaleza. Nunca he tenido la tentación de saltarme ninguna.

Menos una. Cuando, para ir al colegio, empecé a tomar el autobús tirado por caballos, mi padre me prohibió mirar atrás para decirle adiós, ya que la gente no lo hace nunca. Al principio me costó mucho obedecer esa regla. Durante los primeros días, cuando subía, me costaba un gran esfuerzo paralizarme y no mirar atrás para despedirme. Era como un acto reflejo, una tos irreprimible. Además, en aquella época yo sólo era un crío, y eso lo hacía aún más difícil.

Una vez, hace siete años, rompí la regla. Ocurrió el día después de que mi padre entrara en casa tambaleándose con la ropa hecha jirones, como si se hubiera peleado, y con el cuello perforado. Se había descuidado, apenas un desliz pasajero, pero ahora tenía dos claras incisiones en el cuello. El sudor le caía por la frente y le manchaba la camisa. Se notaba que ya lo sabía. Tenía la mirada enloquecida, y el pánico se apoderaba de él mientras me agarraba con fuerza. Con el pecho empezándosele a agitar por los espasmos y los dientes que rechinaban, me dijo:

—Hijo mío, ahora estás solo.

Unos minutos más tarde, cuando empezó a temblar, con la cara increíblemente fría al tacto, se puso en pie. Se abalanzó hacia la puerta y salió a la luz del alba. Cerré la puerta tal como me pidió y corrí a mi habitación. Ahogué la cara en la almohada y me puse a gritar. Sabía lo que estaba haciendo en ese momento: correr hasta llegar lo más lejos posible de casa antes de transformarse y de que los rayos del sol se convirtieran en cascadas de ácido que le quemaran el pelo, los músculos, los huesos, el riñón, los pulmones y el corazón.

Al día siguiente, mientras el autobús escolar se detenía enfrente de casa y el vapor salía de las grandes y húmedas fosas nasales de los caballos, rompí la regla. No lo puede evitar: mientras subía, me volví. Pero mi padre ya no estaba. Ni entonces, ni nunca más.

Tenía razón. Ese día me quedé solo. Habíamos sido una familia de cuatro miembros, aunque de eso ya hacía mucho tiempo. Después sólo quedamos mi padre y yo, y con eso bastaba. Echaba de menos a mi madre y a mi hermana, pero era demasiado pequeño como para haber formado un auténtico vínculo con ellas. Guardo en la memoria sombras difusas. Aunque a veces, incluso ahora, cuando oigo la voz de una mujer cantando, siempre me pilla desprevenido. La escucho y pienso: «Mamá tenía una voz muy bonita». En cambio, mi padre las echaba muchísimo de menos. No lo vi llorar nunca, ni siquiera cuando tuvimos que quemar todas las fotos y los cuadernos. Sin embargo, cuando me levantaba a pleno día, me lo encontraba mirando por la ventana sin persianas con un rayo de sol cayéndole sobre el rostro

apesadumbrado mientras le temblaba la ancha espalda.

Mi padre me había preparado para que me quedara solo. Sabía que ese día terminaría por llegar, aunque me parece que en el fondo pensaba que le sucedería a él antes que a mí. Se pasó años inculcándome las reglas para que las conociera mejor que a mí mismo. Incluso ahora, cuando anochece y me preparo para ir al colegio, me aseo minuciosamente, me limo las uñas, me afeito los brazos y las piernas (de un tiempo a esta parte, hasta algunos pelos en el pecho), me pongo pomada (para enmascarar el olor) o me afilo los colmillos falsos, me parece oír su voz repasando las reglas.

Como hoy. Justo mientras me pongo los calcetines, oigo sus consejos habituales: no te quedes a dormir en casa de nadie, no tararees, ni silbes. De repente oigo la regla que me recordaba quizás apenas una o dos veces al año. Era tan poco habitual que tal vez era algo distinto, una especie de lema en la vida. «No te olvides nunca de quién eres.» Nunca supe por qué lo decía. Es como decir no te olvides de que el agua está mojada, el sol brilla o la nieve es fría. Es una redundancia. Sería imposible olvidarme de quién soy. Me lo recuerdan a cada momento. Cada vez que me depilo las piernas, me agunto un estornudo, ahogo una risa o finjo estremecerme ante un rayo de luz extraviado, recuerdo quién soy. Un impostor.

El Sorteo Heper

Como este año he cumplido diecisiete años, ya no estoy obligado a ir en el autobús escolar. Ahora, con mucho gusto, voy a pie. Los caballos del bus, unas pantagruélicas bestias oscuras criadas genéticamente hace mucho tiempo debido a su habilidad de rastrear, detectan mi olor característico. En más de una ocasión han dirigido el hocico en mi dirección, y me han señalado, con las fosas nasales bien abiertas, como en un grito silencioso y húmedo. Sin duda, prefiero la soledad que supone caminar bajo el cielo crepuscular.

Salgo de casa temprano, como todas las noches. Cuando llego a las puertas de entrada, alumnos y profesores, a caballo y en carruajes, ya se apelotonan formando sombras grises en la lúgubre penumbra.

Es una noche nublada y especialmente oscura. Con este término mi padre solía describir el momento en el que la negrura lo cubre todo. A mí me hace entornar los ojos, por eso es tan peligrosa. Los demás sólo lo hacen cuando comen algo agrio o huelen a podrido. Nadie entorna los ojos por el mero hecho de que esté oscuro: eso te delata. Por eso no me permito nunca ni una arruga en la frente. Cuando estoy en clase, me siento cerca de las lámparas de mercurio, que emiten un mínimo resquicio de luz (aunque hay quien prefiere la oscuridad tenue antes que el negro carbón). Eso reduce el riesgo de forzar la vista sin darme cuenta. La gente odia los asientos cercanos a las lámparas: hay demasiado resplandor; por eso siempre encuentro sitio.

Tampoco soporto que me pregunten en clase. He sobrevivido mezclándome, pasando desapercibido. El que me pregunten hace que la atención se centre únicamente en mí. Como esta mañana, cuando me ha llamado el profesor de trigonometría. Pregunta más que nadie, y por eso lo aborrezco. Además, escribe con una letra pequeñísima, y sus garabatos en la pizarra son casi imposibles de leer en la tenue oscuridad.

—A ver, H6, ¿qué te parece?

«H6» es mi denominación. Me siento en la fila H, asiento 6, de ahí el nombre, que cambia según dónde me encuentre. En la clase de sociales, por ejemplo, soy D4.

—¿Le importa si esta vez me abstengo? Me mira con gesto inexpresivo.

—La verdad es que sí. Es la segunda vez que lo haces esta semana.

Miro a la pizarra.

—No tengo ni idea. —Me resisto a intentar distinguir los números, por si termino entrecerrando los ojos sin querer. El profesor cierra ligeramente los párpados.

—No, no lo acepto. Sé que puedes hacerlo. Siempre bordas los exámenes. Podrías hacer la ecuación incluso durmiendo.

Mis compañeros se dan la vuelta para mirarme. No muchos, pero los suficientes como para ponerme nervioso. Incluida la persona que se sienta delante de mí, Ashley June. Su denominación en esta clase es G6, pero para mí siempre ha sido Ashley June. Desde la primera vez que la vi, hace años, se me quedó ese nombre.

Se vuelve y me mira con sus espléndidos ojos verdes. Parece una mirada comprensiva, como si al final se hubiera dado cuenta de que a menudo admiro, desde atrás, su frondosa cabellera caoba, ese magnífico y deslumbrante color, y recuerdo con nostalgia su tacto sedoso en mis manos de hace tantas lunas. Me sostiene la mirada con sorpresa, al ver que no la aparto como he hecho durante años. Desde el momento en que noté su interés por mí, desde que sentí que algo se agitaba en mi corazón por ella.

—¿H6? —El profesor empieza a dar golpecitos con la tiza en la pizarra—. Inténtalo, vamos.

—De verdad que no sé.

—¿Qué te pasa? Esto es básico para ti. —Me observa, concentrado—. Mira, hagámoslo juntos. Límitate a leer el enunciado.

De repente la situación se ha puesto tensa, pero no es nada que justifique un ataque de pánico. Al menos, de momento.

—Supongo que aún no se me ha despertado el cerebro.

—Límitate a leer el enunciado. Nada más —me ordena, con un toque de seriedad en la voz.

De golpe, todo esto no me gusta nada. El profesor empieza a tomárselo como algo personal. Cada vez hay más ojos posados en mí. Empiezo a carraspear por los nervios, pero me doy cuenta justo en el momento oportuno. La gente no carraspea nunca. Inspiro, y me fuerzo a hacer que el tiempo retroceda. Reprimo las ganas de limpiarme el labio superior, donde imagino que se me han empezado a formar gotitas de sudor.

—¿Tengo que volver a pedírtelo?

Delante, Ashley June me mira cada vez más fijamente. Por un momento me pregunto si es por el labio. ¿Es que ve un nimio brillo de sudor? ¿He olvidado afeitarme un pelo? Entonces levanta el brazo, pálido y esbelto como el cuello de un cisne saliendo del agua.

—Creo que yo lo sé —se ofrece, levantándose del asiento.

Le coge la tiza al profesor, que se ha quedado desconcertado por sus maneras tan directas. Los alumnos no acostumbran a salir a la pizarra sin que se les pida. Pero, por otra parte, se trata de Ashley June, alguien que siempre se sale con la suya. Mira la ecuación y después se pone a escribir números y letras bien grandes con una rápida floritura. Termina unos instantes después, y ella misma se pone una marca de visto bueno y un 10 al lado. Mientras se limpia las manos, vuelve a su sitio. Algunos alumnos empiezan a rascarse las muñecas, y el profesor, también.

—Muy divertido, me ha gustado —afirma mientras se rasca la muñeca cada vez más rápido. Muchos alumnos lo imitan, y oigo el sonido inconfundible de las uñas.

Aunque no me gusta en absoluto, me uno a ellos. Tengo las muñecas defectuosas. No me pican cuando encuentro algo divertido. Tengo el instinto natural de sonreír —eso que hago cuando ensancho la boca y muestro los dientes—, pero no el de

rascarme la muñeca. Allí tengo terminaciones nerviosas, no el hueso de la risa.

De repente se oye un mensaje a través del sistema de megafonía. Todo el mundo deja de rascarse y se sienta. La voz suena robótica, a medio camino entre masculina y femenina, y autoritaria. El sonido es atronador.

«Aviso importante. Esta noche, dentro de tres horas, a las dos de la madrugada, el gobernante hará una declaración para toda la nación. Se requiere que participen todos los ciudadanos. Por consiguiente, se cancelarán todas las clases que se estén dando en ese momento. Profesores, alumnos y todo el personal administrativo se reunirán en la sala de actos para ver la retransmisión en directo de nuestro querido gobernante.»

Y eso es todo. Después de las campanillas finales, no habla nadie. Nos hemos quedado atónitos con la noticia. El dirigente, a quien hace décadas que no se ha visto en público, casi nunca hace ninguna aparición televisiva. Lo habitual es que deje los anuncios administrativos o de Palacio a los cuatro ministros que tiene a su cargo (los de Ciencia, Educación, Alimentación y Justicia) o a los quince directores (Ingeniería de caballos, infraestructura urbanística, Estudios sobre hepers, etcétera) que están por debajo de aquéllos en el escalafón.

El hecho de que sea él mismo quien dé el comunicado no se le pasa a nadie por alto. Todo el mundo empieza a hacer especulaciones. Una declaración para toda la nación sólo se reserva para las ocasiones menos comunes. En los últimos quince años sólo ha ocurrido dos veces. Una, para anunciar la boda del gobernante, y la otra, más célebre, para anunciar la caza de hepers.

Aunque la última tuvo lugar hace diez años, la gente sigue hablando de ella. El Palacio sorprendió al público al anunciar que había estado albergando en secreto a ocho hepers vivitos y coleando. Para levantar la moral durante un momento de recesión, el gobernante decidió liberar a estos seres, que durante años de confinamiento habían engordado, eran lentos y estaban totalmente desconcertados. Al soltarlos como corderos en el matadero, nunca tuvieron ninguna oportunidad. Les dieron doce horas de ventaja. Después, se permitió que los persiguieran un grupo selecto de políticos bien relacionados, unos millonarios y dos ciudadanos afortunados elegidos mediante sorteo. Esa noche, ningún ciudadano se despegó de la pantalla de la tele, petrificados todos por el espectáculo. Un cazador, que mató y se comió a cinco de las ocho presas, se convirtió al momento en una celebridad. El acontecimiento hizo aumentar la popularidad del gobernante.

Mientras me dirijo a la cafetería para comer, noto el entusiasmo que flota en el ambiente. Muchos esperan el anuncio de otra caza. Se rumorea la posibilidad de un sorteo entre los ciudadanos. Hay quien se muestra escéptico:

«¿No se extinguieron ya los hepers?». Pero incluso los que dudan, babean ante esta perspectiva, y los chorros de saliva les caen de la barbilla a la camisa. Ya hace años que nadie ha probado su sangre ni se ha pegado banquete alguno con su carne. La sola posibilidad de que el gobierno los haya albergado en secreto, y de que cualquier ciudadano tenga una posibilidad de ganar el sorteo, hace que el colegio

entero se ponga histérico.

Recuerdo la que tuvo lugar hace diez años. Mi profesor encendió la televisión durante la clase, tal como se había ordenado. Rememoro las imágenes húmedas, violentas y horribles. Los gritos. El caos en la clase mientras mirábamos, alumnos encima de los escritorios, silbando y parpadeando de emoción. Lo difícil que fue reprimir la repulsión que sentía, y sustituirla por una emoción forzada y falsa euforia. Sobre todo, me acuerdo de mi madre. Su cara aterrorizada. Sus gritos. Ésa fue la última vez que la vi, que oí su voz, gritando en la oscuridad, en la pantalla de la tele, en mis pesadillas.

La cafetería está abarrotada y hay mucho bullicio. Hasta el personal de cocina habla de la declaración mientras sirve la comida —carne sintética— en los platos. Este momento del día siempre ha supuesto un desafío para mí, ya que no tengo amigos. Soy un ser solitario, en parte porque es más seguro: cuanto menos interactúe, menos probabilidades tendré de que me descubran. Pero, sobre todo, la idea de que tus supuestos compañeros se te puedan comer vivo anula cualquier posibilidad de compartir nada íntimo con ellos. Que me llamen quisquilloso, pero la muerte inminente en manos (o dientes) de un amigo que te llegaría a chupar la sangre sin pensarlo sabotea cualquier intento de amistad.

Por eso como solo casi siempre, pero hoy, cuando estoy pagando, apenas quedan sitios libres. Entonces veo a F5 y a F19, de la clase de matemáticas, y me siento con ellos. Los dos son idiotas, aunque F19 un poco más. En mi fuero interno los llamo Idiot y Doofus.

—Hola, tíos.

—Hola —contesta Idiot, prácticamente sin mirar.

—Todo el mundo habla de la declaración —les digo.

—Sí —asiente Doofus mientras se llena la boca de comida.

Durante un rato nos quedamos en silencio. Es lo que me suele pasar con ellos dos. Son friquis informáticos que se quedan despiertos hasta las tantas de la madrugada. Cuando como con ellos, quizá una vez a la semana, hay veces en las que no nos decimos absolutamente nada. Es entonces cuando me siento más cerca de ellos. Tras un rato, Doofus añade:

—Últimamente me he dado cuenta de algo.

—¿De qué? —contesto mirándolo.

—Hay alguien bastante interesado en ti. —Le da otro bocado a la carne cruda y sangrienta, el líquido le gotea por la barbilla y termina cayendo en el plato.

—¿Te refieres al profesor de mates? Ya, el tío no me deja en paz en trigonometría.

—No, me refiero a otra persona. Una chica. Esta vez levantamos la vista Idiot y yo.

—¿En serio? —pregunta Idiot.

—Te ha estado mirando durante los últimos minutos.

—No es a mí. —Tomo un sorbo—. Seguramente te mira a ti. Se miran entre ellos.

Idiot se rasca repetidamente la muñeca.

—Qué curioso —dice Doofus—, te juro que lleva un tiempo observándote. Y no sólo hoy: la he visto durante todas las comidas de las últimas semanas.

—En fin —concluyo fingiendo desinterés.

—No, en serio, ahora te está mirando. Detrás de ti, en la mesa de la ventana.

Idiot se da la vuelta. Después se empieza a rascar la muñeca cada vez más rápido.

—¿Qué gracia tiene? —Bebo otra vez para reprimir las ganas de volverme. Mi compañero cada vez se rasca más.

—Deberías mirar, no es broma.

Me doy la vuelta poco a poco, y echo un vistazo rápido. Al lado de la ventana sólo hay una mesa, donde come un grupo de chicas, «las deseables». Así es como las conocemos. Y esa mesa es suya, todo el mundo sabe por una especie de regla no escrita que no se puede ocupar. Es del dominio de las chicas populares, las que tienen novios guapos y llevan ropa de marca. Sólo puedes acercarte si ellas te dejan. He visto a sus chicos esperar obedientemente en un rincón hasta que les dan permiso.

Ninguna se fija en mí. Ajenas al mundo exterior de la esfera de la mesa, charlan y comparan sus joyas. Entonces una de ellas me dedica una mirada persistente. Se trata de Ashley June, que me observa con la misma nostalgia y el deseo que me ha dedicado decenas de veces durante los últimos años.

Aparto la vista y me doy la vuelta. Ahora Idiot y Doofus se rascan las muñecas como locos. Siento el calor de un peligroso rubor que empieza a apoderarse de mi cara, pero por suerte están demasiado ocupados rascándose para darse cuenta. Lo sofoco respirando profundamente hasta que desaparece.

—Ahora que lo pienso —dice Idiot—, ¿no le gustabas a esa chica? Sí, sí, creo que sí, hace un par de años.

—Aún se muere por ti. Después de todo este tiempo, la pones a cien —bromea Doofus. Ahora ambos se rascan sin control.

Casi cancelan la clase de natación de después de comer (sí, el entrenador está loco). Nadie del equipo se puede concentrar. En el vestuario, los ánimos están exaltados por los últimos rumores acerca de la declaración. Espero a que todos se vayan para cambiarme. Cuando me estoy desnudando, entra alguien.

—Buenas —saluda Poser, el capitán del equipo, quien, tras arrancarse la ropa, se enfunda en un bañador ultraceñido. Después se agacha para hacer unas flexiones y se le hinchan los tríceps y los pectorales. En la taquilla le esperan unas pesas para hacer ejercicios de bíceps. El tío bueno hace esto antes de cada entrenamiento, y así se motiva al máximo. Tiene un club de fans formado por estudiantes de primero y segundo del equipo femenino. Le encanta posar. Lo he visto dejándose tocar los músculos. No me importa. Antes se quedaban embobadas conmigo. Las más atrevidas me hacían la pelota y venían a hablar conmigo durante el entrenamiento, hasta que se dieron cuenta de que prefería estar solo. Por suerte, Poser se ha llevado casi toda esa atención.

Ahora hace diez flexiones seguidas a gran velocidad.

—Tiene que tratarse de una caza de hepers —observa, mientras hace una pausa en mitad de una flexión—. Esta vez tendrían que olvidarse de hacerlo mediante sorteo. Es un acontecimiento mediático; tendrían que elegir a los fotogénicos. Y ahí entro yo —añade al llegar abajo. Después realiza diez más, las últimas tres con una sola mano.

—Sin duda.

—Suficiente —anuncia después de hacer unas pesas. Se pasa la mano una última vez por el pelo y sale por la puerta. Sólo entonces me quito toda la ropa y me pongo el bañador.

Nada más llegar, el entrenador ya nos está gritando. Mientras nadamos, sigue echándonos bronca por nuestra falta de concentración. El agua, que para mí está demasiado fría incluso en un día normal, hoy está helada. Hasta algunos compañeros se quejan de la temperatura, algo que no hacen casi nunca. A diferencia del resto, el agua fría me afecta. Me hace temblar y me pone la «piel de gallina», como decía mi padre. Ésta es una de las muchas cosas en las que me diferencio de los demás, ya que, a pesar de que nuestra fisiología es prácticamente idéntica, hay diferencias fundamentales y de enormes proporciones que se ocultan bajo la frágil y engañosa superficie de nuestro parecido.

Hoy todo el mundo va más lento. No hay duda de que están distraídos.

Necesito ir más rápido. Tengo que esforzarme al máximo por no temblar. Incluso cuando el agua está a la temperatura habitual, con todo el mundo dentro, me cuesta unos veinte minutos acostumbrarme. Hoy, en cambio, tengo cada vez más frío. Necesito nadar más rápido.

Después de una piscina de calentamiento, cuando estamos descansando en la parte poco profunda, me invaden de repente unas ganas tremendas de lanzarme a nadar en el estilo prohibido. Sólo mi padre me ha visto hacerlo. Fue hace años, durante una de nuestras excursiones de día a una piscina local. Por algún motivo, sumergí la cabeza en el agua. La primera señal de ahogo se produce cuando la nariz y las orejas quedan sumergidas. A los socorristas se les entrena para vigilar esto; cuando ven hundirse una cabeza, corren por los silbatos y los chalecos salvavidas. Por eso el nivel del agua, incluso en la parte profunda, sólo llega hasta la cintura. Se suele decir que la natación es para los adictos a la adrenalina, los que coquetean con la muerte, pero en realidad no lo es. A la primera advertencia de peligro, puedes ponerte de pie. Hay tan poca profundidad que no se te puede ahogar ni el ombligo.

Pero a mí, ese día, con la cabeza debajo del agua, no sé qué me pasó. Me sumergí e hice una cosa. No sé cómo explicarlo si no es diciendo que aguanté la respiración. Mantuve el aire en los pulmones con la boca cerrada. Durante unos segundos, o un poco más, estuve bien. Fueron más o menos diez, y no me ahogué.

Ni siquiera tuve miedo. Abrí los ojos, y me vi los brazos borrosos. Oí que mi padre me gritaba, el sonido del agua que salpicaba a mí alrededor. Le dije que no pasaba nada. Le enseñé a hacerlo. Al principio no se lo creía, no dejaba de

preguntarme si estaba bien. Hasta que al final lo hizo él. No le gustó ni un poco.

La siguiente vez, hice lo mismo. Pero en esa ocasión, con la cabeza dentro, estiré los brazos y di brazadas, una después de otra. Me zambullí en el agua, y moví las piernas. Fue genial. Luego me puse de pie, me atraganté y tosí. Mi padre, preocupado, se acercó caminando. Pero me volví a meter. Avanzaba con brazos y piernas por debajo y le dejé atrás. Era como si estuviera volando.

Cuando regresé, mi padre sacudía la cabeza, enfadado. Estaba asustado. No hacía falta que dijera nada (aunque lo hizo sin parar), eso ya lo sabía yo. Lo llamó «el estilo prohibido». No quería que volviera a nadar así nunca más. Por eso no volví a hacerlo.

Lo que pasa es que hoy me congelo. Todos hacen las cosas mecánicamente, hasta hablar. Mantienen la cabeza sonriente por encima del agua, mientras que los pies y las manos chapotean por debajo como patos en el estanque. Yo quiero dar brazadas fuertes y patadas para calentarme.

Y es entonces cuando lo noto. Un escalofrío me sacude el cuerpo. Levanto el brazo derecho. La piel de gallina, esos grotescos bultitos, lo cubre. Chapoteo más rápido e impulso el cuerpo hacia delante. Demasiado rápido. Choco de cabeza con los pies de la persona que tengo delante. Cuando vuelve a ocurrir, me mira mal. Voy más lento. El frío se me filtra en los huesos. Sé qué debo hacer: salir antes de que el temblor se descontrole, y huir al vestuario. Pero cuando levanto los brazos, aparece una especie de hormigueo, tan desagradable como el plástico de burbuja, y todo el mundo lo ve. Después me pasa algo raro en la mandíbula. Los dientes me empiezan a castañetear. Cierro la boca.

Cuando todos terminamos la piscina, descansamos antes de empezar la siguiente. Hemos ido demasiado rápido y nos quedan doce segundos, los más largos de mi vida, hasta la siguiente ronda. Los chicos empiezan a quejarse.

—Se olvidaron de encender la calefacción. El agua está muy fría.

—Seguramente los de mantenimiento estaban muy ocupados hablando sobre la declaración.

El agua nos llega a la cintura, pero yo me mantengo en cuclillas, con el cuerpo debajo del agua. Me paso los dedos por la piel, que está llena de bultitos. Miro el reloj. Diez segundos más para pasar desapercibido y mantener la esperanza...

—¿Qué te pasa?—me pregunta Poser—. Pareces enfermo. El resto del equipo se da la vuelta.

—N—n—nada —respondo castañeteando. Recompongo la voz y vuelvo a soltarlo —: Nada.

—¿Seguro?

Como no me fío de mi voz, asiento con la cabeza. Desvío la vista al reloj. Quedan nueve segundos. Es como una tortuga.

—¡Entrenador! —grita Poser agitando el brazo—. Le pasa algo.

El entrenador vuelve la cabeza, pero parece que le cueste avanzar. Su ayudante ya viene hacia nosotros. Yo levanto las manos.

—Estoy bien —les aseguro, pero me tiembla la voz—. No me pasa nada, nademos.

Una chica que tengo enfrente me examina de cerca.

—¿Por qué le hace eso la voz? ¿Por qué le tiembla?

El miedo me paraliza. Una sensación espesa se apodera de mi estómago y lo revuelve. «Haz lo que sea con tal de sobrevivir —me diría mi padre alisándome el pelo—. Lo que sea.» Y en ese preciso instante, con los entrenadores acercándose y todo el mundo mirándome, encuentro el modo. Vomito una masa de un tono amarillo verdoso mezclada con baba y saliva. No es demasiado, y se queda flotando en la superficie como una mancha de aceite. Sin embargo, unos trozos incoloros se sumergen.

—Pero ¡qué asco! —grita la chica mientras trata de apartar el vómito y salta hacia atrás.

El resto de nadadores se alejan también, mientras sacuden los brazos y las manos. La marea de vómito verde vuelve por casualidad hacia mí.

—¡Sal del agua ahora mismo! —me ordena el entrenador.

Le hago caso. La mayoría está demasiado distraída con el vómito como para advertir mi cuerpo, dominado por el temblor y la piel de gallina. El entrenador y su ayudante vienen hacia mí. Levanto el brazo, como si fuera a vomitar otra vez, y paran en seco. Corro doblado hacia el vestuario. Una vez allí emito gruñidos de arcadas mientras me seco y me pongo la ropa. No dispongo de mucho tiempo antes de que entren. No dejo de temblar ni con la ropa puesta. Los oigo cada vez más cerca. Me lanzo al suelo y empiezo a hacer flexiones. Lo que sea con tal de que mi cuerpo entre en calor.

Pero es inútil, no paro de estremecerme. Cuando oigo las primeras voces entrar cautelosamente, cojo mi bolsa y salgo. Al pasar por su lado, les digo que no me encuentro bien. Se apartan con cara de asco, pero me da igual. Estoy acostumbrado a esa mirada. Así me veo yo cuando estoy solo en casa y me miro en el espejo. Te pasas la vida intentando no ser de una determinada manera, y al final lo terminas odiando.

En clase de literatura inglesa, antes de la declaración, no hay quien se concentre. Lo único que queremos hacer, incluida la profesora (que descarta cualquier intento de dar clase), es hablar sobre ello. Yo estoy callado, tratando de descongelarme; aún siento el frío en los huesos. Ella insiste en que tiene que ser otra caza.

—No puede ser que el gobernante se vuelva a casar —nos dice mientras la mirada se le va al reloj para ver cuánto falta para las dos de la madrugada.

Por último, a la 1.45, nos llevan al auditorio, que rebosa entusiasmo. Los profesores se colocan de pie en los laterales, cambiando de posición. Hasta los conserjes merodean inquietos en el fondo. Entonces llegan las dos en punto, y en la pantalla que hay en el escenario aparece el símbolo de nuestra nación: dos colmillos blancos, que representan la verdad y la justicia. Durante un instante aterrador, el

proyector hace unos ruidos y se queda en blanco. Un gruñido general se extiende por las filas de asientos, pero los técnicos corren y, al cabo de un minuto, ya vuelve a funcionar.

Justo a tiempo. El gobernante, sentado a su escritorio del Despacho Circular, empieza el discurso. Tiene las manos entrelazadas, y las uñas le relucen bajo los focos.

—Estimados ciudadanos, cuando esta noche se anunció que iba a hablar, muchos de vosotros —hace una pausa dramática—, si no todos, os quedasteis, cuando menos, intrigados. Mis consejeros me informan de que la inquietud se extendió por esta magnífica tierra, y que muchos estabais nerviosos por las especulaciones, e incluso os estabais preocupando en exceso. Pido disculpas si ha sido así; no era mi intención, puesto que me dirijo a vosotros para haceros llegar una noticia, pero ésta no es de guerra, ni de dolor, sino de una gran alegría.

Al oír esas palabras, todo el auditorio se inclina hacia delante. Por todo el país, los más de cinco millones de ciudadanos se agrupan delante de televisores y pantallas gigantes con el alma en vilo. El gobernante prosigue:

—Os anuncio, apreciado pueblo, que este año volveremos a celebrar el más prestigioso acontecimiento. —La lengua se le sale y se humedece los labios—. Por primera vez en una década..., ¡volveremos a tener una caza de hepers!

En ese momento, las cabezas de los allí presentes empiezan a agitarse en todas las direcciones y se oyen fuertes resoplidos nasales. El movimiento entrecortado del vaivén de cabezas y el sonido de aire succionado dominan el auditorio y lo hacen retumbar de emoción.

—Antes de despedirme y de que el director del Instituto de Hepers os proporcione todos los detalles —concluye el gobernante—, permitidme que os diga que este tipo de acontecimiento representa nuestra identidad. Condensa todo aquello que hace notable esta nación: el carácter, la integridad y la perseverancia. ¡Que gane el mejor!

El escandaloso estruendo de las patadas en el suelo llena el auditorio. Como si fuéramos sólo uno, nos ponemos en pie con él, colocándonos las manos en la garganta mientras su imagen desaparece de la pantalla. Entonces empieza a hablar el director, un hombre robusto y despierto, de conducta diligente y que va de punta en blanco. Nos explica que este año habrá un equipo de caza de entre cinco y diez personas. A diferencia de la caza anterior de hace una década, en la que se reservó un lugar para políticos y millonarios, esta vez la selección se realizará exclusivamente a través de un sorteo.

—Vivimos en una democracia en la que cuentan todas y cada una de las personas. Por tanto, todos y absolutamente todos los ciudadanos mayores de quince años y menores de sesenta y cinco recibirán una combinación de cuatro cifras asignadas al azar. Dentro de exactamente veinticuatro horas, se escogerán los números de manera aleatoria y se anunciarán públicamente en directo por televisión. Entre cinco y diez de ustedes estará la combinación ganadora.

Se sacuden cabezas, y se oyen crujir las vértebras. «¡De cinco a diez ciudadanos!»

—Los ganadores del sorteo se trasladarán inmediatamente después al Instituto de Hepers de Investigación Avanzada para realizar una formación de cuatro noches. Después dará comienzo la caza.

Los silbidos y gruñidos estallan en el auditorio, y el director continúa con la explicación:

—Las reglas de la caza son sencillas. A los hepers se les dará una ventaja de doce horas en las llanuras del desierto, y después se soltará a los cazadores.

¿El objetivo? Cazarlos y comer más que los demás. —Mira fijamente a la cámara—. Pero vamos demasiado de prisa, ¿verdad? Primero tienen que convertirse en uno de los ganadores del sorteo. Buena suerte a todos.

Después continúan las patadas en el suelo, que el director silencia al alzar la mano.

—Una cosa más. ¿He dicho algo sobre los hepers? —Entonces hace una pausa y todo el mundo se inclina hacia delante—. La mayoría de ellos eran demasiado jóvenes durante la caza anterior. Por aquel entonces, en realidad no eran más que bebés. —Un cruel destello se posa en su mirada—. Pero desde entonces los hemos criado en un entorno perfectamente controlado para asegurarnos no sólo de que nos proporcionarán carne succulenta y sangre abundante, sino también de que serán más hábiles que la última vez. Por último, mientras estamos aquí hablando, ellos están perfectamente listos y preparados para su caza y consumo.

Las rascaduras de muñecas y el babeo son incesantes.

—Amables ciudadanos —continúa el director—, no hay mejor momento que el presente. La mayoría recibirá en el trabajo, dentro de un minuto, sus números para el sorteo. Las madres que están en casa lo harán mediante correo electrónico en su cuenta oficial. Los alumnos de instituto y los universitarios los tendrán en sus escritorios. Buena suerte a todos. —Y así desaparece su imagen. Por lo general, salimos por filas, en orden. Sin embargo, hoy, la masa resbaladiza y viscosa de estudiantes sale despedida, e impera el caos. Los profesores, que suelen mantenerse en los laterales dirigiendo el tráfico, han sido los primeros en salir corriendo a su sala.

Cuando volvemos al aula, todo el mundo accede desesperado a su correo, con los dedos de uñas afiladas tamborileando en la pantalla de cristal del escritorio. Yo, por mi parte, hago el número de sacudir la cabeza y babear con la mayor impostura posible. En la parte superior de mi bandeja de entrada, en mayúsculas de color carmesí, encuentro el correo del sorteo:

Re: TUS CIFRAS PARA EL SORTEO DE LA CAZA DE HEPERS.

Y mis números son los siguientes: 3,16, 72 y 87.

No podrían importarme menos.

Todos comparten los suyos. Un minuto después nos damos cuenta de que la primera cifra de la combinación va del 1 al 9. Las tres restantes se encuentran entre el 0 y el 99. En la pizarra confeccionan un cómputo insignificante acerca de la primera

cifra:

PRIMERA CIFRA DE LA COMBINACION	No. DE ALUMNOS DE LA CIFRA
1	3
2	4
3	1
4	5
5	3
6	2
7	4
8	3
9	2

Las teorías irracionales se formulan a toda prisa. Por algún motivo, se presume que el número 4, el más común en la clase, es el que tiene más probabilidades de ser la primera cifra elegida. En cambio, el 3, con una sola persona, yo, se descarta por no tener posibilidades. Por mí, perfecto.

Está oscuro cuando llego a casa, pero un atisbo de gris mancha el cielo. Dentro de una hora el sol de la mañana estará orientado hacia las lejanas montañas del este y sonará una sirena. Quien esté fuera tan sólo tendrá cinco minutos para encontrar refugio antes de que los rayos se vuelvan letales. De todos modos es extraño que haya alguien en el exterior en ese momento. El miedo al sol garantiza que, en el momento en el que las sirenas suenan, las calles se vacíen y se bajen las persianas.

De repente, cuando introduzco la llave en la cerradura, noto algo.

¿Perfume? No consigo estar seguro. Examino el camino de entrada y las calles. A excepción de algunos carruajes tirados por caballos que se apresuran a llegar a sus casas, no hay nadie. Olfateo el aire y me pregunto si me lo habré imaginado. Alguien ha estado aquí justo antes de que yo llegara. Vivo solo. Nunca he invitado a nadie. Aparte de mí, ninguna otra persona ha estado ni siquiera en el umbral. Hasta hoy.

Con cautela rodeo el perímetro de mi casa en busca de alguna señal, pero todo parece normal. Después de cerrar la puerta principal, me quedo escuchando a oscuras. No hay nadie dentro. La persona que estuvo fuera no llegó a entrar. Entonces enciendo las velas y se produce una explosión de colores.

Éste es mi momento favorito del día. Cuando me siento como un prisionero que da sus primeros pasos hacia la libertad o como un submarinista saliendo de las profundidades del mar mítico y cogiendo aire. Éste es el momento, después de las interminables horas grisáceas de la noche, en el que vuelvo a ver color. Bajo la luz parpadeante de la vela, los tonos estallan e inundan la habitación con flotas de arcoíris fundidos.

Pongo la cena en el interior del microondas. Tengo que cocinarla veinte veces porque el temporizador sólo llega a los quince segundos. Me gusta caliente, ligeramente carbonizada, no la porquería tibia y sosa que me veo obligado a comer fuera. Me quito los colmillos y los guardo en el bolsillo. Entonces le doy un bocado a la hamburguesa, disfrutando el calor entre los dientes, saboreando la sólida sensación de lo crujiente. Cierro los ojos de placer. Y me siento sucio y avergonzado.

Después de ducharme, eso que se hace cuando te frota el cuerpo con agua y jabón para eliminar el olor, me tumbo en el sofá con la cabeza apoyada encima de unas sudaderas dobladas. Sólo hay una vela encendida, que proyecta sombras parpadeantes en el techo. Las asas para dormir cuelgan del techo; las colocamos hace años como adorno, por si alguna vez teníamos algún visitante. Tengo la radio encendida con el volumen bajo. El analista explica:

—Muchos expertos aventuran que el número de hepers puede oscilar entre tres y cinco. Sin embargo, como el director no se pronunció al respecto, no hay manera de saberlo.

El programa continúa, y algunos oyentes meten baza, como una mujer cascarrabias que supone que todo es un montaje. El «ganador» terminará siendo alguien forrado y con enchufes. De repente se corta la llamada. Sólo hay una cosa cierta: por lo menos tiene que haber dos hepers, ya que el ministro, en un bucle de voz retransmitido sin cesar, utilizó el plural.

Escucho a algunos oyentes más, y después me levanto a apagar la radio.

En el silencio posterior, oigo el tamborileo de la lluvia en las persianas.

A veces mi padre me llevaba a pasear de día. No obstante, a excepción de las veces en que me llevó a nadar, yo odiaba salir. La claridad era abrumadora, incluso con gafas de sol. El sol ardiente era como un ojo sin pestañear que vertía luz como ácido cayendo de un vaso de precipitados, y convertía la ciudad en un destello interminable. No se movía nada en el exterior.

Me llevaba a estadios y centros comerciales vacíos. No había nada cerrado, y la luz del sol garantizaba la mejor seguridad. Teníamos a nuestra disposición un parque entero para hacer volar cometas, o la piscina pública vacía. Me decía que la capacidad de resistir los rayos del sol era una virtud que nos hacía muy poderosos. «Resistimos aquello que los mata.» En cambio, para mí sólo se trataba de algo que nos hacía diferentes, no más fuertes. Yo quería ser como los demás, permanecer sobreprotegido en el domo de tinieblas que era nuestro hogar. La oscuridad me consolaba. A mi padre le dolía oírlo, pero no decía nada. Poco a poco dejamos de

salir.

Menos cuando teníamos una horrible necesidad imperiosa. Como ahora. Abro la puerta. Ha dejado de llover y me arriesgo.

La ciudad duerme profundamente tras las capas de oscuridad. «Tomo prestado» un caballo de un patio de unos vecinos y cabalgo por las calles desiertas bajo un cielo encapotado.

Hoy salgo porque siento la necesidad de vez en cuando. Cuando mi padre vivía, íbamos juntos. La vergüenza era mutua, nunca hablábamos ni nos mirábamos. Íbamos lejos, más allá de las fronteras de la ciudad, hasta las Vastas Tierras de Límite Incierto. Como el nombre es tan largo, mucha gente se limita a llamarlas «Vastas». Se trata de una extensión interminable de llanuras desérticas. Nadie sabe hasta dónde llegan, ni qué hay más allá.

Al vivir en una zona residencial de la periferia, lejos de los altos edificios de oficinas del Distrito Financiero, y más lejos aún del centro de la metrópolis donde los rascacielos del gobierno abarrotan el paisaje, no me lleva mucho tiempo dejar atrás la ciudad. Los límites son vagos; no hay ninguna muralla que delimite el principio de las Vastas. La frontera es imperceptible. Las casas desperdigadas dan paso a unas granjas avícolas en ruinas que, a su vez, se convierten en barracas abandonadas hace mucho tiempo. Al final sólo queda una extensión de tierra vacía. Las Vastas.

No me entretengo y me dirijo hacia el norte. Al pie de las suaves pendientes, hay un ligero remolino verde, que se espesa a medida que sube y termina por madurar en una sombra púrpura casi verde. Pero nunca he subido tanto. Lo que necesito se encuentra abajo. Cuando pongo los pies en la hierba suave, echo a correr hacia un claro de árboles. Agarro una fruta roja que cuelga de una rama. La arranco, cierro los ojos y le clavo los dientes. Cruje en mi boca, acuosa y dulce; la mandíbula sube y baja. Cuando mi padre y yo comíamos fruta, lo hacíamos de espaldas el uno del otro. Nos avergonzábamos. Incluso cuando masticábamos, después de cada mordisco, con el jugo cayéndonos por la barbilla, incapaces de parar.

Después de la cuarta, me obligo a calmarme. Recojo unas cuantas de distintos tipos, y las meto dentro de una bolsa. Cuando tengo suficientes, me voy a nuestro lugar favorito, un árbol grande cuyas hojas lucen altas y frondosas. Siempre nos sentábamos debajo, comiendo con la espalda contra el tronco y la ciudad a lo lejos, oscurecida y uniforme. Como un charco sucio.

Hace años explorábamos el remolino verde en busca de indicios de otros como nosotros. Señales como corazones de fruta roídos, hierba pisoteada o ramas rotas. Pero casi nunca encontrábamos nada. Nuestra especie tenía cuidado de no dejar pistas. Aun así, de vez en cuando encontraba las señales más claras e ineludibles: menos fruta en los árboles. Eso quería decir que allí habían estado otros, haciendo lo mismo. Pero nunca vi a nadie.

Una vez, entre mordiscos, le pregunté a mi padre:

—¿Por qué no vemos a otros hepers aquí? Dejó de masticar y me miró.

—No utilices esa palabra.

—¿Cuál? ¿Heper? ¿Qué tiene de...?

—No la uses —repitió con severidad—, no quiero volver a oírla salir de tu boca.

Yo era pequeño, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Entonces mi padre se volvió, y fue como si me tragara con la mirada. Incliné hacia atrás la cabeza para que no me salieran las lágrimas. Cuando se secaron, apartó la vista de mí y se puso a observar el horizonte hasta que se le pasó el disgusto. Al final, con voz suave, me dijo:

—«Humanos»; cuando estemos solos, utiliza esa palabra, ¿vale?

—Vale —contesté y, pasado un momento, le pregunté—: ¿Por qué no vemos más humanos?

No me respondió, pero aún recuerdo el sonido que hacía al morder la manzana a grandes bocados; crujidos que le explotaban en la boca mientras permanecíamos sentados debajo de un árbol que rebosaba de fruta madura.

En el presente, años más tarde, aún hay más; toda una exageración de color en el remolino verdoso. Qué triste es que los colores representen la muerte y la extinción. Y ahora como de esta manera, solo entre el verde; un punto gris y solitario entre salpicaduras de rojo, naranja, amarillo y violeta.

Con el crepúsculo, llega la noche del sorteo. En los hogares, mayores y pequeños ya están despiertos, nerviosos por la emoción. Cuando suena la sirena nocturna, se levantan persianas y rejas; puertas y ventanas se abren de par en par. Todo el mundo llega temprano al trabajo o al colegio para charlar o golpear con impaciencia las pantallas de ordenador.

En el colegio ni siquiera se intenta crear un ambiente de normalidad. A primera hora, la profesora ni nos llama la atención; tan sólo hace caso omiso de nosotros y da golpecitos sobre su pantalla. Hacia mitad de la clase, recibimos un aviso para toda la ciudad. Como la productividad en el trabajo ha caído en picado, se avanza unas horas el anuncio de los números del sorteo. De hecho, será dentro de cinco minutos.

—¿Tienen sus números delante? —concluye el locutor con alegría, como si a estas alturas no los hubiera memorizado ya todo el mundo.

De repente estalla el delirio en el aula. Los alumnos corren a sus asientos y fijan la vista en sus monitores.

—¿Están listos para el sorteo? —pregunta el presentador con aplomo y emoción minutos después—. Yo tengo aquí los míos —dice mostrando una hoja de papel con la combinación—. Me he levantado con la sensación de que hoy puede ser mi noche.

—Sin duda, como todos los habitantes de esta gran ciudad —añade su compañera, una mujer esbelta de pelo negro azabache—. Estamos muy impacientes. Conectemos con el Instituto de Hepers, desde donde van a salir los números. —Hace una pausa y se toca el auricular. Un destello salvaje le ilumina los ojos—. Nos comunican que va a haber una sorpresa. Esto es genial, amigos, tomen asiento.

La gente en clase sacude las cabezas. Nadie abre la boca.

—En vez de que sea el director quien escoja los números, desde Palacio se ha decidido que lo haga uno de los hepers cautivos.

Alguien emite un grave soplido. Un puñado de alumnos se abalanza a los escritorios.

—Han oído bien, amigos —continúa la presentadora, con voz más húmeda y un ligero ceceo—. Tenemos una conexión en directo. —Vuelve a hacer una pausa—. Me dicen que desde un lugar secreto en el interior del Instituto de Hepers. Muéstranoslo, Bill.

De inmediato, cambian la vista de la sala de redacción por la de una gran habitación vacía en la que no hay puertas ni ventanas. Hay una silla en el centro. Al lado, un saco grande de cáñamo y un bol de cristal en los que nadie se fija. No quitamos ojo a la imagen borrosa del heper masculino agachado en la esquina. Se trata de un hombre mayor y robusto con una gran barriga que le sobresale de manera desproporcionada. El vello le cubre brazos y piernas; la visión del pelo provoca una oleada de relamidos en la clase.

Se encuentra solo en la habitación. La cámara no se mueve, lo que sugiere que se está filmando en modo automático. Por supuesto que está solo; tiene que estarlo. Si hubiera alguien más, lo habrían devorado en cuestión de segundos. Inseguro, se pone de pie y mira hacia arriba, a un punto situado fuera de la pantalla. Después, como si le hubieran dado instrucciones, se dirige hacia la silla. Camina con pasos cautos e indecisos. En la cara se leen sus emociones.

Un alumno sacude la cabeza con violencia, las babas se balancean y algunas aterrizan encima de mí. A todo el mundo le sale saliva, que termina encharcando escritorios y el suelo. Las cabezas se inclinan hacia los lados, los cuerpos se tensan. Todo el mundo está en trance y en intenso estado de alerta. Los presentadores no han dicho nada.

El heper llega a la silla y se sienta. De nuevo los ojos se le salen de las órbitas y mira fuera de pantalla a la espera de instrucciones. Entonces agarra el saco y extrae una bola. Tiene un número: el 3. Lo sostiene ante la cámara y luego lo deposita en el bol de cristal.

Tardamos un momento en darnos cuenta de lo que ha pasado. Los presentadores rompen su silencio. Tienen la voz húmeda y babeante.

—Ya tenemos el primer número, amigos. ¡Ya lo tenemos! ¡Es el 3!

Los bufidos se suceden, y se oye arrugar papeletas. La profesora, al fondo, suelta un taco en voz baja.

Miro mi papel: 3, 16, 72, 87. Con tranquilidad, tacho el número 3. Sólo algunos compañeros siguen teniendo posibilidades de ganar. Es fácil ubicarlos. Sus ojos destellan con frenesí, y las babas les caen por los colmillos. Los demás se empiezan a relajar: destensan músculos y se limpian la boca y la barbilla. Por último, se hunden en los asientos.

Nervioso, el heper coge otro número: el 16.

Siguen los bufidos. Tomo el bolígrafo y tacho la cifra con un ligero temblor. Debo agarrar más fuerte el boli y controlar los dedos.

Por lo que veo, el último número ha eliminado al resto de contrincantes de la clase. Menos a mí. Nadie ha advertido aún que sigo teniendo posibilidades. Saco más saliva y la dejo caer por la barbilla. Silbo un poco y echo la cabeza atrás. La gente se vuelve hacia mí de inmediato. Antes de que me haya dado cuenta, la multitud se ha concentrado en mi mesa.

El heper extrae el siguiente número: el 72.

Se produce un silencio momentáneo; todo el mundo está estupefacto. Entonces se empiezan a agitar cabezas, y se oyen crujir nudillos. Como si se tratara de un mantra, empiezan a corear el siguiente número que tengo, el 87. Alguien sale corriendo a contárselo a los de la clase de al lado. Oigo sillas arrastrándose, y poco después vienen todos volando a mí alrededor. Las babas me salpican desde arriba. Algunos se han colgado del techo boca abajo y observan mi pantalla. La noticia vuela por los pasillos.

Como una rata enjaulada, tengo el corazón descontrolado. El miedo se apodera de mí. Nadie me mira, al menos de momento; todos se concentran en la pantalla. Al heper le pasa algo. Mueve la cabeza de un lado a otro, casi con violencia, y tiene los ojos abiertos como platos, debido al miedo. Un puro despliegue abrumador de emociones. De repente, desde una pequeña abertura en el techo cae una fruta roja. Se lanza hacia ella y la devora en cuestión de segundos.

—Qué asco —dice alguien.

—Ya, no puedo ni verlo.

El heper se aproxima al saco, pero, cuando está a punto de sacar el último número, se detiene. Lo deja en el suelo, vuelve a la esquina, se agacha tapándose los oídos con las manos y cierra completamente los ojos. Por un momento, levanta la cabeza y mira la pantalla. Abre los ojos con temor, sacude la cabeza y la esconde entre las rodillas.

—No quiere coger el último número —susurra un alumno.

—Ya os lo dije —insiste la profesora—, estos hepers son más listos de lo que parecen. Parece que sepa que los números son para la caza.

La pantalla se queda en negro. Lo siguiente que vemos es una toma de la sala de redacción en la que pillan a los presentadores desprevenidos.

—Parece que tenemos problemas técnicos —informa el periodista limpiándose la barbilla—. En breve retomaremos la transmisión.

Sin embargo, tardan bastante más. Repiten una y otra vez el vídeo del heper extrayendo los tres primeros números. Por el colegio se corre la voz sobre mí; cada vez hay más gente en la clase. Y después otra noticia: hay otro alumno con posibilidades. Mientras saco más saliva y sacudo la cabeza entrecortadamente, hago unos someros cálculos mentales. Las probabilidades de que yo tenga el último número ganador son de 1 entre 97. Algo más de un uno por ciento. Me consuelo

pensando que tengo muy pocas probabilidades.

—¡Mirad! —grita un alumno mientras señala la pantalla.

En la televisión han pasado de la sala de redacción a una localización exterior. El heper ha desaparecido. En su lugar hay una heper hembra. Está sentada al aire libre, con un saco y un bol de cristal al lado. La imagen es brillante y cristalina, como si un cristal la separara de la cámara. Detrás de ella, a lo lejos, se ven unas montañas, oscuras como una premonición. Algunas estrellas salpican el cielo. A diferencia del otro, no mira nerviosa a un lugar situado fuera de pantalla, sino directamente al objetivo. Tiene una serenidad en la mirada y un autocontrol que parecen extraños para uno de estos seres en cautiverio.

Algunos chicos dan bandazos encima de las mesas. Las hepers se consideran el bocado más exquisito de los dos sexos. Hay partes donde tienen más carne y grasa que sus congéneres varones. Y una adolescente, como parece ser el caso de ésta, tiene la carne más suculenta de todas. Su sabor es incomparable.

Antes de que vuelvan los silbidos y las babas, la heper ya se está acercando al saco. Extrae la bola con tranquilidad y la sostiene con el brazo estirado hacia la cámara. Yo, en cambio, me fijo en sus ojos, en cómo parece que enfoquen a los míos, como si me viera en la lente de la cámara.

No necesito ver la bola para saber que ha escogido el número 87. Un silbido, seguido del sonido de los relamidos, explota entre mis compañeros. Empiezan las felicitaciones. Todos frotan sus orejas contra las mías: de arriba abajo y de lado a lado. Justo después, entre abrazos de orejas, miro la pantalla. Para mi sorpresa, la heper sigue sujetando la bola para la cámara. Tiene una expresión desafiante y serena a la vez. La imagen empieza a desaparecer, pero, justo antes, veo que se le humedecen los ojos e inclina la cabeza adelante con el cabello tapándole los ojos. De repente, su desafío parece tornarse tristeza.

Llegan al cabo de poco rato. Mientras mis compañeros me felicitan, oigo el sonido amenazante de sus botas pisando por el pasillo. En el momento en el que abren la puerta del aula y entran los cuatro, con trajes impecables de seda a rayas, los alumnos ya han ocupado su asiento y se han puesto firmes.

—¿F3? —llama el líder de la brigada desde detrás de la mesa de la profesora. Su voz es como el traje: sedosa y pretenciosa, pero con una autoridad innegable.

Levanto la mano. Los cuatro pares de ojos rotan y se clavan en mí. No se trata de una mirada hostil sino eficiente.

—Enhorabuena. Tiene la combinación ganadora del sorteo —murmura el líder—. Venga con nosotros. Lo conduciremos inmediatamente al Instituto de Hepers. El coche lo está esperando a la salida del colegio. Vamos.

—Gracias —contesto— me siento el tipo más afortunado del mundo, pero antes necesito pasar por casa y coger algo de ropa. —Y la máquina de afeitar, el exfoliante, el cortaúñas y el limpia colmillos...

—No, en el Instituto se le proporcionará la ropa necesaria. Debemos irnos ya.

Nunca había montado en un carruaje ampliado, y menos aún en uno tirado por sementales de un elegante color negro que se mezcla perfectamente con la noche. Cuando me aproximo, se vuelven hacia mí para olfatearme. Subo a toda prisa. Los alumnos y profesores salen en tropel de todas las alas del colegio y se quedan embobados, pero se mantienen quietos y callados a una distancia prudencial.

Como los cristales son tintados negros, me desconcierta lo oscuro que está en el interior. Reprimo las ganas de estirar los brazos o abrir más los ojos. Agacho la cabeza y me deslizo lentamente hasta que golpeo con las rodillas el suave asiento de piel. Oigo que entran más cuerpos, y noto cómo cede la carrocería con el peso.

—¿Es la primera vez que monta en este tipo de carruaje? —pregunta la voz que tengo al lado. —Sí.

Nadie dice nada. Después, otra voz añade:

—Esperaremos a que llegue el otro ganador.

—¿Otro alumno? —pregunto. Hay una pausa.

—Sí. No tardará mucho.

Miro por el cristal tintado intentando disimular que no veo nada dentro.

—Los documentos que debe firmar. Aquí tiene —me explica otra voz. Oigo un leve ruido de papeles y el inconfundible chasquido de una carpeta.

Mis ojos aún no se han acostumbrado a la falta de luz. Balanceo el brazo derecho, trazando un arco muy amplio, hasta que choco con el dossier.

—Uy, qué patoso soy.

—Firme aquí y aquí, por favor. Donde están las equis. Lo intento, pero no veo absolutamente nada.

—Justo donde están las equis —insiste otra voz.

—¿Podemos esperar un momento? Sigo un poco aturdido...

—Firme, por favor.

En la voz hay determinación. Noto que varios ojos se vuelven a mirarme, pero justo entonces se abre la puerta de la limusina.

—La otra ganadora —susurra alguien.

Del exterior se filtra una tenue luz gris. No tengo tiempo que perder. Busco las equis a toda prisa y, cuando apenas logro vislumbrarlas, garabateo mi nombre. El carruaje se balancea por el peso añadido. Después, antes de que pueda ver quién ha entrado, las puertas se cierran y el interior vuelve a sumirse en la oscuridad. Alguien me clava un tobillo en la espinilla.

—¿Podrías mirar dónde colocas las piernas? —me espeta una voz femenina que me suena familiar.

Miro por la ventana para no tener que mirarla a los ojos.

—¿Se conocen? —pregunta otra voz.

Decido que lo más seguro es encogerme de hombros y rascarme la muñeca. Un gesto ambiguo que pueda interpretarse de muchas maneras. Como respuesta oigo a los demás rascarse. Por ahora estoy a salvo.

—Por favor, firme los documentos. Aquí y aquí.

Se hace una pausa y, entonces, la chica empieza a hablar con autoridad.

—Todo el colegio y mis amigas están ahí fuera. Es el mejor momento de mi vida. ¿Podrían bajar los cristales para que puedan verme? Sería positivo para la escuela y la comunidad que pudieran compartir conmigo esta maravillosa ocasión.

Durante un buen rato no hay respuesta. Después bajan los cristales, y entra la tenue luz gris. Frente a mí se sienta Ashley June.

Inmersos en la oscuridad, viajamos en silencio. Los oficiales pasan sin darnos conversación. Los sementales se detienen ante un semáforo, y el sonido de los cascos cesa momentáneamente. El ruido sordo de la multitud se filtra al interior. Se oyen crujidos de huesos, y articulaciones y dientes que rechinan. Centenares, quizá miles de personas, se agolpan en las calles para vernos pasar.

Ashley June está callada pero emocionada, lo noto. Desde su dirección me llegan los crujidos de su cuello. Yo también hago lo propio con los nudillos un par de veces. Ésta no es la primera ocasión en la que ella y yo estamos en un sitio tan oscuro. La vez anterior tuvo lugar hace uno o dos años, antes de que me convirtiera en el recluso que soy y Ashley empezara su ascenso meteórico hacia los primeros puestos del club de las chicas deseables. Aquella noche llovía, y toda la clase estaba en el gimnasio. El profesor de educación física no apareció, y nadie se molestó en ir a comunicarlo a dirección. Por algún motivo, estas cosas pasan de una manera determinada, empezamos a jugar al juego de la botella. Toda la clase, éramos unos veinte más o menos. Nos dividimos por sexos en dos círculos. Cuando los chicos cogieron la botella y empezaron a darle vueltas, de mi boca salieron palabras como: «Esto es patético, yo paso».

La botella giraba borrosa, y entonces empezó a disminuir la velocidad, y a señalar hacia el chico que se sentaba enfrente de mí. Continuó moviéndose lentamente, como si tuviera pegamento, hasta que la parte superior, como una boca de un pez de colores a punto de morir, se detuvo señalándome a mí. Justo en el centro. No había ninguna duda.

—El festival del morreo —anunció el chico de al lado.

El círculo de las chicas se lo tomó como una descarga eléctrica. Empezaron a murmurar y se agruparon, echándome miraditas. De repente, una de ellas avanzó e hizo girar la botella. Iba rápido y luego empezó a disminuir de velocidad. Cuando ya estaba a punto de parar, las chicas a las que pasaba de largo se inclinaban hacia atrás, decepcionadas. Justo cuando pasaba lentamente por delante de Ashley June, ésta se adelantó y la paró con el pie cuando le apuntaba.

—¡Vaya! ¿Habéis visto eso? —exclamó. Y, como se trataba de ella, la dejaron que se saliera con la suya.

Momentos después, Ashley June y yo estábamos a pocos centímetros el uno de otro, con las paredes de un armario rodeándonos. Había un fuerte olor a pino y una oscuridad total. Ninguno de los dos se movía. Yo oía a los demás hablando fuera

como si estuvieran a kilómetros de distancia. Bajé la vista a los pies respirando acompasadamente por la nariz. Pensé en hablarle, ya que era la oportunidad perfecta, y única, de expresarle todo lo que me había guardado tantos años. «Ashley June, siento algo por ti desde hace tiempo. Desde la primera vez que te vi. Eres la única chica por la que me siento atraído, la única en la que pienso todos los días.»

—¿Nos decidimos? —me susurró en la oscuridad. Y mi fugaz oportunidad se esfumó.

Nos tambaleamos al quitarnos las mangas en un espacio tan estrecho. Cogí la cremallera, tiré y sentí cómo cedía. Hicimos una pausa. Ahora era el momento. ¿Esperaba a que diera yo el primer paso? Entonces oí su fuerte crujido de cuello, un grave gruñido gutural, y después un rugido muy cercano. Los bufidos hicieron humedecer las paredes, el techo y el suelo del armario en el que me encontraba encerrado.

Puse la mente en blanco, lo borré todo y después lo sustituí por una necesidad primaria construida en las fantasías de mi mente. Abrí la boca y lancé un rugido que sonó tan salvaje que me pilló desprevenido. Lancé los brazos hacia ella, y nuestros antebrazos chocaron con las uñas cortando la piel. Por un momento me alarmé. Si empezaba a sangrar, su ardor se transformaría rápidamente y, en cuestión de microsegundos, se me lanzaría al cuello a hundirme los colmillos. Los demás apenas tardarían unos segundos en unirse a la orgía de sangre. Pero me dejé llevar y no paré, no paramos. Apartamos con brusquedad los brazos, que tanto nos entorpecían; nos embestíamos con codos y hombros y, en definitiva, luchábamos por tomar posiciones. Nos dábamos golpes contra las paredes que nos encerraban, porrazos secos de codos y rodillas contra los límites invisibles.

Yo llegué primero. Antes de que ella recuperara el equilibrio, le puse el codo en el hueco de la axila. Igual que lo había leído en los libros o visto en las películas. Era mía. Su cuerpo se tensó por la expectación cuando le cerré la axila con el codo. Y, así, su cuerpo se liberó de toda la tensión y se volvió suave. Hice girar el codo en largos círculos voluptuosos mientras su cuerpo se movía al compás. La saliva le chorreaba por la dentadura. Después de eso me concentré mucho intentando mantener las apariencias, asegurándome de que los gruñidos salían en el tono correcto de excitación y de que mi cuerpo se movía con la pasión y el frenesí adecuados.

Después, Ashley June y yo nos agachamos a recoger las mangas. Nos golpeamos los brazos en la oscuridad y, por un segundo inolvidable, nuestras manos se rozaron brevemente. Con los dedos, me tocó la palma de la mano. Ambos dimos un respingo: yo, de sorpresa, y ella, de repugnancia. Mientras tanto, permanecía callada, quizá recuperándose. Estaba a punto de abrir la puerta del armario cuando, de repente, me habló.

—Espera.

Me detuve.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos... quedarnos aquí un momento?

—Vale.

Pasó un minuto. A oscuras no podía verla ni saber qué estaba haciendo.

—¿Eres...? —empezó a preguntar.

Esperé a que continuara, pero durante un rato no dijo nada.

—¿Crees que sigue lloviendo tanto? —dijo por fin.

—No lo sé. Quizá sí.

—En el tiempo dijeron que iba a llover toda la noche.

—¿Sí?

Y otra vez volvió a quedarse callada.

—Siempre vienes andando al colegio, ¿no?

Esperé un momento y le respondí afirmativamente.

—¿Has traído paraguas?

—Sí.

—Hoy he venido andando —explicó, aunque ambos sabíamos que mentía—.

Pero me he dejado el paraguas en casa.

Me quedé en silencio.

—¿Te importaría acompañarme a casa? —susurró—. No me gusta mojarme.

Le contesté que no me importaba.

—Espérame en la puerta de entrada después de clase, ¿vale? —me ordenó.

—Vale.

Entonces abrió la puerta. No nos miramos mientras volvíamos con el grupo. Los chicos me observaban con aire expectante, y les di lo que querían. Hice un «guau» con los labios y enseñé los colmillos. Se rascaron las muñecas.

Aquella noche, más tarde, después de que sonara la última campanada y los alumnos salieran del colegio a raudales, me quedé sentado en mi mesa. Permanecí allí hasta que pasó el estruendo en los pasillos y los últimos chicos y profesores abandonaron la escuela mientras oía el sonido de los caballos alejarse a lo lejos. En el exterior llovía a mares y el agua salpicaba las ventanas. Hasta que no sonó la campana del alba no me levanté y me fui. Tal como me había imaginado, no había nadie en la puerta principal cuando me fui. Hacía un frío glacial, y parecía que la lluvia torrencial intentara llenar el vacío de las calles desiertas. No abrí el paraguas. Dejé que el agua me empapara, que se me filtrara por el cuerpo y me lamiera el pecho, me hiciera escocer la piel y me congelara el corazón.

El Instituto de Hepers

El trayecto es largo. Después de las dos primeras horas, hasta el viaje en un carruaje como éste se hace pesado con tanto bache. No está pensado para desplazamientos largos. Este tipo de recorrido es muy raro: la aparición mortal del sol cada doce horas restringe las posibilidades. De no ser por eso, se podrían cubrir mayores distancias. Probablemente la tecnología locomotora habría suplantado a los caballos hace mucho tiempo. En un mundo en el que, como dice el refrán, «la muerte nos mira a diario», los caballos —diseñados genéticamente para que su carne sea indeseable— reúnen las necesidades para los itinerarios cortos.

Nadie habla mientras atravesamos las afueras por carreteras cada vez más llenas de desniveles que terminan cediendo a la arena del desierto. Al final, unas cinco horas después, paramos enfrente de un anodino edificio gubernamental. Me bajo del carruaje con las piernas agarrotadas e inseguras. Por las llanuras ennegrecidas sopla un viento del desierto, cálido pero a la vez refrescante, que se me cuele por el flequillo.

—Hora de irnos.

Nos escoltan hasta el edificio gris. Al marchar, las botas de los oficiales levantan ligeras nubes de polvo. Hay varios carruajes más aparcados con los caballos atados pero aún garbosos del viaje; tienen los hocicos húmedos y anchos del cansancio y el calor emana de sus cuerpos. Cuento los vehículos rápidamente. Aparte del nuestro, hay cinco más. Lo que significa que hay siete ganadores del sorteo.

Nada de la sobriedad gris del exterior del edificio me prepara para la opulencia de su interior. Los suelos de mármol resplandecen con el tono marfil del craquelado antiguo. Las columnas jónicas están rematadas por volutas en las partes inferior y superior. El laberinto de pasillos y escaleras que se entrecruzan hace que me desoriente. Caminamos en fila, unos oficiales a la cabeza y otros por detrás. Las pisadas resuenan en el suelo, que está flanqueado por hileras de lámparas de mercurio. Ashley June avanza delante de mí a una distancia prudencial. Su cabello parece una antorcha que guía el camino.

El vestíbulo desemboca en una puerta doble con motivos plateados situada entre dos columnas corintias. Pero antes de llegar a ellas, al alcanzar otra puerta a la izquierda, el primer oficial se vuelve. Mientras golpea, la procesión realiza un extraño alto en el camino. Poco después, la puerta se abre.

El lúgubre pasillo está oscuro. En el centro hay un círculo de butacas reclinadas de terciopelo, colocadas como si fueran los números de un reloj. Todas, menos dos, están ocupadas. Escoltan a Ashley June, delante de mí, hasta una de ellas. A mí me dirigen a la que tiene al lado; me siento. Los oficiales, en posición de firmes, ocupan su lugar unos metros atrás.

En medio de un ambiente gris y tenebroso, los siete estamos sentados con las manos en las rodillas, las bocas cerradas y las puntas de los colmillos sobresaliendo

ligeramente; miramos al frente. Los cazadores. Permanecemos totalmente quietos, como si las moléculas del aire tuvieran pegamento y nos hubieran fijado a cada uno en nuestro sitio.

La aparición de la oficial nos pilla por sorpresa. En lugar de vestir con atuendo militar y porte serio, luce un vestido de flores de manga larga con un estampado de dientes de león y rosas. Llega flotando con gracia desde la oscura periferia hasta el centro del círculo, donde un sillón de respaldo alto emerge poco a poco. Su presencia bondadosa y hogareña es más propia de una madre que de un militar. Con elegancia, toma asiento en la butaca que gira y sube. Al realizar el círculo completo, nos mira a todos a los ojos y, aunque de manera amable, nos estudia. Cuando su mirada se encuentra con la mía, me transmite una simpatía similar a la de los rayos de un atardecer de verano.

La suavidad de su voz no sorprende a nadie cuando empieza a hablar.

—Enhorabuena a todos. vuestras vidas han dado un giro radical, nunca volverán a ser iguales. Hasta el final de vuestros días se os conocerá como «cazadores de hepers». —Se detiene unos instantes y mueve las orejas hacia arriba—. Aquel de vosotros que mate a más ejemplares, recibirá el título de campeón de la caza. Os aguardan una riqueza y una fama inimaginables.

»Durante los próximos días van a pasar muchas cosas. Transcurridas las cinco noches, liberaremos a los hepers. Doce horas después, dará comienzo la Caza. Entonces saldréis vosotros. —Casi de manera imperceptible, algunos echan la cabeza hacia atrás. Ella hace una pausa y, cuando retoma el discurso, la seriedad subraya sus palabras—. Durante las próximas horas es importante que os concentréis en el entrenamiento. Aprended todas las destrezas necesarias, absorbed los consejos exquisitos que os brindamos. Pensad que no se trata de hepers comunes como esos sobre los que habéis leído u oído cosas. Éstos son distintos, son especiales: se les ha entrenado en el arte de la evasión, saben cómo vivir a la fuga y, si es necesario, devolver el golpe. A lo largo de los años se les ha instruido para el combate cuerpo a cuerpo, para defenderse; hasta conocen nuestros puntos débiles. Os sorprenderíais al ver la... resistencia que pueden llegar a tener.

»Por ello debéis estar concentrados. Si empezáis a fantasear en exceso con su sangre, el cálido sabor de su carne en vuestro poder, el tacto de sus corazones batiendo velozmente entre vuestras uñas, la piel del cuello a punto de rasgarse con vuestros afilados colmillos o el sabor del primer chorro de sangre en la boca fluyendo como un torrente... —Su mirada se hace vidriosa. Entonces sacude la cabeza para aclararse los ojos—. Esto es lo que debéis evitar. Centraos en el entrenamiento para poder convertirnos en uno de los vencedores, y no limitaros a ser unos soñadores. El premio es para los más rápidos. —Entonces su cara se transforma en un arcoíris.

»En breve se os acompañará a vuestras habitaciones. Descansad bien, porque mañana os espera un día maravilloso. Primero disfrutaréis de un fastuoso desayuno, y después haréis un recorrido por las instalaciones. Veréis los campos de

entrenamiento, la sala de artillería, el centro de control, la sala de meditación, y el comedor. Y, para terminar, al final de la noche, os llevaremos hasta... la aldea heper.

Fuera del círculo, los oficiales dan un paso adelante y se colocan al lado de cada cazador. El mío, una estatua gris y huraña, ya se encuentra a mi derecha. Lleva un paquete en la mano.

—Bien —dice, aún sentada en el centro, mientras sigue girando lentamente—, coged el paquete. Leedlo cuando lleguéis a vuestras habitaciones. Contiene información valiosa. Ahora, cada escolta os conducirá hasta vuestros aposentos. Habéis vivido una noche larga y llena de emociones. Intentad descansar un poco. Mañana debéis madrugar.

Se levanta y desaparece en la oscuridad. En ese momento nos ponemos de pie y seguimos a nuestros escoltas, que nos hacen señas. A medida que nos dispersamos, el círculo se desintegra tranquila pero rápidamente. Nos conducen por pasillos distintos y puertas diferentes. Ahora lo único que queda son las butacas vacías, que siguen colocadas como los números de un reloj disfuncional, sin manecillas.

Mi escolta me conduce con brusquedad por un pasillo, subimos un tramo de escalera, pasamos por otro corredor, y después bajamos otra escalera sin hablar. Recorremos otro pasillo más, vagamente iluminado con velas, hasta que nos encontramos ante una gran puerta. El escolta se detiene y se vuelve hacia mí.

—Me han pedido que le ofrezca disculpas en nombre del Instituto de Hepers. Debido al número de ganadores del sorteo y la escasez que tenemos de habitaciones, a uno de ustedes no le queda más remedio que disponer de un alojamiento que está lejos de ser el ideal. Se decidió que sería para uno de los más jóvenes (su compañera de colegio o usted), y la caballerosidad exige que la última habitación de invitados del edificio principal se le conceda a la chica. La suya está en un pequeño inmueble separado que se encuentra a corta distancia. Por desgracia, la única manera de llegar allí es caminando por el exterior. Bajo el cielo abierto.

Entonces, antes de que pueda decir nada, abre la puerta y sale. La extensión del firmamento nocturno, con las llanuras del desierto extendiéndose debajo, me coge un poco por sorpresa. Las estrellas, como agujeritos plateados, se esparcen por el cielo como si fueran sal. El escolta refunfuña y se coloca un par de gafas de sol. La luna, en cuarto creciente, se sitúa justo por encima de las montañas, al este; su sonrisa torcida refleja el placer que siento por encontrarme en el exterior. La verdad es que me alegra estar separado del edificio principal y de todos los demás.

Andamos por un camino de ladrillo que nos lleva hasta un distante y pequeño edificio de losas de una sola planta.

—¿Qué ha dicho que era este lugar?

—Lo hemos convertido —responde sin mirarme—. Antes era una pequeña biblioteca, pero la hemos acondicionado para que le resulte un alojamiento cómodo. Está a la altura del de los demás.

Vuelvo a mirar al edificio principal. Por la fachada se diseminan algunas manchas

aisladas de luz de mercurio. Por lo demás, está completamente a oscuras.

—Mire —me aclara el escolta observándome—, sé que se pregunta por qué no lo hemos podido alojar allí. Hay más habitaciones vacías que pelos tiene un heper. Yo mismo me lo pregunté, pero me limito a hacer lo que me piden. Y eso debería hacer usted también. Además, instalarse aquí tiene una ventaja. —Espero que continúe, pero niega con la cabeza—. Una vez lleguemos, ahora no. Le gustará, se lo prometo. Por descontado, querrá que le enseñe cómo funciona, ¿no?

Los ladrillos del camino son de un rojo vibrante, como si fueran recipientes translúcidos de sangre fresca.

—Construyeron esta senda hace un par de días —me cuenta— para hacerle el paseo un poco más agradable. —Hace una pausa para impresionarme y dice—: Nunca se imaginaría quién hizo el trabajo.

—No tengo ni idea.

Por primera vez se vuelve para mirarme.

—Los hepers.

Reprimo el impulso de abrir los ojos por la sorpresa.

—¡No puede ser! —exclamo haciendo un chasquido con la cabeza. Crac.

—Ya lo creo —contesta—. Los pusimos a trabajar. De día, por supuesto. Los nuestros hacían el turno de noche, pero cuando quedó claro que no podíamos tenerlo listo a tiempo, hicimos que ellos colaboraran. Trabajaron durante dos días seguidos. Les recompensamos con algo de comida extra. Esas criaturas hacen cualquier cosa por los alimentos.

—¿Quién los supervisaba? ¿Quién podía...? ¿Los dejaron vagar libremente?

El escolta sacude la cabeza con una mirada de «Cuánto te queda por aprender, chaval».

Abre las puertas principales. El interior es sorprendentemente aireado y espacioso, pero la transformación de biblioteca en habitación de huéspedes no está acabada. El único cambio ha consistido en colgar del techo unas asas para dormir. De no ser por eso, la sala tiene un aspecto literalmente intacto. Las estanterías están llenas de libros, hay viejos periódicos amarillentos sobre soportes de madera de cerezo, y mesas de lectura perfectamente alineadas. El olor a cerrado inunda el ambiente.

—Las asas para dormir —me dice mirando arriba—. Las instalaron ayer.

—¿Los hepers?

Mueve la cabeza con aires de suficiencia.

—Eso lo hicimos nosotros.

Me muestra el lugar a una velocidad vertiginosa. Me enseña la sección de consultas, los interruptores de luz de mercurio y el armario lleno de ropa para mí, y me explica el funcionamiento automático de las persianas mediante sensores de luz.

—Son muy silenciosas —añade—. No lo despertarán. —Habla con rapidez. Está claro que tiene algo en la cabeza—. ¿Desea probar las asas? Deberíamos comprobar

que se ajustan correctamente.

—Seguro que me van bien. No soy quisquilloso.

—Bien. Acompáñeme; esto le gustará.

Con pasos rápidos y decididos, me conduce por un pasillo estrecho y después gira bruscamente al fondo de la biblioteca. Hay unos prismáticos encima de una cómoda situada al lado de una ventana cuadrada. Los coge y se pone a mirar por la ventana con la boca abierta y salivando de manera audible.

—Le voy a enseñar a usarlos porque usted me lo ha pedido. Sólo respondo a su solicitud —dice con tono robótico mientras mueve el zoom con el dedo índice—. Sólo porque me lo ha pedido.

—Oiga, déjeme mirar.

No me responde, y se limita a continuar mirando. Tiene las cejas arqueadas como las alas de una águila.

—Puede ajustar el zoom así —dice entre dientes—. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y...

Su voz se apaga.

—¡Eh! —insisto.

—Y aquí está el foco —masculla deslizando los dedos por el control—. Permítame que le explique el funcionamiento. Ya que me lo ha preguntado usted. Es complicado, déjeme que se lo explique en detalle.

Al final se los arrebató de las manos. Él me agarra el antebrazo. No he visto cómo ocurría. Se ha movido muy rápido. Me clava las uñas y, por un momento horrible y repugnante, creo que me van a hacer un surco del que brotará la sangre. Me suelta de inmediato, por supuesto, hasta retrocede uno o dos pasos. La mirada vidriosa y distante persiste, aunque se va desvaneciendo con rapidez.

Tengo tres hendiduras, peligrosamente profundas, en la muñeca. Pero no hay sangre.

—Mis disculpas.

—No se preocupe.

Coloco el brazo por detrás de la espalda y me toco la hendidura con los dedos de la otra mano. Sigue sin humedecerse. Ni rastro de sangre. Si una minúscula gota traspasara, ya lo tendría encima.

—¿Se lo he explicado bien? —me suplica—. ¿Comprende cómo debe usarlos?

—Creo que sí.

—Tal vez una demostración más le...

—No, puedo hacerlo. —Con los prismáticos a la espalda, me doy la vuelta para mirar al exterior. La luna en cuarto creciente brilla tras una franja de nubes. Su fina luz se va apagando—. ¿Qué se supone que debo ver?

No me responde, así que me vuelvo a mirarlo. Por unos instantes, la claridad de sus ojos se vuelve de nuevo ligeramente opaca. Un chorro de saliva que aún no se había limpiado se le espesa por el mentón.

—Hepers —dice en un susurro.

No quiero que se quede detrás de mí, incordiándome con que le pida otra «demostración», así que espero hasta que se marcha. Cuando cojo los binoculares, me invade una mezcla de extraño pavor y emoción. Además de mi familia, nunca he visto a ningún heper.

Al principio no estoy seguro de lo que estoy buscando. Entonces la luz de la luna se filtra entre las nubes e ilumina una franja de tierra. Poco a poco giro los prismáticos en busca de algo: un indicio de un cactus, una roca, nada...

A lo lejos alcanzo a ver un pequeño grupo de cabañas de barro: la aldea heper. Supongo que se encuentra a menos de dos kilómetros. En el centro hay una especie de estanque, sin duda construido por el hombre, ya que ningún cuerpo de agua podría subsistir en este terreno. Todo permanece inmóvil. Las cabañas son tan indefinidas como el desierto.

Entonces veo algo. La luz de la luna resplandece por encima de las chozas en un arco cóncavo. Y es cuando me doy cuenta: hay un domo transparente que las cubre. Es bastante alto, se eleva unos cien metros por encima de las casas. La circunferencia encapsula la aldea entera.

Claro, ahora todo tiene sentido.

Sin el domo, los hepers se verían sumidos en el caos. ¿Qué le impediría a la gente merodear de noche por las cabañas cuando durmieran desprotegidos?

¿Quién les prohibiría hacer un festín si no estuvieran completamente sellados? Sin la cúpula protectora, no habrían sobrevivido ni una hora nocturna.

Hago zoom a las viviendas buscando alguna señal de vida, pero no se mueve nada. Los hepers duermen. No tengo oportunidad de verlos esta noche. Entonces sale uno de ellos.

Distingo muy poco hasta con prismáticos. Se trata de una figura delgada y femenina que se dirige hacia el estanque. Parece que lleva un cubo de algún tipo. Cuando llega al borde se agacha y lo llena. Juego con el foco hasta que la veo mejor. Entonces la reconozco: es la heper de la tele, la que sacó el último número del sorteo.

La observo levantarse y beber agua con las manos en forma de cuenco.

Me da la espalda, y mira hacia al este, a las montañas. Durante un rato se queda inmóvil. Entonces se agacha, ahueca las manos y vuelve a beber. Aun siendo un acto tan sencillo, se mueve segura y con gracia. De repente vuelve la cabeza en mi dirección, doy un salto hacia atrás. Quizá ha visto un reflejo de la lente de los binoculares. Pero no, mira más allá, al Instituto. Hago zoom para verle la cara. Los ojos. Los recuerdo de antes, en mi mesa, de un tono marrón como el tronco de un árbol talado.

Unos instantes después, da media vuelta y desaparece en el interior de una cabaña.

Cuatro Noches Para la Caza

Siento curiosidad por la biblioteca donde me han alojado, y tengo intención de quedarme despierto durante las horas del día para poder explorarla. Sin embargo, las actividades nocturnas me han dejado agotado. Nada más sentarme a leer del paquete de bienvenida, me quedo dormido y me descubro despertándome horas después.

Alguien golpea la puerta con fuerza. Me pongo en pie sobresaltado. El corazón me late a mil por hora. Les grito que me den un minuto y, en cambio, obtengo un murmullo por respuesta.

El miedo me despierta de golpe. Ahora me doy cuenta. Mi cara. No estoy preparado. Me toco la barbilla con los dedos, y noto la barba incipiente. Lo suficiente para que se den cuenta. ¿Y mis ojos? ¿Los tengo rojos del cansancio? Tengo que blanquear mi dentadura postiza, y lavarme el cuerpo.

«No te olvides nunca de afeitarte. Duerme lo suficiente para evitar que los ojos se te pongan rojos. No te olvides nunca de blanquearte los dientes, hazlo todas las mañanas antes de salir. Y lávate todos los días: el olor corporal es lo más peligroso.»

Las instrucciones de mi padre. Las he cumplido cada día durante toda mi vida, pero la cuchilla de afeitar, las gotas, el gel blanqueador y la ducha están en casa.

Los golpes son cada vez más fuertes. Hago lo único que puedo: cojo la navaja y me la paso por el mentón, con cuidado de no hacerme ningún roce en la piel. Eso sería un error fatal. Entonces cojo las gafas de sol y me dirijo a la puerta. Justo a tiempo, me doy cuenta de algo: la ropa. La tengo arrugada de haber dormido con ella, señal inequívoca de que no he utilizado las asas. Corro al armario y me pongo un conjunto nuevo.

El escolta no está contento.

—Llevo llamando a la puerta más de cinco minutos. ¿Qué es lo que le ocurre?

—Lo siento, me he dormido. Las asas eran muy cómodas.

Da media vuelta y empieza a caminar.

—Vamos. La primera conferencia está a punto de empezar. Tenemos que apresurarnos. —Vuelve a mirarme—. Y quítese esas gafas. Esta noche está nublado.

Le hago caso omiso.

El director del Instituto de Hepers es tan seco y estéril como su entorno, y eso es mucho. Se le ve un brillo plástico en el rostro, y le gusta estar en sitios oscuros. Rezuma una autoridad aséptica, tranquila y mortal. De un susurro podría matar a una rata con las afiladas incisiones que provocan sus palabras cuidadosamente sutiles.

—Los hepers son lentos. Les gusta cogerse de la mano y modular la voz. Necesitan beber cantidades abundantes de agua. Tienen una amplia variedad de tics faciales, duermen de noche y resisten extraordinariamente la luz del sol. Éstos son los datos básicos —dice con un brío practicado. En la esquina oscura hace una pausa teatral y el brillo blanco de su mirada desaparece cuando vuelve a abrir los ojos—. Después de décadas de intensa investigación, sabemos mucho más sobre ellos. Sólo

unos cuantos miembros del Instituto de Hepers de Investigación Avanzada conocemos la mayor parte de esta información. Pero como ustedes los estarán cazando dentro de cuatro noches, hemos decidido hacerles partícipes de las investigaciones más recientes. Ustedes sabrán todo lo que sabemos sobre ellos. Pero antes, las renuncias.

Como es evidente, todos las firmamos. Unos oficiales vestidos de uniforme gris salen de la oscuridad y nos dan los contratos. «Ninguna información recogida durante las próximas semanas podrá ser revelada ni difundida a terceras personas después de que la caza haya finalizado.» Pongo al lado mis iniciales. «No podrá vender su historia para ser publicada ni para que se realice ninguna producción teatral.» Hago lo mismo. «El cumplimiento de estas cláusulas debe ser total e irrevocable.» Y otra vez. «Bajo pena de muerte.» Firmo y pongo la fecha.

El director ha estado observando atentamente a cada cazador mientras firmábamos. Sus ojos son como agujeros negros que lo absorben todo con aguda perspicacia. Nunca se le pasa un detalle, nunca se lleva impresiones equivocadas. Al entregar mis documentos, noto cómo me clava los ojos como una grapadora que se acaba de atascar. Justo antes de que me los pidan, me cuelgan en las manos y se agitan ligeramente. Sus ojos se concentran en eso, en cómo se mueven. Por la fría y penetrante mirada que siento en la muñeca, donde ha fijado su vista, lo sé sin verlo. Los agarro con más fuerza para que dejen de moverse. Entonces siento que su mirada se aleja, y con ella se evapora la quemadura helada en mi muñeca. Ha pasado al siguiente cazador.

Después de haber recogido todos los papeles, continúa por donde se había quedado.

—La mayoría de historias que se conocen sobre hepers tienen mucho más de ficción que de realidad. Es el momento de echar esos mitos por tierra.

»Mito número uno: en el fondo son bestias salvajes, y siempre se corre el riesgo de que se escapen. Realidad: son fáciles de domesticar, y temen a lo desconocido. La verdad es que de día, mientras nosotros dormimos y el Domo se retira, están sin supervisión y son libres de ir a donde quieran. Tienen toda la extensión de las llanuras, hasta donde alcanza la vista, para poder escaparse bien lejos. Si es que así lo deciden. Sin embargo, no lo han hecho nunca. Por supuesto, es fácil entender por qué. Cualquier heper que abandone la seguridad del Domo se convierte en presa fácil al caer la noche. En el lapso de dos horas lo habrán olfateado, y habrá sido cazado y devorado. De hecho ya ha ocurrido. En una o dos ocasiones. —No da detalles.

»Mito número dos: son pasivos y sumisos. Son más proclives a quedarse tumbados que a pelear. Lo irónico es que esta leyenda se perpetuó con la primera Caza, en la que los hepers demostraron cualquier cosa menos resistencia. Todos recordamos los inútiles que eran. Primero en la fuga inicial, donde resultaron ser lentos y desorganizados. Y en segundo lugar, al rendirse de manera sumisa cuando los rodeamos. Incluso estando a tres kilómetros de distancia, ya habían desistido.

Dejaron de correr. Y cuando los alcanzamos, ni uno de ellos peleó, nadie levantó ni siquiera un brazo. Prácticamente se tiraron al suelo y nos dejaron atacarles.

»Sin embargo, las investigaciones han demostrado que se los puede entrenar para que sean agresivos. Han demostrado una sorprendente sagacidad con las armas que se les han suministrado. Armas primitivas, por supuesto; simples lanzas, arcos y flechas. Además, ellos se han diseñado unos complementos de cuero para protegerse el cuello, los muy ingenuos. Son tan entrañables... —Empieza a rascarse la muñeca y se detiene. Anota algo en su cuaderno—. No sabemos cómo consiguieron el material. Para nuestra sorpresa, lo cierto es que pueden llegar a tener muchos recursos.

Mientras escribe, permanecemos inmóviles, sentados. Entonces cierra el cuaderno y vuelve a hablar.

—Mito número tres: son una sociedad dominada por el hombre. Ésta es otra idea que se perpetuó con la última caza. Ya lo vieron todos en la tele. Eran los hombres quienes (como sabemos, inútilmente) se hacían cargo de todo; los que tomaban todas las decisiones (también, como sabemos, equivocadas). Las mujeres no hacían más que seguirlos. Sumisas. Pensamos que la razón era que habían sido diseñados así genéticamente: los hombres dominan y las mujeres se someten. No obstante, nuestros estudios han dado resultados sorprendentes. En la actualidad tenemos cinco hepers en cautividad, todos hombres menos uno. Cuatro machos y una sola hembra. ¿Quieren apostar por quién es el líder?

—Sonríe con satisfacción.

»Éste es uno de los descubrimientos más sorprendentes. De hecho, fui yo el primero en advertir la tendencia. Incluso hace tiempo, cuando eran simples bebés, fui yo quien se dio cuenta de que la única hembra era la que parecía estar al frente de todo. Una líder natural. Hasta la fecha de hoy es, sin lugar a dudas, la cabecilla del grupo. Esperan su aprobación para todo. Si durante la caza quieren separar la cabeza del cuerpo, vayan primero por ella. Con ella fuera del mapa, el grupo no tardará en desintegrarse. Los beneficios serán abundantes a partir de ahí.

Se relame.

—Ya han visto todos a esta chica. Fue la que sacó el último número en la tele. Es evidente que eso no tendría que haber ocurrido. Nunca habríamos puesto delante de las cámaras a una hembra, y menos a una tan joven.

Conocemos el efecto que tienen estas hepers en la gente. Se suponía que iba a salir un niño, pero ella... Bueno, antes de que nos diéramos cuenta tomó el control de la situación y se puso delante de la cámara. Esa chica...

Insaliva tanto que sus palabras se hacen cada vez más viscosas. Se le acumulan las babas en las comisuras de los labios. Su mirada se hace distante, se pierde en el paraíso. Habla con una suavidad, conducido por el deseo.

—Sería deliciosa, tan...

Con una rápida sacudida de cabeza sale del trance.

—Les pido disculpas por las digresiones. El oficial que permitió que eso ocurriera

ya no está con nosotros. —Se rasca la muñeca dos veces—. Hay otros mitos —continúa—, y otros descubrimientos que les revelaremos durante los próximos días. Por ahora, absorban lo que les acabo de contar. Saquen provecho de estos conocimientos en la caza. En primer lugar, a los hepers les da miedo huir a lo desconocido y, en segundo lugar, se les puede entrenar para ser agresivos. Y no les importa que les dirija una mujer. Por lo menos, ésta no.

Cada vez se adentra más en la esquina oscura, es como si se lo tragara la negrura. Durante unos instantes no pasa nada. No se mueve ni habla nadie. Permanecemos sentados con expresión indiferente y miradas vidriosas. Esperando a que algo o alguien rompa el silencio.

Es entonces cuando lo noto. Una punzada en la nuca. Desde atrás alguien me está mirando fijamente. Lo último que debo hacer (oigo la voz de mi padre dándome instrucciones) es darme la vuelta. Moverme de forma tan brusca mientras los demás están estáticos no haría más que llamar la atención. Y, además, no la deseada, como si existiera de otro tipo...

Pero la punzada se va aguzando hasta que no lo puedo soportar. Dejo que el bolígrafo que tengo en la mano caiga al suelo. Mientras me doy la vuelta poco a poco para recogerlo, miro atrás furtivamente.

Es Ashley June, y sus ojos de un color verde mortal bajo la luz de mercurio. Está sentada justo detrás de mí. Casi me sobresalto («sobresaltarse» es el reflejo que nos hace saltar un poco cuando tenemos miedo), pero logro reprimir el impulso justo a tiempo. Bajo las pestañas hasta la mitad, un truco que me enseñó mi padre para asegurarme de que no abro los ojos demasiado, y me doy la vuelta.

¿Ha visto cómo me sobresaltaba? ¿Lo ha visto?

Alguien sube al atril. La mujer del vestido de volantes de ayer.

—¿Qué tal nos encontramos esta noche? ¿Se lo están pasando bien? —Saca un bloc de notas, le echa una ojeada y entonces nos mira con una sonrisa en los labios—. Tenemos un apretado programa para el resto de la velada. Primero daremos una vuelta por las instalaciones.

Lo que seguramente nos llevará gran parte del tiempo. Después, si el tiempo y la oscuridad lo permiten, lo remataremos con una visita a la aldea heper, a unos kilómetros del edificio principal. Si no nos da tiempo y nos acercamos al alba, tendremos que dejarlo para mañana. —Entonces nos mira uno por uno para leernos la expresión—. Por algún motivo, me parece que no van a permitir que eso ocurra. ¿Empezamos, pues?

Lo que sigue durante las siguientes horas es un recorrido excesivamente tedioso por las instalaciones. No es más que un paseo a lo largo de pasillos oscuros e interminables. Los escoltas nos siguen en silencio. En la segunda planta se alojan el personal y los cazadores, y los pasamos de largo. La tercera está dedicada a la ciencia. Por motivos obvios, está llena de laboratorios de punta a punta. Un olor a formaldehído impregna toda la planta. Aunque la guía nos habla con entusiasmo

sobre cada laboratorio, «éste se dedica a analizar pelo heper, éste estudia su risa, y este otro, su canto», es obvio que hace tiempo que cayeron en desuso.

—Todo esto es una estupidez, ¿no te parece?

—¿Disculpe? —Me vuelvo hacia el señor mayor que tengo a mi lado, uno de los cazadores. Nos encontramos en un laboratorio que se había utilizado para analizar pelo y uñas de heper. El hombre se está inclinando sobre mí; su cuerpo demacrado es como un lápiz roto. Tiene la cabeza ladeada sobre una muestra de uñas que hay en una vitrina. Su calva tiene tanto brillo y tan poco pelo como la placa, pero cerca de la frente está moteada con marcas de la edad. Se ha peinado unos mechones a través de la calva, como hileras de nubes tapando la luna. Estamos solos al fondo del laboratorio. Todos los demás se concentran en la parte delantera, donde parece que hay muestras más interesantes.

—Una estupidez —susurra.

—¿Las uñas?

Niega con la cabeza.

—Toda esta visita. La etapa de entrenamiento.

Lo miro de reojo. Es la primera vez que lo veo de cerca, y es mayor de lo que creía. El pelo es más ralo, tiene arrugas más pronunciadas, la curva de la espalda más marcada.

—¿Qué necesidad tenemos de entrenar? —Tiene una voz áspera—. Dadnos ya a los hepers. Los devoraremos en un momento. No necesitamos entrenamiento. Tenemos nuestro instinto, y el ansia. ¿Qué más necesitamos?

—Dar espectáculo.

Ahora es él quien me observa. Me lanza una mirada breve pero absorbente. Siento que su cerebro me succiona. Y después, su aprobación.

Lo observo desde ayer por la noche. Me llama la atención, y yo sé el motivo. No quiere estar aquí. El resto de cazadores —menos yo, como es obvio— están exultantes. Literalmente, les ha tocado la lotería. En cambio, éste arrastra los pies, y sus ojos no brillan con el mismo regocijo que los demás. Todo en él grita a voces que tiene sus reservas. En resumen, reúne todas las características que yo siento. Me viene una idea a la cabeza, pero la descarto de inmediato. No hay ninguna posibilidad de que sea heper. Si lo fuera, como yo, estaría ocultando esos sentimientos, como yo, y no dejaría que los trapos sucios salieran a la luz y que todos los demás lo vieran.

Mientras le estudio, su paso artrítico ha ido empeorando con la edad, me doy cuenta de por qué está tan huraño. Sabe que no tiene ninguna oportunidad. Especialmente con los cazadores más jóvenes, que serán más veloces que él, y no les costará nada superarlo con las armas. Para cuando llegue a los hepers, ya ni siquiera quedarán huesos que roer. Esta caza es una tortura para él. Estar tan cerca y, a la vez, tan lejos. No me extraña que esté amargado. Es un hombre famélico en un banquete en el que sabe que al final no quedarán ni migas en el suelo para comer.

—Aquí pasan muchas más cosas de las que nos enseñan —afirma mientras sigue

inclinado sobre la vitrina.

Yo no sé muy bien qué responder, así que espero que continúe, pero no lo hace. Se arrastra hasta la parte delantera del laboratorio y se une al resto dejándome solo.

Después de recorrer los laboratorios del segundo piso, nos llevan al tercero. Lo atravesamos rápidamente. No hay más que una serie de aulas que no se utilizan, con las sillas encima de los escritorios. Al fondo se encuentra el auditorio. Echamos un vistazo desde la puerta. Huele a polvo y humedad. Nadie se aventura a entrar, así que seguimos el camino.

Y llegamos al último piso, el cuarto. El centro de control ocupa toda la planta. Hay un griterío considerablemente diferente a la falta de animación del resto de pisos. Está claro que es el punto neurálgico de toda la operación. Los numerosos ordenadores y las pantallas de televisión resplandecen de punta a punta. El personal va de un lado a otro con carpetas, y se desplaza enérgicamente entre escritorios, cubículos y ordenadores. Son todo hombres, que visten americanas de color azul marino con solapas puntiagudas y aberturas dobles, pero entalladas y prácticas. En la parte de delante de la chaqueta llevan tres botones que emiten una tenue luz de mercurio. Sienten curiosidad por nosotros y les pillo echándonos miradas furtivas. Al fin y al cabo, somos los cazadores de hepers. Somos los que conseguiremos probar su carne y su sangre.

En lugar de paredes de cemento, hay unos grandes ventanales que van del suelo al techo y dan una panorámica del exterior de prácticamente 360 grados. Desde aquí arriba es como si nos cerniéramos sobre las llanuras iluminadas por la luna que tenemos debajo.

El grupo se desplaza hasta las ventanas que dan al este. Al Domo. Todos los quieren ver. Parece pequeño a lo lejos, como una canica partida por la mitad que luce tenuemente entre las estrellas.

—No hay nada que ver —nos informa un escolta—. Lo único que hacen de noche es dormir.

—¿No salen?

—De noche, casi nunca.

—¿No les gustan las estrellas?

—No les gusta que la gente los mire. Observamos en silencio.

—Es como si supieran que los estamos viendo —susurra un cazador.

—Apuesto a que hay un grupo que nos mira a nosotros desde dentro de esas cabañas. Justo ahora, mientras hablamos.

—Ahora están durmiendo —corta un escolta.

Todos nos inclinamos hacia delante, con la esperanza de atisbar el menor movimiento. Sin embargo, todo permanece en calma.

—He oído que el Domo se abre cuando sale el sol.

Los escoltas se miran entre ellos, sin saber si tienen permiso para responder.

—Sí —nos cuenta uno—, hay censores de luz solar que lo activan. Se eleva dos

horas antes del crepúsculo y vuelve al suelo una hora después del alba.

—Entonces, ¿no hay ninguna manera de abrirlo manualmente? —pregunta Ashley June—. ¿Desde aquí? ¿Con un botón o una palanca que lo accionen?

Se produce un silencio intenso y prolongado.

—No, todo es automático —dice un escolta—. Nos han quitado todo el control. —Iba a añadir algo, pero se muerde la lengua.

—¿Tiene prismáticos?

—Si pero no hay nada que ver. Los hepers duermen.

Todo el mundo está tan ensimismado con el Domo que no advierten que Ashley June se separa del grupo. Menos yo, la sigo con el rabillo del ojo y vuelvo la cabeza cuando desaparece de mi vista.

Se dirige hacia el fondo de la sala, donde hay tres filas de monitores de seguridad en la pared. Debajo hay un empleado que mueve la cabeza de un lado a otro y de arriba abajo repasando los monitores. Se acerca a él, poco a poco, hasta que unos mechones del pelo le rozan la frente.

Él se desplaza a la derecha con rapidez. Ella, a su vez, se rasca la muñeca a modo de disculpa, asegurándose de que quede como algo accidental y momentáneo. Él se da la vuelta en su asiento para verla de frente, y después se levanta. Tiene cara de niño y carece de experiencia, a sus ojos soñolientos les cuesta un poco entender que tienen delante: una chica bella y joven. Este hombre, cuyo mundo se compone de un interminable aluvión de pantallas digitales, queda desconcertado con la repentina intrusión de carne. Ashley June se rasca más la muñeca en un intento de hacerle sentir cómodo. Al cabo de un momento, él empieza a rascarse también. Al principio con prudencia, pero luego cada vez más rápido. Sus ojos empiezan a ver mejor y brillan.

Ella le dice algo, pero estoy demasiado lejos para oírlo. Él contesta, le empieza a correr la energía por el cuerpo, y señala varios monitores. Ella, inclinando el cuerpo ligeramente hacia las pantallas, le hace otra pregunta. Cada vez está más cerca del hombre. Él se da cuenta y, cuando le contesta, hace un gesto de entusiasmo con la cabeza.

No hay duda de que se le da bien coquetear. Además, está tramando algo.

Entonces levanta su largo brazo y señala uno de los monitores. Lo eleva sin esfuerzo, como el punto de la exclamación al final de una frase que dice:

«¡Soy guapísima!». Es el brazo que me ha hipnotizado durante todos los años en que me he sentado detrás de ella. Sobre todo, en los meses de verano, cuando llevaba camisetas sin mangas y podía ver sus maravillosas formas torneadas. No eran ni muy delgadas ni muy gruesas, tenían justo las medidas perfectas, e irradiaban gracia y seguridad. Hasta las suaves pecas que le salpican el brazo y desaparecen bajo la camiseta son más seductoras que imperfectas.

Poco a poco avanzo hacia ella y me coloco detrás de una columna miro a escondidas y veo que se ha acercado más a él. Por encima de los dos, las imágenes de

las cámaras de seguridad brillan desdibujadas. Por lo menos la mitad se centra en el Domo.

—Es increíble que funcionen todo el tiempo.

—Durante veinticuatro horas, los siete días de la semana —contesta él, orgulloso.

—Y ¿hay alguien controlando siempre los monitores?

—Bueno, antes siempre había una persona, pero se hizo... Hubo un cambio de política.

Se produce una pausa larga.

—Venga, vamos, puedes contármelo —lo anima.

—No se lo digas a nadie —advierte el empleado en voz baja.

—No lo haré.

—Hubo algunos trabajadores que se quedaban tan absortos con las imágenes que...

—¿Sí?

—Perdían la razón. Se volvían locos de deseo y corrían hacia el Domo.

—Pero ¡si está cerrado!

—No, no lo entiendes. Iban de día.

—¿Cómo?

—Justo desde este asiento. En un momento estaban mirando los monitores y, al siguiente, se encontraban corriendo por la escalera hacia la salida de emergencia.

—¿Hasta con el sol ardiendo?

—Fue como si se hubieran olvidado. O ya no les importara. —Hace otra pausa—. Por eso cambiaron la política. Primero se prohibieron las grabaciones, porque había copias ilegales circulando por las calles. Y, en segundo lugar, ahora todo el mundo tiene que abandonar el edificio antes del amanecer.

—¿No hay absolutamente nadie de día?

—No sólo eso. Mira esto: las ventanas no tienen persianas. Las quitaron. Ahora el sol entra de día. Aquí no hay nadie después del alba. Nadie.

Se produce un silencio, y entonces creo que se ha terminado la conversación, pero, de repente, ella vuelve a hablar.

—Y ¿qué es ese gran botón azul de allí?

—La verdad es que no te lo puedo decir.

—Vamos, conmigo no hay peligro.

Otro silencio.

—Como con el resto de información que me has dado, y todas las cosas por las que te podrían echar por habérmelas contado. No te preocupes —le dice, con tono de amenaza.

—Es el botón de cierre —confiesa secamente después de un momento.

—¿Qué significa?

—Cierra por completo el edificio. Todas las entradas y ventanas. No hay posibilidad de salir una vez se ha activado el botón. Hay que pulsarlo para encender

el sistema, y volver a pulsarlo para cancelarlo.

Su voz queda ahogada cuando el grupo, que se ha movido de las ventanas, se acerca murmurando hacia los monitores, en el fondo de la sala. De manera subrepticia, me reincorporo con la masa. Nadie ha advertido mi ausencia. O eso creo yo.

Cuando llegamos a los monitores, el empleado ya ha vuelto a su asiento y mueve la cabeza de arriba abajo y de un lado a otro. Uno de los escoltas explica la función de estas pantallas y cómo las cámaras cubren la entera totalidad del instituto. Pero nadie le escucha, todo el mundo mira fijamente las imágenes del Domo. Siguen buscando hepers.

Menos yo, que miro a Ashley June.

Se ha vuelto a apartar del grupo y está dando vueltas. O, por lo menos, lo hace ver. Hay algo en su porte, quizá la manera en que ladea la cabeza para leer los documentos en las mesas o cómo se agacha al pasar por el panel de control repleto de interruptores y botones, que parece decidido y resuelto. Además, intenta pasar desapercibida, pero eso es prácticamente imposible. Es una cazadora de hepers, es mujer, y es bonita. Es como si te vertiera aceite caliente en el cerebro. En poco tiempo todos los empleados a su alrededor se han dado cuenta. Ella también lo advierte y desiste. Vuelve con nosotros a los monitores con la cabeza alta. Se queda muy quieta, inmóvil, e indescifrable.

La observo desde atrás. El pelo le cae oscuro por la nuca con un tenue destello. Está tramando algo para llevar a cabo en el centro de control, no me puedo quitar esa idea de la cabeza. Busca información. Espera una confirmación. No estoy seguro. Pero lo que sí sé es que participa en un juego que los demás ni siquiera sabemos que ha empezado.

Esta noche la comida se sirve tarde; es la medianoche pasada cuando nos conducen hasta un gran vestíbulo en la planta baja y nos sitúan en una mesa circular. Ninguno de los escoltas se sienta con nosotros sino que se retiran a su propia mesa en la oscuridad periférica. Sin su presencia invasora, los cazadores nos sentimos a gusto: relajamos la espalda, y hablamos más entre nosotros. La comida ofrece la primera oportunidad que tengo de conocer a los otros.

De lo que hablamos primero es del menú. Hay carnes que no hemos probado nunca, y que sólo conocemos por haber leído sobre ellas o haberlas visto en documentales televisivos. Liebre, hiena, suricata, rata canguro... Carne fresca de las Vastas. El plato estrella es algo muy especial: guepardo, un plato que suelen comer los oficiales de alto rango en las bodas. Es un animal difícil de cazar, pero no por su velocidad, hasta la persona más lenta corre más que un guepardo, sino por su rareza.

Como es evidente, todos los platos se sirven sangrando. Comentamos la textura de las diferentes carnes en nuestro paladar. Se trata de un sabor superior al de las carnes sintéticas a las que estamos acostumbrados. La sangre nos cae por la barbilla hasta las copas de goteo que tenemos colocadas debajo. Al final de la comida nos

beberemos el caldo frío compuesto por la sangre animal.

Lo que más necesito es agua, y no hay en la mesa. Ya hace más de una noche que bebí por última vez en mi casa, y empiezo a notar lo deshidratado que estoy. Siento la lengua seca como si me hubiera metido una bola de algodón en la boca. Durante la última hora más o menos he empezado a sentirme mareado. Mi copa de goteo se va llenando de sangre mezclada. Me la tendré que beber porque es lo suficientemente líquida y acuosa. Más o menos.

—He oído que te han colocado en la biblioteca —me interpela un hombre de unos cuarenta años, fornido y de espalda ancha, que se sienta a mi lado. Es el presidente de la SPTHC (Sociedad para la protección y Trato Humano de los Caballos). Su abdomen prominente se eleva por encima de la mesa. Lo llamaré «Befy», es decir, «Fornido».

—Sips —le digo—. Es un palo tener que caminar por fuera. Seguro que vosotros estáis aquí todo el día de fiesta, mientras yo estoy encerrado, solo y aburrido como una ostra.

—Lo que me fastidiaría es que dieran el toque de queda cuando sale el sol —confiesa, con la boca llena de carne—. Tener que dejar a todo el mundo de inmediato, y verme forzado a irme. Además, andar solo por ahí fuera, rodeado de desierto y de luz del sol durante el día.

—Pero tienes un montón de libros —dice Ashley June, que está sentada a mi lado, y se une a la conversación—, no sé de que te quejas. Puedes estudiar técnicas de caza y ayudarnos.

Veo que el hombre mayor y demacrado a quien conocí en el laboratorio se rasca ligeramente la muñeca. Se embute un trozo de hígado de hiena en la boca. Lo llamaré «Gaunt-Man», es decir, «Demacrado».

—He oído —añade otra cazadora— que la biblioteca pertenecía a un científico independiente que tenía unas teorías bastante disparatadas sobre los hepers.

Una mujer que se conserva bien para su edad —debe de rondar los treinta y cinco, una edad peligrosa— se sienta enfrente de mí. Prácticamente no aparta la vista del plato cuando habla. Su pelo de color negro azabache y engominado le enmarca la barbilla angular. Tiene una boca voluptuosa de color carmesí debido a cómo le gotea la sangre de la carne. Es como si fueran los propios labios los que le sangraran en abundancia. Cuando habla, los separa de tal manera que parece que no se quiera molestar en mover una parte. Como si hiciera una mueca. Se me ocurre el siguiente nombre: «Crimson Lips» (Labios Carmesí).

—¿Dónde lo has oído? —le pregunto.

—Entonces levanta la vista del plato sangriento y me sostiene la mirada, evaluándome.

—¿El qué? ¿La biblioteca? Porque yo he preguntado por ti —dice con voz neutra y difícil de interpretar— y por qué te pusieron ahí. Mi escolta lo sabe todo. La verdad es que cuando le das pie, habla mucho. Me lo contó también para que dejáramos de

compadecerte, por la gran vista que tienes.

—La misma que vosotros. Sólo que estoy en el quinto pino.

—¡Sí, pero tú estás más cerca! —exclama Beefy mientras escupe sangre por la boca y le deja la barbilla moteada. Un trozo de hígado de conejo a medio masticar sale volando y aterriza cerca del plato de Crimson Lips. Antes de que el hombre se mueva, ella lo atrapa y rápidamente se lo mete en la boca. Él le lanza una breve mirada de furia antes de retomar la conversación—. Estás más cerca del Domo. Y de los hepers.

Entonces se vuelven a mirarme.

Muerdo con rapidez un gran trozo de carne. Me pongo a masticas lentamente, a propósito, para ganar tiempo. Me rasco la muñeca con rapidez.

—Nos separa más o menos un kilómetro de luz. Y, de noche, un domo de cristal impenetrable me aísla de ellos. Es como si estuvieran en otro planeta.

—Ese lugar está maldito —afirma Crimson Lips—. Me refiero a la biblioteca. Al final acabas por volverte chiflado. Por la proximidad. Estás tan cerca que es como una tortura. Puedes olerlos, pero no llegar a ellos. Todos los que han pasado por allí han acabado enloqueciendo tarde o temprano. Más bien temprano.

—He oído que eso fue lo que le pasó al científico —asegura Beefy—. Una noche, le entraron las ansias. Fue hace unos meses. Se aventuró a salir al anochecer, y se fue directo al Domo. Puso la cara contra el cristal, como un niño en una tienda de chuches. Se le fue la noción del tiempo, y entonces..., bueno...

¡Hola, sol! —Se encoge de hombros—. Por lo menos, ésa es la teoría. Nadie vio cómo ocurrió. Se encontraron una pila con su ropa a medio camino entre la biblioteca y el Domo.

—Por lo que me han contado, es lo mejor que pudo haber ocurrido —declara Crimson Lips—. Era un completo inútil. Analizaron sus investigaciones después de que desapareciera. Los cuadernos y diarios estaban llenos de basura.

Llega el postre: helado. Una de las pocas comidas con las que no tengo que fingir apetito. Lo devoro, y sólo me controlo un poco cuando siento un pinchazo en la frente. El resto de cazadores siguen atiborrándose, sobre todo los dos que tengo sentados a mi izquierda.

Son universitarios veinteañeros. Él estudia Educación Física (y por eso lo llamaré «Phys–Ed»), y ella, no lo sé. En los dos el físico tiene una importancia indiscutible. Él es muy musculoso, aunque no alardea de ello. Ella, en cambio, es más exhibicionista; lleva una ropa atrevida que muestra sus abdominales; así pues, la llamaré «Abs». Además, los dos son muy atractivos; su piel cristalina, tienen narices aguileñas y pómulos altos. Tanto Phys–Ed como Abs tienen una vitalidad que deja patente que su fuerza y agilidad son naturales. Además, ambos rebosan una inteligencia vivaz. Suelen sentarse al fondo en las reuniones de grupo, como ahora en la comida; sin embargo, siempre están alerta, absorbiendo todo aquello que pasa a su alrededor. Eso sí, algo queda claro de inmediato: son los rivales más peligrosos. Uno

de ellos ganará la caza, y el otro se terminará los restos de hepers que sobren. No me extraña que Gaunt–Man esté descontento.

Frilly Dress, con su vestido de volantes, surge de la nada, y su voz chillona resuena por todo el vestíbulo como un plato hecho añicos:

—¿A que hemos disfrutado de una comida estupenda? —nos pregunta. Es obvio que ella sí. Aún le cae la sangre fresca por la barbilla—. Ha llegado el momento de que pasemos a la siguiente parte de la visita. La verdad es que hemos ido tan rápido que ya casi no nos queda nada del plan de hoy. Madre mía, tendrían que ir un poco más lentos. ¡A esta velocidad de vértigo no aprenderán nada!

Pillo a Gaunt–Man mirándome con complicidad. Como diciendo: «¿No te lo dije? Todo esto es tan sólo un ejercicio trivial y sin sentido».

—Entonces —continúa Frilly Dress— lo único que nos queda en el itinerario de esta noche es la visita al Domo, que será un auténtico gustazo. Aunque ya les aviso, lo más probable es que no veamos a ningún heper, ya que a esas horas duermen, pero su olor allí es realmente turbador. Para morirse, vamos.

Se oyen crujidos de cuello en la mesa.

—¿Vamos?

Con esto, todos nos levantamos y esperamos a los escoltas. Y entonces nos ponemos en marcha.

Sé que estamos emocionados y deseosos por cómo forzamos el paso al bajar la escalera, la energía con la que abrimos las puertas de la salida de emergencia, la cara de entusiasmo que se puede ver incluso en Gaunt–Man, y las vibraciones minúsculas y espasmódicas de nuestras manos.

Nadie habla, como si lo hubiéramos acordado de manera tácita. En silencio, pisamos primero el suelo duro de mármol y, después, una vez en el exterior, el camino de ladrillos, que es más suave. Incluso cuando pasamos por la biblioteca, nadie dice nada. Sólo Gaunt–Man mira hacia el interior con curiosidad y después a mí, quizá preguntándose por qué, de todos ellos, me han escogido a mí para alojarme aquí. Cuando se termina el camino y pisamos la polvorienta gravilla de las Vastas, es como si nadie se atreviera ni tan siquiera a respirar. Estamos sin habla.

—Nunca pasa de moda —confiesa por fin un escolta. Y con eso, el paso se fuerza aún más. Me preocupa que el entusiasmo colectivo termine por hacerles correr. No les falta mucho para empezar. Si lo hacen, quedaré al descubierto, porque no sé correr; por lo menos, no tan rápido como ellos. No tengo ni la mitad de velocidad ni de resistencia. Aún recuerdo cómo, en primero, todos mis compañeros me pasaban zumbando, y lo único que podía hacer era caminar lenta y pesadamente, como si estuviera dentro de una tina de mercurio. Mi padre siempre me decía que me cayera, que fingiera un tropiezo y me torciera el tobillo. Entonces podría sentarme.

—Oye —digo, sin mirar a nadie en concreto—, no hay ninguna manera de que podamos entrar en el Domo, ¿no?

—Nop —contesta mi escolta.

—Seguramente ni siquiera veremos hepers, ¿no?

—Nop. A estas horas están durmiendo.

—Así que veremos exactamente lo mismo que ahora, pero ¿más cerca?

—¿Qué?

—Bueno, sólo se ven cabañas de barro, un estanque, las cuerdas de la colada y ya está, ¿no?

—Sip.

—Qué aburrido —digo con osadía.

Pero el grupo se lo traga, por lo menos lo suficiente como para aplacar su entusiasmo. Reducen el paso. Diez minutos después nos aproximamos al Domo. A medida que nos acercamos, me sorprenden sus grandes dimensiones. Se eleva por encima de nosotros, y cubre mucha más superficie de la que había imaginado. Crimson Lips, que camina delante de mí, empieza a contraerse. Abs eleva los hombros, que se le agarrotaron de la emoción. Phys—Ed, que camina a su lado, alza la nariz en el aire para olfatear.

—Los huelo. Huelo a heper —exclama Gaunt—Man con una voz áspera que explota en medio de la quietud nocturna. Hay más cabezas que crujen y que apuntan la nariz arriba en busca de olores.

Cuando nos encontramos a unos cuarenta metros, no lo soportan más y se van en estampida. Yo intento ir detrás de ellos, y corro todo lo más rápido que puedo. Los veo borrosos; constituyen una colección fortuita de animales salvajes de masas oscuras y bordes grises. Saltando con las piernas y los brazos como un molinete. Sus movimientos desordenados y sin gracia, un surtido aleatorio de cortes, saltos y brincos.

Cuando los alcanzo, ya están todos contra el cristal, demasiado concentrados en el Domo como para darse cuenta de que he llegado tarde. En el interior hay diez cabañas de barro que se esparcen de manera uniforme por el recinto. Están agrupadas cerca de un estanque, que es extraordinario. En primer lugar, por su mera existencia en medio del desierto, pero también por el círculo perfectamente simétrico que dibuja. Sin duda lo ha construido el hombre.

Al lado de la genialidad tecnológica del estanque y el Domo, las cabañas de barro parecen reliquias prehistóricas. Las paredes están llenas de huecos y las ventanas son pequeñas y sin marcos. Cada cabaña se sienta sobre dos filas de piedras rectangulares que se han encajado de manera tosca.

—No se ve nada —dice Beefy.

—Lo más probable es que estén todos durmiendo —le explica un escolta.

—Pero inspirad, puedo olerles. El olor es más fuerte de lo normal —dice mi escolta a mi lado.

—Sólo un poco —le responde otro que está en la otra punta.

—Mucho más que eso —insiste mi escolta—. Es muy fuerte esta noche. Deben de haber estado corriendo y sudando un momento antes. —Entonces frunce el ceño,

se vuelve en mi dirección y vuelve a oler—. Es muy fuerte esta noche. Qué raro.

Me obligo a permanecer tranquilo. Soy yo el que emite el olor, lo sé, pero no me puedo mover ni hacer nada drástico. Por ello intento distraerles con una pregunta:

—¿Qué profundidad tiene el estanque?

—No estoy seguro —responde—. Supongo que la suficiente para ahogarse. Pero ningún heper lo ha hecho. Esas cosas son como peces.

—Es imposible que el estanque sea natural —añado.

—Tenemos a un genio entre nosotros —dice Gaunt-Man. Después escupe al suelo polvoriento.

—¿Es poroso el Domo? —pregunta de repente Abs. Ha estado tan callada que me cuesta un poco darme cuenta de que esa voz tan bonita es suya—. Porque huelo a heper. Es mucho mejor que los aromas artificiales que venden.

—Sí que parece que es más intenso durante los últimos minutos —añade Phys-Ed.

—Tiene que serlo. ¡Puedo olerlos! —asegura entusiasmada Abs.

—No lo pensaba, pero el aire está realmente cargado de su olor —dice distraído mi escolta—. Hace casi ocho horas que era de día. No debería haber tanto olor aún. —Sus fosas nasales van cada vez más rápido, se le hinchan con una alarmante humedad y empiezan a orientarse hacia mí, como ojos que se dilataran al darse cuenta de algo.

Me alejo del grupo.

—Voy a dar una vuelta alrededor del Domo para ver si se puede ver algo desde el otro lado.

Por suerte, nadie me acompaña. En el otro extremo, escondido por las cabañas de barro, me escupo en las manos y empiezo a frotarme las axilas con vigor. Es bastante asqueroso, pero también lo es la alternativa de que me despedacen.

Cuando vuelvo al grupo, están listos para regresar.

—Ya se ha ido el olor —dice Gaunt-Man con cara de pena—, y aquí no hay nada que ver. Los hepers están durmiendo.

Empezamos el camino de vuelta y el desaliento nos hace arrastrar los pies. Nadie dice una palabra. Me quedo al final por la dirección del viento.

—Hay estrellas esta noche —me dice alguien. Se trata de Ashley June.

—Demasiado brillante, para mi gusto.

Se rasca la muñeca con un gesto ambiguo, mirando hacia arriba.

—Esos hepers parecen animales de zoo —observa— que durmieran todo el tiempo.

—El escolta dice que son tímidos.

—Animales estúpidos —espetta—. Ellos se lo pierden.

—¿Por qué?

Me sorprende que reduzca el paso hasta quedarse a mi lado.

—Piensa en ello —me dice con voz agradable—. Cuanto más sabe la presa sobre

el cazador, más ventaja estratégica tiene. Si esas bestias estuvieran despiertas, sabrían cuántos somos, cuántos hombres, cuántas mujeres, nuestras edades...

—Estás dando por sentado que saben que habrá una caza.

—Tienen que saberlo. Les han dado armas.

—Eso no quiere decir nada. Además, «la ventaja estratégica» no les ayudará ni una pizca. Sea como sea, la caza habrá terminado en dos horas.

—Una, si yo puedo ocuparme de ello —susurra. Queda claro que sólo quiere que lo oiga yo.

La miro de reojo. Desde que hemos llegado al Instituto de Hepers, ha sido menos arrogante y ha ido menos de estrella que en el colegio. Prácticamente no ha llamado la atención. Sí lo ha hecho por su atractivo, pero no ha alardeado de ello como suele hacer.

La brisa se cuele por las Vastas, y hace que sus mechones de pelo le rocen las mejillas. Su mirada, endurecida por la fría luz nocturna, parece inquieta. De repente se agacha a atarse el lazo del zapato. Yo me paro a esperarla. Ella se toma su tiempo; se desata el otro zapato y lo vuelve a atar. Cuando se levanta, el grupo ha avanzado bastante.

—¿Sabes? Me alegro de que estés aquí —me dice con suavidad—. Es tan agradable tener un... amigo.

El sonido del viento desierto llena el silencio entre nosotros.

—Creo que deberíamos aliarnos —me ofrece—. Me parece que nos podemos ayudar mucho.

—Trabajo mejor solo. Entonces ella hace una pausa.

—¿Seguiste de cerca la caza de hace diez años? Niego con la cabeza.

—No, es que entonces era tan sólo un niño. No recuerdo demasiado —miento. Lo recuerdo todo a la perfección: cada sonido, cada grito.

—Pues bien, yo la he estudiado mucho. Religiosamente. Para mí ha sido como una obsesión durante años. He leído libros, me he suscrito a revistas, he rastreado la biblioteca hasta encontrar cualquier información por pequeña que fuera, y he escuchado las entrevistas radiofónicas que les hicieron a los primeros concursantes. Todo lo que puedas aprender durante los próximos cinco días, yo ya lo sé. Desde hace años.

—Va bien saberlo —añado sin entender muy bien adónde va esta conversación. Pero la verdad es que no miente. Ha sido miembro de todo tipo de sociedades y clubs heper en el colegio.

—Mira, esto es un secreto a voces. Mucha gente de aquí ya lo sabe, pero parece que tú no tienes ni idea, así que déjame que te lo explique. La clave es aliarse. El ganador siempre sale de la alianza más fuerte. Siempre. Fue así en la última caza, y también con el resto. Si te unes a la persona indicada, te irá bien. Así de simple.

—¿Por qué no te asocias con otro cazador? Con alguien que sea mejor rival que yo. Los dos hombres parece que tienen muchas artimañas, la mujer parece que sabe

desenvolverse bien, y los dos universitarios son imponentes físicamente.

—Es una cuestión de confianza. Aquí eres el único en quien puedo confiar.

—No sé.

—Mira —me dice colocándome una mano en el pecho que me hace detener—. Puedes intentarlo solo, y no tener ninguna oportunidad, o puedes unirme a mí, y juntos podemos conseguir algo. Pero si vas sin ningún plan, saldrás con las manos vacías.

Tiene razón, pero no de la manera que ella cree. Porque yo, más que nadie, sé que si no tengo un plan, pierdo. Y no sólo la caza, sino mi vida. Sin estrategia, se revelará lo que soy.

Pero sí tengo un plan, y es muy simple: sobrevivir. Ya está. No llamar la atención durante las próximas cinco noches. Y después, la noche previa a la caza, fingir una lesión. Una pierna rota. En realidad, algo más que fingir, tendré que romperme la pierna de verdad. Armaré un escándalo por la mala suerte que he tenido que me impide participar. Me pelearé con los de administración mientras los cazadores se alejan y yo permanezco en la cama con la pierna escayolada. Y, después, seguiré con mi vida. Así que sí, tiene razón: necesito un plan. Pero ya lo tengo, aunque no implique unirme a ella.

—Mira, lo entiendo, pero trabajo mejor solo.

Me da la impresión que veo un destello en su mirada, como si se rompiera algo.

—¿Por qué sigues haciéndome esto?

—¿Qué?

—Alejarme de ti. Todos estos años.

—¿De qué hablas? Ni siquiera nos conocemos.

—Y... ¿por qué es eso? —me pregunta, y entonces acelera el paso para alcanzar al grupo. Su pelo ondea con la brisa.

A pesar de no estar del todo convencido, empiezo a ir más rápido para alcanzarla.

—Espera, escucha. —Se vuelve para mirarme, pero sigue caminando—. Deberíamos hablar. Tienes razón.

—Vale —responde tras una pausa—. Pero aquí no. Hay demasiados entrometidos. Paremos en la biblioteca.

A nuestros escoltas no les gusta la idea en absoluto.

—No se permite ninguna desviación con respecto al protocolo —recitan ambos casi al unísono. No les hacemos caso. Cuando el grupo pasa por delante de la biblioteca, nos separamos y entramos. Los escoltas, ofendidos, nos siguen al interior. Saben que apenas pueden hacer nada para detenernos.

Atravesamos el recibidor y nos paramos en el mostrador de préstamos.

Los escoltas siguen a nuestro lado. Nos miramos.

—Bueno —le digo a Ashley June tras un buen rato—, esto es un poco extraño.

Ella inclina la cabeza hacia mí y parece poner una mirada picaresca.

—Hazme un tour —me propone. Después mira mal a los escoltas—. Pero solos. —Se aleja, pasa las sillas y mesas y se introduce en la sección principal para observar

la decoración y el mobiliario—. Así que éste es el centro de vacaciones del paraíso terrenal del que tanto hemos oído hablar —observa de pie, encima de una alfombra floral un poco gastada que hay en el centro de la sala.

—¿Cómo puede ser? Hace unas horas, todo el mundo decía que este lugar era un infernal encierro solitario, ¿y ahora es un centro de vacaciones? No, en serio. Preferiría estar en el edificio principal —miento mientras me aproximo a ella. Por suerte, los escoltas no me siguen.

—No te gustaría, créeme. Las riñas constantes, las quejas, la trivialidad, el control, el acoso... Y esto sólo entre los empleados. Es un ambiente muy opresivo. A mí no me importaría alejarme de todo eso. Y de todas las preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Sobre ti. La gente se pregunta por qué te han separado, por qué te dedican el mejor tratamiento. Como saben que vamos juntos al colegio, imaginan que te conozco bien. Me han estado acribillando, bombardeando, mejor dicho, con preguntas sobre ti. Cómo eres, tu pasado, si eres o no inteligente... Así ad náuseam.

—¿Y qué les dices?

Nuestras miradas se encuentran. Primero, con una expresión seria, pero después con una dulzura que me sorprende. Camina hacia los ventanales, el punto más alejado de los escoltas, y me hace una seña. La sigo hasta allí. Y ahora, lejos de los escoltas, sólo estamos los dos, bañados por la luz de la luna. Tenemos el pecho menos comprimido, y el aire es más ligero.

—Les digo lo que sé —me responde mirando por la ventana y después a mí. Sus ojos, inundados por la luz de la luna, irradian un brillo especial. Sus iris se ven claros y definidos—. Que no es mucho. Les cuento que eres una especie de enigma, un chico solitario, que no te relacionas demasiado con la gente. Que eres listo. Que, aunque todas las chicas suspiran por ti, no has salido nunca con ninguna. Me preguntan si hemos estado juntos alguna vez, y les digo que no.

La miro a los ojos. Ella me sostiene la mirada con una especie de desesperación tranquila, como si tuviera miedo de que la aparte demasiado rápido. El aire que nos separa cambia de manera radical, no sé cómo explicarlo. Siento como un acelerón y, después, una suavidad reconfortante.

—Ojalá pudiera contarles más —susurra—, ojalá te conociera mejor. —Hace caer su cuerpo contra la ventana, como si de repente se sintiera cansada debido a un peso invisible.

En ese movimiento, como una especie de rendición, que rompe algo en mi interior. Como el hielo que se agrieta el primer día de primavera. Pálida bajo la luz de la luna, su piel es como alabastro resplandeciente. Tengo el deseo repentino de recorrer sus brazos con mis manos para sentir esa fría suavidad. Durante un rato miramos al exterior. No se mueve nada. Un rayo de luna cae en el Domo distante y la engalana con un manto de destellos.

—¿Por qué ésta es la primera vez que hablamos de verdad? —Se endereza, y se

recoge unos mechones detrás de la oreja—. Siempre he querido tener algo así contigo, tienes que haberte dado cuenta. Creo que hemos hecho caso omiso a un centenar de momentos como éste.

Miro afuera, incapaz de mirarla a los ojos. El corazón me late más rápido de lo que lo ha hecho en mucho tiempo.

—Te estuve esperando aquella noche lluviosa —me dice con un hilo de voz apenas audible—. Casi una hora, en la puerta principal. Me empapé. ¿Qué hiciste? ¿Salir a escondidas por la puerta de atrás? Ya hace unos cuantos años, lo sé, pero... ¿te has olvidado?

Sin atreverme a posar mi mirada sobre la suya, me concentro en las montañas del este. Lo que quiero decirle es que no me he olvidado nunca. No ha pasado ni una sola semana en la que no haya imaginado que yo podría haber tomado otra decisión. Haber salido de clase cuando sonó la campana; haber ido a buscarla a la puerta principal y acompañarla a su casa con la lluvia empapándome los pantalones. Chapoteando entre charcos, con las manos entrelazadas cogiendo el paraguas totalmente inútil con ese chaparrón, pero sin que el hecho de mojarme me importara lo más mínimo.

Sin embargo, en lugar de hablarle, oigo la voz de mi padre. «No te olvides nunca de quién eres.» Y, por primera vez, me doy cuenta de lo que quería decir. Tan sólo era otra manera de decir: «No te olvides nunca de quiénes son».

No digo nada, me limito a mirar las estrellas con sus luces parpadeantes en extrema soledad. Están tan cerca, su luz se roza, se solapa; pero su proximidad es puramente ilusoria porque en realidad están muy lejos, separadas por un vacío infranqueable de mil millones de años luz.

—Me parece que... No sé de qué hablas. Lo siento.

Al principio no responde. Entonces, de repente, sacude la cabeza, y su cabello caoba le tapa la cara.

—Esta noche la luz brilla demasiado. —Con voz frágil cambia de tema y se coloca unas grandes gafas de luna ovaladas—. No soporto que haya luna llena.

—Alejémonos de las ventanas —le propongo, y nos vamos hacia la alfombra, donde los escoltas ya pueden oírnos.

Estamos frente a frente, y es un poco extraño. Mi escolta da un paso adelante.

—Tenemos que volver con el grupo. Es la hora de cenar.

La mayoría estamos agotados durante la cena. Estamos demasiado cansados como para mantener ninguna conversación que no sea insustancial. El ambiente dista mucho de la tertulia que hemos tenido durante la comida. Me preocupa mi olor corporal, y me huelo las axilas de vez en cuando. Consciente de mi proximidad a los demás, como rápido. Gaunt-Man, que se sienta a mi lado, tiene tics. No dice nada, pero en un par de ocasiones, sus fosas nasales se agrandan en mi dirección.

Al otro lado se sienta Ashley June. Soy consciente de todos sus movimientos: la cercanía de su codo con el mío, cada vez que coge o deja sus cubiertos, el vaivén de

su cabello cuando se hace una cola de caballo para que el pelo no le caiga sobre las copas de goteo. Pero sobre todo, he advertido su silencio. Siento un fuerte impulso de mirarla. Y, a la vez, de alejarme de ella, para que no me huela.

Hacia la mitad de la comida estoy más preocupado por mi olor. Y cuanto más nervioso me pongo, más huelo. Necesito realizar una salida rápida y que no levante expectación. Me pongo de pie y, de repente, todos los ojos de los comensales se posan en mí. Separándome de la mesa, busco a mi escolta, que se encuentra en algún lugar de la oscuridad que nos rodea. Unos instantes después, aparece desde atrás.

—¿Va todo bien?

—Sí, perfectamente. Pero debería volver a mi habitación. Me preocupa la salida del sol.

Mira su reloj.

—No sale hasta dentro de una hora.

—Aún así, tengo tendencia a preocuparme por todo. No quiero correr el riesgo de que se adelante y me pille fuera. —Nadie de la mesa nos quita la vista de encima.

—Se lo aseguro, nuestros cálculos horarios no fallan nunca —me explica.

Me doy cuenta de que, en realidad, ni siquiera tengo que fingir cansancio, y miro al suelo. Estoy reventado.

—Si no hay nada más planeado para esta noche, creo que me voy a retirar temprano. Estoy hecho polvo.

Noto que me mira fijamente, intentando comprenderme.

—Pero la comida... Quedan por llegar tantos platos suculentos...

Me doy cuenta de lo que ocurre, y le tranquilizo:

—Sabes que no hace falta que me acompañes. Quédate y come. Hasta que te hartes. En serio, sé ir desde aquí. Bajo dos pisos, tomo el pasillo a la izquierda, derecha, otra vez a la izquierda y, después, salgo por las puertas dobles con el emblema del Instituto.

—¿No quiere quedarse a comer el postre?

—No, en serio.

—¡Pero es que las carnes más selectas y sangrientas están aún por llegar!

—Es que estoy molido. De verdad, no te preocupes por mí.

—¿Seguro que podrá solo?

—Lo he pillado. —Y antes de que pueda dar otra objeción, me voy. Mientras camino, echo un vistazo rápido a la mesa.

Se supone que tendrían que estar comiendo y atiborrándose, haciendo caso omiso de mi conversación con el escolta. En cambio, me miran aturdidos. Desconcertados, mejor dicho. Se trata del tipo de confusión que anida en la cabeza de la gente y les hace preguntarse cosas.

Bajando los dos pisos me digo a mí mismo: «Todo, tonto, tonto». Cuando voy por el pasillo me castigo con «Idiota, idiota, idiota». Al abrir las puertas al exterior pronuncio en voz alta: «Imbécil, imbécil, imbécil». Después oigo la voz de mi padre

en mi cabeza: «No hagas nada fuera de lo normal, no hagas nada que te haga sobresalir de la masa. Evita cualquier cosa que llame la atención».

Hasta cuando llego a las puertas de la biblioteca minutos más tarde, sigo murmurando cosas para mis adentros: «Imbécil, tonto, idiota, bobo».

De vuelta en la biblioteca, recorro los cuartos interiores, los corredores, todos los rincones recónditos, registro cada centímetro del lugar. Todo es en vano. No hay ningún tipo de líquido bebible, ni una gota. Estoy muy preocupado. Lejos de las reservas que tengo en casa, de todos los instrumentos que me proporcionan subterfugio (cuchillas de afeitar, botellas de agua, desodorantes, blanqueadores dentales, limas de uñas), las cosas se deterioran con rapidez. La falta de agua me hace sentir mareado. No puedo concentrarme en nada. Mis pensamientos son caóticos. Como breves cuchillas. Tengo un dolor de cabeza que me martillea.

Levanto el brazo y me huelo la axila. Ahí está. Hasta yo lo puedo oler. Y si yo puedo hacerlo, ellos también. No me extraña que Gaunt-Man y Beefy estuvieran tan distraídos durante la cena. No sé si alguno de ellos sospecha de mí ya. Puede que esos dos hayan olido algo antes, pero no creo que lo hayan relacionado conmigo todavía. El problema es que mañana apestaré.

Me dejo caer en el sofá de piel. La cabeza me sigue dando vueltas y martillazos. En el exterior ya se atisba el amanecer, que pronto se cernirá sobre las ventanas. Pronto bajarán las persianas. Me pongo el brazo sobre los ojos; no quiero pensar pero sé que necesito enfrentarme a la realidad. No hace mucho el plan A parecía perfecto: pasar desapercibido durante el período de entrenamiento, romperme una pierna justo antes de la caza. Sin embargo, ahora las cosas han cambiado. Con mi cuerpo enviando olores de «cómeme», y mi lengua tan áspera y seca como el papel de lija, no llegaré a la caza dentro de cuatro noches. Me moriré de sed o seré salvajemente devorado. Lo más probable es que sea lo último.

Tumbado en el sofá, con una especie de alarma entumecida presionándome, empiezo a adormilarme. En realidad, caigo en un profundo letargo.

Me despierto por la sed y toso. Mil astillas me perforan la garganta reseca. Aparo el brazo de la cara, poco a poco. La librería está a oscuras: han bajado las persianas. Pero ocurre algo raro. Aún puedo ver, hay un hilo de luz en el interior de la sala. Como si hubiera una vela.

Es imposible. Miro a mí alrededor, y la somnolencia no tarda en desaparecer. Veo la fuente de luz. Está justo ahí. Un fino rayo de sol se cuela por un agujero en la persiana que tengo detrás. Me pasa por la oreja y llega hasta el fondo de la biblioteca. Es una luz penetrante, como un láser, como si pesara.

Ayer no la vi, pero lo cierto es que estuve en el otro lado, durmiendo profundamente de día.

Me acerco a la persiana. Con precaución me aproximo al agujero. De algún modo espero que la luz me abra la piel, pero sólo siento una tibia punzada donde se posa el rayo. La abertura en la persiana forma un círculo perfecto, con el borde limado.

Muy raro. No es una casualidad ni el resultado del proceso de envejecimiento del edificio. Alguien lo ha hecho de manera intencionada (lo ha taladrado) en una persiana metálica de cinco centímetros. Pero ¿quién? Y ¿con qué finalidad?

El científico chiflado. Eso no me cuesta suponer; nadie más ha vivido aquí. Pero ¿para qué querría hacerlo? Un rayo de sol como éste no sólo impediría dormir a cualquiera, sino que además causaría daños permanentes en la retina y el intestino. Nada de esto tiene ningún sentido.

O quizá él no tuvo nada que ver. Quizá el agujero lo hicieron los empleados después de que desapareciera. Pero ¿por qué? Además, si sabían que me iban a alojar aquí, lo más probable es que lo hubieran tapado antes de que yo llegara. Esto tampoco tiene sentido.

Y justo entonces se me ocurre una idea que me deja helado.

Sacudo la cabeza como para que desaparezca, pero se me ha fijado en la mente. Además, cuanto más lo pienso, más probable me parece.

Alguien ha hecho el agujero esta noche. Para probarme y desenmascaramme. Para saber si soy heper.

Tiene sentido. Esta noche, sin haber podido lavarme y despidiendo olor, se han levantando sospechas, pero necesitan más pruebas antes de poder acusarme. Hacer que un rayo de sol entre en la biblioteca de manera subrepticia durante el día es la treta perfecta. Sutil pero definitiva. Un hilo de luz tan fino que no despertaría a un heper, pero sí a una persona normal. Algo que le haría esconderse en la otra punta de la sala y pedir una nueva habitación a primera hora de la noche. La prueba perfecta.

Camino lentamente por los corredores en un intento de contener el miedo. Paso las yemas de los dedos por los lomos polvorientos de los libros con cubiertas de piel. Entonces me doy cuenta de que mi teoría tiene un fallo. Los únicos que podrían sospechar de mí son las personas que he tenido cerca: los cazadores y escoltas. Sin embargo, han pasado toda la noche conmigo, nos hemos podido ver en todo momento. Nadie ha tenido la oportunidad de esfumarse y taladrar un agujero de cinco centímetros en el acero.

Vuelvo al orificio y lo estudio más de cerca. El borde no está afilado; tampoco brilla como pasaría si lo acabaran de agujerear. Me agacho para ver si encuentro virutas. Nada. Ya lleva tiempo.

Todo esto me deja hecho un lío. Si mañana finjo estar enfadado y me quejo, los empleados vendrán a echar un vistazo antes de taparlo. Sin embargo, será una invitación a que se hagan preguntas sobre mi primer día de sueño (¿por qué no me quejé entonces?). Por otro lado, si no digo nada y esto es realmente una trampa, me descubrirán.

Entonces se me ocurre algo. Quizá sea el efecto secundario de algo más importante. Quizá sea eso, y no el rayo, la clave real de este misterio. Lo analizo y estudio todos los pequeños detalles: la altura a la que se encuentra del suelo, y su pequeño diámetro. Y claro, resulta que tiene la medida perfecta para mirar.

Sin embargo, cuando me acerco, con la luz cegadora en el exterior, no hay nada. Tan sólo la vista monótona e insulsa de las Vastas que se despliega ante mí con la blancura abrasadora del sol y lo quema todo. Ni siquiera se ve el Domo. Sólo polvo, suciedad, arena y luz. Nada más. No hay nada que observar. El rayo, miro por el agujero, pero todo es inútil. No saco ninguna conclusión. Lo que me da más rabia es la sensación de estar tan cerca de la respuesta. Al final me siento; tengo los pies destrozados. Cierro los ojos para concentrarme y, cuando los abro, unas horas después, el rayo ha desaparecido, han levantado las persianas y alguien llama a la puerta. Ha llegado el anochecer.

Tres Noches Para la Caza

—Se cree que los hepers se encuentran entre cinco y diez milenios por detrás de nosotros en la escala evolutiva. —La voz del director surge del atril con un desapego antiséptico—. Sin duda, manifiestan unos rasgos de comportamiento más primitivos que los que nuestros antepasados desecharon hace siglos. Piensen, por ejemplo, en su extraordinaria capacidad para nadar. Esa característica los remonta a sus orígenes anfibios más recientes, cuando vivían en el mar, del que surge todo tipo de vida. Su capacidad para flotar y moverse en el agua como peces atestigua la relativa ausencia de progreso evolutivo que han experimentado desde esa fase elemental. Tengan en cuenta también su capacidad inhumana de soportar los rayos del sol. Se trata de una reliquia genética que data de antes de la era de las cavernas, cuando los animales que deambulaban por la tierra carecían de la inteligencia suficiente para buscar refugio. Desarrollaron una resistencia al sol, aunque fue exactamente eso lo que impidió el desarrollo evolutivo del cerebro. Una verdadera pena.

Sus palabras me llegan como algas flotando en aguas tenebrosas. Estoy sentado casi al fondo de la sala de conferencias, tan lejos de la gente como puedo. Me he cambiado de ropa a toda prisa (mientras el escolta golpeaba la puerta), pero estoy preocupado por el olor. Nadie parece haber notado nada; todos están inmóviles, y nadie tiene tics. He superado el desayuno, las conferencias de la mañana, las visitas y la comida sin que nadie se haya dado cuenta. Pero ahora ya es por la tarde, y hace más calor. Por suerte hay una gran ventana abierta a la izquierda del podio desde la que entra una suave brisa que hace disipar el olor que pueda haber dentro. O eso espero.

—Sus expresiones faciales, tan impredecibles por las emociones desmedidas y desinhibidas que reflejan, se remontan a una era prelingüística, en la que esos gestos se utilizaban como una especie de lengua de signos. Siguiendo diapositiva.

Se trata de una foto de las piernas cubiertas de pelo de un heper macho. Todo el mundo se adelanta. Les empiezan a caer las babas desde los colmillos, como arañas que bajaran hasta los escritorios.

—Este es un vestigio genético de una era anterior al descubrimiento del fuego. Sin esa capacidad, el pelo era el único mecanismo que tenían para ahuyentar el frío invernal. Un grupo de estudiosos de élite afirma que la existencia del vello corporal es incluso anterior a la Edad de Piedra, cuando los primitivos podían fabricarse armas rudimentarias para cazar y, después, utilizar las pieles para vestirse. He publicado un libro sobre este tema, el primero en mi campo que apoyó esta teoría tan reputada en la actualidad. Siguiendo diapositiva.

Se trata de una foto de un heper comiendo una fruta de piel roja y una sustancia amarilla en su interior. Veo cabezas echándose atrás del asco.

—Ah, sí. Este rasgo es bastante inexplicable, por no hablar de lo repugnante que resulta. Denota su falta de habilidades predatoras, su incapacidad de matar nada

aparte de bichos. Por ello deben cazar aquello que no puede escapar: los alimentos de la tierra, la fruta y la verdura. Esta característica se perpetuó con el tiempo, hasta el punto de que sus cuerpos lo necesitaban para sobrevivir. Prívenles de fruta y verdura, y se empezarán a derrumbar. Les aparecen manchas rojas en el cuerpo, les salen llagas en los labios y en las encías hasta que terminan por perder los dientes. Se quedan inmovilizados, caen en un estado depresivo y vegetativo. Siguiendo diapositiva.

Una foto del grupo de hepers bajo el Domo. Están sentados alrededor de una hoguera con las bocas abiertas, las cabezas ladeadas y los ojos cerrados.

—Nada ha dejado más estupefactos y ha seducido más a los estudiosos que la capacidad de los hepers para trinar y, además, hacerlo con sorprendente coherencia. Unos estudios que se han llevado a cabo en el Instituto han descubierto que son capaces de duplicar estos momentos en los que trinan (lo que ellos denominan «cantar») con una fidelidad asombrosa. De hecho, las canciones se pueden replicar durante minutos, días, meses e incluso años después de que se cantaran por primera vez, con unas frecuencias sonoras prácticamente idénticas. Existe una plétora de teorías respecto a esto; ninguna de ellas resulta satisfactoria, excepto la que yo mismo presenté en la Conferencia Anual de Estudios Hepers del año pasado. En resumen, desarrollaron la capacidad para «cantar» guiados por la falsa creencia de que ello ayudaría al crecimiento de frutas y verduras. Por eso, cuando más a menudo los vemos hacerlo es cuando realizan tareas en la granja o recolectan fruta y verdura. Algunos estudiosos postulan que los hepers llegan incluso a creer que esto los ayuda a mantener vivo un fuego y que les sirve para purificar el cuerpo. Esto queda como patente en su tendencia a cantar cuando se reúnen junto a una hoguera o cuando se bañan en el estanque.

Mientras tanto, permanezco sentado escondiendo mi sorpresa. Todo lo que dice el director suena convincente; sin embargo, yo soy el único que sabe cuán disparatada es su palabrería. Supongo que es muy fácil errar el tiro de esa manera. Pasar rápidamente de una honesta investigación científica a teorías no fundamentadas sin siquiera darse cuenta. Al fin y al cabo, si cambiáramos los papeles y fuese la gente la que se hubiera extinguido, imperarían todo tipo de ideas cargadas de exageraciones y distorsiones. Por ejemplo, en lugar de dormir en aspas, lo harían en ataúdes. Como son criaturas nocturnas, serían tan invisibles que no se reflejarían ni siquiera delante de un espejo. Podrían coexistir con los hepers si pudieran controlarse y no despedazarlos nada más al verlos. Todos serían increíblemente atractivos, y tendrían un cabello perfecto. Seguramente habría todo tipo de fabulaciones, como su capacidad para nadar a velocidad de vértigo debajo del agua. También proliferarían nociones ridículas sobre las relaciones amorosas entre los hepers y las personas.

Dos filas por delante, Phys–Ed hace un súbito gesto violento hacia atrás.

De la boca le sale despedido hacia arriba un chorro de saliva que termina por caerle en diagonal en toda la cara. Se sacude la cabeza.

—Discúlpenme —murmura.

El director lo mira fijamente, y prosigue.

—Otra aberración es la tendencia bastante grotesca que tienen a dejar salir minúsculas gotas de agua salada cuando sufren calor o estrés. Bajo estas condiciones extremas, también despiden mucho olor, sobre todo en la zona de las axilas, que contiene una mata de vello corporal, más presente en los machos que en las hembras. Es habitual que...

Phys—Ed vuelve a echar la cabeza hacia atrás.

—Perdón, lo siento —se disculpa—, no pretendía interrumpir. Pero ¿nadie más lo nota? ¿El olor a heper? —Se da media vuelta y, en un horrible instante, me mira fijamente a los ojos—. ¿No lo hueles?

—Un poco. Sí, apenas —me atrevo a decir.

El director vuelve la mirada hacia mí. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

«Controla la respiración; mantén las pestañas entreabiertas, no muevas los ojos de aquí para allá.»

—Es muy fuerte, se me está metiendo en la nariz, y en la cabeza. Se hace difícil concentrarse...

Abs, a dos asientos de él, también echa de repente la cabeza hacia atrás y adelante.

—Justo ahora. Yo también lo huelo. Es un olor bastante fuerte. Debe de venir de fuera, y entra por la ventana. ¿Es que están en época de celo?

El director se dirige hacia la ventana abierta. Tiene una expresión plácida e indescifrable, pero se nota que está pensando algo al respecto.

—Yo también huelo algo. ¿Lo trae la brisa? —Su voz se alza con indecisión al final de la pregunta—. Bueno, permítanme que cierre la ventana. A ver si ayuda. Me pregunto en qué andarán.

La conferencia continúa, pero casi nadie presta atención. Todo el mundo siente curiosidad y olfatea el aire. Lejos de haber eliminado el olor, el hecho de cerrar la ventana lo ha intensificado. La gente, que cada vez está más inquieta y agitada, sacude la cabeza con violencia. Tampoco es que yo ayude mucho: tengo que hacer teatro, y mis propios movimientos liberan más efluvios.

De repente, Ashley June habla en voz alta:

—Quizá se hayan colado durante el día. En este edificio. Y por eso el olor está por todas partes.

Todos miramos al podio para ver qué dice el director, pero éste ha desaparecido misteriosamente. Lo sustituye Frilly Dress, quien, como siempre, ha surgido de la nada.

—Imposible —responde con una voz más aguda que nunca—. No hay manera de que un heper pueda entrar en la boca del lobo. Sería una muerte segura.

—Pero es que el olor... —insiste Ashley June, y la boca se le hace agua— Es tan fuerte...

De repente echa la cabeza hacia atrás, con ferocidad. Poco a poco se da la vuelta bajando la cabeza. Nos mira a todos, y a mí.

—¿Qué pasaría si uno de los hepers hubiera entrado a hurtadillas ayer por la noche? ¿Qué pasaría si uno de ellos aún estuviera escondido en el edificio?

Y así, nos precipitamos hacia las puertas, con los escoltas al lado. Al principio intentan convencernos para que nos quedemos en la sala, pero una vez nos ven correr por las esquinas y saltar plantas de una en una (Crimson Lips, que está a mi lado, grita: «¡El olor es más fuerte!»), se unen al frenesí. Se oyen dientes rechinar, cae la saliva, las manos se agitan en el aire y se arañan las paredes.

Me cuesta separarme del grupo. Ése es mi plan: despegarme, huir a la biblioteca y esperar que nadie repare demasiado en mi ausencia. Sin embargo, cada vez que doblo una esquina para escaparme, están ahí conmigo. Es mi olor. Además, con todo este movimiento, la cosa sólo puede ir a peor. Esperaba que todos se me adelantaran y me dieran la oportunidad de bajar volando la escalera y salir por la puerta antes de que se dieran cuenta. Pero se quedan junto a mí. Estar tan cerca de sus dientes y colmillos es aterrador. No tardarán en darse cuenta.

Al final, lo que hace que el grupo se aleje de mí es más fruto de un accidente que de mi plan. Durante unos instantes, me desmayo. En un momento estoy corriendo y, justo después, me encuentro tendido en el suelo con el grupo pasándome por encima y desapareciendo al llegar a la esquina. Es la falta de agua. Tengo la garganta seca, los músculos paralizados y el cerebro osificado. He superado mi límite.

Aun así, debo moverme. La cuadrilla retrocederá cuando pierda el olor. Seguirá el rastro hasta mí, que sigo débil en el suelo, con la frente sudada y el olor saliendo a chorros. «Muévet», me digo a mí mismo. Pero es que incluso me cuesta apoyarme. Me siento seco como el polvo, e igual de pesado que un saco de harina en el agua.

Los pasillos están en silencio. Entonces, de repente, el ruido de pisadas es cada vez más fuerte. Se han dado cuenta. Están volviendo.

El miedo me hace arrancar. Ruedo por el suelo y me pongo en pie. Las puertas. Necesito poner entre ellos y yo tantas como pueda. Eso les hará ir más lentos y cortar un poco el olor. Cada grano de arena cuenta.

Empujo las que encuentro a mi paso. Segundos después oigo que se vuelven a abrir, como escopetas disparándose. No corro escaleras abajo, ahora salto los pisos de uno en uno. El dolor me rebota en las piernas.

Me están alcanzando. Da igual lo rápido que intente ir, no importa cómo baje los peldaños, el sonido del grupo detrás de mí cada vez está más cerca. Se oyen ruidos desesperados y cómo se rasgan la ropa por todos lados. Ya sólo es cuestión de tiempo.

A menos que...

—¡Es por aquí! —grito—. ¡El aroma viene de aquí! ¡Es muy fuerte! ¡Creo que ya lo tengo!

—¿Cómo consiguió adelantarse tanto? —grita alguien desde un piso más arriba.

Cierro unas puertas, corro por el pasillo, después abro otras, y empiezo a saltar escalones. De tres en tres.

—¡Espéranos!

—¡Ni hablar! ¡Estoy justo encima!

—¿Cómo puede ser que el lento nos haya superado?

Es sólo cuestión de segundos. Paso otras puertas y me lanzo a la carrera por el largo pasillo. Echo un rápido vistazo hacia atrás: la masa enfurecida me acecha.

Gaunt–Man salta del suelo a la pared, y de allí al techo. Phys–Ed se lanza a la intersección que hay entre la pared y el techo. El resto, con expresión estoica y enseñando los colmillos, mantiene el mismo paso acelerado. Tres segundos.

Me arrojo a las puertas que tengo delante. Se abren con una extraña familiaridad. Ya veo por qué: he vuelto a la sala de conferencias. He completado el círculo. El vestíbulo está completamente vacío. Todo el mundo se ha unido a la persecución.

«¿Dónde quiero morir?», me pregunto. «¿Al fondo? ¿Con dramatismo, de pie encima de una mesa? ¿Cerca del atril?»

Y entonces veo la ventana y corro a abrirla.

Milésimas de segundo después, el grupo irrumpe en la sala como un nubarrón negro. Están sincronizados: por las paredes, el suelo, y el techo. No se pelean por ocupar posiciones. Tan sólo barren la zona, coordinados, con los ojos saliéndose de las órbitas y las fosas nasales hinchadas.

—¡Ha saltado! ¡Ha saltado fuera! —chillo mientras señalo el exterior desde la ventana abierta. Incluso antes de terminar la frase, ya han llegado cuatro de ellos y se pelean por el mejor sitio mientras miran por la ventana conmigo. Tienen las cabezas tan cerca de la mía que me perturba. Por suerte sopla una fuerte brisa.

—Lo puedo oler por todas partes. Es como si estuviera aquí escondiéndose, pero ¿dónde?

—Se ha ido.

—Podemos atraparlo. No puede haber ido demasiado lejos.

—Quizá —digo yo—. Si vamos rápido, podríamos cogerlo.

Ya se empiezan a apelonar preparándose para saltar por la ventana cuando un susurro los deja clavados en el sitio.

—Se han dejado engañar —oímos a modo de siniestra amenaza. Es el director.

Ni siquiera nos mira, tiene la vista posada en sus uñas, maravillado por el profundo brillo marrón bajo la luz de la luna. Habla en voz baja, indiferente a si le escuchamos o no.

—Algunos de ustedes se creen muy listos —empieza a decir—. Se creen que aprenden tan rápido que saben más que nuestros expertos. Un par de días en mis instalaciones, y de repente se piensan que son más inteligentes que los estudiosos que han dedicado vidas enteras a este excelente instituto. ¿De verdad pensaban que la institución que dirijo yo en persona sería tan negligente como para permitir que un heper anduviera suelto por aquí? —Sigue examinándose las uñas. Hace una pausa y

prosigue. Su voz es cada vez más suave.

»¿De verdad pensaban que un heper sería tan tonto como para quedarse desprotegido fuera del Domo después del anochecer? —Baja la mano derecha—. Puede que sean animales, pero no son tan estúpidos como alguno de ustedes.

Se produce un silencio mortal.

—Aquí hay arrogancia e ignorancia a raudales. Es curioso cómo, a menudo, ambas van de la mano. Deben recordar quiénes son. Se les seleccionó al azar, no por mérito ni aplicación ni por nada que se ganaran. Puro azar. Y ahora se pasean por mi instituto y se creen los dueños del lugar.

»No hay ningún heper. En efecto, hay un olor distinguible que ha entrado del exterior. Es más fuerte de lo normal, también es cierto. Sin embargo, no hay ningún ejemplar aquí dentro, o no de la manera que ustedes piensan. Han sido víctimas de la histeria colectiva.

A pesar de las palabras del director, de repente Beefy se estremece de deseo. No lo puede reprimir, no puede negar el olor que siente debajo del olfato. La saliva de Phys-Ed, en el techo, cae encima de una silla. Aún pueden olerme. No lo pueden evitar.

—Ay —prosigue al observar estas reacciones—, el poder de la histeria colectiva. Una vez les dicen que hay una cara de heper impresa en la corteza de un árbol, no se puede separar la imagen tan fácilmente, ¿verdad? Digamos lo que digamos, seguirán viéndola. La convicción termina siendo... persistente. No es tan fácil dejar de creer un rumor una vez se ha extendido. Mírense. Hasta casi logran convencerme a mí.

Me cae en el pelo algo viscoso y ligeramente ácido. Levanto la vista hacia arriba y veo a Abs, colgada boca abajo. Se concentra en el director, intentando controlarse, pero la saliva no deja de caerle, brillante y plateada como el hilo de una araña.

—Su susceptibilidad a la histeria colectiva es comprensible. Todos son vírgenes de hepers. Nunca antes han visto a ninguno, ni lo han olido, ni siquiera lo han oído. Por lo menos, a uno vivo. Por eso a la primera de cambio, se disparan, como lémures precipitándose por un barranco. Y ahora no hay manera de pararlo. En el Instituto hemos visto repetirse estas situaciones con los empleados nuevos. Llegan aquí y están un poco verdes.

Algunos ven a estos seres detrás de cada sombra y pierden la capacidad de trabajar. Al final, ni siquiera pueden realizar las tareas más simples.

»Podríamos gritarles: «¡Deben calmarse ahora mismo!», porque realmente deben hacerlo. El público está bastante interesado por lo que ocurre aquí. No van a aguantar a una panda de locos babosos. Lo que quieren, y tendrán, son guerreros valientes y héroes. Así que deben sobreponerse. —Ahora nos mira como si lo hiciera por primera vez—. Dicho esto, hemos comprobado que los gritos no funcionan con ustedes.

Entonces empieza a examinarnos uno por uno.

—No obstante, tenemos otros recursos. —Y, pronunciando estas palabras, se desliza hacia la oscuridad de la periferia. Unos instantes después, Frilly Dress aparece

con la cara radiante.

—Se trata de un programa que yo inventé. Los empleados nuevos se distraían mucho, así que tuve que encontrar la manera de insensibilizarlos. Se consideró la opción de que esnifaran polvos ácidos para dormir los nervios olfativos de las fosas nasales, pero no prosperó. Mi plan es menos nocivo. —Hace un gesto con la cabeza hacia el fondo de la sala de conferencias.

Un rayo de luz de mercurio atraviesa la sala. Aparece una imagen en una pantalla encima de ella. Vemos un gran espacio, casi como un estadio cubierto. Unos postes de madera, dispuestos alrededor de su perímetro, emergen del suelo como troncos de árboles cortados. Sujetas a cada poste hay unas gruesas correas de cuero. Incluso en el vídeo se puede palpar el ambiente siniestro. De la imagen se desprende una sensación de terror. Pienso: «Aquí no puede pasar nada bueno». Las tripas se me contraen.

Además, la sala tiene un aspecto extrañamente familiar.

Rastreo mis bancos de memoria intentando... Y entonces me acuerdo. El sorteo. El heper viejo y esquelético que sacaba los números. Lo rodaron justo ahí.

Al darse cuenta de la fascinación que todo esto provoca, Frilly Dress hace una pausa dramática. Entonces se tira del lóbulo de la oreja.

—Este espacio de trabajo transformado ha pasado a llamarse cariñosamente «La presentación». El nombre lo dice todo. Aquí es donde conocerán a su primer heper. En carne y hueso, justo delante de ustedes.

Crimson Lips deja escapar un terrible gruñido. Beefy empieza a aullar. Los hilos de babas empiezan a caer del techo.

—Cálmense. Nadie va a comer heper. O, por lo menos, hoy no. No conseguirán poner ni un colmillo ni un dedo sobre su carne. Las correas de cuero que les sujetarán al poste lo impedirán. —Entonces coge una regla larga para indicar una trampilla circular que hay en el suelo—. Esa es la puerta por la que saldrá el heper. Aparecerá después de que ustedes estén atados en sus postes, y durante cinco minutos podrán verlo y olerlo. Como es evidente, los únicos sentidos que no podrán usar, por ahora, son el tacto y el sabor. De todos modos, lo tendrán suficientemente cerca y, además, será real, no como en sus fantasías histéricas. Les aclarará las cosas. «La presentación» ha tenido un gran éxito entre nuestros empleados nuevos. Después de esta exposición, ya no son vírgenes. Su capacidad de concentración y de no distraerse con olores vagos mejora de manera notable. Creemos que el programa es justo lo que ustedes necesitan.

—¡Entonces sí que hay un heper en el edificio! —exclama Gaunt-Man—. Por eso el aroma es tan fuerte.

—Hay uno, pero no han podido olerlo. Está en sus aposentos. La puerta que ven en la imagen está reforzada con acero y se cierra desde dentro. Está completamente a salvo. Ha estado así durante los tres últimos años. Además, el muy tonto tiene suficiente comida almacenada como para aguantar cuatro meses.

—Pero ¿cómo lo hacen para que salga a «La presentación»? ¿Cómo sabemos que lo hará cuando estemos allí?

Frilly Dress se rasca la muñeca.

—Digamos que le ofrecemos bocados exquisitos que no puede rechazar: fruta, verdura, y chocolate. Además, sabe que no corre peligro. Lo ha hecho una docena de veces, sabe que todos están bien sujetos a los postes. Mientras permanezca en la zona segura y no se acerque demasiado al poste, no tendrá problema. Nadie puede tocarlo. Es libre de coger toda la comida que quiera.

—¿Es el que...?

—Bueno, ahora en serio —le interrumpe Frilly Dress—, ¿de verdad quieren seguir haciéndome preguntas o prefieren que pasemos a «La presentación»?

A juzgar por la velocidad con la que salimos, resulta ser una pregunta retórica.

Parecemos niños de camino al parque de atracciones. Tardamos más de cinco minutos en llegar al estadio o, mejor dicho, en descender a él. Resulta que los cinco pisos por encima del nivel del suelo son sólo la punta de un iceberg terriblemente frío y oscuro. Hay flotillas enteras de pisos subterráneos. Cuanto más bajamos, más frío y oscuro es todo. No hay señal de que nadie viva, trabaje o visite estas plantas fantasmas en la actualidad. Al descender a las profundidades de la tierra, a mí me ataca la claustrofobia.

Cuando llegamos al piso inferior, estoy agotado. Tengo las rodillas como si las hubiera estado aporreando un martillo y la cabeza me da vueltas por el descenso en espiral. Nadie más nota la fatiga. Al contrario, la excitación ha aumentado para anticiparse al climax. La gente está de cháchara; se oyen dientes rechinar.

—¿Hay suficientes postes para todos? —pregunta Ashley June. Todos se pelean por ocupar el mejor lugar frente a las puertas dobles cerradas.

—Que nadie se preocupe —responde Frilly Dress—. Hay diez, y ustedes son tan sólo siete. Están equidistantes del centro, nadie tendrá ventaja. Se coloca comida cerca de cada poste, para que todos puedan tener al heper bien cerca.

A pesar de sus palabras, los cazadores se siguen empujando. Me echo a un lado con discreción.

—¿A qué esperamos?

—Sólo un poco más. Arriba están tramitando todo el proceso. Cuando podamos entrar, nos lo comunicarán.

—¿Cómo?

Frilly Dress sacude la cabeza.

—Ya lo verán.

—¿Es realmente tan fantástico como lo pinta? —le pregunta Phys-Ed a su escolta.

—Mucho mejor. Muchísimo mejor.

—¡Ya lo huelo! —grita Beefy—. ¡Es más fuerte que nunca!

—Tonterías —le regaña Frilly Dress—. El heper aún se encuentra en su cámara.

—Aun así, no parece demasiado convencida, porque sus fosas nasales se empiezan a agrandar y humedecer.

—¡Es el mismo olor! ¡Hemos estado oliendo a este heper todo el rato! Retrocedo dos pasos para alejarme de ellos lentamente.

—Cada vez es más fuerte. —Más babas y escalofríos.

Yo les sigo el juego, pero más vale que esas puertas se abran pronto porque, en este pequeño enclave en el que esperamos con tan poca ventilación, mis efluvios se intensifican.

La cabeza de Gaunt–Man se vuelve violentamente en mi dirección. No es que dé silbidos, es que está inundado de babas. Como un tonto, lo miró a los ojos. Se ha tenido que dar cuenta, y por eso me mira fijamente. Los ojos le pestañean con un nuevo...

En ese preciso instante, las puertas dobles se abren, y nos envuelven vahos de vapor y humo. Los gritos de excitación se suceden cuando entramos. Hay un techo con arcos altos, como en un estadio deportivo cubierto; la superficie del suelo polvoriento es realmente extensa, y me pilla desprevenido. Justo en el centro del estadio se encuentra la puerta, que tiene la misma forma y tamaño que una alcantarilla. A su alrededor están los diez postes de madera. Nos dispersamos con rapidez, corriendo como niños que quieren escoger caballo en el carrusel. Como Frilly Dress nos avisó, hay más que suficientes para todos, pero eso no frena el alboroto. Son los trozos de comida. Los cazadores se pelean por los postes que se encuentran más cerca de los montones que consideran más atractivos para el heper. Abs y Ashley June pelean como gatas por el que está delante de unos plátanos.

—Yo he llegado antes —gruñe Ashley June.

—Pero yo ya estoy atada —le responde Abs abrochándose la correa que le sujeta los tobillos—. Ya está. No podría salir ni aunque quisiera. Y no quiero.

Delante de mí, Crimson Lips y Phys–Ed riñen por un poste situado delante de unas mazorcas de maíz. Desvío mi atención hacia Gaunt–Man, cuyos ojos se iluminan como los de un murciélago. No consigo interpretar su expresión, pero noto que está confuso. Sigue intentando descifrarme, y se pregunta si el olor a heper que identificó venía realmente de mí.

No le hago ni caso, ocupado como estoy con las correas. Hay cuatro esposas metálicas que se cierran alrededor de las muñecas y los tobillos. Cada una está sujeta al poste mediante gruesas correas de cuero. Incluso atados, tenemos un montón de espacio para movernos, y podemos avanzar un paso desde el poste. Mientras el heper no se pase del perímetro delineado por la comida, estará a salvo.

Entra un escolta con expresión estoica y nos da unas gafas de sol a cada uno.

—En breve se encenderán las luces —murmura— para que el heper pueda ver.

Comprueba todas las correas, pero les dedica más tiempo a las de Gaunt–Man, ya que están demasiado sueltas. Él se queja y levanta el brazo. Al hacerlo, se le sale la camisa y se la vuelve a poner bien a toda prisa.

Pero no antes de que yo consiga ver algo. Del cinturón sale un reflejo, curvo y largo como la hoja de una navaja.

Siento un estremecimiento en la nuca. Cuando el escolta comprueba mi posición, estoy a punto de decirle algo, pero, antes de que pueda abrir la boca, ya se ha ido. Se detiene en el centro del estadio y dice:

—Damas y caballeros, bienvenidos a «La presentación».

Antes de irse, da tres patadas en la puerta circular, que resuenan profundamente. Las luces del interior del estadio se iluminan. Nos ponemos las gafas de sol. Y esperamos.

Oímos unos chirridos mecánicos seguidos de una serie de pitidos robóticos. Se abre la puerta, apenas una rendija. Y después, con la misma velocidad, se vuelve a cerrar levantando un poco de polvo. Las cabezas se inclinan a un lado. Acto seguido, se vuelve a abrir, esta vez un poco más. Lo justo para poder ver el contorno de una cabeza y un par de ojos observando.

Todos los cazadores estallan en la dirección del heper. Los cuerpos se agitan contra las correas casi al unísono, saltan al aire y caen al suelo. La puerta vuelve a cerrarse.

En un abrir y cerrar de ojos, todos se ponen tensos y empiezan a dar bandazos. Yo me revuelvo en mis correas, echo espumarajos por la boca y agito la cabeza de aquí para allá. Tanto que se me caen las gafas de sol.

El repentino brillo del estadio, inundado de colores vivos, me hace pestañear. Veo a los cazadores con una claridad que parece animarlos. Son bestias dominadas por el deseo de heper. Phys-Ed y Crimson Lips no pueden parar de rascarse el cuello; les están saliendo unas marcas blancas por el contacto de las uñas con la piel. Abren la boca y la cierran de golpe. El sonido seco de dientes que rechinan inunda el aire fétido.

La trampilla se vuelve a abrir; un brazo extendido sostiene la puerta. Emerge una cabeza y, como si se tratara de un periscopio, mira a su alrededor. Tranquilo en apariencia, sale y deja la puerta abierta, por si tuviera que realizar una huida rápida.

Por un momento, reina el silencio. Cesan el chapoteo de babas y los crujidos de cuellos, nudillos y espinazos. Estudiamos al heper con inocente curiosidad, como si no quisiéramos saquearle los intestinos, chuparle la sangre y atiborrarnos a la menor provocación. Se trata de la misma criatura frágil que salió en la tele, que ahora parpadea analizando las pilas de comida que tiene distribuidas a su alrededor.

Entonces Ashley June lanza en el aire un horrible grito de deseo. Al cabo de un momento, todos nos ponemos a aullar y a gimotear.

Este estrépito no parece conmover al heper, que se dirige al primer montón de comida: dos rebanadas de pan situadas en frente del poste de Crimson Lips. Primero coge una, se la mete en la boca y le da un bocado. Se mueve de manera eficiente al agarrar la otra rebanada, que lanza hacia la puerta abierta sin ni siquiera dirigir una mirada a Crimson Lips, que está silbando. Ya lo ha hecho antes. Pasa a la siguiente

pila: botellas de agua. Abre una y engulle el contenido. No se entretiene. Reúne el resto con el brazo, las lleva hasta la puerta y las tira dentro. Entonces le toca el turno a la siguiente pila: la de caramelos. Mientras tanto, a pesar de todos los rugidos que hay a su alrededor, el heper no levanta la vista. Permanece tranquilo, ocupándose de sus asuntos.

Pasa por delante del montón de papel higiénico y se dirige hacia los dulces. Entonces vislumbro un destello en la cintura de Gaunt–Man: ha sacado un puñal. Al empezar a cortar la correa de cuero, le salen unas venas blancas en la mano huesuda que parecen gusanos retorciéndose. Sabe que debe actuar rápido; el heper no está precisamente de picnic. Se limita a lanzar toda la comida y bebida al interior de su cueva y, cuando lo haya hecho, desaparecerá. En menos de un minuto se habrá ido. Al sentirse engañados, la furia invade el espacio. Ashley June da otro alarido aterrador. Se revuelve desesperada entre las correas.

Por su lado, Gaunt–Man arremete contra las correas con fuerzas renovadas. Tensa la que tiene en la muñeca izquierda, y no deja de serrar con el brazo derecho. Las parte en dos. Se queda mirando la escena como un tonto, hasta que se da cuenta. Entonces lo veo erguir el cuerpo. La fantasía ya es una realidad. De nuevo se encorva para cortar las correas que le sujetan las piernas, y su brazo parece un torbellino.

El heper no tiene ni idea de lo que está pasando. Se encuentra delante de la pila de caramelos, desenvolviendo uno y saboreándolo, e ignora lo que ocurre detrás de él.

Gaunt–Man ya ha reventado las dos correas de las piernas. Cambia de mano y empieza a cortar la última, la de la muñeca derecha. Entonces el heper hace una pausa y apunta la cabeza hacia el aire, como un perro que oliera algo. A continuación se agacha y coge otro caramelo.

La última sujeción le está dando problemas al cazador. Quizá por la excitación del momento, no puede concentrarse, o tal vez sea porque tiene que usar el brazo izquierdo. Sea como fuere, va más lento, cosa que le hace sentir frustrado y soltar un grito que mis oídos reciben como un cuchillazo.

El heper hace una mueca de dolor y da media vuelta. Ve a Gaunt–Man con las correas colgándole del brazo y tobillo izquierdos, y de inmediato comprende la situación. En un abrir y cerrar de ojos, se da la vuelta y tira los caramelos. Corre hacia la puerta que hay en el suelo. Sólo le faltan cinco pasos para llegar.

Justo en ese momento, Gaunt–Man logra soltarse de la última correa y se libera dando vueltas. Está a veinte pasos de la trampilla. El heper corre hacia allí, ya sólo le quedan tres metros. Pero antes de que pueda avanzar, el cazador lo intercepta. La embestida los hace rodar por el suelo y desplazarse diez metros. Entonces se separan por un momento; la víctima consigue ponerse en pie y lanzarse hacia la trampilla. Sin embargo, Gaunt–Man lo agarra y lo devuelve al polvo. La presa se revuelve desesperada, pero el viejo logra colocarse encima de él. Ambos son del mismo tamaño, pero no están igualados.

Ni de lejos. Los dedos del depredador se hunden hasta la náusea en la espalda de

la pobre víctima; la sangre no tarda en extenderse por su camisa.

Cuando ven el líquido tan de cerca y sienten el olor que se propaga, el resto de cazadores se sumen en el extremo delirio. Los gritos amenazan con hacerme añicos los tímpanos. «¡No te tapes las orejas! ¡No te las tapes!» Hago lo único que puedo: levantar la cabeza, mirar las vigas y gritar. Por el dolor y el horror que veo que tiene lugar. Mi chillido anima a los demás a hacer lo mismo. Durante un momento, logro mitigar todos los aullidos de chacales y hienas que hay a mi alrededor. Es todo a lo que aspiro. A librarme de sus alaridos por unos segundos.

Entonces, por primera vez, el heper emite un sonido. Un grito muy distinto de los aullidos hambrientos que lo rodean. Se trata de un lamento cargado de miedo y resignación que me obsesiona. Es la amplificación de lo que he vivido en mi pellejo durante años.

Oigo el sonido del hueso crujir y después partirse. Gaunt-Man le ha roto una pierna. Juega con ella como un gato con un ratón herido, aguardando el momento. Y, además, también lo hace para irritar al resto de cazadores. Con una mirada de dolor inimaginable, el heper se arrastra con los dos brazos y la pierna que le queda, la izquierda, por el suelo.

—¡Lánzame el cuchillo! —grita Abs a Crimson Lips, que lo ha interceptado cuando Gaunt-Man se ha deshecho de él. La chica es una imagen borrosa; nadie se ha dado cuenta hasta ahora de que ha estado serrando sus correas.

—¡Lánzame el cuchillo!

—¡Oye, el cuchillo! ¡Lánzámelo! —grita alguien más.

Gaunt-Man levanta la cabeza y advierte lo que está pasando. Ya no puede seguir tomándose su tiempo. En cuestión de segundos, Crimson Lips se despojará de sus correas y atacará al heper. Con un grito de furia, salta encima de la víctima y le hunde los colmillos en la nuca.

Abs corta la cuarta sujeción. Apenas se ha liberado de ella, ya está dando vueltas y lanzándose a la presa cual guepardo. Sin embargo, no afina bien la puntería y termina derribando a Gaunt-Man, por lo que ambos se alejan de la recién liberada víctima.

La criatura corretea con las manos dejando un reguero de sangre tras de sí, intentando frenéticamente encontrar la puerta. Su expresión es de terror. Está desorientado, cegado por la sangre que le inunda los ojos. En medio de la confusión, se dirige hacia mí.

Cae con la cabeza sobre mi hombro y, un segundo después, me golpea con el resto del cuerpo. Aunque parezca raro, me abraza rodeándome la cintura. Lo agarro con los brazos, por instinto. Lo sujeto mientras Abs y Gaunt-Man, justo detrás de él, le clavan las uñas y le enseñan los colmillos antes de devorarlo.

Por un horrible instante, alza la vista y nuestras miradas se encuentran.

Nunca sabré si abrió los ojos por el dolor que le desgarraba o porque reconoció a otro de su especie.

Al final, cuando todo ha terminado, nos liberan. Con aire tétrico, un empleado nos da instrucciones para que volvamos a nuestras habitaciones y pasemos allí el resto de la noche. Para entonces apenas queda nada del heper, tan sólo su ropa hecha trizas. Donde había algo de sangre, los cazadores lo han lamido. Incluso han devorado el polvo coagulado.

Mi escolta me espera fuera de «La presentación».

—Vaya a cambiarse de ropa —me ordena moviendo la nariz—, huele a heper por todas partes.

Todo lo que ansío es la amplitud de las Vastas. Después de subir el interminable tramo de escalera (me he quedado rezagado), llego por fin a la planta baja. El resto se retira a sus habitaciones. Salgo al exterior, y el cielo está cubierto de estrellas. La brisa del este hace que la ropa y el cabello se agiten. Regreso a mi morada tambaleándome, agradecido por poder irme de allí y estar solo. El viento me arroja granos de arena a la cara, pero apenas los noto.

A mitad de camino, caigo al suelo desplomado. Estoy tan débil que no me puedo levantar. Vuelvo a apoyar la cabeza sobre la pasarela de ladrillo. Es la falta de agua. Mi cerebro deshidratado se marchita dentro del cráneo como una ciruela agria. El gris se apodera de todo.

Me recobro minutos después..., ¿o han sido horas? Me siento mejor, y he recuperado la fuerza en las extremidades. El cielo es menos oscuro, la cantidad de estrellas ha disminuido, y su luz es más tenue. Miro hacia el Instituto. No me ha visto nadie.

Aunque sé que es inútil, doy otra vuelta por la biblioteca, esperando encontrar algo para beber. Media hora después, me desplomo en la butaca. Siento el cuerpo como una ramita seca de otoño a la que no le queda ni una molécula hidratada. Tengo el corazón en estado de alarma, como si supiera lo que yo intento negar. Que mi situación es desesperada. No duraré ni una noche más. Vendrán a buscarme al anochecer, cuando no aparezca, y me encontrarán tirado en el suelo. Segundos después, todo habrá terminado.

Un ruido metálico resuena por la biblioteca y, después, se oye algo desplegar. Las persianas traen la oscuridad, como mis párpados que se cierran poco a poco. El aire refresca. Me llega hasta el olfato mi olor corporal: un repugnante hedor a esas criaturas. Levanto los brazos y me huelo las axilas. Huelen a podrido. Mañana, cuando se ponga el sol y salga la luna, seré un hombre muerto. Un heper muerto.

Las imágenes de la muerte de la pobre víctima me invaden el sueño. Son reinterpretaciones febriles: los gritos son más fuertes, y los colores, más vivos. En la pesadilla, la presa salta a mis brazos y su sangre me cae por las mejillas. Como tengo tanta sed, instintivamente saco la lengua pastosa y chupo el líquido para que me empape la boca, como una esponja seca absorbiendo agua de un manantial. Después hago que me baje por la garganta deshidratada y siento cómo la energía se propaga por el debilitado cuerpo. Mientras un cálido hormigueo me recorre, el heper grita

cada vez más fuerte. Hasta que me doy cuenta de que el chillido viene de los otros cazadores, que siguen atados a los postes; me señalan y gritan al verme arrodillado con el muerto, con manchas azules y la piel pálida, entre mis brazos.

Me despierto con escalofríos; la parte posterior de mis pestañas está seca y me araña los ojos. Aún es pleno día. El rayo de luz que encontré ayer vuelve a atravesar la biblioteca de punta a punta como una cuerda floja. Es aún más claro y grueso de lo que recordaba.

Estoy demasiado cansado como para hacer otra cosa que mirarlo. Los pensamientos se me dispersan en la cabeza. Sólo puedo observar el rayo como un tonto, así que me dedico a hacerlo durante minutos, quizá horas. Con el tiempo va cambiando y viaja en diagonal hasta la pared más distante.

Entonces ocurre algo interesante. Al desplazarse, de repente encuentra algo que lo hace rebotar; se refleja en diagonal sobre una pared adyacente. Al principio pienso que mi cabeza me juega una mala pasada. Entonces pestañeo, y sigue allí, sólo que ahora es aún más evidente. El rayo original se proyecta hasta la pared más lejana, y ahora el más corto se refleja en la pared de la derecha.

Esto basta para que me levante de la butaca. Me dirijo al fondo. Las rodillas me duelen tanto que parecen cactus arañando el hormigón. En el punto en el que la luz llega a la pared hay un pequeño espejo circular del tamaño de la palma de mi mano. Está ligeramente inclinado, y hace que el rayo se proyecte en la pared de al lado.

Mientras voy hacia allí, vuelve a ocurrir. Ese segundo rayo reflejado se multiplica y da lugar a un tercero. Éste es débil y efímero; brilla más durante diez segundos, y después desaparece. Me apresuro en llegar hasta el sitio al que señala, un leve punto iluminado en el lomo de un libro. Lo extraigo y siento el tacto del cuero, suave y gastado. Lo llevo hasta el primer rayo mientras el segundo empieza a desaparecer. Lo pongo a la luz y le doy la vuelta para ver la cubierta: La caza heper.

Hace muchas lunas, la población heper, que según unas teorías infundadas había dominado —de manera incomprensible— la tierra en eras pasadas, descendió de manera drástica. Por medio de la Orden Palacial 56, se los cercó y crió en el recién construido Instituto de Hepers de Investigación Avanzada. Para aplacar al pueblo descontento, se eligió al azar a ciudadanos de buena reputación para participar en la caza anual de hepers. Fue un éxito sonado.

Aun así, los rumores acerca de cazas secretas persistían. En el Instituto había encuentros clandestinos de oficiales de Palacio de alto rango; carruajes que llegaban a cualquier hora de la noche; se oían lamentos extraños llegar de las Vastas. Cada vez se comentaba más que la corrupción había llegado «hasta la cima».

Sin embargo, después de unos años, hasta esas habladurías cesaron.

El undécimo día del sexto mes del cuarto año del decimotavo gobernante, se anunció que los hepers se habían extinguido.

La cubierta del diario es de suave piel de cordero de color gris marengo, está moteada de ranuras minúsculas y atada por dos cordeles. En el interior, cuando paso

las páginas, con bordes de mercurio, se arrugan y se diferencian con facilidad. Hay muchísimas notas escritas a mano con una caligrafía clara y firme. Sin embargo no hay nada original en ellas. Más bien está todo copiado y regurgitado a partir de los miles de libros de texto que pueblan la biblioteca. Contiene largas listas genealógicas, poemas antiguos y fábulas populares. Hasta se encuentran duplicados meticulosamente unos diagramas con descripciones pormenorizadas que tal vez se tardó mucho en copiar.

El científico. Está claro que él es el autor de este diario. No obstante, el motivo por el que dedicó miles de horas a rellenar páginas sin necesidad es un misterio. Recuerdo lo que contaban sobre él: su inestabilidad mental, y su desaparición final.

Y luego está el rayo de luz, cada vez más tenue con la llegada del atardecer. ¿Por qué se tomó tantas molestias en hacer que, junto con los otros dos, apuntara al diario? Es obvio que quería que alguien lo encontrara, pero lo que no queda tan claro es quién debía hacerlo, ni con qué motivo.

Cuando lo cierro, veo una página en blanco justo en medio. Qué omisión tan extraña. Los cientos de páginas anteriores y posteriores están llenas de arriba a abajo; en cambio, ésta está en blanco por delante y por detrás. No hay ni una gota de tinta. Su blancura es una especie de grito. En la página anterior la última frase ni siquiera está acabada, se corta a la mitad y continúa en la página siguiente, después de la que está en blanco, retomando el punto exactamente donde lo dejó. Confundido, doy un golpecito en el lomo intentando entender el porqué. De la misma manera que los rayos de luz me señalaban el libro, el vacío de esta página parece que llame adrede mi atención. Pero, por más que la examino, no logro encontrarle el sentido.

Cansado, me vuelvo a desplomar. La habitación es asfixiante. Me agarro el cuello y noto el sudor y la suciedad por debajo de la mandíbula. No me hace falta levantar el brazo para oler la peste a perro que desprendo.

Será mi escolta quien lo descubrirá. Cuando venga a buscarme después del crepúsculo, notará el olor, que habrá traspasado las rendijas de la puerta. Vendrá corriendo, y mirará por la ventana, puesto que las persianas ya estarán subidas. Verá que sigo sentado en esta silla, cansado y huraño, con el pecho agitado y los ojos como platos, porque aunque esté resignado, seguiré teniendo miedo. Entonces todo habrá terminado. No llamará a los demás. Me querrá para él solo. Saltará a través de la ventana de cristal, frágil como una capa de hielo en un estanque, y antes de que los fragmentos rotos toquen el suelo, ya lo tendré encima. Y entonces me habrá cazado y me devorará con uñas y colmillos en tan sólo...

Justo en ese momento, de pronto, me doy cuenta de algo.

Siento la blancura cegadora del exterior como si fuera ácido. Dejo que la luz vaya entrando poco a poco hasta que puedo mirar sin pestañear ni entrecerrar los ojos. Faltan horas para el anochecer, pero el sol ya ha iniciado su descenso. No se va con tranquilidad: tiñe el cielo de rojo e inunda las llanuras de un tono anaranjado y púrpura. Sin el Domo cubriendo la aldea heper, las cabañas de barro parecen

expuestas e intrascendentes, como excrementos de ratas. Los sensores de luz no tardarán en detectar la llegada de la noche, y las paredes de vidrio emergerán como un arco del suelo para formar una bóveda perfecta y proteger a los hepers del mundo exterior. Debo apresurarme.

Delante de las cabañas hay un brillo que destella. El estanque. Lo he tenido delante de las narices todo este tiempo, mientras me moría de sed y el olor se apoderaba de mi cuerpo. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Toda el agua que necesito para beber y lavarme está al alcance de mi mano. Por supuesto, el único peligro pueden ser los hepers, a quienes podría no gustarles mi intrusión. Los desconcertará la llegada de un extraño que aguanta los rayos del sol, pero sabré cómo tratarlos. Enseñaré los colmillos, moveré el cuello, y haré que me crujan los huesos: soy un experto en imitación. Lo más seguro es que salgan huyendo en todas direcciones.

De repente estoy animado, y me encamino a la aldea. Poco a poco, las cabañas empiezan a tomar forma, y aumentan su tamaño y detalles. Entonces los veo; son un grupo de monigotes que se mueven lentamente alrededor del estanque. Se paran, se mueven y se vuelven a parar. Me entusiasmo al verlos, pero me pone nervioso a la vez. Son cinco. Aún no se han percatado de mi presencia. ¿Cómo iban a hacerlo? Nadie se les ha acercado antes de que caiga la noche.

Cuando me encuentro a unos cien metros, me ven. Uno de ellos, agazapado al lado del estanque, se pone de pie a toda prisa y empieza a señalarme con el brazo, como si fuera una navaja automática que acabara de abrir. El resto se da la vuelta rápidamente, y sus cabezas apuntan hacia mí. Su reacción es inmediata: dan media vuelta y huyen hacia las cabañas. Veo que cierran puertas y persianas. En escasos segundos han abandonado el estanque, dejando botes y cubos tras de sí. Justo lo que esperaba.

Nada se mueve. No hay ni persianas ni puertas entreabiertas. Me echo a trotar; los huesos, secos, me cuelgan, crujiendo a cada paso marcado que doy. Tengo la vista fija en el estanque, y saco cubos de agua tan sólo con la mirada. Ya estoy más cerca, sólo a cincuenta metros.

Se abre una puerta de una cabaña.

Sale una mujer, la heper. Tiene una expresión enfurecida y miedosa al mismo tiempo. Con la mano derecha agarra una lanza. Lleva colgando del hombro un arco y flechas.

Levanto las manos con las palmas bien abiertas. No estoy seguro de cuánto me puede llegar a comprender, por eso utilizo palabras simples: «¡No daño!, ¡no daño!». Grito, pero lo que sale son palabras roncadas e indescifrables. Intento volver a empujarlas, pero no puedo reunir la saliva suficiente para lubricar la garganta.

El sol se pone justo detrás de mí, y empapa la aldea de color, como la pintura que cae de un caballete sobre unos zapatos deslustrados. Mi sombra se extiende ante mí, larga y preternaturalmente delgada; un dedo largo y retorcido se alarga hacia la chica. Para ella tan sólo soy una silueta. No, soy algo más: el enemigo, el predador, el

cazador. Por eso ha huido el resto de hepers. Pero también soy algo más: un misterio. Una contradicción confusa, ya que aunque, estoy en el sol, no me desintegro. Justo por ese motivo, ella, perpleja y curiosa, no se ha escondido, y ha decidido hacerme frente.

Aunque no por mucho tiempo. Con un grito primario, corre a grandes zancadas hacia mí, con el cuerpo inclinado y un brazo extendido hacia atrás. Entonces, borrosamente, lo arroja hacia delante con violencia.

Tardo un momento en advertir lo que ocurre. Pero entonces ya es demasiado tarde. Oigo el silbido de la lanza cortando el aire; ni siquiera veo el largo trozo de madera que vibra ligeramente de un lado a otro a medida que se me aproxima. Justo hacia mí. Al final tengo suerte. No me muevo para evitar que me alcance —no hay tiempo—, y pasa justo por el espacio que tengo entre la cabeza y el hombro izquierdo. Sin embargo, sí puedo sentir el zumbido en la oreja izquierda.

La chica ya ha puesto otra flecha en el arco y tensa la cuerda. La hace volar. Esta vez no me espero, y me lanzo a la derecha. La flecha me pasa entre las piernas. Caigo con tan poca gracia que me quedo sin aire. El suelo ese duro, a pesar de la capa de arena y gravilla. Esta chica sabe lo que hace. No es que se esté exhibiendo. Quiere lisiarme de verdad, si es que no se propone matarme.

De un salto me pongo en pie, levanto las manos y le enseño las palmas con énfasis. Vuelve a colocar una flecha en el arco. Esta vez no fallará.

—¡Para, por favor! —le grito y, por primera vez, puedo pronunciar las palabras con claridad. Baja ligeramente el arco y la flecha.

No quiero perder tiempo. Empiezo a caminar hacia ella otra vez mientras me quito la camisa. Tiene que ver mi piel bajo el sol, y darse cuenta de que no represento ningún peligro. Lanzo a un lado la ropa. Estoy lo suficientemente cerca como para ver que sigue su recorrido con la vista, y después vuelve a concentrarse en mí.

La veo entornar los ojos y me detengo en seco. Nunca había visto a nadie hacerlo. Es algo tan... expresivo. Los párpados a medio cerrar como en un eclipse; las arrugas que salen en el rabllo de los ojos como en un delta; las cejas contraídas; hasta la boca se congela en una mueca confusa. Es un gesto extraño, pero encantador.

Al momento vuelve a colocar el arco y la flecha y empieza a tensar la cuerda.

—¡Espera! —logro mascullar, pero no es suficiente. Vuelve a soltarla. Me desabotono los pantalones y me los quito. Junto con los calcetines, los zapatos, todo. Me quedo en calzoncillos.

Me pongo así frente a ella, y entonces me empiezo a adelantar.

—Agua —gesticulo señalando al estanque—. Agua. —Ahueco las manos como para hacer un cuenco. Insegura y desconfiada, ella me repasa de arriba abajo, y las emociones salen a la luz, desnudas y primarias.

Mirándonos fijamente a los ojos, paso por su lado describiendo un gran arco. Llego hasta el estanque, que por el borde metálico que lo rodea tiene aspecto de piscina y forma un círculo perfecto. Antes de darme cuenta, ya estoy de rodillas,

ahuecando las manos para coger agua. Cuando por fin me baja por la garganta, me sabe a gloria. Vuelvo a meter las manos para beber más, y después me dejo de formalidades. Sumerjo la cabeza directamente, engullo la frescura maravillosa y siento cómo el agua se me mete en los oídos.

Saco la cabeza para coger aire. La heper no se ha movido, pero su expresión confusa se acentúa. Ahora ya no es peligrosa. Me zambullo de nuevo; mi pelo reseco engulle el agua como si fuera paja. Con el primer contacto, los poros de la nuca se estremecen, pero después se abren deleitándose con el frescor acuático. Nunca este líquido ha sabido u olido tan bien, ni lo he sentido tan rejuvenecedor.

Cuando salgo a coger aire por segunda vez, la heper ha llegado hasta el estanque. Está en cuclillas, con los brazos reposando encima de las rótulas como hacen los monos. Monigotes. Aún sujeta el arco, pero con menos fuerza.

El efecto del agua en mí es casi instantáneo. Se me restablecen las sinapsis del cerebro; siento la cabeza libre de algodón, ahora se parece más a una máquina bien engrasada. Rápidamente empiezo a entender las cosas. El atardecer, por ejemplo, y lo rápido que se convierte en noche. El Domo no tardará en emerger del suelo.

Me quito los calzoncillos y me lanzo al estanque. Al principio, el agua me aturde; el frío inesperado me quita el aire. Pero no hay tiempo para vacilaciones. Sumerjo el cuerpo; el líquido glacial representa un golpe para mi sistema. Incluso bajo la luz mortecina del fin de la tarde, el agua se ve sorprendentemente clara.

Toco el fondo, una ligera curva suave y metálica al tacto. No pierdo tiempo. Empiezo a frotarme la cara, las axilas, y todos los recovecos del cuerpo. No lo hago con suavidad, sino de manera bastante brusca. Los dedos se me transforman en horcas que restriego por el cuero cabelludo, lavándome el pelo lo mejor y más rápidamente posible.

Entonces lo noto. Sale una vibración del fondo del estanque, que primero es débil, pero que no tarda en hacerse más fuerte.

La heper se pone de pie. Mira el perímetro de la aldea y después a mí. De inmediato comprendo lo que pasa. El Domo está empezando a cerrarse. Tengo que largarme ya. Salgo salpicando agua con las piernas. Salto por encima del borde y empiezo a correr.

La vibración se ha convertido ya en un repiqueteo puro y duro que hace temblar la tierra. Entonces se oye un fuerte clic, y el zumbido se convierte en crujido. Una pared de cristal emerge del suelo y me rodea. Sube más rápido de lo que esperaba. Mucho más. En cuestión de segundos pasa de estar a la altura de la espinilla a la rodilla. Corro a toda velocidad y cuando estoy a pocos metros, salto. Consigo agarrarme con las manos a la parte superior, muy cerca de la cima resbaladiza. Lucho con las piernas por conseguir impulsarme mientras la pared no deja de subir. Pero el material es liso, y yo sigo empapado. Estoy a punto de resbalarme. Si caigo, no habrá manera de volver a subir. Me quedaría encerrado.

Cierro los ojos, ahogo un grito y empujo con los brazos a lo ancho de la parte

superior. Encuentro el borde exterior, y desde ese punto me resulta más fácil. Me impulso hacia arriba, ruedo por el ancho de la superficie y caigo del otro lado del Domo, al exterior.

No aterrizo bien, lo hago sobre un costado y, por un momento, la vista se me nubla. La altura de la pared ya es el doble que la mía, y sigue elevándose.

La chica heper sigue de pie al lado del estanque. Recoge mis calzoncillos y los sostiene para examinarlos de cerca. Arruga la nariz (algo que hacen los hepers cuando juntan la piel facial) en señal de repugnancia. También se le puede ver otra emoción en el gesto, una menos familiar, con matices. Tiene cara de asco, pero hay un indicio de algo más. ¿Risa, quizá? No, eso es demasiado fuerte. Una sonrisa apenas perceptible se forma en sus labios. Como si no tuviera la suficiente energía para llegar a la superficie.

La chica ensarta mis calzoncillos en la punta de una flecha y echa atrás el arco. Me visualiza en seguida y tira el proyectil, que vuela por el aire con el slip ondeando como una bandera, y consigue salir del Domo a punto de cerrarse. Aterrizo a pocos metros de mí, con la ropa interior empalada cual presa.

Con una quietud sorprendente, el Domo se cierra.

Recojo los calzoncillos. La verdad es que huelen mal. La verdad es que, ahora que me he lavado, apestan. Entonces hago algo que no había hecho nunca antes. Arrugo la nariz sólo por ver lo que se siente. Me parece un movimiento forzado y extraño, como si algo artificial me tirara de la nariz.

La heper camina hacia la pared de cristal del Domo. No la puedo ver demasiado bien, el cielo violeta proyecta una mancha pensativa en su rostro. Yo también me dirijo hacia allí; estamos tan sólo a unos metros, separados por la pared. Ella está cerca del Domo y su respiración empaña el cristal. Un pequeño círculo de vaho que desaparece igual de rápido que surge.

Tiene expresión de miedo, rabia, curiosidad. Y de algo más. La miro a los ojos y, en lugar de ver el brillo plástico al que estoy acostumbrado en la gente, encuentro algo distinto: motas que bailan como copos de nieve atrapados dentro de una bola de cristal.

Doy media vuelta y me voy. En el camino de regreso, recojo mi ropa, las flechas y la lanza; no puedo dejar nada que suscite preguntas. Me vuelvo para echar un último vistazo. La heper no se ha movido; sigue inmóvil observándome.

Dos Noches Para la Caza

—Los acontecimientos que tuvieron lugar anoche en «La presentación» —declara el director— fueron un tanto agresivos.

Nos encontramos en el aula después de un desayuno rápido y lúgubre. Gaunt-Man y Crimson Lips han estado solos en una mesa, nerviosos, mientras los demás nos alejábamos. Por su aspecto no deben de haber pegado ojo en todo el día. Un extraño silencio amenazaba por encima de las mesas, las sillas y el acuoso desayuno como si se tratara de una niebla cerniéndose sobre un vaso de ácido. El comedor estaba más vacío de lo normal, y los escoltas no han aparecido. De algún modo esperábamos que algún oficial hiciera acto de presencia y se llevara a Gaunt-Man y a Crimson Lips. Sin embargo, no llegaron a aparecer, y esto pareció calmar un poco a los protagonistas mientras nos dirigíamos al aula.

Yo también me siento aliviado, pero por un motivo distinto: ya no huelo. O, por lo menos, no tanto como para llamar la atención. El haber podido frotarme un poco en el estanque ha dado sus resultados; nadie parece excitado ni molesto por ningún olor. O quizá lo que ocurre es que, después de la matanza de anoche en «La presentación», todo el mundo se ha vuelto insensible a pequeñas cantidades de olor heper. En cualquier caso, salgo ganando.

Mientras habla, el director está anclado tras el atril. Si la ira lo reconcome por dentro, lo oculta bien bajo su precisa articulación clínica. No arquea las cejas ni adelanta la cabeza. Habla con la emoción desinteresada de alguien que lee epitafios al azar, sin rastro de reprobación por el grave incumplimiento que se cometió. Su fina voz es como el silencio de una cuchilla que se pavonea desafiando el contacto.

—Ayer ustedes se divertieron. Sin embargo, sus acciones tienen consecuencias. — Su mirada no se acerca ni remotamente al lugar donde están sentados especialmente rígidos Gaunt-Man y Crimson Lips—. En la sociedad los parámetros son claros: cazar y matar a un heper es delito capital. Ojo por ojo.

Sin embargo, la matanza de anoche no fue, digamos «técnicamente», una caza ilegal. Formaba parte del entrenamiento de la caza de hepers que promociona Palacio y, como tal, recae bajo los auspicios del acontecimiento.

Veo que Gaunt-Man y Crimson Lips se relajan un poco.

—Pero hay consecuencias. Porque, por viejo y esquelético que fuera, se mató a un heper. Se le liquidó. Ya no está. Años de posible investigación científica que nunca fructificarán. Su muerte no podrá quedar injustificada. Un delito contra un heper lo es también contra Palacio. Por ello, estos actos ruines deben tener consecuencias, y habrá que aplicar algún castigo.

Gaunt-Man y Crimson Lips vuelven a estar tensos en sus asientos.

—Pero, como es evidente —prosigue mientras posa su mirada en la de los dos cazadores—, no podemos hacer nada en su contra.

Inclinan la cabeza a un lado.

—No sé si son conscientes de esto —continúa—, pero todos ustedes se han convertido en personajes famosos. El público quiere conocer cualquier detalle relativo a ustedes. Los periodistas piden un listado pormenorizado de lo que ocurre a diario. Qué hicieron, adonde fueron, y qué comieron. Los espectadores están con ustedes. Simplemente, no sería posible infligirles un castigo. El estado de ánimo de la gente... —Y su voz se apaga de golpe. Levanta la muñeca huesuda y se la rasca profusamente.

—Tenemos que decirles otra cosa —revela con un toque de orgullo que confiere brío a su voz—. Los sucesos de anoche, aunque representen una grave violación del protocolo, ocasionaron un beneficio inesperado. La audiencia subió por las nubes.

«¿La audiencia?»

—Ah, sí, noto desconcierto. Déjenme que les cuente algo. Sin que ustedes lo supieran, grabamos lo que pasó ayer en «La presentación». Con vídeo y audio. Desde el momento en el que entraron. Absolutamente todo. Y esa grabación se emitió a todos los respetables ciudadanos tan sólo unas horas después.

»Los espectadores se lo tragaron todo. Les encantó. Sobre todo, el ingenio y la determinación que demostraron... dos de ustedes. Ahora pueden entender por qué esos dos permanecerán en la caza. Y por qué es también tan importante —asegura mirando a los asientos vacíos en los que se sentaban los escoltas— que se aplique el castigo. Para que nadie vaya a pensar que el gobierno se ha ablandado. Un delito capital exige un castigo ejemplar. O dos. O tres. O siete.

Sus siguientes palabras son muy afiladas.

—Habrán advertido que los escoltas han desaparecido. —Se trata de una frase ambigua. Pero entonces deja de serlo. Un escalofrío me recorre la columna. No dice nada más mientras camina lentamente por el escenario hasta otro atril, éste de cristal.

»Así que, una vez zanjado ese desagradable asunto, tenemos que darles buenas noticias. De hecho, se trata de una sorpresa bastante grata. El público los quiere ver más. Piden conocerlos mejor. El gobernante cree que es un avance magnífico y quiere presentarlos con traje de gala. No hay tiempo, pero sí tenemos un rato mañana por la noche. Para un banquete de gala. Esta institución celebraba muchos en el pasado así que está perfectamente preparada. Las instalaciones tan sólo necesitan un poco de limpieza y estarán listas. Como ustedes. Cancelamos todas las actividades de entrenamiento. De todos modos, ¿quién lo necesita? Limítense a perseguir esas bestias y cómanselas. Los sastres llegarán dentro de dos horas para tomarles a todos las medidas. Se ocuparán de ustedes durante el resto de la noche. —Se pasa la mano por su pelo engominado.

»La Caza dará comienzo dos noches después del banquete. Todos los invitados se quedarán para presenciar el inicio. Así obtendrán el pistoletazo de salida, con todos los centenares de espectadores y el despliegue mediático. Será todo un espectáculo.

Nos mira fijamente, y después se rasca la muñeca.

—Caramba, se han quedado petrificados. Deberían verse la estúpida expresión de

sus caras. Sé exactamente qué es lo que les preocupa: tienen miedo de que los cientos de invitados corran tras los hepers. No deben preocuparse. Cerraremos el edificio tres horas antes del atardecer de la noche de la Caza. Estará cerrado a cal y canto. Nadie podrá salir a excepción de los cazadores.

Sin decir más, el director, como de costumbre, se esfumó en las sombras y en su lugar, como siempre, apareció Frilly Dress. Esto ha ocurrido tantas veces que empiezo a preguntarme si no se trata de la misma persona. Si no fueran tan diferentes físicamente (él, ágil, y ella, más rellenita), de verdad que lo pensaría.

Sin el director, el alivio es casi palpable. Frilly Dress tiene una presencia mucho menos imponente. Como lo que tiene que decir suele ser intrascendente, nos cuesta un poco darnos cuenta de que esta vez es importante.

—Bien. Ha recaído en mí la responsabilidad de darles algunos detalles sobre la Caza. Dentro de dos noches y media, al alba, informaremos a los hepers de que el Domo se ha averiado: el sensor se ha estropeado y hay muchas probabilidades de que no se levante al atardecer. Como medida de precaución, deberán viajar inmediatamente a un refugio temporal, tal como se indicará en un mapa que les daremos. Sólo deberían tardar ocho horas, suponiendo que no se entretengan, lo que les permitirá estar cobijados antes de que anochezca. El refugio les suministrará comida, agua y persianas. Volverán al cabo de una semana. ¿Preguntas?

Phys—Ed levanta el brazo.

—No lo entiendo. Si llegan antes de que se haga oscuro, estarán a salvo incluso antes de que empecemos. Se supone que se trata de una caza, no de un asedio.

Por el número de sacudidas de cabezas que se multiplican a su alrededor, está claro que ha dado en el clavo. Sin embargo, Frilly Dress se muestra imperturbable, y se rasca la muñeca lentamente.

—Vaya, vaya, estamos un poquito ansiosos esta noche, ¿no? Se olvidan de la total credulidad de los hepers. Se tragan cualquier cosa que les digamos. Al fin y al cabo, nosotros les domesticamos, sabemos cómo manejarlos. —De repente, adopta una expresión severa—. No hay ningún refugio, ni persianas, ni paredes, ni siquiera un solo ladrillo. Estarán completamente expuestos para que ustedes los cacen.

Al oír esto, se produce un chasquido de labios tan fuerte que apenas logramos oír lo que dice Frilly Dress.

—... un arsenal —concluye.

Phys—Ed vuelve a levantar el brazo.

—¿A qué se refiere con «un arsenal»?

Ella se rasca la muñeca; queda claro que está muy satisfecha consigo misma. Hace una pausa, sabiendo que tiene toda nuestra atención.

—Hay un cambio muy significativo con respecto a las cazas anteriores. Queremos que los cazadores se ganen sus recompensas, que se esfuercen por conseguir la carne más que encontrársela presentada en un plato, como si dijéramos. Por ello, en esta ocasión hemos decidido armar a las víctimas.

—¿De qué tipo de armas se trata? —pregunta Beefy con voz áspera, más por curiosidad que por alarma.

En la gran pantalla vemos proyectada una imagen de un arco y una lanza.

—Hubo un tiempo en el que se esperaba que los hepers aprendiesen a utilizar el arco y la flecha. Lo consiguieron, pero su poca fuerza hizo que estos utensilios resultaran tan inútiles como palillos. Por suerte, nuestro personal ha diseñado un armamento más robusto, con auténtica chispa. Algo que puede hacer daño de verdad, y puede que incluso lisiar a las víctimas.

Las rascaduras de muñeca que se han producido al principio cesan de golpe.

—¿De qué tipo de armas se trata? —insiste Beefy, esta vez con recelo. Frilly Dress se vuelve hacia él y, de repente, su mirada no tiene nada de agradable ni de angelical.

—De éstas —susurra. Y aparece otra imagen en la pantalla.

Parece una especie de taza rectangular, pero, en lugar de tener una abertura en un extremo, tiene un revestimiento de cristal por debajo del cual emergen tres bombillas de vidrio. La superficie del arma está revestida con un panel de un material altamente reflectante, parecido a un espejo. En el otro extremo dispone de un gran botón de plástico.

—Se trata del Flash Uniemisor de tres bombillas, o, abreviado, FLUN. Provocan la descarga de unos destellos de luz devastadores. Si se pulsa el botón situado detrás del dispositivo, sale el rayo, y no de mercurio precisamente, que dura cinco segundos. Es bastante intenso, tiene una eficacia de unos 95 lúmenes. Al primer contacto quema la piel en profundidad y resulta muy doloroso. Si se mantiene durante tres segundos o más, la resonancia ultravioleta puede provocar vómitos y pérdida de conciencia. Si por casualidad miran al rayo directamente, los cegará, puede que de manera permanente.

Como reza el dicho, no se oye ni a un heper.

—Esa es la posición mínima.

—Y ¿cuántas hay? —pregunta Beefy.

Después de una pausa dramática, Frilly Dress responde.

—Cinco. En la posición máxima, un único disparo puede hacerles un agujero. Tiene cinco veces más potencia que los rayos de sol de mediodía.

Ashley June levanta el brazo como si fuera una nube de humo.

—¿Cuántos?

Su pregunta es confusa, pero Frilly Dress parece comprenderla a la perfección.

—En total hay cinco FLUN. Cada heper tendrá uno. Cada ráfaga emite más de tres disparos. Tiene un alcance de diez metros.

—¿Por qué?

Esta pregunta también es ambigua, pero de nuevo la entiende sin problemas.

—Porque el público lo pide. Y, si ellos lo quieren, el gobernante también. Anoche su insubordinación despertó su interés. Les proporcionaron sed de sangre y de

muerte, y por ello ahora sólo la violencia les dejará satisfechos, incluso si es a su costa. Después de su magnífica interpretación, los espectadores demandan una distracción violenta del más alto nivel.

Frunce los labios como si quisiera sacarse restos de entrañas de entre los dientes. Hay un silencio total.

—¿En serio? —pregunta Phys—Ed—. ¿De verdad les darán armas?

—Sí —y, al pronunciar esto, deja entrever el placer que le produce—, de verdad. También vamos a hacer que la Caza sea más competitiva en otros aspectos.

Se ven erguirse más cabezas.

—Después, cada uno de ustedes recibirá una pieza de equipamiento. Nada que vaya a ayudarlos a matar a ningún heper en realidad, pero para ellos la caza será más interesante. Estos elementos están diseñados para darles una ventaja sobre sus compañeros. Todos se encuentran en la fase de prototipo, con lo que su capacidad está por probar.

—¿De qué tipo de artículos se trata? —pregunta Abs. Intrigada, mueve su cuerpo hacia delante.

—Bien, algunos de ustedes recibirán un calzado diseñado para que les proporcione más rebote y velocidad. Calculamos que se incrementará en un diez por ciento. A otros se les suministrará una capa solar o una loción para bloquear el sol. Aplicadas debidamente, pueden emplearse para obstruir el paso de la primera luz del alba o del atardecer. O eso creemos. También podrán salir diez minutos antes que el resto, una gran diferencia en una carrera como ésta. Se les dará un chute de adrenalina. Ya van entendiendo la idea. Elementos que les otorgarán pequeñas ventajas sobre los demás en la caza. Pero, de nuevo, permítanme que insista en que estos productos no han superado al completo los controles de calidad. Los utilizarán bajo su propia responsabilidad.

—Yo esperaba algo más en la línea de un traje protector contra los FLUN —declara Crimson Lips.

—Yo no me preocuparía por eso —se adelanta Gaunt—Man antes de que Frilly Dress pueda responder—. Recuerda que son animales. Ni siquiera sabrán cómo utilizarlos.

—Piense así si lo prefiere —observa fríamente Frilly Dress—. Si usted cree que eso le da una ventaja competitiva con respecto a los demás, adelante. El resto se alegrará de poder sacar provecho de su obstinada ignorancia.

—Oiga, no puede hablarme así...

—Qué curioso, estaba a punto de pedir un voluntario. Gracias por ofrecerse.

—¿Voluntario? ¿Para qué?

—Exacto, acérquese al escenario. —Se saca del cinturón unas gafas de sol y se las pone—. Les sugiero que todos se las coloquen. Excepto usted —dice mirando a Gaunt—Man.

Lentamente el cazador se levanta con la mano a punto de tirar del lóbulo de la

oreja. Se detiene.

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué pasa?

—Nada que los escoltas no hayan experimentado ya esta mañana.

—¿Qué es esto? No pienso moverme del asiento —asegura volviéndose a sentar.

—No hay inconveniente. —Y entonces Frilly Dress saca un FLUN que llevaba escondido bajo la ropa—. Les he dicho que alcanzaba unos diez metros, ¿verdad?

Gaunt-Man se echa atrás en el asiento. Está acorralado, no tiene adonde ir.

—Considérese afortunado. Lo he puesto en la potencia mínima. Aunque creo que, aun así, quedará impresionado.

—¡Espere! —grita, desesperado, sacudiendo la cabeza—. El director aseguró que el castigo ya se había aplicado. A los escoltas. Ya no queda nada...

—Excepto mostrar lo afortunados que fueron al librarse. Aunque se trate de una demostración descafeinada en comparación con lo que sufrieron los escoltas. Usted vivirá.

Al pulsar el botón con el pulgar se oye un clic. Un rayo bien definido sale del FLUN. Todos levantamos los brazos para taparnos los ojos; el destello nos ciega. Salvo a mí, por supuesto. Veo cómo el rayo alcanza a Gaunt-Man a la altura del pecho. Intenta bloquearlo cubriéndose, pero ya se ve salir el humo negro. Cae al suelo como si le hubieran golpeado con una maza y se retuerce de dolor. Tiene la boca completamente abierta, pero no emite ni un sonido. Se queda recostado; tiene la lengua fuera, seca, y le cae un hilo de vómito amarillo. Frilly Dress suelta el botón.

—Vamos, deje de hacer teatro —le dice mientras pasa flotando a su lado y desaparece.

Nos hacen abandonar el aula y nos ofrecen otra visita guiada de las instalaciones: más clases y laboratorios vacíos. Después del encuentro cara a cara de ayer con un heper, ver dentaduras y diagramas no consigue levantar la menor excitación entre nosotros. La única zona remotamente interesante es la cocina. Después de haber obtenido la autorización de los médicos, Gaunt-Man se reúne allí con nosotros con un aspecto más amargo de lo habitual. Los cocineros están muy ocupados preparando la cena, descuartizando grandes pedazos de piel de vaca. El grupo se queda alrededor de la mesa principal atraído por la visión y el olor a carne sangrienta. Yo me desvío a un puesto lateral en el que trabaja un aprendiz.

—Eso sí que es —empiezo a decir, salivando al ver patatas fritas y fideos— totalmente asqueroso.

El ayudante, un tipo bajo y de ojos saltones, me hace caso omiso. Coge la comida y la mete en un gran Tupperware. Abre la puerta de un horno que tiene detrás, lanza el recipiente dentro y cierra de golpe. Pulsa un botón y se va. Echo una ojeada para asegurarme de que nadie mira y abro el horno. Salvo que no lo es. El recipiente ha desaparecido en la oscuridad a través de un túnel largo y estrecho con una cinta transportadora.

Desde atrás se oyen unos pasos llegar a ritmo militar. Se trata de un empleado de

rasgos muy dibujados y expresión grave.

—¡Se requiere su presencia! —grita, con el mentón señalando a Ashley June—. De inmediato.

—¿De qué va esto?

El hace caso omiso de su pregunta y viene hacia mí.

—Y la suya también. Acompañenme. —Da media vuelta y se va sin molestarse en mirar atrás.

Algo va mal. Lo percibo mientras lo seguimos al exterior por el camino de ladrillos que lleva hasta la biblioteca. Su paso es más que enérgico y rápido; le propulsa el miedo. Nadie habla.

Atravesar las puertas principales y entrar en la biblioteca parece lo mismo que meterse en la boca del lobo. Una vez dentro, lo primero que noto son cuerpos. Muchos, quizá dos decenas, empleados y centinelas, de pie en el vestíbulo. Todos llevan gafas de sol y están firmes a un lado.

«No muevas los ojos de un lado a otro. No lo hagas.»

Nadie se mueve. Dejo que mis ojos se adapten poco a poco a la oscuridad mientras respiro profundamente. Hace frío.

De aquí no puede salir nada bueno. Lo único positivo es que aún no lo saben. Que soy un heper. De lo contrario, no seguiría en pie. Se me habrían abalanzado al segundo de entrar.

Oigo su voz antes de verlo.

—Confío en que este alojamiento haya sido de su satisfacción —expone el director con tono moderado. No se sienta como lo haría un hombre de su posición; está de pie en el centro de la sala, justo al lado de una mesa, con el perfil derecho iluminado por una lámpara de mercurio y el izquierdo bajo la penumbra. Tiene la mirada clavada en mí. Su figura, ágil y esbelta, forma una línea discreta en la habitación. Al hablar, hasta los libros en las estanterías parecen alejarse de él.

—Sí, es estupendo. Gracias.

Traza un arco con la cabeza como si siguiera la trayectoria de las aves migratorias.

—Estábamos preocupados por el tamaño de las asas para dormir. No las hicimos a medida. Le pedimos disculpas.

—Da la casualidad de que me han ido bien.

—¿En serio?

—Sí.

Me observa despreocupado, con aparente desinterés, pero bajo esa fachada subyace la frialdad. Sin previo aviso, sus pies se separan del suelo al saltar hacia el techo. Coloca el cuerpo boca abajo, con los pies en las asas que jamás he utilizado, apenas un segundo después. Minuciosamente, se balancea lánguido como el péndulo de un reloj de abuelo. Su mirada, boca abajo, sigue clavada en mí con serenidad.

—Es increíble lo distinto que se ve el mundo desde esta posición, cuando todo

está del revés. ¿Ha pensado en ello?

—Sí —contesto.

—Te hace ver las cosas desde una perspectiva diferente. Y por eso estoy boca abajo, mirándolo ahora.

—¿Disculpe?

—Porque intento verlo con otro prisma. Para ver de qué va todo este revuelo. Verá: para mí, usted no es más que un chaval. No es una gran estrella. Sólo es un crío. Y por eso me pregunto, y no por primera vez, ¿de qué va todo este alboroto?

No digo nada.

—Me pregunto por qué el público está tan enamorado de usted. Por qué los productores quieren más reportajes suyos, por qué claman por entrevistas con usted después de la Caza. Si no hubiera puesto restricciones a los medios durante el período de entrenamiento, creo que ahora estaría concediendo entrevistas de sol a sol. Pero ¿a qué viene todo este alboroto a su alrededor? Quiero decir que no ha destacado en nada en concreto aquí. Se ha mostrado pasivo, casi como un mirón. ¿Estoy en lo cierto al afirmar esto?

—Sí, ha sido mi estrategia. Pasar desapercibido. Que se me subestime, señor.

Cierra los ojos como si estuviera contemplando mis palabras.

—Me parece que no comprende lo que he querido decirle.

—Disculpe...

—Porque el clamor —susurra— ya venía de antes de que llegara. —Poco a poco se baja de las asas. Se coloca demasiado cerca de mí. Me mira fijamente, como si esperara una respuesta.

—Le confieso que no comprendo.

—Déjese de confesiones, por favor —me pide, sacando la punta de la lengua para tocar con ella su labio inferior—. Unos días antes de su llegada, me visitó el director de uno de mis superiores. Directo desde Palacio. Con el fin de que preparáramos esta biblioteca para alojar a un cazador. Ni que decir tiene que su petición me dejó confuso. ¿Por qué aquí, si en el edificio principal hay más que suficientes habitaciones apropiadas? ¿Por qué aislar a un cazador del resto? Pero mis preguntas no obtuvieron respuesta. Y después, horas antes de que usted llegara, vino otro director. ¡Era a usted, un chaval, a quien querían alojar aquí!

Da un paso atrás hasta una mesa que tiene cerca. Pasa los dedos por detrás de una silla.

—Por favor, ayúdeme a comprenderlo. ¿Qué le pasa a usted que justifique este tratamiento especial? —Retira la silla y se sienta. Entonces veo los dos maletines, sobre la mesa, con un leve reflejo. Como el resto de las personas en la sala, están de pie y tienen un aire siniestro.

Ashley June no se ha movido. Desde el rabillo del ojo («¡No te vuelvas a mirarla!»), veo que me observa. Aún no se han dirigido a ella; debe de estar preguntándose por qué la han convocado. Igual que yo.

—Lo siento, no conozco el motivo —aseguro.

—No se disculpe —me ordena. Y se pone a esperar.

—No conozco el motivo.

—Así está mejor —dice, frotándose el antebrazo con la parte superior de los dedos, como acariciando a un gatito—. En realidad, no esperaba que lo supiera. Como la mayoría de chavales, no tiene ni idea. —Se frota la muñeca—. Por el motivo que sea, las autoridades le han tomado un cariño especial. —Mira al infinito, sin fijarse en nada en particular. No habla, se limita a permanecer sentado, como si de repente entrara en estado catatónico. Y entonces añade—:

¿Sabe de qué va esta caza?

—Sobre cazar...

—Y no diga «cazar hepers», porque nunca ha tenido nada que ver con la caza; ni los hepers ni ninguna de las dos cosas. Así que no emplee esas palabras juntas ni por separado.

—Tiene que ver con el gobernante —respondo, extrañamente envalentonado.

Clava la mirada en mí, pero no me está amenazando.

—Ah, el chico ve un poco más allá de sus narices. Puede elaborarlo un poco más, si lo desea.

Hago una pausa.

—Creo que preferiría no hacerlo.

Echa la cabeza hacia atrás.

—Pues yo creo que debería.

Después de una pausa, empiezo a hablar con el tono de voz más firme que encuentro.

—El gobernante es consciente de que su índice de popularidad ha estado descendiendo de un tiempo a esta parte. Esto es injusto, ya que es un líder verdaderamente dinámico, el mejor que ha conocido esta tierra a lo largo de su amplio y glorioso pasado. Sin embargo, no le interesa tanto su fama como la felicidad de su pueblo. Y no hay nada que aporte más dicha y sensación de camaradería que una caza de hepers. Con ese fin ha planeado y ejecutado el acontecimiento con tanta vehemencia. Como es evidente, es una mera coincidencia, tal y como pone de manifiesto la historia, que no haya nada que ayude más a aumentar las cifras de popularidad que una caza de hepers. El hecho de que sea especialmente emocionante, y contenga grandes dosis de intriga y de violencia, catapultará la notoriedad del gobernante hasta la estratosfera.

Cric, cric, cric. Se oye al director rascarse la muñeca.

—Continúe, continúe —insiste, con el tono de voz más animado que le he oído nunca.

—Por eso está en nuestras manos, las de los cazadores, procurar que el acontecimiento se caracterice por la diversión, la violencia y la intriga.

—Bingo —susurra, pasando la mano por la superficie de la mesa. Hasta que

choca con un libro en la esquina. Lo mira. Es el diario. Se frota la mano con la que ha chocado y me mira, olvidando el ejemplar—. Por eso estoy aquí. Para discutir con usted (el hijo favorito, la joya de la corona, el elegido) qué podemos hacer para que sea un espectáculo memorable. Para asegurar que el nivel de excitación se incremente tanto como podamos. Por el bien de la gente, por supuesto.

—Por supuesto.

—La verdad es que ambos nos jugamos mucho en esto. A usted le espera, potencialmente, una vida llena de honores, fama y riqueza. Si gana, claro está.

—¿Y a usted?

El director deja de rascarse la muñeca. Por unos instantes creo que me he pasado de la raya. Su expresión se paraliza, y se reclina en el asiento, ensombrecido por la oscuridad.

—Una oportunidad para abandonar este infierno —susurra—. Una ocasión para dejar por fin este purgatorio donde el cielo está separado por un cristal, tan grueso como mil universos uno al lado del otro. No se puede soportar tanto tiempo la tentación de ver y oler a los heperversos y, a la vez, tener que privarse a cada paso. Estar tan cerca y tan lejos a la vez es un tipo de infierno único. Es casi como una broma. Escapar de este falso paraíso y que me asciendan para trabajar en uno auténtico: el Palacio del gobernante. Que me otorguen por fin el puesto de ministro de Ciencia.

Se produce otra pausa impregnada de angustia.

—¿Ha estado alguna vez? No, por supuesto que no. En cambio, yo sí que visité un día el Palacio del gobernante. Cuando obtuve el nombramiento oficial para este cargo. Estuve allí, y pude comprobar toda su gloria y esplendor. La realidad superó hasta mis más elevadas expectativas. Esfinges de hienas y chacales, edificios de un mármol liso y resbaladizo, el interminable y elegante séquito formado por escanciadores, escribanos, arpistas, pajes, mensajeros, soldados, el harén de vírgenes vestidas de seda... Sin embargo, eso ni siquiera fue lo mejor. ¿Puede imaginarse qué lo fue?

No digo nada.

—Podría pensar en las elegantes piscinas con cascadas, las grutas o la sala sinfónica con la araña de lágrimas de mercurio. Pero no, se equivocaría. O en el acuario lleno de ostras, almejas, calamares y pulpo que se pueden extraer como si fueran margaritas y devorarlos. Pero se volvería a equivocar. O los cuadros, o el establo real con hileras de regios sementales hasta donde el ojo alcanza a ver. Pero, de nuevo, se equivocaría.

Levanta el dedo índice, en el que luce un anillo con una gran esmeralda incrustada. Acto seguido el personal y los centinelas se dan la vuelta y se van.

—La chica se queda —ordena.

Cuando se cierran las puertas, se humedece los labios y prosigue.

—Es la comida. Las carnes más exóticas y succulentas, las partes más selectas y sangrientas en las que hincar el diente, incluso con el corazón del animal bombeando.

Pum–pum–pum, así tal cual, mientras masticas el hígado, el riñón y los sesos. De perros y gatos. Y eso es tan sólo el aperitivo. Después llega el plato principal. —A oscuras oigo como se estremecen sus labios—. Carne de heper —musita.

Me quedo mirando al vacío. El terror se está apoderando de mí. «¡No abras los ojos!», grita la voz de mi padre.

—Suponga que le digo que hay un escondite secreto —susurra—. Que en algún lugar de Palacio hay una granja de hepers oculta. En realidad, está bajo tierra, fuera de la vista, y abarca toda la superficie de las instalaciones. Sólo lo estoy suponiendo, por supuesto. «¿Cuántos hepers?», se debe de estar preguntando. ¿Quién podría decirlo? No obstante, durante la única noche que pasé allí, oí sus gritos y alaridos. Sonaban como si hubiera decenas, tal vez cientos. —Se acaricia la mejilla—. Tendrían que serlo para que el gobernante pueda comer su carne cada día, como dicen algunos que hace.

Entonces me mira.

—Así que ambos tenemos mucho en juego. Aun así, para que eso ocurra, necesitamos darles... —Su voz se extingue. Silencio, y luego—: Como ha verbalizado usted de manera tan escueta, la caza necesita tener diversión, violencia e intriga. Y se lo daremos. Sin embargo, también debemos ofrecer un elemento más, algo sin precedentes. Y aquí es donde la chica entra en escena.

Su fino dedo índice señala a Ashley June para que avance. Ella surge de entre las tinieblas con el rostro tan pálido como el mármol blanco a la luz de la luna.

—Ella nos ayudará.

—¿Cómo?

—Algo que no se ha producido nunca durante una caza ha sido el romance. Uno auténtico y desgarrador. Imagínese el gancho que podría tener en la televisión en la franja horaria de máxima audiencia, con toda la nación viéndolo en sus casas. Una historia de amor entre cazadores dejará prendada a la audiencia como ninguna otra cosa lo haya conseguido antes. —Se vuelve para mirar a Ashley June y después a mí—. Por supuesto, necesitamos a la pareja adecuada: fotogénica, atractiva y simpática. Y ahí es donde ustedes dos entran en juego.

»Su atractivo es evidente. Además, según las encuestas, son con diferencia los más populares. El público quiere que se junten. Y lo que desean los espectadores, bueno, es lo que nosotros luchamos por brindarles. Así que esto es lo que quiero. Durante los próximos días acurríquense, háganse mimos. En la gala de mañana por la noche, tendrán que mostrarlo ante las cámaras y los periodistas. Tienen mi permiso, y mi bendición, para intimar tanto como quieran. De hecho, háganlo incluso si no les apetece. Desde el momento en que caminen por la alfombra roja, irán del brazo, inseparables. Quiero que bailen juntos, que se susurren palabras de amor, que se rasquen las muñecas mutuamente, que se froten la nariz, que se tiren del lóbulo de la oreja, y que se quiten las mangas. Deberán actuar como si en el mundo no hubiera nadie más que ustedes dos. Háganlo bien y tendrán a la audiencia comiendo de su

mano.

No digo nada. El director sabe lo que hace. Es un plan perfecto que mata dos pájaros de un tiro: complace el aparente interés que el gobernante muestra por mí, y garantiza literalmente el éxito popular de la Caza. Pero aún tiene algo escondido en la manga. O, para ser más exactos, en los dos misteriosos maletines que hay sobre la mesa.

—¿Y cómo termina el romance? —pregunta Ashley June en voz baja pero firme—. ¿Con final feliz o tragedia?

La reacción del director es casi violenta. Cruza las manos a la altura de las muñecas y empieza a hacerse marcas profundas echando la cabeza hacia atrás con desesperación.

—¿No tiene que decidirlo usted? —Por los ojos escupe destellos delirantes—. ¿Qué tiene que ver conmigo el resultado de su idilio, de su enamoramiento de chica de instituto?

—No me refería a eso. Debe pensar en la visión global de la Caza —insiste Ashley June con voz férrea.

—¿Yo debo pensar?

La chica guarda silencio, arrepentida.

—¿Cree usted que sabe más que yo? —Las palabras salpican a la muchacha, como perdigones, rancias y llenas de desprecio—. No me diga lo que debo pensar, señorita.

Entonces él cierra los párpados, y sus largas pestañas se entrelazan con delicadeza. Eso hace que la temperatura de la biblioteca, que ya era fría, descienda en picado. Los rayos de la luz de la luna se congelan en pilares de hielo gris transparente. Miro con disimulo a Ashley June. Sabe que se ha excedido, aún está más pálida que antes y le tiemblan los párpados.

El director posa la mirada en los maletines. Los coge para acercarlos.

—Necesitaré ganar para que este plan sea un éxito. Eso es lo que quería decirme, ¿verdad, señorita? Por favor. No se tome la libertad de compartir conmigo sus ideas prosaicas. Porque yo ya lo sabía. Debe ganar para adornar las portadas de las revistas, aparecer en los programas de entrevistas y ser la comidilla local.

Presiona un botón y los maletines se abren. Les da la vuelta para que veamos el interior. Hay un FLUN en cada uno. El director lo extrae.

—Nadie sabe lo que pasa realmente ahí fuera en las Vastas durante la caza. A nadie le importa. Se sabe que los cazadores han..., bueno, han recurrido a trampas. Es un mundo de fieras y, cuanto más bestial sea el comportamiento, más se aguanta. Utilicen los FLUN contra los otros. Cuando estén en las Vastas lejos de las cámaras. Uno para cada uno. Contiene tres disparos. Debería ser suficiente, ¿no?

Se levanta.

—No tengo nada más que decir. Actuarán como les he indicado. —Da una palmada y un séquito de empleados entra, cada uno de ellos con una cámara colgando

del cuello—. Los medios de comunicación piden más fotos tuyas, y nosotros estamos contentos de poder obsequiarles con una sesión de su romance incipiente, ¿verdad? No hay mejor momento que el presente para una sesión fotográfica en el exterior. Asegúrense de mostrarse cariñosos ante las cámaras. Miradas lánguidas, ojitos acaramelados, frotamientos de orejas, caricias de codos... Ese tipo de comportamiento.

En cuanto empieza a abandonar la sala ve el diario del científico sobre la mesa. Ashley June y yo permanecemos en silencio mientras hojea las páginas de pasada.

—Ese científico era raro —masculla como para sí mismo. El libro se queda abierto por la página en blanco y hace una pausa para mirarla. La pasa y vuelve hacia atrás. Entonces, de repente, deja caer el libro sobre la mesa con un golpe sordo.

Casi doy un respingo, del sobresalto.

—Loco como un heper —dice el director con la mirada puesta en el diario. Al salir me roza y la puerta se cierra tras él.

Respiro hondo y tardo un buen rato en volver a inspirar.

Es la noche perfecta para realizar una sesión de fotos romántica. Pequeños destellos de la luz de las estrellas salpican el cielo. La luna en cuarto creciente se asoma por encima de las montañas del este, nevadas, cubriéndolas con una capa de plata. Leves ráfagas de viento soplan por las llanuras justo lo suficiente para hacer ondear con suavidad el cabello de Ashley June, y dejar expuesta la piel de su cuello.

El marco es perfecto, pero, por desgracia, los actores no. Por lo menos, yo. Me quedo de pie, incómodo, al lado de mi compañera, con los brazos pesados, siento la cara como una redundancia, parezco un maniquí de madera sin cabeza. Lo que elimina cualquier rastro de romance en mí son los empleados que nos rodean con sus cámaras y sus flashes de luz de mercurio, sus voces que nos gritan órdenes, esa amenaza claustrofóbica que me rodea.

—Acérquense más.

—Inclinen así la cabeza. No, demasiado, hacia el otro lado. Pare. No. Demasiado...

—No, no, muévanse hacia la izquierda, los dos. No, ahora tapan el Domo.

—Intenten ser naturales, no posen tanto.

Ashley June levanta las manos, y cierra los ojos. Sólo cuando cesan los clics de las fotos y los empleados callan, empieza a hablar.

—Esto es ridículo —confiesa—. Es estúpido.

—No tenemos ni una toma que podamos utilizar. Ambos necesitan...

—Lo que necesitamos —interrumpe ella, volviéndose hacia mí— es más atrevimiento. —Se quita la chaqueta que lleva y la lanza al suelo. Debajo tiene puesta una camisola satinada de color negro que se le ciñe al cuerpo. Sus largos brazos pálidos caen a ambos lados, brillando bajo la luz de la luna, como un marco de mármol resbaladizo.

Por un instante, nadie dice ni una palabra. Entonces las cámaras empiezan a

disparar y salen los flashes.

—No estés tan rígido —me dice con la voz más dulce que he oído nunca—. Relájate, será más sencillo para los dos. Las cámaras no muerden.

—Ya. Es sólo que no estoy acostumbrado a ser el centro de atención.

—No te preocupes, no están concentrados en ti ahora. Yo atraigo toda la atención. —Se rasca ligeramente la muñeca—. Mírame, déjate llevar.

Avanza hacia mí y me toma el codo. El contacto de su piel con la mía me sacude. Dejo que me levante el brazo hasta que mi mano está a la altura de su cabeza. Sé qué tengo que hacer ahora. Le toco el lóbulo de la oreja con el pulgar y el dedo índice, y nos abrazamos para las cámaras. Esto es lo que quieren, la clásica pose romántica. Su mano en mi codo, y yo acariciándole el lóbulo de la oreja. Pero sigue sin ser suficiente.

—Tienes que ser más natural —me explica un empleado—. Tienes el cuerpo demasiado tenso.

—Y mírala a los ojos. Ella te gusta, ¿recuerdas? —me aconseja otro. Pero no funciona. Estoy completamente rígido e inseguro.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto a Ashley June—. ¿Cómo consigues ser tan natural?

De nuevo me vuelve a sorprender, esta vez por la calidez de su mirada y la dulzura en su voz.

—Todo está relacionado con la máscara —confiesa—. Sólo se trata de fingir. —Y algo en sus palabras, o quizá el modo en el que las pronuncia, me hace mirarla a los ojos por más tiempo de lo que he mirado nunca a nadie excepto a mi padre.

—Tan sólo haz ver —me susurra— que te atraigo mucho.

Que te gustan la forma de mis labios, la suavidad de mi piel, el perfume de mi aliento y el color de mis ojos. Y finge que puedes ver más allá de todo eso, de la superficie, que me conoces más profundamente. Lo que hay oculto en mi interior. Que eso aún te atrae más. Imagínate que no hay nada más que yo ante ti ahora mismo, que no existe nadie más en el mundo. Ni los empleados ni los cazadores. Ni siquiera la luna ni las estrellas ni las montañas. Que me has deseado durante mucho tiempo y que ahora estoy aquí ante ti. Piensa en todo eso y aparéntalo. —Con la mano que tiene libre, me toma por la espalda y me estrecha hacia ella. Sólo nos separan unos centímetros. Sopla una racha de viento y me caen en los ojos unos mechones de pelo.

Entonces ella me aparta el flequillo, y me acaricia de la cabeza a la nuca. He pasado años en los que decidí congelar mi corazón y cauterizar mis sentimientos hacia ella y, sin embargo, este mero gesto —falso o auténtico, no importa— es el único verdadero y agradable que he sentido en todo el tiempo en que he estado solo. Hace desencadenar algo en mí. Un cambio sísmico en mi interior, una erupción de lo que había permanecido latente. Sus ojos se posan en los míos, y son tan tangibles como el tacto de su mano en mi codo, pero aún más profundos. Siento el anhelo de

las emociones que creía muertas hace tiempo.

—Me alegro de que estemos juntos —me susurra con suavidad, como si fuera un secreto—. Tanto que...

—Así mejor, quedaos así. Unos cuantos disparos más...

Y entonces empiezan a pedirnos más cosas, nos presionan para que haya más flirteo. Ashley June obedece. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos ligeramente. Los párpados le tiemblan y separa los labios, humedecidos. Representa la visión del intenso deseo romántico. La consecuencia inevitable es que algo se desenmaraña en mi interior.

Sin embargo, después, el labio superior se le transforma en un gruñido, y dos colmillos le sobresalen blancos, húmedos y afilados. Unos dientes que en tan sólo cinco segundos me destrozarían el pecho, me taladrarían la caja torácica y me arrancarían el corazón, aún latiendo.

¿Por qué me he permitido olvidarlo? ¿Por qué, en un momento de debilidad, he cedido? No debo olvidar nunca que su belleza está envenenada, que sus labios ocultan dos hileras de cuchillos, que su corazón está rodeado por una afilada caja torácica. Ella es imposible para mí, intocable, inalcanzable.

Las cámaras se despiertan, se desata un frenesí de disparos como si cayera un saco de canicas.

—¡Eh, síguele la corriente! —me insisten—. ¡Este material es tremendo!

El sonido de las cámaras es tan insistente, y la actuación de mi compañera tan convincente, que hago lo que se espera de mí. Sigo la corriente. Y me parece que no está tan mal cerrar los ojos y bloquear lo que tengo delante, ocultar mi interior. Hacer que mi cuerpo se estremezca, que el falso deseo enmascare el desprecio por mí mismo. Retiro mi mano de su oreja y, lleno de odio, la coloco en su hombro; le clavo las uñas con rabia en la espalda al descubierto. Ella tiembla encantada, y continúa su interpretación; flexiona sus largos y finos bíceps, los relaja y los vuelve a flexionar. A los fotógrafos les encanta, igual que ocurrirá con el público. Nos gritan animándonos para que vayamos más allá. Y me doy cuenta de que, desde el exterior, desde el otro lado de la máscara, el odio se puede confundir fácilmente con el deseo.

Después de la sesión, nos envían a nuestras respectivas habitaciones paratomarnos medidas. En la ventilada biblioteca, un equipo de sastres tenebrosos, en voz baja y con cara de pena, calcula mi talla para el esmoquin. Para mí es una experiencia estresante, sobre todo cuando se acercan demasiado. Veo que sus fosas nasales se agrandan. Uno de ellos hasta me lanza una mirada curiosa. Yo le corto rápidamente, pero cuando se ven obligados a retirarse por la llegada del alba, me vuelve a observar con expresión extraña mientras sale por la puerta.

Por lo menos ya ha llegado el amanecer y por fin puedo dirigirme al Domo. Vuelvo a tener sed y necesito lavarme. Al salir de la biblioteca, echo un vistazo al edificio principal para asegurarme de que hayan bajado las persianas. Después me encamino hacia mi destino a paso ligero. Esta vez llevo tres botellas de plástico,

vacías y atadas con una cuerda, colgadas al hombro. Van chocando entre ellas y hacen un ruido hueco como los porrazos que daría un batería borracho. El Domo aún no ha descendido. No paro de decir «ahora» y apuntar en su dirección. «Ahora.» No se mueve. «Ahora.» Sigue sin obedecer mis órdenes, el cristal no se mueve.

A mitad de camino, un zumbido vibra en el suelo. Al principio es apenas discernible, pero luego se vuelve inconfundible. Las paredes del Domo bajan, la abertura circular de la parte superior se va ensanchando mientras el cristal se hunde en el suelo. La luz del alba juguetea por el vidrio en movimiento, y se revuelve como lazos alrededor de las llanuras en una espiral de color. Entonces la luz pierde intensidad y cesa la vibración. El Domo ha desaparecido.

Espero de pie a unos cien metros del estanque. Es preferible no correr riesgos. A pesar de lo que ya puedan saber de mí, quizás surjan de las cabañas de barro (o, por lo menos, la chica heper lo haga), listos para ensartarme. Eso es lo que les pasa: son tan impredecibles como animales en un zoológico que se han vuelto salvajes. Además, se supone que comparten otra similitud con éstos: duermen mucho. Una hora después del amanecer, y nada ni nadie se ha movido.

Por fin se abre la puerta de una de las cabañas. Un joven de mi edad sale tropezando, medio dormido, con piernas tambaleantes, y se dirige al estanque. No me ve; tiene que entornar los ojos por la luz cegadora de la mañana.

No me entrevé hasta que se echa agua en la cara y bebe un poco con las manos. De repente suelta las manos a los lados, y el agua cae y le moja los pies. Se marcha a toda prisa y entonces se detiene, como si se hubiera percatado de algo. Mira hacia atrás y ve que sigo de pie, que no me he movido ni un pelo.

Levanto las manos con las palmas hacia él con la idea de transmitir un mensaje: «No vengo a hacerte ningún daño».

El chico sale por piernas.

—¡Un momento! ¡Espera!

Entonces se detiene. Abre los ojos con expresión de terror, pero también de curiosidad. Como ocurrió ayer con la chica, los sentimientos se reflejan en su rostro de manera descontrolada, como un animal en el zoo que se rasca el trasero sin pudor ante una multitud de espectadores burlones. Son gestos tan extremos que fluyen como una cascada. Me mira fijamente, con los ojos como platos.

—¡Sissy! —grita de pronto, y entonces, del susto, me toca a mí retroceder unos pasos. Esa cosa habla—. ¡Sissy! —vuelve a decir más fuerte, y la modulación de la voz me llega nítidamente hasta incluso con una palabra tan corta.

—No, yo —tartamudeo sin saber muy bien qué decir. «¿Sissy?» ¿Por qué me llama así? Sissy significa «Gallina», ¿por qué me insulta?

—Sissy —repite en un tono que carece de cualquier tipo de burla. Tiene un matiz neutro pero urgente al mismo tiempo, como si pidiera ayuda.

—No entiendo —alcanzo a decir porque, bueno, es así—. Sólo quiero agua. —Hago un gesto hacia el estanque—. A-gua.

—Sissy —vuelve a decir, y entonces se abre la puerta de otra cabaña. Es la chica, un poco desaliñada, que se sacude rápidamente el sueño y se pone en estado de alerta. Estudia la situación y no tarda en comprender. Su mirada recae en la mía por un instante, mira detrás y vuelve a posarse en mí.

—No pasa nada, David —explica al primer heper—. Recuerda lo que te dije ayer. No nos hará daño. Es como nosotros.

Estoy atónito. Estos hepers hablan. Son inteligentes, no salvajes. La chica empieza a andar hacia mí con seguridad. A medida que pasa por delante de las otras cabañas, se abren más puertas y salen más hepers, que la siguen. Se detiene delante del estanque.

—¿Bien?

Todo lo que alcanzo a hacer es mirarla fijamente.

—¿Bien? —me vuelve a preguntar y entonces me doy cuenta de que empuña un largo cuchillo en la mano izquierda.

—Bien —contesto.

Durante un buen rato nos quedamos mirándonos.

—¿Has vuelto a por agua?

—Sí.

Un grupo de cuatro hepers, todos ellos varones, se reúnen detrás de la chica observándome. Veo que uno le susurra algo al oído a otro, y después asienten con la cabeza.

—Sírvete —dice la chica.

Mi sed me empuja a hacerle caso. Me arrodillo en el borde del estanque y bebo con las manos ahuecadas mientras no pierdo a ninguno de vista, sobre todo a ella. Después lleno las botellas de agua y las tapo. Entonces vacilo.

—¿Vas a volver a desnudarte? —me pregunta. Esto parece relajar al grupo, que sonrío y se miran entre ellos con complicidad—. Si es así, no te olvides de llevarte la ropa interior.

Con los años he aprendido a no sonrojarme, pero esta vez no hay quien lo pare. Una oleada de calor me golpea la cara. Los hepers lo ven y, de repente, se quedan en silencio. Entonces la chica da un paso adelante, y el grupo la sigue detrás. Avanza hasta llegar a mí y se detiene a una distancia prudencial; está lo suficientemente cerca como para poder verle las pecas que tiene alrededor de la nariz. Me toca la cara con la mano, presionándome la mejilla; hasta tiene callos en las yemas de los dedos. Hace una seña con la cabeza para que los demás se acerquen. Me rodean lentamente. Yo no me muevo. Tanteándome, me tocan el rostro, la mejilla, y el cuello. Yo les dejo hacer.

Entonces retroceden. La chica permanece delante de mí, ahora ya sin el cuchillo. Por primera vez veo algo en su mirada que no es ni miedo ni curiosidad. No entiendo qué es exactamente. Pero los pequeños incendios que se producen en sus ojos son cálidos y amables, como brasas en una chimenea.

—Mi nombre es Sissy. ¿Y el tuyo?

La miro sin saber qué decir. Le pregunto:

—¿Qué es un nombre?

—¿No sabes cómo te llamas? —quiere saber un niño desde atrás. Es el más joven; debe de tener unos nueve años y tiene aspecto travieso—. Yo me llamo Ben. ¿Cómo puede ser que no tengas nombre?

—No ha dicho que no sepa cómo se llama sino que no sabe qué es un nombre. — El heper que pronuncia estas palabras se coloca a un lado, y se separa del grupo. Tiene la boca torcida a un lado, como si sin darse cuenta hubiera picado un anzuelo. Destaca por encima de los demás, tanto por lo delgado como por lo alto que es; como si durante el proceso de crecimiento sus extremidades simplemente se hubieran estirado sin añadir músculo o grasa.

El niño bajito se vuelve hacia mí.

—¿Cómo te llama la gente?

—¿Llamarme? Depende.

—¿Depende?

—Sí, de dónde estoy. Los profesores me llaman de una manera, y mi entrenador de otra. Depende.

La chica coge del brazo al heper que tiene más cerca y me lo presenta.

—Éste es Jacob. —Agarra a otro—. Este que está a su lado es David, el que te ha visto a primera hora. El que está allí solo es Epaphroditus. Lo llamamos Epap.

Repito estos sonidos en mi cabeza: David, Jacob, Epap. Todos tienen mi edad, son adolescentes. Y Ben, el pequeño. Son sonidos raros, foráneos.

—Os referís a la denominación. ¿Cuál es la mía?

—No —responde la chica sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo te llama tu familia?

Estoy a punto de decirle que no tengo, que nunca me llamaron por ningún «nombre», cuando me detengo. De repente un frágil recuerdo sale a la superficie. La voz de mi madre, cantando, en fragmentos rotos y eclipsados: primero es sólo una melodía, las palabras exactas me resultan indescifrables. Pero entonces van tomando forma y salen a la luz; una frase aquí y otra por allá, aún bastante oscuras pero...

«Gene.»

—Mi nombre es Gene —respondo. Es tanto una revelación para ellos como una presentación para mí.

Me llevan a conocer la aldea. Han sabido sacar provecho de su destino. Una pequeña granja, árboles frutales esparcidos por el terreno. Hay cuerdas para colgar la colada, y arcos y flechas tirados por el suelo arenoso. En el interior de las caballas me sorprende cuánto sol entra. Los tejados tienen grandes agujeros, como un colador. Resulta tan extraño que no haya una barrera separándolos del cielo. Una suave brisa entra en el interior de las cabañas.

—Sólo la podemos disfrutar de día —me explica la chica cuando ve que me gusta—. Una vez ha salido el Domo, el aire no corre.

La decoración es escasa; tienen algún cuadro colgado en la pared, y estanterías

con libros viejos. Pero lo que me llama la atención es lo que tienen todas las viviendas en medio, casi como una provocación. Una «cama». No unas simples mantas tiradas en el suelo, sino una estructura sólida de madera con patas. No se ve ni una asa para dormir.

Fuera, más allá del perímetro del Domo, se encuentra una especie de caja metálica del tamaño de un pequeño carruaje. En uno de los lados tiene una luz verde parpadeando.

—¿Qué es? —pregunto señalándolo.

—El umbilical —responde David.

—¿El qué?

—Vamos y te lo enseño. Parece que ha llegado algo.

—¿Cómo? —pregunto.

—Ven. Ya verás.

En un lateral hay una puerta ancha con bisagras en la parte de abajo que permite su apertura. Jacob mira al interior y extrae un gran tupperware que reconozco. Huelo las patatas y los fideos.

—El desayuno —anuncia.

La luz verde deja de pestañear y se vuelve roja.

Me agacho, por curiosidad, y meto la cabeza por la abertura. Un túnel largo y estrecho (no más ancho que mi cabeza) circula bajo tierra y conduce hasta el Instituto. Este es el otro extremo —el umbilical, imagino— de lo que vi en la cocina.

—Así es como nos mandan la comida —me cuenta Jacob—. Cuando terminamos de comer, devolvemos los platos sucios por aquí. De vez en cuando, nos envían ropa. A veces, por nuestro cumpleaños, nos dan algún capricho. Pastel, papel, lápices, libros o juegos.

—¿Por qué está tan apartado de todo lo demás? —digo calculando la distancia aproximada—. Está fuera del perímetro del Domo, ¿verdad? Cuando sube, se queda fuera, ¿no?

Ellos asienten.

—Fue intencionado. Tenían miedo de que alguien pequeño quisiera colarse por el túnel y llegar hasta nosotros. De noche, obviamente. Por eso colocaron la abertura fuera del perímetro. Así, aunque la persona más diminuta lograra hacer el recorrido de noche, se quedaría fuera de la pared.

—Y nadie lo intentaría de día —dice Ben— por razones obvias.

—De un tiempo a esta parte nos han estado enviando libros —añade un heper llamado Peter—. Sobre autodefensa y el arte de la guerra. No lo entendemos. Después, una noche, hace unos meses, nos dejaron arcos y flechas justo fuera del Domo, para que los recogiéramos por la mañana. No tenemos muy claro qué se supone que tenemos que hacer con ellos.

—Y justo ayer nos dieron estas cajas metálicas —salta Ben, entusiasmado—. Cinco, una para cada uno. ¡Disparan luz! Pero Sissy no me deja jugar con la mía. Ni

siquiera nos deja tocarlas.

La miro.

—No sé para qué sirven —dice Sissy—. ¿Tú lo sabes? Miro al suelo y le digo que no tengo ni idea.

—De todos modos —continúa el pequeño— tenemos todas estas armas. Hemos estado practicando con los arcos y las flechas. Sissy es la mejor, pero nos hemos quedado sin objetivos.

—Hasta que tú apareciste.

No necesito darme la vuelta para saber que el heper llamado Epap es quien ha dicho eso.

—De hecho, ¿por qué viniste? —prosigue. Me doy la vuelta. Su expresión es inconfundiblemente hostil. Estos hepers son como libros abiertos, llevan las emociones escritas en la cara.

—Vino por agua —se adelanta Sissy antes de que yo pueda dar una respuesta—. Déjalo tranquilo.

Epap rodea el círculo hasta que se coloca directamente delante de mí. De cerca tiene un aspecto aún más desgarbado.

—Antes de que empecemos a darle comida —anuncia—, y a enseñarle todo como si fuera un cachorrito extraviado, tiene que responder a unas cuantas preguntas.

Nadie dice nada.

—Como por ejemplo, cómo ha sobrevivido ahí fuera durante tanto tiempo. Cómo lo ha conseguido viviendo con ellos. Qué hace aquí exactamente. Tiene que contarnos muchas cosas.

Miro a la chica y le pregunto señalando a Epap:

—¿Qué problema tiene ése? Ella me mira con atención.

—¿Cómo dices?

—¿Qué le pasa a eso? ¿Por qué se altera tanto por...?

La heper avanza hacia mí hasta que se encuentra más o menos a un metro. Antes de darme cuenta, su brazo borroso se me viene encima y me golpea un costado de la cabeza.

—Oye...

—No.

—No ¿qué? —pregunto sintiendo el golpe. No sale sangre, sólo siento la punzada de la humillación.

—No te refieras a él como a un animal o una cosa. —Se agacha y coge un puñado de tierra—. No estás hablando de ese árbol de ahí, ni de la verdura, ni del edificio. No nos trates así: es insultante. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué te hace ser tan arrogante? Si crees que somos una panda de «cosas», ya te puedes largar, y no vuelvas a pensar en volver. Además, si consideras que no somos más que objetos, tú también lo eres.

—Vale, está bien —digo, todavía con dolor—. Os pido disculpas.

De todos modos en mi interior, hay una enorme diferencia entre ellos y yo. Ellos

son salvajes, no domesticados, sin estudios. Yo no soy nada de eso. Soy un superviviente, me he hecho a mí mismo, soy civilizado y educado. Aunque podamos tener el mismo aspecto, no tienen nada que ver conmigo. Sin embargo, mientras los necesite para sobrevivir, les seguiré la corriente todo lo que haga falta.

—No lo pensaba en serio, no quería ofenderos en absoluto. Mira, lo siento, Sissy. Lo siento, Epap.

Me observa impertérrita y me dice:

—Qué engreído eres.

La tensión aumenta, y el resto de hepers siguen el ejemplo de Sissy y Epap, y me miran con recelo. El pequeño Ben es el encargado de romper la tensión.

—Ven, te enseñaré cuál es mi fruta favorita. —Entonces me agarra y me arrastra hasta un árbol que hay cerca.

—¡No, Ben! —le grita Epap, pero ya nos hemos ido.

—Vamos —dice saltando hasta coger una fruta roja que cuelga de las ramas inferiores—, las manzanas de este árbol son las mejores. El árbol del sur también tiene, pero no son tan buenas como éstas. Me encantan.

Pienso en lo extraño que resulta emplear el verbo «encantar» tan abiertamente. Y, además, para referirse a una fruta.

Antes de percatarme, ya tengo una manzana en la mano. Ben ya está comiéndose la suya. Le doy un mordisco, y el jugo me estalla en la boca. Oigo pasos por detrás. El grupo nos ha alcanzado. Quizá es porque me ven disfrutar como un crío, pero ya no parecen tan hostiles como antes. Salvo Epap, por supuesto. El sigue mirándome mal.

—¿No te parece lo mejor? Espera a probar los plátanos de...

Sissy coloca una mano amablemente en el hombro de Ben. Él se calla de inmediato y se da la vuelta para mirarla. Ella le hace un gesto de asentimiento con la cabeza, y después se vuelve hacia mí con la misma mirada que acaba de emplear con él: tranquilizadora pero con una extraña autoridad, con tierna insistencia.

—La verdad es que nos gustaría saber por qué estás aquí. Cuéntanoslo.

Después de una larga pausa, empiezo a hablar:

—Os lo explicaré —digo, por algún motivo, con la voz alterada—. Os lo contaré, pero ¿podemos ir adentro?

—Dínoslo aquí —interrumpe Epap—. Hace un buen día y...

—Sí, vayamos adentro —resuelve Sissy. Se da cuenta de que Epap va a volver a intervenir, y me dice de pronto—: El sol no debe de resultarte agradable. No estás acostumbrado.

Entonces empieza a encaminarse hacia la cabaña más cercana, sin molestarse por si los demás nos siguen. Poco a poco, y de uno en uno, lo terminan haciendo. El último en unirme soy yo, y los arrastro a todos hacia la entrada.

Lo que les cuento es prácticamente la verdad. No está tan bien como toda la verdad, lo sé, pero me gusta pensar que lo que he hecho no es mentir sino omitir

algunas partes. Aun así, como solía decir mi profesor de segundo de primaria, decir casi la verdad es lo mismo que decir una mentira total. Aunque, por lo menos, lo hago con aplomo; es fácil cuando toda tu vida es básicamente una mentira, y tu identidad se basa en el engaño.

—Hay muchos como nosotros en el exterior, —les digo. En todos los sectores de la comunidad, en todas las capas de la sociedad hay hepers en abundancia. Nuestra existencia está tan generalizada y es tan diversa como copos de nieve en una tormenta nocturna. Y, sin embargo, como ocurre con éstos, nuestra presencia pasa desapercibida. Nos unen nuestras vidas en secreto en común, el hecho de pasar como normales para el público en general. Somos meticulosos con el afeitado, los colmillos falsos y el mantener un comportamiento intachable. No formamos sociedades secretas, pero establecemos pequeñas redes de tres a cinco familias nucleares. Se trata de una vida peligrosa, pero no carente de placeres y alegrías.

—¿Como cuáles?

—Como los de la vida familiar, la libertad dentro de nuestros hogares reclusos una vez hemos bajado las persianas cuando se pone el sol. Comer lo que nos gusta, cantar canciones, reírnos y, alguna vez, sólo cuando es necesario, llorar. Conservar las tradiciones, la transmisión de libros y cuentos antiguos. Después, también están las reuniones secretas muy esporádicas que celebramos con otras familias hepers a la luz del día mientras el resto de la ciudad duerme detrás de las persianas, sin saber lo que ocurre fuera. Y, a medida que nos hacemos mayores, surgen las posibilidades de romance, la euforia del enamoramiento, y, por último, la esperanza de formar nuestra propia familia.

—¿Por qué has venido?

—Me han contratado hace poco en el Instituto.

—¿Para sustituir al científico?

—Sí, yo lo reemplazo. Me he instalado en su residencia y continúo su investigación. Era una persona muy aplicada y trabajadora; me llevará unos meses ponerme al día.

—Entonces sabes lo que le pasaba.

—Por supuesto.

—Que era heper.

—Una pausa. Sí, claro.

—¿Adonde fue? Desapareció de repente.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—¿Adonde fue?

—Pues regresó a la ciudad. Fue todo muy repentino. Y aquí estoy yo.

—Nos dijo que nos sacaría de aquí.

—¿En eso pensáis? ¿En salir de aquí?

—Claro. Todos los días. Llevamos aquí toda la vida. Encarcelados por el cristal, el desierto, las garras y los colmillos. El científico nos aseguró que nos sacaría de

aquí, pero nunca nos dijo adonde nos llevaría. ¿Tú lo sabes?

—Sí.

—¿Adonde?

—Les señalo las montañas del este. Allí.

—¿Cómo? Es demasiado lejos. Y esa sierra es demasiado alta. Vamos a morir.

—Les digo que sí. De sed y de hambre. Pero ellos sacuden la cabeza.

—No, nos cazarán y nos matarán antes de que lleguemos a la mitad del camino.

—Claro, claro.

—¿Cómo escaparemos?

—Dadme tiempo, dadme tiempo. El científico me dejó montañas de papeles que debo revisar.

—Bueno, tenemos un montón de tiempo.

Me despierto sobresaltado. Tardo un segundo en darme cuenta de dónde estoy. Sigo en la aldea, en una cabaña. Tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en un saco blando. El sol entra por el techo de colador, y deja en mi cuerpo un mosaico de manchas solares.

El grupo está sentado a mi alrededor formando un semicírculo. Algunos están tumbados, medio dormidos. De repente, Ben grita:

—¡Se ha despertado!

Me incorporo de un brinco con el corazón a mil por hora. Nunca me he levantado en medio de un grupo de gente. En mi vida normal, a estas alturas, ya estaría muerto. Sin embargo, ellos me miran divertidos e inofensivos. Vuelvo a sentarme, desconcertado.

Sissy manda a Jacob a por agua, a David a que mire si ha llegado el pan al umbilical, y a Ben a recoger fruta y verdura. Los tres salen corriendo. Sólo se quedan los dos mayores, ella y Epap. Por alguna razón, no creo que sea casualidad.

—¿Cuántas horas he estado durmiendo?

—Dos. Estabas hablando y, de repente, te has caído redondo —me explica Sissy.

—También has roncado —se burla Epap.

A juzgar por la posición del sol, debe de ser mediodía.

—Suelo dormir a estas horas. Durante los últimos dos días no he parado. Siento haberme quedado dormido aquí, pero así de agotado estoy.

—Yo te iba a despertar de una patada —confiesa Epap—, pero ella te ha dejado seguir.

—Gracias —murmuro con voz seca—. Y también por la almohada.

—Tenías pinta de querer descansar un rato. Toma —me dice extendiéndome una jarra de agua—. Parece que también tienes sed.

Asiento agradecido. El agua calma mi garganta seca y arenosa. Soy como un saco sin fondo: da igual todo lo que beba, parece que no me baste.

—Gracias —le digo devolviéndole la jarra. En las paredes que me rodean veo pinturas de colores vivos de arcoíris y del mar mítico. A mi derecha tengo una

estantería con libros viejos y algunas figuritas de cerámica.

—¿Cómo aprendisteis a leer?

Epap mira al suelo.

—Con nuestros padres —responde Sissy. La miro.

—Algunos de nosotros tuvimos aquí a nuestro padre y nuestra madre. La mayoría, sólo a uno de ellos. Ninguno somos hermanos, en caso de que te lo estés preguntando, salvo Ben y yo, que somos hermanastros.

—¿Cuántos padres había?

—Ocho. Lo aprendimos todo de ellos: leer, pintar, y cultivar verduras. Nos transmitieron cuentos tradicionales. Nos enseñaron a ser fuertes físicamente, a correr largas distancias, y a nadar. No querían que nos convirtiéramos en unos gordos vagos que se limitan a esperar que les llegue la comida cada día. Teníamos algo llamado «colegio» a diario. ¿Sabes qué es?

Asiento.

—Yo también tengo.

—Nuestros padres nos presionaban para que aprendiéramos rápido. Como si temieran que no les quedara demasiado tiempo. Como si creyeran que algún día desaparecerían.

—Y ¿qué les ocurrió?

—Que un día desaparecieron —ataja Epap con rabia. Sissy me lo cuenta en voz baja.

—Hace unos diez años. Les dieron mapas y les dijeron que había una granja. Nos pareció sospechoso, por supuesto, pero llevaban varias semanas sin darnos ni frutas ni verduras. Teníamos la boca llena de llagas horribles. Como medida de precaución, nuestros padres nos obligaron a quedarnos aquí. Se fueron al amanecer, y ya no regresaron.

—No podíais ser más que crios vosotros cinco —aventuro.

Ella hace una pausa antes de contestar.

—Ben tan sólo tenía semanas. Casi no sobrevive. Y éramos más de cinco; nueve en total.

—¿Y los otros cuatro? Abatida, niega con la cabeza.

—Tienes que entendernos. Tan sólo estábamos Epap y yo cuidando de todos. Teníamos unos siete años. Cuando llegó el científico, nos ayudó muchísimo. No sólo por la comida extra que nos conseguía, sino por los libros, mantas y medicinas que nos traía cuando alguno se ponía enfermo. Además, nos levantaba la moral; sabía contar historias y nos infundía muchos ánimos. Por eso nos quedamos hechos polvo cuando, de repente, desapareció. —Entonces me mira—. ¿Y dices que volvió a la ciudad?

Le digo que sí.

—Mientes —dice Epap—. Sobre el científico y sobre las colonias de hepers en las montañas. No hay nada detrás de esa sierra.

—No.

—Tú y tu maldita cara de póquer. ¿Crees que te puedes esconder y engañarnos? Quizá a los más pequeños, pero no a nosotros. Por lo menos, a mí no.

—Explícanos lo que sabes, Gene —me pide Sissy con dulzura y mirándome con unos sinceros ojos marrones. Me resulta extraño que me llamen así. Con el reflejo del sol en el suelo, tiene los ojos más claros de lo que recordaba—. ¿Cómo lo sabes?

—Por algunos libros que he estado leyendo en la biblioteca. El científico escribió unas anotaciones. Tenía motivos para creer que hay una colonia entera de nuestra especie más allá de esas montañas donde viven cientos, quizá miles.

—Las mentiras salen de mi boca con fluidez.

—¿Cómo consiguió esa información?

—Mira, yo no lo sé. Pero él parecía creerlo.

—¡Mentiroso! —interrumpe Epap—. Si hay tantos de nuestra especie, ¿por qué no los hemos visto? ¿Por qué no se han aventurado a venir hasta aquí?

—¿Tú lo harías? —le pregunto—. Sabiendo lo que sabes, ¿vendrías y te pondrías a su alcance?

No dice nada.

—Tiene lógica —afirma Sissy—. Cualquier colonia más allá de las montañas estaría a salvo de la gente. Tardarían, por lo menos, incluso con su rapidez, dieciocho horas en llegar allí. No lo conseguirían antes del amanecer. No hay ningún tipo de cobertura ahí fuera. La luz los incineraría a todos.

—No le estarás creyendo, ¿verdad? —le pregunta Epap, incrédulo—. No sabemos nada de este tío. Aparece de repente y se pasea con su actitud de sabelotodo.

—Epap —dice ella con suavidad, poniéndole una mano en el hombro. Eso es todo lo que tiene que decir o hacer. Acto seguido, la irritación del chico se desvanece—. Sabemos muchas cosas. Gene es real, eso no lo podemos negar. Le hemos visto bajo el sol, comer fruta, dormir y, bueno, limitarse a actuar como nosotros. Tú le has visto sonrojarse. No puedes fingir esas cosas. Así que es uno de nosotros. Y también sabemos (da igual lo que tú puedas pensar de él) que es un superviviente. Ha aprendido a vivir estando incluso rodeado de ellos. Durante años. Nos puede servir tener a alguien como él ahí fuera.

—Pero ¿cómo sabemos que él nos puede servir a nosotros? Puede que sea uno de los nuestros, pero eso no le convierte necesariamente en «nosotros». Estoy de acuerdo en que destaca en lo relativo a la supervivencia, pero no a la nuestra sino a la suya.

En lugar de llevarle la contraria, Sissy me mira con una expresión calmada aunque algo recelosa. Ella sabe que me estoy guardando información. Lo que pasa es que no tiene ni idea de cuánta. De lo contrario, nunca habría dicho lo que añade después.

—Yo creo que podemos confiar en él. Creo que es buena persona.

—Disculpa que me ría en su cara —dice el chico.

—Epap —le dice ahora con menos paciencia—, Gene nos ha traído más información de la que hemos podido recopilar nosotros durante años. En dos minutos nos ha explicado cosas que valen dos vidas. Eso tendría que decirte algo.

—Es información que no sirve para nada —escupe—. Aunque fuera verdad lo de la colonia detrás de las montañas, es inútil. No hay manera de que podamos llegar, ni siquiera acercarnos. Para nosotros, las montañas están a cuatro o cinco días caminando. Nos atraparían y matarían al cabo de unas horas. Incluso si saliéramos cuando se abre el Domo al amanecer y tuviéramos ocho horas de ventaja, en cuanto se hiciera de noche ellos volarían por las Vastas y nos alcanzarían en un par de horas. No duraríamos ni siquiera medio día. No, ese tipo de información es peor que inútil: es peligrosa. Nos mete ideas tontas en la cabeza, una bonita fantasía que quizá alguien intente llevar a cabo. Piensa en David y en Jacob. Esos dos no nacieron para estar encerrados. Quieren salir desde que tienen uso de razón. ¿Crees que podrías impedirselo si se les ha metido en la cabeza?

Mientras Epap habla, Sissy hace algo un poco raro con su labio inferior.

Un gesto que no he visto antes y no puedo quitarle los ojos de encima. Clava los dientes superiores (sin colmillos me resultan tan extraños) en el labio inferior, y se lo muerde hasta que queda blanquecino. Se queda callada un rato. Después, a medida que se oyen pisadas, dice:

—Hazme un favor. No hablemos más de esto delante de los demás, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —respondo, y entonces entran David y Jacob con pan y fruta. Como hasta llenarme. Ahora la conversación es más ligera porque los hepers más pequeños están contentos de tener una cara nueva con la que conversar. Me cuentan sus vidas, la rutina, las estaciones, su relación de amor-odio con el Domo; cómo asfixia la circulación del aire y atrapa el calor pesado en las calurosas noches de verano, pero también captura la calidez y elimina la lluvia y la nieve en los meses de invierno. Me cuentan que durante esas noches les gusta mirar cómo caen los copos de nieve y se deshacen al rozar el Domo. A veces, cuando hace mucho frío, encienden una hoguera; no muy grande, para que el humo pueda salir por los poros de la parte superior. Esas noches, reunidos alrededor del fuego y con la nieve cayendo inofensivamente en el exterior, hasta se pueden imaginar que la órbita normal del mundo tiene lugar en el Domo, y que es el vasto mundo exterior el extraño y disfuncional.

Más tarde me garantizan privacidad para lavarme. Y algo más: una toalla, algo llamado «barra de jabón» y la promesa de no espiarme. Esta vez, cuando me desnudo al lado del estanque, me siento muchísimo más cohibido estando solo que cuando me saqué los calzoncillos ayer delante de Sissy. El mero hecho de acordarme hace que me muera de vergüenza.

Me meto en el agua y me empiezo a lavar. El jabón produce unas burbujas minúsculas cuando lo froto contra el cuerpo. Me han dicho que no tiene perfume pero quita el olor. Eso es perfecto para mis necesidades. De vez en cuando echo una ojeada

hacia la cabaña donde están todos. Tal como me han prometido, las puertas y ventanas siguen cerradas. Escucho en esa dirección, esperando captar alguna risa, pero no se oye nada.

Estoy lavándome el pelo debajo del agua cuando oigo algo peculiar. Al principio creo que es por tener los oídos sumergidos, pero cuando salgo a la superficie el sonido es más claro: de la cabaña llega una melodía de voces que trinan.

Es bonito y sobrecogedor al mismo tiempo. Me quedo embelesado; de mi pelo caen gotas de agua al estanque que forman ondas circulares a mí alrededor. Salgo y me seco con la toalla mientras recojo mi ropa.

Al principio no me ven. Miro desde la puerta de entrada, aún con el cabello mojado goteando sobre la ropa que me he puesto a toda prisa. Están sentados en círculo; Ben y Jacob frente a mí, con los ojos cerrados por el entusiasmo. El trino me trae recuerdos de mi madre. De los momentos en que se sentaba en mi cama y me acariciaba el pelo con su cara apenas discernible en la oscuridad del hogar. Me acuerdo más de su voz, modulada y sin que le afectara la tristeza o el desconsuelo que luego se apoderó de mi padre, que de su rostro.

Siguen sin verme, me aparto de la entrada y me siento fuera, pero dejo la puerta entreabierta para poder seguir escuchando. Con la espalda apoyada contra la pared de la cabaña, dejo que sus voces penetren en mí con los cálidos rayos del sol de la tarde inundándome. Noto una sensación de calidez y suavidad, como si el mundo se hubiera acaramelado.

La canción termina y discuten por lo que van a cantar a continuación. Salen rápidamente por lo menos cinco sugerencias —deben de tener decenas en el repertorio— antes de que se decidan por una titulada «Allá arriba». Empieza poco a poco, con la única voz de Sissy entonando la melodía.

*El suelo bajo tus pies
murmura con el calor del sol.
Solo, con el calor y tus latidos
hasta que cae la noche y el sol se va.*

El resto de voces se une en perfecta armonía cuando llega el estribillo. El resultado es tan fluido e impecable que es evidente que la han cantado más de cien veces. Encerrados bajo el cristal y la distancia, supongo que no hay nada más que hacer en estos días interminables. Cantar les proporciona lo que más necesitan: una ilusión de esperanza, transportarse a otros lugares.

*Volando por el cielo azul
por encima de los halcones que suspiran
por encima de las nubes que lloran.*

Aunque tiene momentos evocadores, es innegable que se trata de una canción

pegadiza. Al principio sólo muevo la boca con las palabras. Después, casi inconscientemente, me encuentro forzando el aire por la laringe formulando sonidos. Pero no es nada fácil, de mi garganta sólo salen graznidos.

Entonces ocurre algo. Es como si se liberara una gran bola de flema. En un verso llego a las notas. Sin embargo, a excepción de ese momento, no encuentro el ritmo de la canción. Me dejo llevar, igual que una cometa en el aire, intentando atrapar el mejor viento.

La canción termina y se oyen las risas del interior. Estallan segundos después con Ben a la cabeza.

—Pensaba que había un perro asmático muriéndose fuera —dice Jacob con ojos risueños.

—Sí, claro, un perro... Más bien parecía un elefante —aporta David riendo.

—Una manada —dice Ben, que no cabe en sí de la risa, y salta de un pie al otro. Ahora todos ríen con el sol en su cabello y pequeñas polvaredas levantándose alrededor de sus pies. Sus voces despreocupadas resuenan por el aire.

—Vamos, es divertido, tienes que admitirlo —me dice Sissy. Tiene una expresión totalmente relajada y sincera. Todo en ella sonrío: los ojos, la nariz, la boca, los pómulos, la frente. Me contagia la sensación, inundando el mundo igual que el sol. Una dulce risa la domina, cierra los ojos de la alegría.

Y, de esta manera, en mi interior se despierta algo que hace tiempo que creía perdido sin remedio. De mis cuerdas vocales constreñidas sale una risa, gutural y áspera por la falta de uso. Además, mi cara se hace añicos, no hay otra manera de describirlo, como cuando se rompe la cáscara de un huevo duro. Una sonrisa me arruga la boca y se extiende por mi rostro. Noto cómo caen las piezas de la máscara, como trozos de pintura seca de una pared. Me río más fuerte.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta Jacob—. ¿Un gorila se ha tirado un pedo por la boca, o qué?

Se tronchan de risa, con las carcajadas elevándose en el aire. Momentos después, se unen mis sonidos, guturales pero también despreocupados.

Me voy del Domo, no porque me apetezca sino porque debo hacerlo. No es que se vaya a cerrar en breve, después de lo de ayer no me voy a arriesgar, pero tengo que regresar para echar una cabezadita. Por lo menos, las dos horas que quedan de día. He agotado mi energía durante las dos últimas noches y corro peligro, no ya de dormirme durante la gala, sino de descuidarme ante las cámaras y los invitados, y quizá dejar escapar un bostezo, una mueca o tos. En estos momentos tan cruciales, no me puedo descuidar. Sólo un par de noches más y, después, mientras consiga hacer el número de la pierna rota, estaré libre en casa.

Con comida y agua en mi organismo, el camino de vuelta a la biblioteca se me antoja mucho más corto. Lo que antes era una caminata importante, ahora es simplemente un paseo corto. Incluso con el peso añadido de las tres botellas de agua llenas, me encuentro a medio camino cuando...

«Perdón, ¿qué es esto?»

A lo lejos veo un punto que se mueve. Justo delante del Instituto. No, no es un punto: es una mancha oscura que corre. Hacia mí.

Me quedo helado. No tengo dónde esconderme. Ni una roca tras la que agazaparme, ni un bache en el suelo en el que camuflarme. Tiene que ser un animal perdido en las Vastas. Pero por otra parte, es extraño que haya animales por aquí, pues la mayoría han aprendido a no acercarse tanto. Quizá es un caballo, pienso. Será uno que se ha escapado de los establos. Entonces recuerdo que mi escolta me había dicho que en el Instituto no había por miedo a que los hepers los emplearan para escapar. En las ocasiones especiales, como la gala de esta noche, en la que los invitados llegan a caballo y con carruajes, se aseguran de atar bien a los animales.

Cada vez está más cerca, y me doy cuenta de lo que es. No es un animal salvaje ni un caballo, sino una persona.

No creo que me haya visto aún. En un santiamén me tumbo en el suelo, con el mentón sobresaliendo del terreno desértico arenoso.

Es uno de los cazadores, tiene que serlo, probando algún accesorio. Se habrá enfundado en la capa solar o la loción para bloquear el sol. A juzgar por la forma bulbosa encapuchada que lleva alrededor de la cabeza, debe de ser la capa. Y entonces descubro su objetivo.

Los hepers. Está intentando llegar a ellos antes de que emerja el Domo protector. Ahora, minutos antes de que se cierre y con la poca potencia del sol, es su oportunidad.

Justo entonces se abre de par en par una puerta de la planta baja del Instituto. Algo o alguien sale a toda prisa como un caballo de carreras. Se mueve a tal velocidad que se ve borroso. Va directo a la aldea heper. O hacia mí. Estoy justo en su camino.

La figura que lleva la capa corre muy de prisa, mueve los brazos de arriba a abajo y sus piernas retumban en el suelo. Sin embargo, la figura más veloz es la segunda, la que acaba de salir. Ya ha superado la mitad de la distancia que los separa. Al cabo de diez segundos, los tengo a ambos tan cerca que puedo reconocerlos.

La que lleva capa es Ashley June. Su barbilla respingona es inconfundible debajo de la capucha. Noto algo raro en ella. Aun así, desvío mi atención rápidamente a la persona que corre y que ya casi la ha alcanzado, Beefy. Tiene un aspecto grotesco y escalofriante. Se ha embadurnado de arriba abajo con la loción solar; la abundante crema amarillenta se le ve en el torso como si fuera el glaseado de una tarta. A excepción de unas gafas de buceo que lleva muy apretadas, va totalmente desnudo, no sé si para ir más rápido.

Me levanto de un salto, tirando las botellas de agua, y me pongo a correr.

No hacia la biblioteca, que está demasiado lejos, sino hacia el Domo. Haré ver que me uno a la caza, les haré creer que soy uno más. Es la única manera con que puedo justificar el hecho de estar fuera. Es cierto que no llevo ni capa ni loción, pero

espero que, en medio de la emoción, no se fijen en ese pequeño detalle.

Funciona. Ashley June pasa a mi lado con mucho esfuerzo; parece que la capa no le sirve, y el sol le está afectando. Unos instantes después, Beefy pasa como un rayo, y el olor de la loción es muy intenso. Nadie dice nada; somos rivales. Se trata de la ley del más fuerte, no de la del más simpático.

Justo en ese momento el sol reaparece desde detrás de una nube. Los haces de luz resplandecen por las Vastas, y confieren al aire un ambiente neblinoso. En cambio, para Ashley June y Beefy eso no es ninguna neblina, sino una ducha de ácido concentrado. Ella cae de rodillas y se desmorona; queda reducida a un montón de ropa. Beefy se paraliza, tambaleando. En la luz del atardecer, la crema tiene un brillo amarillo luminiscente terrorífico, como ictericia en unos esteroides radiactivos. Aun así, él no desiste.

Yo le sigo detrás. Huelo algo más: la piel quemada. La loción para bloquear el sol no sirve, la luz lo está atravesando. Beefy está flaqueando, y yo estoy a punto de darle alcance. No va a conseguirlo. Miro atrás: Ashley June no es más que un montón de ropa: la capa tampoco la ha protegido.

Otra nube pasa por delante del sol. Aún en cabeza, Beefy recupera su forma. Nuestra rival femenina sigue inmóvil, descartada.

Delante de nosotros, en la aldea, no se mueve nada. Estoy lo suficientemente cerca como para ver que han cerrado todas las puertas y ventanas. Entonces aparece Sissy, con una lanza en una mano y flechas en la otra. Logro ver cómo desde el interior de una cabaña intentan impedir que salga, pero ella no les hace caso. Corre al estanque y coge un arco que había tirado.

Su aparición rejuvenece a Beefy, quien coge más velocidad y se precipita hacia la aldea. Incluso en el débil estado en el que se encuentra, tiene que saberlo. Que se está acercando al punto de no retorno. Aún podría dar media vuelta y conseguir ampararse en el Instituto, si no de una pieza, al menos, vivo. Sin embargo, si sigue su trayectoria hacia el poblado, no hay marcha atrás.

Con intención kamikaze, echa la cabeza atrás, sus piernas golpean con fuerza el suelo arenoso y sus colmillos emiten un gruñido. Va a por ellos. Que pase lo que Dios quiera, va en su dirección. Da igual el sol. Irrumpiré en la aldea, destrozará puertas y ventanas, los hará trizas, les clavaré los dientes en la suave piel del cuello incluso con el sol quemándole la piel y fundiéndosela en cera, con los ojos explotándole y derramando humor vitreo por la cara, nariz y mejillas. Nada de esto le importará cuando sucumba a los rayos, cuando se disuelva en un charco de pus, mientras muera con los heperts entre sus brazos y con su jugo en el organismo. Vaya manera de irse, no precisamente tranquilo en la noche.

Sissy agarra el arco y dispara una flecha. Cuando ésta aún va por la mitad de la trayectoria, vuelve a la carga. La segunda está en el aire antes de que la primera llegue al suelo, pero ambas caen lejos. La chica está nerviosa y asustada, y no logra apuntar bien. Beefy da más zancadas, pero el sol le está jugando una mala pasada.

Cada vez le cuesta más respirar y, a pesar de su esfuerzo extraordinario, va más lento. Lo estoy alcanzando.

Veo que Sissy para, respira hondo y entonces apunta. Espera un momento, y entonces dispara. Esta flecha al menos consigue alcanzar el muslo de Beefy, pero, más que otra cosa, parece conferirle más fuerza. Coge más velocidad y, aunque cojeando, cada vez está más cerca de su objetivo. Tardará diez segundos en llegar a la aldea.

Sin embargo Sissy no se rinde, ni por un momento. Arroja una lanza. El tiro es magnífico, con mucha fuerza y puntería. Vuela como un proyectil perfecto y seguro que zumba cada vez más fuerte a medida que corta pilares de luz hacia Beefy. Logra empalarlo justo en el hombro, y lo arroja al suelo. Pero parece hacerle el mismo efecto que un corte de papel, ya que vuelve a ponerse en pie y corre hacia ella con la lanza clavada en el hombro.

De repente empieza a formarse un halo tenue alrededor de la aldea. La pared de cristal del Domo está emergiendo. Sin embargo, ya es demasiado tarde. Con un simple salto logrará entrar fácilmente. Y, una vez dentro, se desahogará con los hepers, y dará rienda suelta a sus deseos. El Domo se convertirá en un soleado globo de muerte, una cárcel de violencia para los hepers atrapados en su interior y, más tarde, para él. De todos modos, a él no le importa lo más mínimo.

De golpe, Beefy empieza a ir más lento y borbotea un grito inflamado. El sol le está haciendo daño. Acortamos distancias. Justo cuando se prepara para saltar por encima de la pared que sube, salto sobre él. Le golpeo las piernas justo por debajo, y el brazo se me queda pegajoso. Él tropieza y cae en un montón de suciedad.

Cuando me mira, tiene una cara horrible. El pus le sale de las llagas que tiene en carne viva; emulsiones lechosas y amarillentas que se coagulan con la loción para bloquear el sol. Su labio superior se ha derretido y está separado, colgando a un lado, aleteando contra la mejilla. Sin protección, tiene los dientes superiores al descubierto, como en un perpetuo gruñido. No pierde mucho tiempo conmigo. Para él, tan sólo soy un competidor, otro cazador al que superar. Me da una bofetada con el dorso de la mano, y salgo volando hacia atrás. Vuelve a estar de pie, corriendo hacia el Domo que está a punto de cerrarse.

Yo me quedo desplomado en el suelo, la cabeza me da vueltas y soy incapaz de ponerme en pie.

Él va mucho más lento. Además de la piel, el sol también le derrite los músculos. Ahora sus piernas son bolsas empapadas de pus, y la pantorrilla y los muslos se le van desintegrando. Suelta un grito y salta hacia el cristal, que se está cerrando.

Sin embargo, ni se acerca a su objetivo. Choca con el cuerpo a medio camino. Cuando se desliza por la pared, su carne derritiéndose se pega como pizza fundida. Amarilla, con queso, carnosa. Intenta recobrase, loco de deseo al ver a Sissy, angustiado por su inaccesibilidad. «¡Te huelo!», le susurra, y entonces retrocede unos pasos y vuelve a cargar contra el muro. De nuevo vuelve a deslizarse hacia abajo.

Coloca las palmas abiertas sobre el cristal, y se intenta aupar. La piel fundida pegajosa le da una tracción inesperada que le ayuda a subir trepando.

Lo va a conseguir. El agujero en la parte superior del Domo tarda mucho en cerrarse. Una vez caiga al interior, no dispondrá de mucho tiempo antes de que el sol lo desintegre por completo. No obstante, el tacto y el sabor de los hepers le proporcionarán una subida de adrenalina que le permitirá alcanzar al menos a un par, si no a todos.

Sissy ve lo que ocurre. Da una orden a los demás, que huyen corriendo al interior de las cabañas. Entonces se pone a dar vueltas intentando encontrar más flechas. No quedan, pero tampoco habrían servido de mucho. Sin embargo, no deja caer los hombros, y pone los brazos rígidos, preparándose para la batalla que sabe que se avecina. Aun así, desde donde me encuentro, puedo ver que el miedo se apodera de ella. Entonces me ve. Por un instante, a través del cristal del Domo, nuestras miradas se encuentran. Recuerdo la primera vez que la vi, a través del cristal de la pantalla de mi escritorio. Tiene la misma expresión: desafiante pero al mismo tiempo asustada.

Ben, con lágrimas en los ojos, sale corriendo de una cabaña agarrando dos flechas caseras en cada mano. Es obvio que las ha hecho él: son cortas, están torcidas y no sirven. Sissy las acepta, y después le grita que vuelva dentro. Pero él, con los puños apretados, se queda con ella.

Beefy se encuentra a medio camino del Domo a punto de cerrarse. Va a conseguirlo, pero... No hay tiempo para pensar ni reflexionar. Por eso reacciono. Me pongo en pie de un salto y salgo corriendo; en cuestión de segundos estoy allí. Sólo tengo una manera de alcanzarle. Planto manos y pies en los parches pegajosos que ha dejado su piel sobre el cristal. Son como peldaños de una escalera hechos de la textura del queso fundido. Me impulso hacia arriba empleando esos pegotes como tracción.

Arriba, en el borde de la abertura circular, él se desliza unos metros hacia abajo. Recupera su posición y vuelve a escalar. Es mi última oportunidad. Salto alargando el brazo derecho tanto como puedo. Estoy a la altura de su espinilla. A toda prisa, consigo rodear con la mano lo que le queda de tobillo y lo arrastro unos metros abajo. Entonces termino por estrujárselo como si se tratara de gelatina y me resbalo por el cristal con un chirrido que me acompaña hasta el suelo.

Mi tirón no ha sido suficiente para arrastrarlo del todo, pero lo ha ralentizado. Un poco. Vuelve a intentarlo con un grito henchido de locura y desesperación; sin embargo ahora el agujero no es más ancho que una boca de alcantarilla. Consigue meter una pierna, y está a punto de introducir el resto del cuerpo cuando...

No cabe. Se retuerce en una maniobra de torsión, intentando embutirse por el hueco cada vez más pequeño, pero no hay manera. Es demasiado robusto. Y, como un torno, queda encerrado instantáneamente. No tiene adonde ir. Está sentado en la cima del Domo, con una pierna colgando en el interior, y los rayos de sol abrasándolo.

La estructura de cristal se cierra por completo y le rebana la esponjosa pierna, que

cae dentro y, al impactar con el suelo, explota y esparce un líquido amarillo. Sus alaridos son terribles; sólo se hace el silencio cuando las cuerdas vocales se le desintegran formando un líquido viscoso. Para entonces ya ha dejado de existir. Lo único que queda de él son chorros pringosos que se deslizan por todos los lados del Domo, como un huevo que se rompe en una calva.

Me recompongo. Debo escapar. Me pongo a correr, pero me tiemblan las piernas y caigo de rodillas. Estoy doblado como un vagabundo haciendo penitencia. Me dan arcadas y me pongo a vomitar toda la comida y el líquido que he tomado con los hepers. Logro ponerme de pie, aún devolviendo. Mis pies hacen zigzag, tambaleándose. Echo un último vistazo al Domo; Sissy está entrando en una cabaña con el brazo por detrás de la espalda de Ben.

Al cabo de un rato, de camino a la biblioteca, me encuentro mejor. Recojo las botellas que había tirado antes y me limpio la porquería pegajosa que tengo en las manos. Me lavo la cara con agua.

Al cerrar la botella, veo el montón de ropa donde ha caído Ashley June. Seguro que hizo una apuesta sin pensar, y por eso ha salido tan temprano. Los complementos protectores están hechos para el anochecer, no para este momento, cuando aún quedan dos horas de sol. Recuerdo lo que me contó mi escolta hace dos días, la historia de algunos trabajadores, que al ver y oler a los hepers, habían enloquecido y habían salido corriendo hacia el Domo en pleno día. Entonces me había costado creerlo, pero ya no.

«Qué raro», pienso al mirar su pila de ropa. Lo único que hay en el suelo es la capa solar. No hay ni rastro del resto: de sus zapatos, calcetines o pantalones. Sólo la capa. Quizá también iba desnuda como Beefy. Me adelanto y le doy una patada al trozo de tela, esperando encontrar el fluido pegajoso y la piel derretida. Pero no hay absolutamente nada. Ni una gota de líquido. Entonces caigo en la cuenta.

Está en la biblioteca. De algún modo, ha logrado escapar y refugiarse en el interior a tiempo. Sin embargo, cuando me doy la vuelta hacia allí, veo algo... Me quedo boquiabierto. Abro los ojos como platos.

Los rayos del sol poniente saturan el exterior de la biblioteca (las paredes, las persianas, el camino de ladrillos) en un mar de tonos violeta y anaranjados. En medio de este espectro se encuentra Ashley June. El color le baña la pálida piel, mezclándose con el naranja del pelo y el verde de los ojos.

Tiene la boca ligeramente entreabierta, pero está entera. Tampoco grita ni se desintegra.

Nos miramos, sin decir nada. La impaciencia de mi mirada es evidente. Ella se toca la boca, echa la cabeza hacia atrás y se saca algo.

Unos colmillos falsos.

Me los muestra como ofrenda.

Lo primero que me pide cuando entramos es agua.

—Por supuesto —le digo, recordando cómo me moría de sed hace dos días—.

¿Te has pasado todo este tiempo sin beber?

No me contesta. Se toma una botella entera. Eso me basta como respuesta.

—Por eso me he desmayado fuera —me explica mientras mira hacia la otra que tengo.

—¿Quieres más?

—Sí, pero no para beber. Por si no te habías dado cuenta, los otros sí que lo han hecho: estoy empezando a oler. Y bastante.

—Deberías lavarte dentro. Te vas a quemar con el sol; tienes una piel muy blanca.

Me mira como si dijera: «¿En serio? No he sobrevivido diecisiete años por casualidad, chaval».

—En la parte de atrás. Hay un sitio con un desagüe en el suelo —le digo rápidamente.

Da la vuelta por el mostrador de préstamos y desaparece. Dejándome con mis enmarañados y desconcertantes pensamientos.

Cuando vuelve, diez minutos más tarde, sigo en el mismo sitio. Lleva el pelo mojado y la cara recién lavada. Parece más pálida, pero sus ojos brillan más.

—Espero que no te importe —dice con timidez.

—¿El qué?

—He dicho que espero que no te importe. Me tuve que poner tu ropa. La mía... huele demasiado.

—No —contesto mirando al suelo—, no pasa nada. Todo lo que me dieron me va pequeño. Nunca me había puesto ese conjunto, ya es tuyo.

Estamos colocados de tal manera que miramos a todas partes menos a nosotros.

—Siento haber utilizado dos botellas de agua.

—Tranquila, aún nos queda una.

En cuanto pronuncio la palabra «nos», es como si algo se rompiera en su interior. Vuelve la cabeza en mi dirección y cuando la miro a los ojos, veo que los tiene llenos de lágrimas. Cierra los párpados y, cuando los vuelve a abrir, se le han secado. Es buena, se nota que ha practicado, como yo.

—¿Has vivido sola? Hace una pausa.

—Sí—responde triste—. Casi desde que tengo uso de razón.

Su historia, que me empieza a contar cuando nos sentamos, no es como la mía. Recuerda haber tenido una familia: unos padres y un hermano mayor. Conversaciones alegres en el hogar, risas, la sensación de estar a salvo una vez bajaban las persianas al alba y el mundo se quedaba fuera, comidas alrededor de una mesa, cuerpos cálidos durmiendo a su alrededor. Entonces recuerda aquel día. Se tuvo que quedar en cama porque tenía fiebre mientras sus padres y su hermano salieron a buscar fruta. Se fueron diez minutos después de que se hiciera de día. No volvió a verlos.

Un día tenía una familia, y al día siguiente estaba sola. La soledad fue su compañera constante, una presencia tan fría y agotadora como llevar los calcetines mojados un día de invierno.

Eso ocurrió hace diez años. Entonces tenía siete. Al principio fue realmente duro vivir. No pasó ni una hora en la que no pensara en dejar el colegio. Habría sido muy fácil sucumbir. Quedarse en medio del campo de fútbol en el recreo, pincharse el dedo, dejar que saliera una gotita de sangre. Ver cómo se le acercaban volando. El final sería brutal pero rápido. La muerte sería la manera de escapar de esa insoportable soledad.

Sin embargo, sus padres le habían enseñado dos cosas. Se las habían inculcado. La primera era sobrevivir: no sólo el concepto básico, sino hasta el más pequeño detalle, cualquier posible situación en la que se pudiera encontrar. La segunda era la vida, su importancia, el valor que tenía, la obligación de perseverar y no permitir que terminara de forma prematura. Odiaba la manera tan clínica con la que la habían adoctrinado. Para cuando desaparecieron, se había convertido en una escéptica experta en sobrevivir.

Su belleza era una maldición, sobre todo cuando alcanzó, con el resto de sus compañeros, la pubertad. El hecho de ser el centro de atención, algo que sus padres le habían aconsejado una y otra vez que evitara a toda costa, le llegó con la fuerza de un tsunami cargado de testosterona. Los chicos le escribían cartas, la miraban, le hablaban y se matriculaban en los mismos clubs que ella. Las chicas, al ver las ventajas sociales que implicaba ser su amiga, la asediaban. No pudo hacer nada por minimizar su belleza. Se cortaba el pelo ella misma; era basta, sarcástica y distante; fingía desinterés por los chicos, e incluso se hacía pasar por tonta. Pero nada de eso le favoreció. La atención la seguía a todas partes.

Un día se dio cuenta de que su planteamiento era incorrecto. Su táctica de defensa era estar demasiado... a la defensiva. No le pegaba, y esa falsedad la terminaría llevando a la perdición. Lo supo ver, y entonces decidió que la mejor defensa sería un buen ataque.

En lugar de disimular su belleza, la acentuó. Se deshizo de la máscara de chica dócil y tonta, y la sustituyó por la de segura y equilibrada. Fue un paso sencillo porque apenas lo notó. Más que nada, le otorgó poder. Controlaba las piezas, en lugar de dejarse llevar por los demás, los convirtió en sus esclavos. Se dejó el cabello largo de manera que estilizara su esbelta figura. Despreciaba a los chicos que la miraban, pero supo utilizar en su propio beneficio las armas que en teoría le iban a dar una puñalada por la espalda. No mostraba ningún tipo de compasión.

Al cabo de un tiempo se hizo evidente que tenía que echarse novio. Mientras estuviera libre, los chicos no dejarían de ir detrás de ella como gusanos con imán. Y si no lo hacía, levantaría muchas sospechas.

Por eso eligió al quarterback del equipo de fútbol americano, un universitario repulsivo y sorprendentemente inseguro a quien le gustaba hacerse el chulo con ella en público, pero que en privado temblaba como un volcán en erupción. Matarlo fue mucho más fácil de lo que pensaba. Cuando cumplieron un mes de relación (sí, los adolescentes pueden ser muy cursis), ella le sugirió que lo celebraran con un picnic

en un lugar apartado que se encontraba a unas horas de distancia de los límites de la ciudad. A él le encantó la idea. Llevaron vino y una manta. Una vez allí, él bebió mucho, Ashley June no dejaba de llenarle la copa, hasta que se desmayó. Entonces lo ató a un árbol, que, como estaban a finales de otoño, no tenía hojas y no podría cobijarlo cuando el sol saliera. Lo abandonó así, y volvió a casa.

No volvió a verlo. Cuando regresó al árbol al día siguiente, sólo había una pila de ropa colgando de la cuerda, ligeramente desteñida por la toxicidad de la carne derretida. Lo recogió todo y lo quemó.

Como en la mayoría de «desapariciones», el tema era tabú y sólo se hablaba entre susurros. Se realizó una búsqueda rutinaria que al cabo de doce horas abandonaron; el caso se archivó como DPLS (Desaparición por luz solar). Fingió estar destrozada por la tragedia y tener el corazón roto por la pérdida de su «alma gemela». En su funeral, le proclamó amor y devoción eternos, y prometió que su alma quedaría unida para siempre a la suya.

De esta manera consiguió todo lo que esperaba. Los chicos la dejaron en paz, y las chicas se compadecieron de ella por la trágica pérdida, con lo que su cotización aún subió más. Nadie cuestionó su inexistente vida amorosa ni siquiera cuando el resto de chicas de las deseables ligaban y se enrollaban con chicos en fiestas. Era la figura fatídica que necesitaba tiempo y espacio. «Que le den unos años y se acabará reponiendo», pensaban sus amigas.

Ella continuó alimentando el engaño. Se unió a la SBH (Sociedad de Búsqueda de Hepers), un grupo que operaba según la teoría de que aún había muchos que se habían infiltrado en la sociedad. Los miembros de la asociación aspiraban a desenmascarar a esos infiltrados.

—¿Por qué te uniste a la gente que más posibilidades tenía de descubrirte? —le pregunto.

Me responde que la SBH era el único lugar donde nadie sospecharía nunca de ti. Pertenecer al club era como estar en el ojo del huracán, donde no te salpicarían ni la sospecha ni la acusación. Además, había un beneficio añadido: sería la primera en saber todo lo relativo a la posible existencia de otro heper. Su plan era sencillo: primero, confirmarlo, y después, descartar la suposición ante el grupo.

—¿Y luego?

Se vuelve hacia mí, y empieza a formular una frase, pero se detiene. Al final dice:

—Establecer contacto.

Está sentada en un lado del sofá con una pierna debajo de la otra.

—Eras buena. Yo nunca sospeché de ti. Ni por un instante.

—Pues tú, no tanto.

—¿Cómo?

—Te descuidaste unas cuantas veces. Vi cómo expresabas alguna emoción. Te quedabas dormido en clase, aunque sólo fuera medio segundo, pero la ligera cabezadita era inconfundible. —Entonces se le iluminan los ojos recordando algo—.

Te salvé el culo más de una vez. Como en clase de trigonometría hace unas noches, cuando no podías leer la pizarra.

Me rasco la muñeca.

—Me acuerdo. —Entonces se me ocurre algo—. Si me tenías tan calado, ¿por qué no te acercaste nunca a mí? Para decirme que lo sabías.

—Porque todo podía ser una artimaña. Quizá estabas intentando pillar a otros hepers para que salieran. Por eso seguí observándote. Hasta estuve fisgoneando de día alrededor de tu casa.

—¡Conque sí había alguien fuera!

Deja caer los hombros hacia delante.

—Tendrías que haber salido. Esperaba que lo hicieras. Me quedé esperando a que abrieras la puerta y salieras a la luz del sol. Que me vieras, justo ahí, bajo el sol, contigo. El fin de todo el misterio, todo habría salido a la luz así. —Hace una pausa—. Piensa en lo diferentes que serían las cosas. Si eso hubiera pasado justo entonces, y no ahora.

Cojo la botella que tengo a mis pies, la abro y se la doy. Me da las gracias con un gesto. Miro su boca mientras inclina la botella, su labio superior presionando en el agujero mientras entreabre la boca. Un fino hilo de agua se le cae por el cuello y termina en la clavícula.

—Bueno, aquí estamos. Cambio de posición.

—Tenía un plan. Te vi en el centro de control curioseando y haciendo preguntas.

—Era un plan —admite con algo de frustración—. No iba a funcionar, me di cuenta enseguida.

—¿Y en qué consistía?

—Al entrar supe que no podía permitir que la Caza se llevara a cabo. Me dejaría totalmente expuesta. No hay manera de que consiga mantener el ritmo ni correr tanto. Y aunque pudiera, estaría totalmente sudada y sin aliento cuando alcanzara a los hepers. Además, en el caso de que no lo estuviera (pero seguro que lo estaría), no podría comérmelos. Matarlos, sí, pero ¿comérmelos? No, bajo ningún concepto.

Asiento con la cabeza. Justo así es como veo yo las cosas. Ella continúa.

—Entonces pensé: «¿Qué pasaría si pudiera sabotear de alguna manera toda la Caza?». ¿Qué pasaría si encontrara el método de bajar las paredes del Domo de noche? Los hepers quedarían expuestos. En cuestión de segundos, todo el mundo, cazadores y empleados, saldrían volando. Así, de golpe, y ya no habría caza.

—Salvo que...

—Salvo que no hay modo de bajar las paredes del Domo. No hay botón, ni palanca, ni combinación de botones. Todo está automatizado mediante sensores de luz solar. —Su tono, que ha ido subiendo, se detiene de repente. Entonces sigue en voz más baja—: Eso me llevó a establecer el plan B, que fue lo que pasó hoy... aunque terminó siendo el fracaso del plan B.

—Utilizaste el equipo de protección solar —observo en voz baja, entendiendo al

fin por qué ella y Beefy estaban fuera—. Lo utilizaste para convencerlo. Que con eso podría llegar hasta la aldea incluso de día. Donde podría disfrutar de todos los hepers para él solo.

Ella asiente.

—Eso es lo que le dije. Es lo que esperaba. Sabía que el equipo no duraría demasiado, y menos bajo el sol de la tarde. No obstante, si conseguía que llegara hasta la mitad del camino, lo suficientemente cerca para verlos y olerlos, ya no importaría. El deseo de carne se apoderaría de él, y se decantaría por el sabor a heper incluso si eso significaba morir bajo el sol.

—Tienes razón. Eso es lo que ocurrió. Se volvió completamente loco.

—Al principio no me creía, pero entonces le dije que no me importaba lo que él pensara, que yo iba a ir a por ellos. Que por mí podía quedarse dentro y seguir comiendo las sobras de sangre pasteurizada y de carnes procesadas. Entonces me vio salir corriendo con la manta protectora, y vio que el equipo parecía funcionar. Y también se decidió.

—Casi lo consigo —le digo en voz baja.

—¿Cuánto se acercó?

—¿No lo viste? Niega con la cabeza.

—Me desmayé por completo. Cuando me recobré, tú ya estabas volviendo, y el Domo se había cerrado. A ver, entendí que no lo había logrado.

Me alegro de que no lo haya visto. Si lo hubiera hecho, me preguntaría por qué intenté detener a Beefy, y yo no podría responderle porque ni siquiera lo sé.

—¿Tienes un plan C? Ella se rasca la muñeca.

—¿Y si te lo cuento después de que tú me hayas explicado tu plan A?

Hago una pausa.

—Romperme una pierna.

—¿Perdón?

—Horas antes de que comience la caza, caerme rodando por una escalera.

—¿De verdad?

—Sí.

—Es bastante estúpido. Tiene tantos fallos que no sé ni por dónde comenzar.

—¿Como cuáles?

—Bueno, para empezar, tal vez sea posible romperse una pierna sin sangrar, pero yo no arriesgaría la vida de esa manera. Eso para empezar.

No digo nada.

—Te cuento mi plan C, pues. Se me ocurrió hace poco, así que tendremos que acabar de pulirlo. ¿Recuerdas cuando el director nos habló del inicio de la Caza? ¿Que una hora antes del anochecer cerrarán el edificio para impedir que se intente colar gente? Pues bien, eso me hizo pensar. ¿Qué pasaría si consiguiéramos impedir el cierre? Con los centenares de invitados de la gala ya aquí, habrá...

—Un gran caos —respondo, dándole la razón—. Con el cierre descartado, de

repente todo el mundo invadirá el edificio y querrá cazar a los hepers. Se armará un desbarajuste, con los invitados y el personal precipitándose hacia las Vastas. Nadie se dará cuenta de nuestra ausencia.

—Y, dos horas después, todos los hepers habrán muerto. La caza habrá terminado, y nosotros habremos sobrevivido. Nosotros —me susurra clavándome la mirada. Algo se agita en mi interior.

Asiento lentamente, y la contemplo. Entonces paro y sacudo la cabeza.

—Hay un fallo.

—¿Cuál?

—No sabemos cómo interrumpir el cierre. De golpe se le enciende la mirada.

—Sí, y es fácil. Por lo menos, para nosotros. El otro día, cuando visitamos el centro de control, estuve fisgoaneando. Un tío empezó a contarme cómo funciona. ¿Te puedes creer que sólo es un botón? Si lo pulsas, el cierre se programa para una hora antes del anochecer; si lo vuelves a pulsar, se cancela la configuración.

—Ni hablar. No puede ser tan sencillo. Por seguridad, tendrían que...

—Y ya tienen un sistema de seguridad a prueba de tontos. El sol. De día no bajan las persianas en el centro, ¿recuerdas? Para mantener a la gente alejada. Eso significa que, en el único momento en que se puede cancelar la configuración (antes de que se haga de noche), entra la luz del sol. Así que no puedes llegar. Bueno, ellos no pueden. Es más efectivo que si el botón estuviera rodeado de rayos láser o de un foso de ácido. Es genial.

—Como nuestro plan.

—Mi plan —añade rápidamente, con un atisbo de sonrisa en sus labios.

—La verdad es que puede funcionar —digo con un inusual entusiasmo que se me cuela en la voz—. Puede funcionar. —Intentando encontrar los puntos débiles, le damos vueltas. Por nuestro silencio, vemos que no hay ninguno—. Tengo que lavarme y afeitarme.

El agua me sienta bien en la cara. Me froto el cuello, y las axilas, y termino la botella. Saco la cuchilla y me la paso por la piel con cuidado. Tengo algunas uñas descascarilladas, pero nada del otro mundo. Unas noches más y ya estaré de vuelta en casa. O, por lo menos, ése parece ser el plan.

Cuando vuelvo, ella ya no está. Miro el reloj. Son las seis pasadas, diez minutos más de luz. Sólo que no se ha ido. Está en la sección de consultas, donde está el rayo. De espaldas a mí sujeta un libro en el aire. El rayo le da justo en el pecho.

—Así que lo has encontrado.

Se da la vuelta; me quedo paralizado cuando veo su rostro, con el halo de luz. Me muestra una dulce sonrisa, todo un atrevimiento. Siento que entre nosotros se desploman muros; los ladrillos caen al suelo, hay una sensación de aire fresco y la luz suave se posa sobre su pálida piel, privada de sol.

—Hola —saluda con voz titubeante pero amable, como unos brazos tímidos que se extienden esperando un abrazo que no saben si llegará.

Nos miramos. Intento no hacerlo fijamente, pero mis ojos no dejan de ir en su dirección.

—Has encontrado el rayo.

—Es difícil no verlo. ¿De qué va todo esto?

—No sabes lo mejor. Es más complicado de lo que parece. —Voy hasta donde está—. En el momento justo del día, el rayo apunta a la pared del fondo.

—La llevo hasta allí—. Entonces se refleja en ese espejito y crea un segundo rayo que, a su vez, se proyecta en otro espejo, allí. De esta manera llega hasta este punto de aquí, en esta estantería, justo en este diario...

Ha desaparecido.

—Ah, ¿te refieres a éste? —pregunta con el libro en las manos.

—¿Cómo has...?

—Era el único libro que no estaba en las estanterías, sino encima de la mesa. Hace tiempo, hasta cuando el director nos citó. Por eso he atado cabos. Te habrás olvidado de devolverlo a su sitio.

—¿Has mirado dentro? Ese tipo, el científico, escribió un montón de cosas bastante increíbles. —La miro—. Era como nosotros, ya sabes.

—¿Cómo?

—Ya sabes. —Miro al suelo.

—Ah —dice en voz baja—. No puede ser. Asiento con la cabeza.

—Pero era una persona muy rara. Debí de pasar meses enteros escribiendo ese diario, copiando fragmentos en él. De todo: desde libros de texto pasando por tratados científicos hasta antiguos textos religiosos. Y después tiene esta página en blanco tan extraña...

—¿Te refieres a ésta? —pregunta, abriendo el libro justo en ese punto.

Antes de que pueda abrir la boca, continúa—: ¿La página que revela un mapa cuando la miras al trasluz?

Hago una pausa. «¿Un mapa?»

—Exacto —digo en voz baja—. A ésa me refería.

Se me queda mirando, y se le empieza a formar una sonrisa en la cara.

—Mentiroso. No tenías ni idea.

—Vale, tienes razón —admito—. No lo sabía, pero déjame ver. Sostén la página a la altura del rayo. El sol está a punto de ponerse, no tenemos demasiado tiempo.

En efecto, una vez que coloca el libro, surge un mapa de la página. Pero eso no es todo. No es el simple contorno, sino un tapiz de colores vivos que salpica toda la página como una pintura.

—Tendrías que haberlo visto hace cinco minutos, cuando el rayo era más fuerte. Los colores se salían de la página, me quemaban los ojos.

El paisaje que plasma es completamente detallado. En la esquina inferior izquierda, veo el edificio de losas grises que conforma el Instituto de Hepers. Justo al lado está el Domo, exageradamente grande y centelleante. El resto del mapa captura

la extensión del nordeste, el marrón rancio de las Vastas que se transforma en el verde exuberante de las montañas del este. Lo más curioso de todo es un gran río que fluye de sur a norte, pintado con un profundo tono azul verdoso. Recorro los dedos por encima.

—Es el río Nede —asegura Ashley June.

—Pensaba que tan sólo era un mito.

—Según el mapa, no lo es. Mis dedos se detienen.

—Mira, ¿qué es esto?

Donde el río se desvía hacia las montañas del este, hay dibujado un bote marrón. Está anclado al lado de un pequeño puerto. También se aprecia una flecha ancha que sale de la embarcación y sube por el río, hacia las montañas.

—Ya, a mí también me extrañó. Es como si dijera que el bote debe ir hacia las montañas.

—No tiene sentido. Los ríos fluyen desde las montañas y no al revés.

—¿Crees —aventura a decir con voz animada— que ésta era su ruta para escapar? ¿La del científico? —Se da cuenta de mi confusión—. Todo el mundo dice que el sol lo achicharró, pero si realmente era heper, como dices, tiene que haber algo que explique su desaparición. Quizá huyó. En barco. Con éste.

Es posible, pienso. Pero después niego con la cabeza.

—¿Por qué iba a dejar registro de su huida? No tiene ningún sentido.

—Supongo, pero hay una cosa clara.

—¿El qué?

—Este mapa sólo pueden verlo hepers. Nadie más podría, ni por casualidad. No mientras no haya luz solar.

Me inclino para examinar mejor el mapa. La cantidad de detalle que se refleja es asombrosa cuanto más te acercas. La flora y la fauna se despliegan con una peculiaridad sorprendente.

—¿Qué significa todo esto? —pregunto.

—No lo sé.

—Ya lo descubriremos.

Está en silencio y, cuando la miro, le brillan los ojos, como inundados de lágrimas, pero sonrío.

—Me gusta cuando hablas en plural.

Me quedo observando las arrugas que se le forman alrededor de los labios. Quiero alargar la mano y recorrerlas con los dedos. La miro a los ojos y sonrío.

Ella contempla mi rostro como si fuera una página, como un niño pequeño cuando empieza a aprender a leer, pronunciando mentalmente las sílabas de emoción que lee en mi cara.

No sé muy bien qué hacer ni qué decir; es un momento cargado de ambigüedad. Por eso bajo la mirada y finjo que estudio el mapa.

—¿Adonde crees que mandarán a los hepers?

—Puede ser a cualquier sitio. La verdad es que no importa: podrían poner una cruz en cualquier lugar del mapa, mientras se encuentre a ocho horas de distancia. No creo que los manden al oeste: no querrán que se acerquen demasiado a Palacio. En un día ventoso, el olor podría llegar hasta allí, y no querrán correr el riesgo de que los empleados saboten la caza.

Durante un rato no dice nada. Cuando levanto la vista, se está frotando los brazos.

—La otra noche —me dice en voz baja—, cuando estuvo aquí el director.

¿Recuerdas cómo hablaba sobre las granjas? —Sacude la cabeza—. Estaba bromeando, ¿no? Todo ese asunto, los centenares de hepervers... Era tan sólo producto de su imaginación enfermiza, ¿no?

—No lo sé. Quizá. No sé cómo tomármelo. Ella sigue tocándose los brazos.

—El mero hecho de pensarlo es muy raro. Se me pone la carne de gallina. —Me mira—. ¿A ti también te pasa?

Me acerco, y miro de cerca los pequeños bultitos que le salen en los brazos.

—Sí, pero no lo llamo así, sino «piel de gallina».

—Piel de gallina —repite—. Me gusta más. No suena tan mal como «carne de gallina».

Antes de poder evitarlo, le toco el brazo. Con los dedos. Su piel, tan suave, se estremece al tacto. Se echa atrás.

—Lo siento —decimos los dos a la vez.

—No, soy yo quien lo siente; no tendría que haber hecho eso —empiezo a disculparme.

—No, yo, yo... No me he apartado por asco, ni nada por el estilo. Es difícil de explicar. —Entonces, de golpe, me coge la mano y me la coloca sobre su antebrazo.

Una combinación de calor y electricidad me sacude el brazo. Retiro la mano, pero ella me invita, con su mirada llena de deseo, a que la deje. Entonces empieza a decir:

—Es sólo que...

Cada vez tiene más piel de gallina. Esta vez, cuando le pongo la mano en el brazo, ella no lo retira, ni yo tampoco. Nos miramos. Sus lágrimas son un reflejo de la humedad en mis ojos.

Al cabo de poco rato, se queda dormida en el sofá. Se ha desplomado. Tiene el cuerpo doblado como una figura de papel mal hecha, la cabeza torcida contra un extremo y la boca, de la que le salen pequeñas bocanadas de aire, entreabierta. A juzgar por la manera en la que está colocada, se va a despertar con tortícolis. Le pongo la cabeza sobre el reposabrazos. Está dormida, pero obedece, siguiendo la dirección de mis manos. Me resulta muy extraño estar tocando a una persona.

Me siento en el otro extremo, y noto el cuerpo cansado pero relajado. Encima de nosotros, en el techo, cuelgan las asas para dormir; son como ojos que lo ven todo y me miran con lascivia, acusadores. Se han burlado de mí toda la vida. En tiempos tenía una fantasía. Vivía como una persona normal. Todas las noche colocaba a mis hijas, dos gemelas, en sus asas en la habitación de al lado con sus caras de querubín,

aún más rollizas por estar boca abajo. Mi mujer, colgada a mi lado, dormía con la cara pálida pero luminiscente bajo la luz del mercurio; su larga melena rozaba el suelo pero sus pies estaban colocados grácilmente en las asas. En mi fantasía, la sangre no me molesta en la cara por la posición, no me duelen los pies, no me caen las lágrimas. Imperan la calma, el frío y el silencio. Todo es normal. Hasta yo.

Entonces miro a Ashley June, magníficamente encorvada en el sofá, con el pecho respirando arriba y abajo. Sus ojos se mueven de un lado a otro por debajo de los párpados. Tiene saliva en las comisuras de los labios. Al final dejo que se me cierren los ojos, y el sueño se apodere de mí tranquilamente, como una fuente de alegría. Esta sensación es nueva. La de dormirme, tumbado al lado de alguien. Me quedo dormido. Es lo más íntimo, confiado y atrevido que he hecho jamás.

Una Noche Para la Caza

Al principio no hay nadie particularmente alarmado cuando Beefy no se presenta a desayunar. Todos estamos al corriente de su dificultad para despertarse, de la que su escolta se había quejado a menudo. Sólo después de que recojan las mesas y nos vayamos a la sala de conferencias, se apresuran por enviar a un empleado hasta su habitación.

Cunde la sorpresa cuando se difunde la noticia de su desaparición, pero nadie siente lastima. Para entonces ya estamos en la sala, escuchando a un empleado de rango superior que habla con voz monótona sobre las condiciones meteorológicas que se avecinan (fuertes lluvias y viento) y cómo pueden afectar la Caza dentro de dos noches, cuando, de repente, entra uno de los subordinados. Le susurra algo al oído, y el superior se levanta y sale, dejando al otro en el atril.

—Ha desaparecido uno de los cazadores —nos anuncia. Hace una pausa porque no sabe cómo continuar—. En estos momentos nuestros equipos están peinando el edificio para encontrarlo. Otro grupo está inspeccionando fuera. Existe la posibilidad de que se trate de una desaparición por luz solar.

Pero no hay motivo de preocupación.

No es que nadie esté lo que se dice afligido. Nadie llora por él; para el resto de nosotros, esto sólo significa que habrá menos rivales. Sin embargo, tampoco es motivo de júbilo: Beefy nunca fue un rival importante. Si se hubiera tratado de Phys-Ed o Abs, en estos momentos habría una celebración por todo lo alto.

—Siento comunicarles esto —continúa—, pero, con todo el personal ocupado en estos momentos en la búsqueda del desaparecido, las conferencias de hoy se cancelan. Son libres de hacer lo que les apetezca. Recuerden que la gala empieza dentro de tres horas, a medianoche. Les sugiero que dediquen este tiempo en un sueño reparador. Seguro que quieren tener un aspecto resplandeciente para las cámaras y los invitados.

Cuando nos estamos yendo, Gaunt-Man viene hacia mí.

—¿Has visto las conferencias que han cancelado? —Se inclina para leer el folleto que tiene en la mano—. “Sacar provecho de la fauna y flora de las Vastas” y “Las tendencias sociológicas heper en un entorno dominado por el miedo: cómo beneficiarse”. ¿Recuerdas cuando te dije que todo esto era una estupidez? ¿Qué las conferencias, el asesoramiento e incluso la Caza son puro teatro?

Asiento con la cabeza, asegurándome de ocultar mi irritación. Yo me quiero ir, pero él se ha colocado firmemente delante de mí sin la menor intención de dejarme escapar. Una vez se suelta, tiene cuerda para rato. Desde el otro lado de la sala, Ashley June me lanza una mirada cómplice. Se apoya en la pared a esperarme.

—¿Necesitas más pruebas? —me pregunta—. A juzgar por la facilidad con que han cancelado las conferencias, están admitiendo que todo es una farsa. En un abrir y cerrar de ojos. Es todo una broma. —Saca la lengua, húmeda y aceitosa, para

hidratarse los labios—. Soltad ya a los hepers. Dejádnoslos a nosotros ya.

—¿Qué crees que le pasó? —digo, tratando de cambiar de tema.

—¿Al grandote? Es idiota. Me intentaba imitar. Salió para demostrar tanto ingenio y determinación como los míos. Quería su momento de fama también. Pero vaya imbécil. Seguramente se puso la loción para bloquear el sol, pensando que le serviría. Para mí, los equipos de búsqueda deberían empezar a buscarlo fuera, o por lo menos lo que queda de él, en algún lugar del tramo que hay entre el Instituto y el Domo.

—Quizá —respondo con evasivas. Entonces hago una pausa, esperando a que se vaya, pero no lo hace—. ¿Qué te hacen llevar? —Ha demostrado tanto desprecio por el acontecimiento que sacar cualquier tema que esté relacionado con él conseguirá ahuyentarlo.

—¿Para la gala? —refunfuña—. Un esmoquin clásico y aburrido que parece que vaya diciendo a gritos “viejo insignificante”. ¿Y a ti? Me imagino que algo bien llamativo.

—¿Por qué dices eso?

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —pregunta irritado—. Esto es un espectáculo pensado para el público, así que, evidentemente, van a poner en primera fila a los cazadores atractivos. Eso te incluye a ti, guapito; seguro que te han dando un traje bien elegante.

—Qué va. —Pero tiene razón. Mi traje, un Súper 220 de hilo con la entrepierna de piel de tiburón, me quedaba como un guante cuando me lo hicieron probar anoche.

—Fuera eres uno de los más populares. Parece que le gustas mucho a la gente. Los índices de audiencia suben como la espuma cada vez que te dedican un programa. Al menos, eso es lo que se dice en la calle. Todo el mundo quiere que la guapa y tú os liéis.

—¿La guapa?

—La de allí —me dice señalando a Ashley June, que sigue esperándome—. Y no sólo para la caza. Para la gala también. Quieren que desfiléis por la alfombra roja juntos, que bailéis, que compartáis una velada íntima y romántica. Todo sea por la masa de espectadores, por supuesto.

—¿De dónde sacas todo esto?

—Tengo mis fuentes. Bueno, ¿qué plan tienes para la caza? —Su voz adopta un tono más tenso. Ahora ya sé por qué se me ha acercado, para hablar de esto—. Venga, dime en qué consiste tu plan.

—Bueno, ya sabes, ir con ella.

—Sí, eso ya lo sé. Todos sabemos lo de vuestra alianza incluso antes que tú lo supieras, pero cuéntame los detalles ¿Qué plan tenéis? ¿Coger un atajo y hacer que os persigamos? ¿Empezar con el grupo y superarnos de manera gradual aumentando el paso?

—Bueno, ya sabes...

—¿Separar en dos el grupo de hepers para aplicar la táctica de “divide y vencerás”? ¿Mantenerlos juntos y fomentar la histeria grupal?

—La verdad es que ahora no me puedo entretener en eso.

Se queda callado, como si estuviera pensando en lo que acabo de decirle.

—Dime —susurra—, ¿tenéis sitio para un vejestorio como yo? En vuestra alianza, quiero decir. Quizá no tenga músculos, pero sí que tengo seso. No digo que la chica y tú no seáis listos, pero tengo mas mundo que vosotros, algo que solo da la experiencia. Quizá os puede ser de utilidad.

—Verás, preferimos trabajar en grupo reducido. Solo nosotros dos.

—¿Cómo dice el refrán? “Uno solo puede ser vencido, dos pueden resistir, pero una cuerda de tres hilos es difícil de romper.”

—Ya, no lo sé.

Se queda mirándome, cada vez con más frialdad.

—Entiendo. —empieza a caminar, se para y se da la vuelta—. Sé cosas sobre ti. No te creas que no te he notado el olor a heper. No pienses que no estoy al corriente de que tienes acceso a su carne. En serio, ¿qué pasa en esa biblioteca durante el día cuando estás solo? ¿Qué tipo de acceso tienes allí?

¿Has descubierto algún alijo secreto? Este tipo de información te podría perjudicar. Me olfatea con mala intención, inspirando fuerte—. Aún lo huelo.

Un empleado se acerca. Gaunt–Man lo mira y se va.

—¿Si?

—órdenes del director. Usted y su compañera deben prepararse en la biblioteca. Le están llevando allí el vestido.

—¿Por qué?

—Él director quiere que los dos salgan juntos. Bajo las estrellas, con el Instituto de fondo. Los medio se colocaran a lo largo del camino de ladrillos, esperándolos. Ésa es la entrada que quiere para ustedes.

—Vale.

—Una cosa más.

—¿Si?

—Usted y la chica no pueden volver a pasar el día juntos.

—¿Cómo...?

—Cómo lo sabemos, no importa. El director está preocupado por lo que puede percibir el público. Él quiere un romance, no un comportamiento licencioso y promiscuo.

—Tiene que ser una...

—Asegúrense de que, mañana, cada uno se despierta en sus respectivas habitaciones.

—Escuche, yo...

—Son las órdenes del director —concluye, y se va. Veo que se dirige a Ashley June. Después de una breve conversación con ella, se marcha. Al final acudo al

encuentro de ella.

Cuando paso al lado de Gaunt–Man, que ahora habla con Abs y Phys–Ed, le oigo soltar el mismo rollo sobre alianzas. Está desesperado. Por la carne heper y por encontrar ayuda. No tiene ninguna posibilidad de conseguir ninguna de las dos cosas. Habrá que prestarle atención. No se puede saber lo que es capaz de hacer una persona desesperada. No tendrá ningún escrúpulo.

De vuelta en la biblioteca, Ashley June y yo nos arreglamos para la gala; ella, en la sección de prensa, y yo, en la recepción. Mi esmoquin, que encuentro colgado en una funda de plástico, me queda como anilla al dedo. Viene con unos complementos, sin los cuales podría haber pasado perfectamente: gemelos con diamantes incrustados y botones de hierro con la cara del gobernante en relieve. A pesar de esto, es un traje imponente que me queda perfectamente bien.

Ashley June, desde el otro lado de la sala, no deja de pedirme que no la mire hasta que haya terminado. Además, se toma su tiempo, mucho más del que yo creo necesario, para quitarse la ropa que lleva puesta y ponerse el vestido.

Antes de que acabe, llaman a la puerta y entra un séquito de empleadas.

Cada una de ellas lleva una caja pequeña.

—Maquillaje —anuncian con búsqueda, y yo les enseño a mi compañera. Para mi sorpresa, una de las chicas se queda detrás de mí—. Voy a hacerle la cara.

—Me temo que no —le contesto. Corro un riesgo demasiado alto de que me encuentre un folículo, o se acerque demasiado y huela a heper.

—Son órdenes del director. Siéntese e incline la cabeza hacia atrás.

—No, en serio, no lo voy a permitir.

—Es tan sólo un retoque. Apenas se notará.

—Pues no lo hagas. ¿Cómo puedo hacértelo entender? Entonces la chica me mira mal.

—Ya se lo explicará al director.

—Muy bien que venga.

Los ojos le hierven de rabia. Cierra el maletín y se va con sus compañeras a la sección de prensa. Es imposible que vaya a contárselo a su superior. Sabe muy bien lo que pasó con los escoltas. Las indiscreciones se castigarán, pero no las de los cazadores, que al parecer gozan de inmunidad. Esto es especialmente cierto en mi caso: soy el chico del momento.

Al fondo, oigo a Ashley June quejarse del maquillaje, pero con menos éxito que yo. Las maquilladoras se salen con la suya.

Irrumpo en la escena, dispuesto a hacer gala de mi privilegio y mi inmunidad. El séquito se agrupa alrededor de ella, acosándola con peticiones para que se siente, eche el cabello hacia atrás y deje de estrujarse la cara. Lo único que veo son sus nudillos, presionados contra los reposabrazos de su butaca de cuero.

—Idos —les ordeno con voz firme.

Se dan la vuelta, sorprendidas y molestas.

—Ni usted ni ella puedan tomar estas decisiones.

—Marchaos.

—Ya se lo explicará...

—¿Al director? Perdona, pero ya he oído este discurso. Ahora os podéis ir. —Veo que la más joven, una chica no mucho mayor que yo, agarra firmemente su bolso. Tiene miedo y, por un momento, me da pena—. Mirad, no os preocupéis. Dejad el estuche de maquillaje y un espejo. Nos lo podemos poner nosotros. Pero salid.

Después de decirles esto, dejan de ofrecer resistencia.

—Casi nos pillan —me dice Ashley June después de que cierren la puerta. De repente pone cara de terror—. ¡Vete!

—¿Qué?

—¡Vete!

Me doy la vuelta esperando ver a alguna maquilladora fisgoneando.

—¡No, tú! Cierra los ojos ¡Ciérralos! Y ahora, largo.

—¿Qué pasa?

—Se supone que no puedes verme aún. Por lo menos, hasta que no esté del todo lista. ¡Vete ya! ¿Cómo dice el refrán? “¿Las chicas siempre serán chicas?” Es cierto; al parecer, incluso en los momentos previos a una muerte inminente.

Una hora después, está lista. Mientras tanto yo me entretengo familiarizándome con los FLUN. Son sencillos de utilizar: en la parte inferior tienen un seguro fácil de soltar, y arriba hay un gran botón para disparar. No practico porque cada pistola solo tiene tres disparos, y no quiero malgastarlos.

Me descubro pensando en los hepers mientras miro las armas. Intento pensar en otra cosa en seguida, pero mi cabeza no deja de volver a ella. Los veo caminando por las Vastas, mapa en mano, buscando desesperadamente un refugio que no existe. Se dan cuenta de lo que ocurre, la sensación de inevitabilidad al ver las nubes de polvo a lo lejos y los cazadores que se abalanzan sobre ellos. Entonces llegan las garras, las uñas y los colmillos que se le clavan en un mar de ardiente deseo.

Ojalá no los hubiera conocido, ojalá no hubiera hablado nunca con ellos.

Me gustaría seguir pensando en ellos como si fueran simples salvajes incapaces de hablar, carentes de la inteligencia y la humanidad que yo creía que los separaba de mí.

La llegada de Ashley June, maquillada y con el vestido, disipa mis oscuros pensamientos. En pocas palabras, esta resplandeciente. Se nota que no han escatimado en su atuendo: un vestido de noche de gasa sedosa de color rojo lava adornado con diamantes incrustados. Unas plumas le dan el toque elegante; sin embargo, la auténtica maravilla es su rostro: dulce y grácil, que deja ver su estilizado mentón. Y sus ojos, de color verde avellana como si te hechizaran. Ya lo creo que lo hacen.

—Me gustaría —dice con timidez— que el vestido fuese un poco más brillante. Con un toque verde que hiciera juego con mis ojos, y un rojo más claro que

combinara con mi cabello.

—Está bien. —Sacudo la cabeza, pensando que puedo decir algo mejor—. Estás estupenda. Te lo digo de verdad.

—Lo dices por decir —afirma, pero noto que ni ella misma se lo cree.

—Esto es mi fin. Lo sabes, ¿no? Toda la noche, ante todo el mundo, estaré comiéndote con los ojos con las manos sudorosas y el corazón a mil por hora. Eres mi perdición, Ashley June. De verdad que lo eres.

Me mira raro. Una arruga se le forma en la frente.

—Lo siento, me he pasado de empalagoso.

—No, no es eso. Me gusta. Pero ¿quién es Ashley June? La miro.

—Tú.

El día que mi padre y yo quemamos los libros y diarios, salimos de casa al mediodía con los sacos pesados. Yo era pequeño y lloré durante todo el camino. No se me oía, ni se me escapaban los sollozos, pero las lagrimas no dejaron de rodarme por las mejillas, y aunque hacía calor y el tramo era bastante largo, no se me llegaron a secar.

Cuando encontramos un claro en el bosque, la espalda nos dolía tanto que nos alegramos de poder descargar. Mi padre me pidió que reuniera un poco de madera, ramos y palos; nada demasiado grade. Cuando volví, me lo encontré agazapado, de rodillas, con la cara casi tocado al suelo como si estuviera sumido en una profunda oración. Con la mano sujetaba una lupa que utilizaba para dirigir el rayo de sol a una pila de hojas. Me pidió que no me moviera, y yo me quedé donde estaba, totalmente quieto. Sin más dilación, empezó a salir una brizna de humo que cada vez era más gruesa y oscura. De golpe se encendió una llama, y devoró las hojas que encontraba a su paso.

—Los palos —me pidió mientras alargaba la mano.

El fuego crecía. De vez en cuando, él se acercaba y lo avivaba. Era como si la hoguera se retirara enfadada y sorprendida, descargando chispas. Añadió dos ramas cortas, y se sentó. La hoguera rugió feroz y yo me asusté. Mi padre me pidió que le llevara los libros.

Durante un buen rato, los tuvo al lado. Permanecía quieto, sentado, hasta que me di cuenta de que no podía reunir fuerzas para llevar a cabo ese último acto irrevocable. Me pidió que me acercara, y así lo hice; me senté en su cálido regazo. Yo sujetaba el libro de dibujos de mi hermana. Me sabía de memoria todo el contenido: los colores de los perros, los gatos, las casas y los vestidos. Mi padre respiró hondo, y por un instante pensé que me iba a explicar otra vez por qué quemábamos los libros. Pero no fue así. Su cuerpo empezó a contraerse como si intentara contener un fuerte hipo. Le coloqué la mano sobre la suya, áspera y musculosa, y le dije que no pasaba nada. Le aseguré que comprendía por qué lo hacíamos; como mamá y mi hermana habían desaparecido, no podíamos guardar nada en casa, por si recibíamos visitantes inesperados. Le expliqué que «era demasiado peligroso», recitando las palabras que

él me había dicho con anterioridad, y que yo no había entendido; seguía sin hacerlo.

Me parece que tenía la intención de repasar cada libro conmigo por última vez, pero, por algún motivo, no lo hizo. Se limitó a tirarlos a la hoguera de uno en uno. Aun recuerdo la sensación que tuve cuando me retiré de las manos el cuaderno de pinturas de mi hermana. Yo no ofrecí resistencia, mi padre lo agarró y lo tiro al fuego, y sentí como si hubiera perdido algo para siempre.

Nos fuimos una hora después, cuando ya no quedaba nada de la hoguera ni de los libros, tan solo brasas y ceniza gris. Del mismo color que mi padre, cuyo fuego interior también se apagaba. Antes de abandonar el claro, volví a recoger los sacos, que estaban junto a una pila de cenizas. Cuando me agaché a cogerlos, algo voló en mi dirección. Soplé con suavidad, como había visto hacer a mi padre. Entonces volaron hacia mis ojos, pero, justo antes de cerrarlos, vi un breve resplandor que surgía de entre las cenizas negras. De un rojo anaranjado, resurgía la chispa de una brasa. Una pizca de sol de junio en un mar de cenizas grises.

Años más tarde, en el patio del colegio en una apagada noche gris, volví a ver el color de ese resplandor rojo. Era el cabello de una chica a la que no había visto nunca, pero de la que no podía apartar la vista. Cuando me miró, fue como si conectáramos a través del patio y del caleidoscopio de alumnos que iban de un lado a otro, y me acordé de la brasa roja que resplandecía en las oscuras cenizas como el sol de junio.

«Se llama Ashley June, como las cenizas en junio», pensé para mis adentros.

Solos en la biblioteca, de pie bajo la luz de la luna de medianoche, comparto con ella ese recuerdo.

Cuando salimos de la biblioteca, el despliegue de medios es apabullante. Periodistas y fotógrafos se encuentran alineados a lo largo del camino de ladrillos que lleva el edificio principal. No es que nos molesten, pero los flashes de mercurio no dejan de centellear. Un escolta nos guía a un ritmo espantosamente lento, y nos obliga a detenernos cada pocos pasos para posar para una cámara o responder a las entrevistas.

El brazo de Ashley June esté pegado al mío todo el tiempo; me agarra el codo con la muñeca. Es una sensación increíble. Si hubiera estado solo, habría odiado toda esta fanfarria y el acoso de la atención mediática. Pero con ella a mi lado, me siento cómodo y tranquilo, y creo que a ella le ocurre lo mismo. El peso suave de su mano en mi brazo, los momentos fugaces en lo que su cadera roza ligeramente la mía, la sensación de unión mientras recorremos el camino... Supongo que, como somos expertos en el juego de proyectar una imagen y engañar, nos encontramos cómodos con la prensa. Una pose, una cita jugosa y una imagen: eso es lo que nos va.

—¿Cómo les ha ido en el entrenamiento? ¿Se sienten preparados para la caza?

—Ha sido genial, nos morimos de ganas de empezar.

—¿Es cierto que ambos han formado una alianza?

—No es ningún secreto. Estamos juntos.

—¿Qué cazador consideran que les supondrá un mayor desafío? Y así continúan las preguntas.

El habitual corto paseo nos lleva más de una hora; los medios y los curiosos no nos dan tregua una vez llegamos al edificio principal. Siguen llegando en tropel, en carruajes de distintas formas y tamaños, y con caballos sudorosos y sin resuello a los que conducen al establo de atrás.

En el interior aun hay más periodistas y observadores. Están acordonados detrás de una cinta de terciopelo. Por suerte, nuestro escolta nos guía sin detenerse.

—Al vestíbulo principal —nos dirige, mirando de prisa su reloj.

No han reparado en gastos en la decoración. De los altos techos ornamentados bajan arañas doradas que proyectan luz de mercurio sobre cada mesa. Mesas de plata con incrustaciones de ónice, platos de porcelana encargados durante la época neogótica del gobernante, y copas de vino con incrustaciones de diamantes colocadas sobre manteles bordados de hilo de color violeta. En cada mesa hay un centro floral con una capa doble de jade procedente de la dinastía Selah. Nos encontramos rodeados de altos ventanales decorados con ostentosas cortinas de terciopelo. Un grupo de invitados está reunido en las ventanas orientadas al este, mirando al Domo, que parece una canica. Al fondo del vestíbulo del banquete, una escalera regia asciende hacia el segundo piso con una alfombra perfectamente colocada y lujosa, como si fuera una lengua hinchada. En medio de la sala hay una gran pista de baile, que resplandece bajo la luz de mercurio.

Separan a los cazadores por mesas. Cuando Ashley June retira su brazo del mío para ir a la suya, lo vivo como una trágica despedida. Queda claro, a juzgar por los oficiales de alto rango del Palacio que se sientan conmigo, que mi mesa es la más buscada. Pillo unos cuantos comensales lanzar una mirada furtiva en nuestra dirección, a mí, durante la comida.

Los platos llegan en oleadas; los camareros, de esmoquin y camisas con volantes, maniobran entre las mesas sosteniendo bandejas de carne que gotea. Por encima de los trajes, nos colocan unos grandes baberos que nos llegan hasta la rodilla. Al instante, mientras comemos, quedan salpicados de gotas de sangre. Después de tantos días ingiriendo interminables platos carnívoros empapados de sangre, ya casi no soporto verlos. Apenas toco mi ración, y me excuso aludiendo a la sobreexcitación por la caza que se producirá dentro de dos noches.

Durante los inacabables platos de carne, lanzo una mirada furtiva a Ashley June, que está en su elemento, entablando conversación con los invitados de su mesa. Incluso durante el momento en que se sirve el plato principal, con las porciones de carne más suculentas, sigue captando toda la atención. El entorno juega a su favor. Así ha vivido toda una vida de engaño. Recuerdo sus palabras: «La mejor defensa es un buen ataque».

Después del postre, tartas y suflés con los que justifico haber recuperado el apetito, un puñado de oficiales de alto rango se dispone a dar discursos. Yo me paso

el tiempo contemplando a mi compañera, que se encuentra en mi punta de mira. Sus brazos delgados surgen con gracia del vestido, con un destello de luz plateada como el reflejo de la luna en un río. Se recoge el pelo por atrás y, con ademán experto, se lo coloca por encima del hombro, lo que revela la curva sinuosa de su cuello. Me pregunto si piensa en mí como yo en ella; incesante, obsesiva e inevitablemente.

El último en hablar es el director. Se ha empolvado la cara, arreglado el pelo y pintado las uñas de rojo sangre.

—Apreciados invitados, espero que se hayan encontrado con que el Instituto, con su reputación inmaculada, ha colmado todas sus expectativas esta noche. La comida, la decoración y el esplendor del salón de baile; espero que todo sea de su agrado, puesto que unos invitados tan ilustres como ustedes no se dignarían a viajar desde tan lejos para presenciar un simple espectáculo. Pero ésta no es una ocasión común, ¿verdad? ¡Mañana por la noche empezará la caza de hepers!

Los invitados, con unas cuantas bebidas de más, brindan y golpean las mesas.

—Esta noche celebraremos la soberanía benevolente de nuestro apreciado gobernante, bajo cuyo liderazgo se ha hecho posible la caza.

¡Celebremos, pues! ¡Sin límites! Mañana tendremos todo el día para dormir y reponernos de los excesos de esta velada.

Las rascaduras de muñecas se oyen por toda la sala.

El director se tambalea ligeramente; me doy cuenta de que el mismo ha bebido de más.

—Bien, en caso de que alguno de ustedes empiece a tener ideas sobre..., ideas... de unirse a la caza de manera no oficial, digamos que recae sobre mí la responsabilidad de disipar esas esperanzas. Este edificio pasará al modo cierre una hora antes del anochecer. Sencillamente, no podrán abandonarlo durante el lapso de tiempo que dure la caza. Pero no se preocupen. La sala de banquetes estará acondicionada con la tecnología más avanzada para brindarles una experiencia inolvidable. Todos los cazadores irán equipados con cámaras de video en sus ropas. Podrán ver y oír todo lo que hagan. —Hace una pausa—. Ah, sí, hablemos de los cazadores. Menudo grupo carismático y deslumbrante, ¿verdad? —El sonido de las copas y los puños en la mesa se sucede, a la vez que todos se vuelve hacia mí—. Momentos antes del cierre, se los llevará a una ubicación secreta. En cuanto anochezca, tan pronto como cada uno de ellos se atreva, saldrán hacia las vastas tras los hepers. ¡Y de esta manera —exclama subiendo el tono— dará comienzo la caza más emocionante, brillante, desmesurada, sangrienta y violeta de la historia!

La sala estalla en un espasmo de silbidos, crujidos de hueso y copas rotas.

Después de discurso, con los invitados más calmados, un cuarteto de cuerda se coloca en un rincón de la pista de baile. Tocan una pieza barroca libre, con un arreglo de finales de siglo. Poco a poco, las parejas se abren camino hacia el salón. A mitad de la primera canción, me doy cuenta de que todas las cabezas se han dado la vuelta para mirarnos a Ashley June y a mí. Esperan que bailemos juntos. Por eso han venido

desde tan lejos, para ver al chico y a la chica del momento dar vueltas en la pista, con la foto de su abrazo que posteriormente coronará las portadas de periódicos y revistas. Me levanto de mi asiento y me dirijo hacia ella con la mirada a través del mar de mesas. Ella está sentada con las manos en el regazo, con la espalda recta y la cabeza alta, esperándome.

A medida que me voy aproximando, ella se yergue mas y me mira con el rabillo del ojo. ¿Me parece ver una ligera sonrisa en sus labios? ¿Un atisbo de un hoyuelo en su mejilla? Le ofrezco el codo, y se levanta con gracia, aprovechando el ligero tirón de mi brazo. Nos dirigimos a la pista.

En el momento adecuado, el cuarteto empieza a tocar otra canción, más suave y romántica. Las otras parejas se desplazan a los lados. El salón es nuestro. Me doy la vuelta para ponerme frente a Ashley June y, cuando mi hombro y el suyo se colocan en posición, tan cerca que noto como vibran las ondas por su cuerpo, casi se oye un clic de perfección. Una fuerte atracción nos empuja a estar más cerca, como si nuestros corazones fueran insistentes polos opuestos.

Intentando recolectar todo lo que aprendí en el colegio, hago puños con las manos, y los entrelazo con los suyos. En la escuela me aterraban las clases de baile, ya que odiaba la proximidad. Me asustaba no haberme afeitado correctamente el vello de los nudillos. Pero ahora, con Ashley June, me he liberado del miedo. Y también puedo sentir la textura de su piel, la almizclada cercanía de su cuerpo, su respiración rozándome el cuello. Me mira con sus relucientes ojos verdes. Me gustaría poder susurrarle algo, pero hay demasiada gente que no nos quita la vista de encima, y el volumen de la música es muy bajo. Además, ¿qué le diría?

Estoy tan sumergido en el momento que casi me olvido de que tenemos que bailar. Le presiono los nudillos con los míos para hacerle saber que estoy a punto de empezar. Ella me devuelve el apretón, y comenzamos. Para dos personas que no han bailado nunca juntas, lo hacemos sorprendentemente bien. Movemos los cuerpos en sincronía, a una distancia corta y constante. A excepción de unos pequeños toques, seguimos bien el ritmo con las piernas, mantenemos los pies a pocos centímetros el uno del otro, y no nos pisamos. En clase, bailar fue siempre una mera progresión que debía seguir, una lista de comprobaciones que debía completar. Pero con Ashley June, todo es fluido; es como izar una vela y seguir el viento. Al final de la pieza, la dejo ir para la vuelta de los tres pasos, y ella levanta los brazos por encima de la cabeza con mucha gracia. El cabello le cae por la cara de manera seductora, y su verde mirada me atraviesa. Se oyen suspiros procedentes de las mesas colindantes.

—¡Vaya! —le digo moviendo la boca sin hablar.

Comienza la nueva pieza, y Ashley June y yo nos separamos. Ahora empieza el turno de bailes obligatorios con las esposas de los oficiales. Todas vienen hacia mi; sus maridos, sin interés en el baile o en sus mujeres (o en ninguna de las dos cosas), ni se molestan en levantarse de la mesa. Esta danza interminable y la charla insustancial se convierten en arduas tareas y, después de unas cuantas rondas, me

empieza a caer el sudor por la frente. Necesito hacer un descanso; el problema es que hay demasiadas mujeres esperando su turno.

—¿Hueles algo? —me pregunta la que tengo delante. Llevo un rato bailando con ella, pero ahora la veo por primera vez cuando me habla.

—No, la verdad es que no.

—El olor a heper es muy fuerte. No sé cómo os podéis concentrar así. Te distrae por completo. Ya sé que dicen que con el tiempo te acostumbras, pero es tan potente que parece como si lo tuviera enfrente.

—A veces, cuando sopla el viento del oeste, el olor entra aquí desde el Domo —intento justificarme.

—No había mucha brisa esta noche —responde, mirando hacia las ventanas abiertas.

La siguiente mujer es aun más directa.

—Yo digo que hay un heper en algún lugar de esta sala. El olor es muy intenso.

Le explico lo del viento del oeste.

—¡No, no! ¡Es tan fuerte como si tú fueras el heper!

Me rasco la muñeca, y ella hace lo mismo, por suerte para mí.

Cuando la canción termina, hacemos una reverencia. Ya se acerca la próxima compañera, de baile. Pero alguien se entromete en una rápida maniobra. Es Ashley June. Al mirarla a los ojos, veo que sabe exactamente qué está pasando, y esta preocupada. La otra mujer, enfadada y a punto de quejarse, se da cuenta de quién es y se retira. Empezamos a bailar. Las cámaras empiezan a dispararse de nuevo.

Esta vez no nos divertimos. Somos demasiado conscientes de toda la gente que tenemos alrededor; tenemos miedo de que, en cualquier momento, se me forme un brillo de sudor debido al olor que estoy emitiendo. He bailado demasiado. Cuando termina el número, digo en voz alta, para que lo oigan los demás, que necesito ir al baño. No estoy muy seguro de si servirá, pero no puedo gastar más energía. Tengo que escaparme y darle una oportunidad a mi cuerpo para refrescarse. Ashley me dice que me esperara.

Estoy relajándome en el baño cuando, de repente, entra alguien. A pesar de toda la hilera de urinarios vacíos, se coloca justo en el que hay a mi lado. De hecho, el resto del servicio esta vacío.

—¿Cuánto vas a durar?

—¿Disculpe?

—Es una pregunta muy sencilla. ¿Cuánto vas a durar? —Se trata de un hombre alto, y ancho de espaldas. Sobre su nariz reposan unas gafas formales en exceso, que no pegan nada con su corpulencia. El esmoquin le sienta mal, varias tallas más pequeño que la suya, y le tira debajo del brazo.

Decido no hacerle caso, y me concentro en apuntar al adhesivo del urinario. Es el objetivo; se supone que la zona más baja es la que da un drenaje óptimo. En la mayoría de lugares, la pegatina es de una mosca, una abeja o una pelota de fútbol,

pero aquí es del Domo.

—¿Mucho o poco?

—¿Qué?

—¿Mucho tiempo o poco?

—Mire, sigo sin saber de qué me habla. El hombre hace un gesto de desprecio.

—Yo predigo que poco. Quizá media hora. En cuanto estés fuera del objetivo de las cámaras, el resto de cazadores te superará. A ti y a la chica.

Un periodista. Seguro que se trata de un paparazzi que se ha colado utilizando una acreditación falsa y se muere por una primicia. Así es como trabajan: montan un escándalo para obtener una reacción, y entonces informan sobre eso. Lo mejor es no hacerle caso.

Me subo la cremallera y me dirijo al dispensador de papel que hay al lado de la puerta.

Él también se sube la cremallera y se detiene junto a mí, poniendo la mano en el aparato para bloquearme el paso. La maquina escupe una toallita de papel en su mano.

—Utiliza los FLUN, ése es mi consejo —me dice mientras arruga el papel en su mano—. Hazlo rápido y sin vacilaciones. Los cazadores, sobre todo los universitarios, querrán eliminarte lo antes posible. Te odian: toda la publicidad que estas teniendo, como te adora el público... Están celosísimos. Ten mucho cuidado.

No me mira ni una vez mientras me habla, pues tiene la vista fija en el dispensador, como si fuera el teleprompter.

—¿Quién es usted? —le pregunto, «¿Cómo sabe lo de los FLUN?»

—A buen entendedor... —responde—. Las cosas no son como parecen. Piensa en esta noche, por ejemplo. Fíjate en el glamur que hay en el banquete.

¿Qué os han dicho? Que fue una decisión de última hora, ¿no? Mira la comida, el vino, la decoración, y el número de invitados, y dime si se trata de algo improvisado sobre la marcha. Ten en cuenta el «sorteo», como han querido llamarlo: otro plan totalmente fácil de manipular. ¿Crees que estás aquí por casualidad? Las cosas no son como parecen. —Coge el pomo de la puerta, y está a punto de salir.

Entonces se vuelve hacia mí.

»Y la chica. La guapa con la que estabas bailando. Ten cuidado con ella.

—Me mira a los ojos por primera vez. Espero encontrar dureza, y no me equivoco. Ni rastro de amabilidad—. Debes vigilar. Ella no es quien crees que es. No dejes que te confunda. —Y dicho esto, abre la puerta y desaparece.

«Vaya personaje», pienso. Cojo una toalla de papel y me dispongo a pasármela por la axila cuando entra un grupo bullicioso de cuatro o cinco hombres. Gritan, se tambalean y están claramente ebrios. Una mala combinación. Así que me voy. Busco rápidamente al paparazzi, pero no lo veo por ningún lado.

—Ven conmigo. —Es Ashley June, que se ha materializado de la nada, y me susurra al oído—. Ya hemos cumplido con nuestro cometido. Están tan borrachos que

no se darán cuenta de que nos hemos ido. Ven. —Y obedezco.

Ella me saca del vestíbulo, y su esbelta figura zigzaguea por la pista de baile, entre las sombras oscuras. Fuera del banquete, los pasillos están vacíos y la música se va oyendo cada vez menos a medida que nos alejamos. Creía que íbamos a su habitación, pero en la escalera pasamos el tercer piso y seguimos subiendo hasta que ya no hay más peldaños. Entonces, ella abre una puerta, y una explosión de luz de las estrellas se cierne sobre nosotros.

—He estado aquí unas cuantas veces. Nunca viene nadie.

Las Vastas se extienden ante nosotros como un mar congelado, con sus placas serenas y lisas. Y, arriba, las estrellas brillan tenues, lo que sugiere un vacío aun más profundo.

Me lleva hasta el centro del tejado y, al caminar, notamos las piedrecitas bajo los pies. Se detiene y se pone enfrente de mí. Estoy justo detrás de ella. Cuando se da la vuelta, nos rozamos con los hombros, pero ella no se retira. Esta tan cerca que siento su respiración en mis labios. Cuando levanta la vista para mirarme, veo el reflejo de las estrellas en sus ojos, húmedos como el rocío.

—¿Te dieron algún nombre tus padres? —me pregunta.

Asiento.

—Sí, pero un buen día dejaron de utilizarlo.

—¿Te acuerdas de cual era?

—Gene.

Se queda callada unos segundos; veo como pronuncia el nombre en silencio, como si probara el tamaño.

—Debemos asegurarnos de no llamarnos por nuestros nombre familiares, ni siquiera en privado. Nos podemos descuidar y terminar diciéndolos delante de los demás. Puede llamar...

—... la atención —termino por ella.

Por un instante, aplacamos la sonrisa que se nos empezaba a formar, como si mis labios y los suyos fueran dos caras de la misma boca. Nos detenemos, como siempre hemos hecho, y empezamos a rascarnos las muñecas.

—Mi padre me lo decía todo el tiempo. «No llames la atención.»

Siempre. Me imagino que los tuyos te lo decían también.

Ella asiente, y la tristeza le empaña la mirada. Miramos juntos hacia las Vastas, hacia el Domo que está a lo lejos. Desde abajo se oye un grupo de invitados a la fiesta que han salido y seguramente se dirigen hacia allí; no articulan bien las palabras, y sus voces llegan como en un embrollo. Cada vez se oyen menos y, al final, terminan por desaparecer.

—Oye, déjame que te enseñe algo —dice Ashley June—. ¿Puedes hacer esta cosa tan divertida; tenemos que sentarnos primero. —Entonces coloca el pie derecho en la bola del otro pie y empieza a mover la pierna arriba y abajo como en un movimiento vibratorio—. Una vez empiezas, es como si se pusiera en piloto automático. Mira, ni

siquiera estoy pensando en ello de manera consciente, y se mueve solo.

Lo intento, pero no funciona.

—Estás pensando en exceso. Relájate, no pienses. Da sacudidas más cortas y rápidas.

Me sale al cuarto intento. La pierna empieza a moverse sola, como un martillo neumático.

—¡Oh!

Ella esboza la sonrisa más grande que he visto nunca, y se le escapa un sonido de la garganta.

—Eso se llama «reír» —le explico.

—Ya. Aunque mis padres lo llamaban “partirse de risa”. ¿Lo habías oído alguna vez?

Niego con la cabeza.

—Para nosotros tan sólo era “reír”. Y no lo hacíamos mucho. A mi padre le preocupaba que me olvidara y lo terminara haciendo en público.

—Sí, al mio también.

—Me lo recordaba todas las mañanas. «No hagas esto, no hagas lo otro. No te rías, no sonrías, no estornudes, no hagas muecas.»

—Pero eso fue lo que nos hizo llegar hasta aquí, vivos, quiero decir.

—Supongo. —Me doy la vuelta hacia ella—. Mi padre tenía un dicho muy raro. Quizá tus padres lo usaran también. «No te olvides nunca de quien eres.»

—¿«No te olvides nunca de quien eres»? No lo había oído nunca.

—Mi padre lo decía más o menos una vez al año. Siempre pensé que era extraño. —Entonces miro al suelo.

—Tus padres... ¿Cuándo...? Ya sabes.

—¿Mis padres?

Ella asiente con amabilidad.

Miro hacia las montañas del este.

—Mi madre y mi hermana, hace unos diez años. No me acuerdo mucho de ellas. Un día desaparecieron. Luego, mi padre, hará unos cinco años. Lo mordieron.

Después de contárselo nos quedamos callados, compartiendo el silencio reconfortante. La música del banquete nos llega muda e indiferente, a kilómetros de distancia. Al final, nuestras miradas se desvían hacia el Domo, que se ve tranquilo y centelleante.

—Es mejor no saber —susurra. Esta noche duermen tan tranquilos, sin saber lo que les espera mañana. El fin de sus vidas. Pobrecillos.

—Hay algo que deberías saber —empiezo a decir después de un rato.

—¿Sobre qué?

—Los hepers.

—¿Qué pasa? Hago una pausa.

—Cuando fui a buscar agua en el estanque, no me limité a entrar y salir.

Interactué con ellos. Pasé un tiempo allí. Y... bueno..., hablan. Hasta saben leer. No son los salvajes que yo pensaba, ni de cerca.

—¿Hablan y leen? —Ella mira incrédula al Domo. En el interior no se mueve nada.

—Les encanta. Tienen libros en las cabañas. Un montón. Y son creativos; dibujan y pintan.

Ella sacude la cabeza.

—No lo entiendo. Pensaba que los criaban como animales de granja.

¿Por qué los domesticaron?

—No, ya sé que esto es difícil de entender, pero no es que los hayan domesticado o entrenado como animales de circo. Va más allá de eso. Son normales. Piensan, son racionales, y hacen bromas. Como tú y yo.

Se le forma una arruga en la frente. Se queda callada, pensativa.

—Pero tú no les has dicho nada sobre la Caza —dice, llena de pragmatismo.

—No tienen ni idea. A veces es mejor no saber.

—¿Qué les contaste sobre ti?

—Que era el sustituto del científico. —Tengo dudas—. Habría sido demasiado extraño decirles que era un cazador de hepers. Quizá debería hacerles dicho algo, y que supieran que habrá una caza.

—No, hiciste lo correcto. ¿De qué les habría servido? De todos modos, van a morir.

Un millón de pensamiento me rondan por la cabeza.

—¿Crees que deberíamos hacer algo? Me mira y dice:

—Muy gracioso.

—No, en serio. En lugar de nuestro plan, ¿no deberíamos hacer algo por ayudarlos?

Abre los ojos de sorpresa y, después, baja la vista al suelo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No deberíamos...?

—¿Qué?

—¿Hacer algo por ellos?

—No seas ridículo.

—No, pero ellos son como nosotros. Nosotros somos como ellos. Su expresión en de sorpresa.

—No, no lo son. Son totalmente diferentes de nosotros. Me da igual si pueden hablar, siguen siendo ganado, pero con un nombre más pomposo.

—Entonces me agarra la mano más fuerte—. Gene, no quiero parecer fría, pero no podemos hacer nada por ellos. Van a morir durante la Caza, nos aprovechemos o no.

—Podríamos..., no se..., podríamos decirles que no abandonen el Domo.

Que la carta que les informaba sobre su mal funcionamiento es un trampa.

—Me pasó la mano por el pelo y lo agarro con fuerza—. Esto es muy difícil, Ashley June.

Cuando vuelve a hablar, su voz es más dulce.

—Si mueren esta noche, tal como planeamos, por lo menos nos darán una oportunidad de vivir una vida autentica. Pero si no hacemos nada, sus muertes serán insignificantes. Podemos darles sentido, y que nos den la posibilidad de tener una vida real, Gene. —Tiene los ojos bien abiertos y suplicantes—. Nuestra nueva vida. Juntos. ¿Tan mal está sacar algo bueno de todo esto?

No digo nada.

Las lágrimas le empiezan a brotar y, quizá por primera vez en su vida, no las esconde. Le caen por las mejillas. Le alcanzo el brazo para secárselas con mi manga, pero ella me coge la mano y la coloca en su mejilla, presionándola justo encima de las lágrimas. Su piel suave y la humedad hormigean por mi palma. Me desarma.

—¿Por favor? —me susurra, y el tono de suplica me parte el corazón.

Nos tocamos con los hombros. Cuando me doy la vuelta, ella ya esta mirándome, tan cerca que le veo un lunar diminuto en el rabillo del ojo. Lo froto ligeramente con las yemas de los dedos.

—Es un lunar; por más que frotes, no se ira.

—No intento borrarlo. —No sé que estoy haciendo. Solo que tengo el corazón a mil por hora, y no sé cómo actuar.

Ella se levanta ligeramente las mangas con una mirada insinuante. Se le ve la piel de la axila. Está esperando. Me mira el codo, y después, a mi.

Le bajo el brazo, con tanta suavidad como puedo.

—Por favor —le digo con dulzura—, no me malinterpretes. Pero... es que nunca... nunca he sentido nada.

En lugar de encontrar una expresión herida en su mirada, veo alivio y emoción. Entonces baja el brazo.

—A mi me pasa lo mismo. Siempre he fingido que me gustaba.

—Entonces mira en otra dirección—. Cuando lo hice con mi novio, o aquella vez contigo en el armario. Sentía como si tuviera un problema. —Suspira y tiembla—. Claro que lo tengo —dice, con un tono más alto—. No soy normal, soy heper. —Pronuncia la última palabra como una liberación, la declaración de culpabilidad final.

Sin saber muy bien que hago, le cojo la mano. Coloco mi palma abierta encima. Siento sus huesos, el pequeño salto que se produce con el tacto. Retiro la mano, pero ella me la coge. Y coloca su palma encima. Nos tocamos con las palmas, un abrazo total. Nos quedamos mirándonos. La sensación, al contrario de lo que había sentido hasta ahora, es tremenda. No me atrevo a respirar. Ella cierra los ojos y eleva la cabeza. Al hacer ese movimiento, abre los labios como si me hiciera señas.

Entonces entrelaza sus dedos con los míos. Nunca antes lo había visto, no sabía que se pudiera hacer tal cosa. La piel de sus dedos es suave como la de su nuca, tierna

y lisa, y hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo.

—Ashley June —susurro.

Ella no dice nada, mantiene la cabeza alta mirando al cielo, con los ojos cerrados.

—Ya lo sé —susurra al fin—. Ya lo sé.

Brillan las estrellas. Ashley June reposa la cabeza en mi hombro, tiene el brazo encima de mi pecho, y aun me coge la mano. No nos hemos soltado, ni al tumbarnos y quedarnos dormidos. Oigo su respiración, el leve latir de su corazón contra mi caja torácica. Cierro los ojos y me vuelvo a dormir.

Cuando me despierto, el cielo se ha iluminado, y las estrellas se han fundido en el cielo gris. El aroma del alba se nota en el aire. Ella se ha ido de mi lado. Me siento, con las piedrecitas debajo.

No está en el tejado. Confundido, me voy hasta el balcón. La veo a lo lejos. Caminando enfrascada en sus pensamientos.

Minutos después, me encuentro en el camino de ladrillos, corriendo a toda prisa hacia ella. Las pruebas del jolgorio de la velada están esparcidas por todo el camino. Platos de papel, brochetas, copas de vino, y botellas vacías tiradas por el suelo. Hasta charcos de vomito. Percibe que me acerco a ella, y se da la vuelta.

—Hola —me saluda con una tenue sonrisa, y me da la mano.

—Espero que no nos vea nadie.

—No, todos están completamente borrachos.

—Eso espero. ¿Qué haces?

—Algo me estaba abrumando. He tenido que dar un paseo para despejarme. —Me coge fuerte de la mano—. Me alegro de que hayas venido. Ven. Y entonces nos encaminamos hacia el Domo.

Andamos bajo el cielo que empieza a clarear, con las manos perfectamente encajadas y los brazos entrelazándose, cómodos. Noto su piel suave contra la mía. A medida que nos aproximamos al Domo, nuestros cuerpos se acercan cada vez más el uno al otro. Es fácil olvidarnos de qué día es hoy. Un día que terminará con la violencia y la muerte de la caza.

Y entonces nos detenemos delante del umbilical.

—Ábrelo —me pide ella.

En el interior, justo en medio de la cinta transportadora, hay un sobre grande. La miro y ella asiente con sus grandes y penetrantes ojos.

Lo saco, tocando el relieve de las letras en mayúscula.

URGENTE: ABRIR INMEDIATAMENTE

—Pensaba que ya estaría aquí. Es la carta en la que se informa a los hepers del supuesto mal funcionamiento del Domo. Es lo que les hace abandonarlo y adentrarse en las Vastas. Es lo que los convierte en presas involuntarias. Lo que hace la Caza posible. Lo que mata a los hepers.

Dirijo mi vista hacia ella, y luego, a la carta.

—¿Por qué me la enseñas?

—Porque no fui justa contigo, Gene. —Intento hablar, pero ella sacude la cabeza—. No, esto es importante, déjame hablar. Me siento como si te hubiera forzado a estar de acuerdo en algo de lo que te arrepentirás más adelante.

—Eso no es...

—¡No, Gene! ¡Escúchame! No quiero que sientas que te convencí de que terminarías haciendo algo. Por eso quiero darte otra oportunidad. Para que lo pienses de verdad y decidas que quieres hacer.

—¿De qué hablas?

—Si dejas la carta en el umbilical, entonces tendrá lugar la Caza. Y nosotros también. Pero también tienes la posibilidad de no ponerla, y romperla en pedazos. Entonces los hepers vivirán. Tú decides. De verdad depende de ti, te lo digo en serio.

—Si la rompo, la Caza se retrasara. Quizá unos cuantos días, y puede que hasta una semana. Yo no duraré tanto. Me descubrirán mucho antes.

—Ya lo sé.

—¿Por qué haces esto?

—Porque puedo imaginarme cómo te puede consumir algo así —me contesta, con la voz flaqueándole—. No podría vivir sabiendo que yo tuve la culpa. Pero ahora la decisión está literalmente en tus manos. Tú eliges.

Me quedo mirando el sobre, cuadrado y grueso. Sacudo la cabeza. No puede decidirme.

—No hagas esto —le pido, pero ella aparta la mirada, se muerde el labio inferior y tiene un brillo húmedo en los ojos. Contemplo el Domo, las cabañas de barro en su interior, las puertas y ventanas aun cerradas. Pienso en los hepers allí dentro, durmiendo en sus camas, con el pecho arriba y abajo por la respiración, los ojos cerrados y la piel latiendo con el delicado pulso de la sangre.

El sol del amanecer se asoma por la cima de las montañas del este. Un tono naranja rosado irradia por las Vastas y llega hasta la parte superior del Domo; los rayos reflejados rebotan en el interior, y crean un resplandor por debajo del estanque.

El alba ya está aquí.

Ashley June no puede mirarme a los ojos. Los mueve de izquierda a derecha a la altura de mis hombros. Yo la observo fijamente, esperando que su mirada se pose en la mía. El naranja del amanecer provoca un incendio en su cabello caoba. Al final, su verde mirada, que destella con la intensidad de un diamante detrás de la pantalla de lágrimas, se encuentra con la mía.

Parece que eso es todo lo que necesito para terminar convenciéndome y cauterizándome. El cálido resplandor de la luz del amanecer, la chica más bonita que he conocido nunca, y la posibilidad de empezar con ella una vida con la que nunca me atreví a soñar.

—De acuerdo —digo en un susurro. Abro la puerta y dejo la carta en el umbilical.

Se cierra con un estrepito que indica lo irrevocable de la decisión.

Después nos vamos a toda prisa: no queremos que nos vea ningún heper madrugador. A pesar de las ganas que tenemos de estar juntos, decidimos que es mejor separarnos e irnos a nuestros respectivos cuartos. La orden del director de que durmiéramos separados, o mejor dicho, que nos despertáramos por separado, suena bastante amenazadora y, aunque no haya nadie levantado que se pueda dar cuenta, a estas alturas lo mejor es no arriesgarse llamando la atención de manera negativa. Además, necesitamos estar espabilados esta noche para cuando comience la Caza; dormir un poco nos ayudará, algo que no creo que consiguiéramos si nos quedáramos juntos.

—Estamos haciendo lo correcto —me asegura Ashley June en las puertas del exterior del Instituto.

—Sí. —Más que responderle a ella, lo digo para convencerme a mí mismo—. Lo sé.

—No hace falta que me acompañes hasta mi habitación. Puedo ir yo sola. Ya ha salido el sol, y no deberíamos abrir y cerrar estas puertas más de lo necesario.

—Vale.

—Te veré dentro de unas horas. Nos uniremos al resto de cazadores para el comienzo de la Caza. Para entonces la gente se empezara a dar cuenta de que el cierre falló y empezara la estampida en masa. Encontraremos un lugar donde escondernos.

—De acuerdo —digo frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Me pregunto donde están los cazadores. El personal ya nos tendría que haber comunicado donde empezara la Caza.

—No te preocupes, seguro que lo harán.

—Vale.

—Ah, si vienes a mi habitación y no estoy, búscame en el centro de control. No puede olvidarme de quitar el cierre. Además, quiero mirar por los monitores para encontrar el mejor lugar para escondernos durante la desbandada.

Nos fundimos en un largo y estrecho abrazo. Estamos cansados pero tenemos los corazones encendidos. Ashley abre un poco la puerta y desaparece. La puerta se cierra rápidamente en silencio.

Unos minutos después estoy de vuelta en la biblioteca. La puerta se cierra detrás de mí. En el interior impera la oscuridad, que lo satura todo; necesito tiempo para adaptar la vista. Camino lentamente hasta el centro. Hay tanta luz como si tuviera los ojos cerrados, hasta que veo un punto distante en la sección principal. Se trata del agujero de la persiana. Aun no hay rayo de luz, faltan unas horas para que el sol llegue a esa posición en ese lado de la biblioteca. Por ahora, es tan solo un tenue punto, como un ojo que me mira.

La fatiga se apodera de mí. Doy bandazos hasta un sofá que tengo cerca. No tardo mucho en quedarme dormido. Incluso en el momento en que me desplomo encima de

los almohadones y cierro los parpados como si fueran el telón de terciopelo de un teatro, ya estoy metido de cabeza en el sueño. Y, en ese último instante, antes de sucumbir por completo, surge un pensamiento como una esquirola: algo va mal. Pero ya es demasiado tarde, y duermo profundamente.

Me despierto con el corazón sobresaltado. Incluso antes de abrir los ojos, percibo que algo no anda bien. Tengo los músculos en tensión, y la espalda rígida. Abro los ojos poco a poco. Por un instante lo único que veo es un pegote de luz en el otro lado de la sala que se filtra por el agujero de la persiana con languidez pero solidificándose a cada segundo que pasa. E incluso cuando miro, empiezo a ver que se forma un rayo, anguloso y neblinoso, pero alargándose como el estigma de una flor. A juzgar por la intensidad y el ángulo, han pasado unas cuantas horas desde que me quedé dormido.

Y aun así, la sensación de que pasa algo impregna el aire con más fuerza que antes. Me levanto poco a poco, el miedo y la sed hacen que me crujan los huesos. La luz brumosa está llena de cráteres y astillas, como la cara fragmentada de la luna vista a través de las ramas desnudas de un bosque en invierno.

Empiezo a desplazarme hacia allí, con los brazos extendidos hacia delante y aún somnoliento a pesar del miedo.

Y entonces...

Unos largos mechones de cabello me rozan la cara, como una enfermiza caricia íntima. Se me escapa un grito involuntario. Es peor que pisar una telaraña; el pelo no desaparece con el contacto sino que se sigue arrastrando por mi cara, por las mejillas, a los lados de la nariz y se entrelaza con mis pestañas y mis cejas como dedos palpándome el rostro igual que un ciego leería en braille.

Me cuesta horrores no moverme sin control. Me agacho al suelo y miro arriba. Hay alguien durmiendo en las asas: Abs. Como una dramática catarata, su pelo negro cae, y su pálido rostro surge arriba como una luna enferma. El resto del cuerpo permanece escondido en las sombras del techo, lo que crea la ilusión de una cabeza decapitada.

Cierro los ojos, y cuento hasta diez, deseando que no se mueva. Me pongo a escuchar. No se oye nada excepto un vago chirrido de madera que llega desde la otra punta de la sala. Abro los ojos, y veo libros en el suelo, centenares de tomos que han sido lanzados de las estanterías, apilados como en una pendiente inclinada de nieve después de una avalancha.

Phys–Ed, dormido, se balancea boca abajo. Tiene las piernas replegadas en la estantería superior, y los zapatos encajados en un pequeño hueco que lo ayuda a sostenerse. Ha conciliado el sueño en esta estantería convertida en cuna.

Y no sólo él. A medida que entra más luz en la sala, veo a Crimson Lips, unas estanterías más al fondo, también colgando de una librería. Y a Gaunt–Man, con el cinturón enrollado alrededor de un conducto del aire. Frilly Dress está atada a la araña central; va rotando lentamente, y la lámpara está ladeada por el peso. Están todos los cazadores. Vinieron anoche. No estoy seguro de saber por qué.

Durante todo este rato he estado durmiendo en la boca del lobo.

Estudio el espacio mientras intento que no me dé un ataque de pánico. La sala está pasando del negro al gris en cuestión de segundos, la columna de luz concentrándose en un largo y afilado rayo. Entonces veo la pila con todo el equipo en el mostrador de préstamos: uniformes y cascos con cámaras de vídeo, una capa solar, zapatos, paquetes de lociones para bloquear el sol y jeringuillas llenas de adrenalina. Accesorios para la caza.

Están aquí por eso. Para dormir de día y estar lejos del Instituto cuando éste se cierre. La biblioteca es el punto de partida.

Pero claro, ¿cómo no se me había ocurrido antes?

El rayo se intensifica y se alarga; una horrible sensación de que está a punto de suceder lo inevitable me ahoga como una soga al cuello. Entonces, de golpe, caigo en la cuenta. Pienso en lo que ocurrirá a continuación.

Primero, los cazadores adormilados notarán una ligera quemadura, una irritación que se hará más intensa a medida que la luz les chamusque los párpados. Quizá ya estén notando los efectos, y sientan náuseas y quemaduras. Se despertarán y huirán de la luz con espuma en la boca. Correrán gritando y silbando hacia el otro extremo de la biblioteca.

Se quedarán allí, encogidos por culpa del molesto rayo. Se preguntarán, pues tendrán horas para conversar antes de que anochezca, acerca del joven cazador que se alojaba aquí, sobre cómo pudo sobrevivir. El participante que nunca se quejó de su habitación, ni de los problemas con la luz, y que, si lo piensas, siempre olía a heper.

Me han descubierto. Con este rayo de luz, que empieza a andar por el suelo, a moverse con sigilo hacia mí, anhelando tocar la pared del fondo. Me toca la punta de los zapatos, sube por el tobillo.

De todas las cosas que imaginé que podrían ser mi perdición, nunca habría pensado que terminaría siendo un agujero en una persiana. Siempre pensé que sería un estornudo o un bostezo o la tos. Algo que yo no pudiera controlar, una traición corporal.

Pero no un agujero, un círculo de luz; no algo tan simple, tan puro, algo incluso bonito. Es curioso cómo, al final, las cosas hermosas de la vida son las que te traicionan.

Tengo que salir de la biblioteca. Y rápido. Paso con cuidado al lado del cuerpo balanceante de Abs y atravieso la sala.

—Ah, aquí está.

Me doy la vuelta. El director me mira fijamente, colgado boca abajo, en mitad del pasillo.

—Antes le estuvimos buscando, pero no le pudimos encontrar. Ni a la chica encantadora. Teníamos que comunicarles que los cazadores debían reunirse aquí para la caza. De todos modos, parece que alguien pudo decírselo. Me alegro de que pudiera llegar antes del amanecer.

—Estábamos...

—No, no, no hace falta que me dé explicaciones. Creo que ambos hicieron un trabajo estupendo.

—Graci...

—Pero, por supuesto, esto sólo acaba de empezar. Se queda mirándome fijamente.

—Comprendo.

Hace una pausa y mira a su alrededor.

—¿Dejó la puerta abierta? Hay una luz horrible aquí dentro.

—No, yo...

—Está emocionado, ya lo veo.

—Bueno, claro que lo estoy. Al fin y al cabo, es la Caza. Empieza dentro de unas horas. ¿Cinco, seis? No sé qué hora es.

—Más bien cuatro. Parece que se aproxima una fuerte tormenta.

Oscurecerá más temprano de lo habitual. —Me mira—. No se entusiasme demasiado, y manténgase alerta.

—Lo sé, pero es difícil no emocionarse. La gente mataría por estar en mi lugar.

—¿Sí?

—Sí, supongo que sí.

—Bien —responde asintiendo con la cabeza—. Esa es la actitud que necesita. —Entonces mira a mi izquierda—. Tengo los FLUN aquí debajo. Pensé que sería mejor apartarlos de los otros.

—Claro. —Los maletines también están cerca. Al lado, el diario del científico.

—Antes no podía dormir y empecé a leer ese diario. —Me mira a los ojos—. Dígame, hay algo que no comprendo...

Justo en ese preciso instante, un aullido felino pulveriza el silencio. Se trata de Abs. De repente el rayo se ha agudizado con una violenta pureza, ha chocado contra su mano oscilante y le ha abierto un agujero en la palma. Después de sentir el olor a carne quemada, se produce una erupción de gritos y alaridos a pleno pulmón a medida que el resto se despierta. Abs tiene los ojos como platos por el dolor. Me doy la vuelta. El director, balanceándose, sigue observándome. Entonces mira a un lado, ve el rayo que se despliega recto y puro, y a mí justo delante, imperturbable. Aparte del miedo hay algo más en su mirada: una sospecha, la comprensión de lo que ocurre, una acusación.

Retrocedo y tropiezo con los FLUN; los envío a la otra punta. Vuelvo a mirar y el director ha desaparecido. Se oyen más gritos, los fuertes golpes de los cuerpos al caer, muebles apartados a un lado, los arañazos de uñas y garras por el suelo de madera. Y después llega el silencio.

Me quedo quieto, esperando oír algún ruido. Entonces oigo un largo y serpenteante aullido. Viene del ala este. Todos han huido hacia allí, lejos del rayo. Luego llega el sonido de los susurros: colectivos, intensos y acusadores. Después se

oye un gemido de un solo tono; no es producto del miedo, sino del ansia y el deseo. El resto se une con rapidez. El pánico se apodera de mi corazón hasta cuando empiezo a correr. Se están dando cuenta, y tengo que moverme.

Salto y me pongo en pie. Ahora el rayo está en su máximo apogeo, parece una cuerda tensa que llega hasta la pared del fondo. Algo viene hacia mí, como en un destello, saltando entre muebles y estanterías. No lo veo definido. Saltando a velocidad de vértigo, Abs se abalanza sobre mí.

Cierro los ojos. Estoy muerto.

Entonces estalla un horrible grito, seguido por el sonido de piel chamuscada. El rayo. Abs ha caído justo encima y le ha quemado gran parte del pecho. Está en el suelo, al otro lado del rayo, tapándose los ojos con el brazo y con la boca torcida en una horrible mueca de dolor.

Corro a toda prisa, a cuatro patas por el suelo. Tropiezo con una mesa que hay tirada y, al caer, con el rabillo de ojo veo el contorno difuso de los otros avanzando por el pasillo hacia mí, cubriéndose los ojos a una velocidad casi obscena. Sus chillidos me perforan los tímpanos como uñas afiladas.

Caigo al suelo y me golpeo la cabeza contra algo duro y metálico. Empieza a salir sangre, y de inmediato los gruñidos se elevan a la máxima potencia.

Extrañamente sincronizados, saltan hacia mí, con el brazo izquierdo se cubren la cara y con el derecho me señalan con las uñas. Al mismo tiempo, sus gruñidos se convierten en gritos cuando caen encima del rayo. Como si fueran uno solo, salen despedidos hacia atrás.

Un horrible olor fétido a carne podrida y piel quemada me golpea los sentidos. Pienso en moverme, pero me ciega la sangre que me cae por el ojo derecho desde la ceja. Me limpio con la manga y entonces veo que los cazadores se ponen en pie y, dirigidos por el deseo, se mueven precipitadamente. Es mi sangre. Se vuelven locos por su fuerte y fresco aroma.

Vuelven a mí, pero esta vez lo hacen de manera más inteligente. En lugar de intentar atravesar el rayo, escalan por las paredes y cruzan la sala por el techo.

Eso me hace apresurarme, la adrenalina se me dispara sin apenas darme cuenta. Un maletín de los FLUN. Con eso me he golpeado la cabeza. Y debajo, el diario del científico. Sin pensarlo, mi instinto hace que lo coja por el bramante, que parece la cola de una rata esquelética, y me lo meto debajo de la camisa. Noto el lomo en mi estómago. Entonces cojo el maletín y lo arrastro. Ahora me rodean la agitación, y los aullidos, de dolor y deseo. Corro hacia las puertas por el estrecho pasillo que lleva hasta el vestíbulo.

Pero entonces...

Uno de ellos, Phys-Ed, cae justo delante de mí, como una estalactita que se desprendiera del hielo negro. Un milisegundo después le doy un puñetazo y consigo pillarlo por sorpresa. Cuando intento sortearlo, me alcanza y me roza el hombro («¿Me ha cortado? ¿Me ha cortado?»), lo que hace que me ponga a dar vueltas.

Mientras giro se abalanza sobre mí. Las fuerzas me flaquean en los brazos, pero sigo agarrando el maletín, que de repente se abre y le golpea la cara a mi rival mientras el FLUN del interior vuela por los aires y va a parar al suelo.

El impacto le aturde de momento. Me lanzo a por el FLUN y apenas lo cojo cuando Phys–Ed me agarra por el tobillo y me empieza a arrastrar hacia él con una fuerza tal que casi podría arrancarme la pierna. Noto que sus uñas me perforan los vaqueros y me alcanzan la piel.

Entonces grito, casi sin darme cuenta de que le he quitado el seguro al FLUN.

El me estira en su dirección, tiene mi pierna a la altura de su cara, y empieza a abrir la boca mientras muestra los colmillos.

Aprieto el gatillo, y el rayo de luz me da en el pie. Pero es suficiente para que me suelte. Por un momento se acobarda, pero después se arroja sobre mí.

Esta vez le doy justo entre los ojos. Cae como si le hubieran dado un mazazo en la cara.

Detrás de él, el resto se aproxima hacia mí a la carrera.

Phys–Ed grita de dolor y se pone de pie con un salto. De la frente le sale un cremoso pus. Necesito ajustar el FLUN a la máxima potencia, pero ahora no tengo tiempo de andar trasteando con la configuración: en cuanto lo haga, se me echarán encima.

Crimson Lips, que grita como una hiena, vuela en mi dirección.

Disparo la última carga y le doy en el pecho; ella se lo agarra con firmeza al caer, aullando por el daño. Pero al cabo de un momento vuelve a estar en pie, con una horrible cara de dolor y deseo.

—¿Quién quiere más? —les grito—. ¿QUIÉN QUIERE MÁS?

Ellos paran en seco. Sus colmillos están conectados al suelo por una cascada de saliva. En su mirada hay una mezcla de incertidumbre y pura lujuria. Mueven la cabeza hacia delante y hacia atrás, bruscamente, y les rechinan los dientes.

—¿Quién quiere más? —Es pura fanfarronería. Acabo de disparar la tercera y última carga. Lo único que puedo hacer es engañarlos.

—¿Tú? —exclamo apuntando el FLUN a Gaunt–Man, que está a unos centímetros de mí—. ¡¿O mejor tú?! —berreo mientras agito la pistola hacia Frilly Dress. Estoy retrocediendo hacia las puertas principales.

Por cada paso que retrocedo, ellos avanzan unos diez metros. Su griterío se oye cada vez más. Cuesta descifrarlo. El deseo individual empieza a sobresalir por encima del miedo colectivo. Al frente, Phys–Ed está agazapado, preparado para saltar. No me van a dejar que me retire mucho más.

—¡Vosotros sois los animales! ¡Vosotros sois los hepers! —vocifero mientras me doy la vuelta y les tiro el FLUN descargado.

Como si formaran parte de un coro demente, gritan al unísono.

Al final, lo que me salva es lo mismo que amenaza con acabar conmigo: su deseo insaciable por mi sangre. Phys–Ed está a punto de saltar hacia mí, pero los demás lo

derriban. Avanzan en tromba y tropiezan con él. Eso me da una ventaja de dos segundos, que es todo lo que necesito.

Corro desesperado hacia la salida de emergencia; cincuenta metros después, cuando ya siento que me agarran por la espalda y me rozan la nuca con las uñas, salto y me agarro a la barra de la puerta. Nunca olvidaré la sensación del contacto con el frío metal. Con el impulso, la barra cede, la puerta se abre y una blancura cegadora me inunda. El pinchazo que siento en los ojos es de hermoso dolor.

Sus gritos, que antes estaban teñidos de deseo, ahora se han cargado de dolor y agonía. Oigo cómo se retiran a toda prisa.

Pero aún no he terminado con ellos. Ni siquiera voy por la mitad. Vuelvo a empujar la puerta, veo que huyen como ratas, y la mantengo abierta con el maletín. Entra luz suficiente a la biblioteca y las alas más distantes como para que no puedan dormir y se retuerzan de dolor durante el resto del día.

—¡Dulces sueños, animales! —grito a modo de despedida.

Pero entonces oigo por el vestíbulo una voz ronca y frágil por la rabia; parece un escupitajo rancio que quiere salir de la garganta. Gaunt–Man.

—¡¿Crees que puedes escapar?! —chilla desde la oscuridad del interior—. ¿Crees que nos has vencido, heper estúpido? ¿Te crees muy listo? ¡Mira, heper sudoroso y apestoso, sólo acabamos de empezar! ¡Será mejor que corras! ¿Me oyes? Porque en cuanto llegue el anochecer, todos saldremos en tropel por ti, a hacerte pedazos. ¿Me oyes? Viniste aquí por una caza, ¿no? ¡Pues bueno, eso es lo que vas a conseguir! ¿Lo pillas? ¡Vas a tener una caza!

En el edificio principal, la gente sigue durmiendo. Mis pasos resuenan por los oscuros y vacíos pasillos. Paso por la sala del banquete. Su interior parece una cueva de murciélagos. Colgados boca abajo de la araña principal, duermen montones de personas; sus sombrías siluetas se balancean como un mechón pútrido de pelo atascado en una tubería. En un lateral, pendiendo de los conductos del aire, hay un grupo de periodistas con las cámaras al cuello, casi tocando el suelo.

Ashley June no contesta cuando golpeo en su puerta. La abro. La habitación está vacía. Está arriba, en el centro de control, como me dijo, delante de los monitores que controlan la situación.

—Hola —saludo con cuidado al entrar, no la quiero sobresaltar. Los rayos torcidos del sol penetran inundando el espacio de claridad. Voy hacia ella.

—Hola. Se supone que tienes que estar durmiendo. —Da media vuelta—. Creo que he encontrado el sitio ideal para esconder...

—Ashley June.

—¿Qué ocurre? —Ve mi expresión. Sacudo la cabeza.

—Gene, ¿qué pasa?

—Lo siento.

Me mira con atención, estudiándome.

—Dime qué ocurre, Gene.

—Algo terrible.

Se sienta y me coge del brazo con la mano.

—¿Qué ha ocurrido?

—Todo ha terminado para mí.

—¿Qué quieres decir?

Se lo explico. Los cazadores en la biblioteca, el rayo de sol, y su descubrimiento. La alarma se extiende por su rostro.

—Todo ha terminado —repito—. Van a por mí. En cuanto se ponga el sol, me cazarán.

Se levanta y se distancia de mí unos pasos. Tiene los brazos rígidos a los costados, y la cabeza en dirección al suelo. Está pensando.

—Tenemos los FLUN. Podemos volver a la biblioteca y cogerlos.

—Ashley...

—No, escucha, podemos hacerlo. Nadie más lo sabe, sólo los cazadores que hay en la biblioteca.

—Ash...

—Si los sacamos, no se enterará nadie, y tu secreto estará a salvo.

—Es una misión suicida...

—Tenemos los FLUN...

—Sólo queda uno. Usé el otro. Y está enterrado en algún lugar de la biblioteca, no sé dónde. Ellos son más que nosotros, son muy rápidos, tienen mucha fuerza, garras y colmillos...

—Entonces lo encontraremos, lo pondremos a la máxima potencia, es letal...

—¡No lo encontraremos!

—Podemos...

—Ash...

—¿Qué? ¿Qué quieres que diga? ¿Qué otra opción tenemos? —Empieza a sollozar desconsoladamente.

Voy hasta ella y la cojo entre mis brazos. Tiene el cuerpo frío. Está temblando.

—Tenemos que intentarlo. Tenemos que seguir buscando respuestas —me anima.

—Todo ha terminado. Lo hemos hecho lo mejor posible, pero ya no podemos hacer nada más.

Se separa llorando. Cierra los puños, y las manos se le ponen más blancas. Entonces su respiración se acompasa y su cuerpo alcanza una perfecta quietud. La calma de una persona que ha tomado una decisión.

—Podemos hacer nuestras vidas en el Domo —explica en voz baja, aún mirando por la ventana, de espaldas a mí.

—¿Cómo?

—El Domo. Sobreviviremos como lo han hecho los hepers durante años.

—Pero ¿qué dices? No me lo puedo creer...

—Funcionará. Siempre está en piloto automático. Sale al anochecer y baja al alba.

Nos protegerá siempre.

Me quedo mirando su espalda. Ya no puedo más, viéndola por detrás. Voy hasta donde está, la cojo del brazo y le doy la vuelta.

Su cara traiciona la serenidad de su voz. Las lágrimas le caen por las mejillas.

—Ashley...

—Es la única opción para nosotros. —Me mira a los ojos—. Y tú lo sabes, ¿verdad?

«Nosotros.» La palabra resuena en mis oídos.

—No dejaré que... Es a mí a quien quieren ahora —le explico—. Tú puedes seguir con tu vida.

—¡La detesto! Más que tú.

—No, se te da bien. Te he visto, podrías continuar...

—¡No! La odio con todas mis fuerzas. Jamás podría volver a eso yo sola. Fingir, ocultar el deseo. —Sus ojos adoptan una emoción que al principio creo que es enfado. Pero luego dice—: Tú me lo has provocado, Gene. Y ahora no puedo volver; sola, no; sin ti, no. —Inspira—. El Domo. Ahora es la única manera de que podamos estar juntos.

—El Domo es una cárcel. Al menos, aquí serás libre.

—Aquí soy prisionera en mi propio cuerpo. Los deseos contenidos, las sonrisas reprimidas, las rascaduras falsas, los colmillos... Todo eso compone los barrotes de una cárcel más profunda.

Las ideas bullen en mi cabeza, como en una espiral destinada al fracaso.

Pero sus ojos hacen que todo vaya más lento, me anclan. Entonces voy hacia ella, incapaz de hacer otra cosa, y tomo su cara entre mis manos; le acaricio las mejillas, recorro su mandíbula con los dedos, los pómulos, le froto el lunar, mojado por las lágrimas.

—Vale —concedo, sonriendo a pesar de la situación—. Vale, hagámoslo.

Ella me sonrío también y, al cerrar los ojos, salen más lágrimas. Ella me atrae hacia sí y me abraza con fuerza.

De repente llega del exterior un fuerte grito penetrante. Nos miramos. Entonces oímos otro alarido, impregnado de dolor y agonía. Silencio. Después llega otro abrumador. Corremos a la ventana.

Alguien ha conseguido salir de la biblioteca. Phys—Ed. Por encima de la cabeza sujeta una capa solar, pero ésta no está concebida para emplearse a plena luz del día, así que el impacto del sol es inmediato y devastador. El cazador se tambalea, vuelve a ponerse en pie, y las piernas le empujan con propulsión esponjosa. A medida que se acerca, veo que su piel, que brilla con una palidez casi radiactiva, empieza a supurar bajo el fuerte sol, y el pus le sale de las órbitas de los ojos. No para de gritar incluso cuando sus cuerdas vocales empiezan a desintegrarse. Aunque la capa solar no es perfecta, de algo sirve, pues va a conseguir llegar al edificio principal. Una vez allí, podrá alertar a los otros sobre mí, y decirles que soy un heper infiltrado, un heper en

este edificio.

Ashley June analiza la situación con una precisión escalofriante.

—Ya no nos queda tiempo hasta el anochecer.

Incrédulos, vemos cómo Phys–Ed abre las puertas principales y logra entrar. Ya está dentro.

Sacudo la cabeza sin poder creérmelo.

—Deberías irte. Sólo saben lo mío. No deben verte conmigo. Eso te implicaría, serías culpable por asociación.

—Me quedo contigo, Gene.

—No. Intentaré escapar al exterior. Puedo conseguirlo si me doy prisa. Tú ven cuando puedas. Si no es hoy, hazlo mañana. Nos encontraremos en el Domo. Mientras no sospechen de ti, todo irá bien. Sólo van a por mí.

Un aullido horrible se propaga por el pasillo, un chillido que retumba por todo el edificio. Los ruidos rebotan por las paredes. Se oyen golpes a lo lejos. Otro aullido, no tan estridente pero con más angustia.

De golpe ella se paraliza. Veo que se da cuenta de algo que la deja estupefacta. Se queda rígida del terror.

—¿Qué pasa?

Ashley June se separa de mí. Cuando habla, la voz le tiembla. No puede mirarme.

—Gene, vete atrás. Mira por los monitores de vigilancia para ver qué pasa.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Me quedaré aquí —responde con un tono extraño en la voz y mirada esquiva.

Me dirijo a las pantallas con curiosidad por saber qué está pasando alrededor del Instituto. Al principio, se ve poco movimiento. Los invitados siguen durmiendo. Todo se ve gris y tranquilo. Pero entonces un monitor de un rincón me llama la atención. En el vestíbulo, Phys–Ed se retuerce en el suelo mientras pedalea con las piernas en el aire. Tiene la boca abierta, como en un bostezo silencioso. Pero sé perfectamente que no se trata ni de un bostezo ni es silencioso. Es un grito espeluznante. En el monitor de la sala del banquete, la gente, aún colgando de la araña, empieza a despertarse. La lámpara empieza a temblar. En los otros monitores se ve que los que cuelgan de los conductos del aire empiezan a abrir los ojos.

—¡Debo irme ya! —le grito a Ashley June mientras me preparo para salir corriendo.

Pero ella ya no está.

No sé qué pensar de su desaparición repentina. «Me ha oído», pienso, pero de alguna manera no tiene pinta de ser verdad. Pasa algo más.

Abro la puerta y salgo del centro de control. El pasillo está vacío.

Grito su nombre a pleno pulmón. Ya no me importa que los demás me oigan. La única respuesta que obtengo es el sonido del eco que vuelve hacia mí. No tengo ni un segundo que perder. Corro a toda velocidad por el pasillo, y doblo por el siguiente. Después de haber estado en la claridad, el pasillo está negro como el carbón. Si

consigo alcanzar a Phys–Ed antes que nadie, podré quitármelo de en medio. En los sentidos literal y figurado. Eso lo mantendría callado y me daría tiempo; por lo menos, hasta el anochecer.

De repente comprendo que es precisamente ahí adonde se ha dirigido Ashley June. Al vestíbulo, a eliminar a Phys–Ed. Sabe que yo nunca habría dejado que se fuera.

Con una mezcla de frustración y ternura, corro a toda prisa por el segundo pasillo y luego empujo las puertas de la salida de emergencia que llevan a la escalera. Desde allí, miro por el oscuro agujero y oigo los gritos y alaridos. Los pasos fuertes de las botas, el rebote precipitado de los pies desnudos chocando contra las paredes y la escalera. Se abren y cierran puertas. Los sonidos me llegan flotando de manera indiscriminada, como ecos que rebotan desde lejos.

Ya es demasiado tarde.

Ya lo saben. Ahora ya lo saben todos.

Entonces, como un cañonazo, parece como si las puertas explotaran al abrirse unos pisos más abajo. El rebote histérico de los pies al subir la escalera de cromo, el sonido de las uñas por el pasamanos. Subiendo. Hacia mí. Como un enjambre de avispas, el zumbido colectivo vuela en mi dirección. Entonces sube un berrido primario por el hueco de la escalera. Me han olido. Vienen a por mí.

Doy media vuelta y empiezo a correr. Hago el camino de regreso hasta el centro de control. Raudos y veloces, sus gritos rebotan por las paredes. Sólo dos pasillos más, sólo dos.

Me encuentro al final del primero, a punto de girar para tomar el segundo cuando oigo abrirse las puertas de la escalera. «Más rápido, más rápido.»

Tengo en la mano el pomo de la puerta del centro de control. Lo giro. Se me resbala. Lo cojo con las dos manos y lo estrujo como un torno de banco. La puerta se abre y me meto por el agujero. Lo cierro en seguida.

Se oye el portazo. Un segundo después, un estruendo enorme aporrea la puerta desde el otro lado. Se trata de una carrera por llegar al pomo. Salto y pulso el botón de cierre. Al momento, el tirador gira en mi mano pero luego se detiene por el cierre. Estalla un aullido terrible. Después, un retumbo. Están arremetiendo contra la puerta.

Retrocedo hasta el fondo del centro de control. La puerta no aguantará mucho más. A lo sumo, unos diez golpes. La reventarán y se dará paso a la piel del color de alabastro, los colmillos relucientes y los ojos salidos de deseo de los dementes. La luz del sol no bastará para detenerlos. De buen grado soportarán las llagas en la piel y la ceguera temporal con tal de conseguir una gotita de sangre heper.

Los monitores de vídeo, que hace tan sólo unos momentos apenas mostraban movimiento, se han convertido ahora en un despliegue vertiginoso de acción. En todas las pantallas se ve a la gente saltar por los pasillos, en camisón y pijama, con los ojos encendidos. Todos lo saben. Que estoy arriba, en el centro de control.

¡Bum! Los golpes se oyen cada vez más: hay más gente, y son más fuertes. Del

otro lado me llega el sonido de los arañazos, los aullidos y los gritos. Y también de los jadeos, la risa de los locos.

Cojo una silla metálica de oficina y la lanzo contra la ventana. Rebota inútilmente como una pelota de ping-pong. Me doy la vuelta mientras busco otra salida. No la hay.

Ahora todos los monitores muestran borrosamente la energía del despertar de la bestia colectiva. Todos menos uno: el del extremo de la derecha en la tercera fila. Hay algo que atrae mi atención, no por el movimiento sino por la quietud. Una figura solitaria de pie, ligeramente encorvada, que escribe algo.

Es Ashley June. Me invaden el alivio y una extraña sensación de orgullo: ha conseguido escaparse. A juzgar por las ollas y sartenes que cuelgan detrás, debe de estar en la cocina. Entonces veo que de repente levanta la cabeza como si hubiera oído algo. Yo también lo oigo. Un chillido horripilante que vibra por las paredes del edificio. Hace una pausa, vuelve a poner el bolígrafo sobre el papel y empieza a escribir. De golpe se detiene y mira arriba con la boca abierta.

Se ha dado cuenta de algo. Se le ha encendido la bombilla.

Vuelve a inclinarse sobre el papel, y veo su mano borrosa escribir con furia. Los gritos y gemidos se suceden por todo el edificio.

Entonces se detiene, y traza una mueca de indecisión. Sacude la cabeza, tira el bolígrafo enfadada y dobla el trozo de papel. Corre a una abertura que hay en la pared y lo coloca dentro. ¿El horno? Entonces da un puñetazo a un gran botón, que se enciende iluminándole la cara. Las lágrimas le caen por las mejillas. Eleva la cabeza y una expresión de terror se propaga por su cara. Lo puede oír. El aullido de deseo de arriba, que viene hacia mí.

¡BUM! Éste es el golpe más fuerte y abolla la puerta. Han partido la bisagra superior como cuando un hueso roto rasga la piel. No aguantará más de un par de golpes.

Decido que así es como moriré. Sin mirar a la puerta mientras cede, con la vista fija en la imagen de Ashley June en el monitor. Que sea eso lo último que vea. Que mi muerte sea rápida. Que ella sea lo último en lo que piense.

De repente veo que hace algo extraño. Agarra un cuchillo que tiene una larga hoja espiral. Lo coloca en la palma de la mano izquierda y, antes de que yo pueda comprender por qué, lo aprieta.

Abre la boca y grita del dolor.

Entonces comprendo. Y chillo: «¡Ashley June!».

En el monitor, ella suelta el cuchillo y sale corriendo.

¡BUM! La puerta se abolla hacia dentro pero resiste. Mínimamente. Sólo podría aguantar un golpe más. Entonces, de repente, un lamento febril explota en el otro lado. Oigo los arañazos en el suelo, las paredes y el techo. Se alejan de la puerta. Después, el silencio. Se han ido todos.

Miro al monitor y veo a Ashley June volando escaleras abajo, con la melena

detrás. Salta de un rellano al otro; apenas toca el suelo, ya salta al siguiente tramo. Va al piso inferior, a «La presentación».

En los otros monitores veo hordas de gente bajar la escalera en una estampida sincronizada. Por la sangre y la carne de una heper virgen.

Se mueven en perfecta coordinación, sin hablar pero feroces; la velocidad borrosa es increíble en las pantallas. La fuerza de la gravedad aún les confiere más celeridad al bajar por la escalera. Como la lluvia negra.

Con expresión de pánico, Ashley June se apresura. Cada vez que toca con los pies en el suelo, con la mano izquierda agarra la baranda, gira rápidamente alrededor y salta al siguiente rellano.

La lluvia negra sigue cayendo y acercándose a ella.

Al final llega al piso de abajo. Tiene la cara roja, está sudando y se le ha formado un círculo alrededor del cuello. Tiene mechones de pelo pegados a la cara por el sudor. Se ha quedado casi sin respiración, vuela hacia las puertas que llevan a «La presentación».

Ellos caen detrás, como una viscosa cascada negra, salpicando las paredes y el suelo. Van directos al objetivo.

Ashley June consigue colarse por el pequeño agujero que hay entre las puertas, milagrosamente abiertas. Acto seguido, una docena de ellos saltan justo en el mismo sitio. Sin embargo, la masa los atasca e impide que puedan deslizarse entre las puertas. Ella tiene tiempo, quizá unos segundos más de vida.

Cambio a otro monitor. Ahora veo lo que ha estado planeando todo este tiempo. Se dirige a la cámara donde vivía el viejo heper. Pasa corriendo un poste, las manchas oscuras en el suelo, y llega hasta la puerta en forma de boca de alcantarilla de la cámara, que está abierta. Tres personas, dos hombres y una mujer, han conseguido colarse; están completamente desnudos, pues a lo largo de la persecución se han ido quitando la ropa y están cada vez más cerca de ella. Tienen las bocas completamente abiertas porque están gritando; no oigo nada a través del monitor, pero a Ashley June debe de destrozarle los oídos. Con unos metros de ventaja, corre hasta la abertura. Coge la barra con el brazo mientras se cuelga dentro, y cierra con un golpe sordo que levanta una polvareda. Los tres se quedan fuera, hacen un círculo, tensan los músculos y, con los dedos, tantean los bordes de la tapa intentando abrirla.

Horrorizado, veo que empiezan a levantarla. Ella aún no ha podido poner los cierres. La puerta de acero se levanta lo suficiente como para poder pasar los dedos por debajo. Pero, de pronto, irrumpe un montón de cuerpos, que aporrean a los tres primeros. Hay figuras desnudas por todas partes, codos que buscan hacerse un hueco, brazos luchando al azar en el aire. La tapa vuelve a su sitio. Sigue sin moverse, incluso con decenas de manos agarrando los bordes. Ashley June ha colocado los cierres.

«¡Corre! —me grita una voz en mi cabeza. Es mi propia voz, que me da órdenes—. ¡Corre!»

Sin embargo, tengo los pies pegados al suelo; no puedo apartar la vista de los monitores. Necesito estar seguro de que ella está bien.

«Está bien —me repite mi voz—. Está encerrada, no hay manera de que puedan llegar a ella. Todo el mundo lo sabe.»

O no tardarán en saberlo. Entenderán que no pueden acceder a la heper virgen. Entonces recordarán algo más, de repente: al heper virgen que sigue en el centro de control. Y que éste a diferencia de su compañera, está muy a mano.

«¡Corre, Gene! —Esta vez no se trata de mi voz, sino de la de Ashley June—. ¡Corre! ¡Ésta es tu oportunidad de escapar!»

Por eso se ha cortado la palma de la mano y ha hecho que la siguieran hasta «La presentación». Para ofrecerme una mínima posibilidad de huir al exterior.

«¡Corre, Gene!» Y le hago caso.

En los pasillos reina, de momento, un silencio sobrecogedor. En el hueco de la escalera sólo se oye un leve murmullo, un remanso de silbidos. Tengo que bajar cuatro pisos, en su dirección, para llegar a la planta baja y salir.

Pongo el pie en el primer escalón... y es como si sin querer hubiera apretado un botón. Acto seguido, se oye un rugido; un bramido de rabia, frustración, descubrimiento y deseo. Y después, una colección de sonidos: uñas, dientes, silbidos y desgarros que retumban por las paredes y la escalera. Hacia mí.

Apenas han pasado unos segundos, y ya vienen.

Salto al siguiente rellano, hacia ellos, y el impacto envía una reverberación que me golpea las piernas y la columna. Parecía más fácil cuando se lo vi hacer a Ashley June. Agarro la barandilla con la mano izquierda e, imitándola, giro alrededor y salto al siguiente descansillo, con el cuerpo aún sacudido.

Los rugidos que vienen de abajo se hacen más intensos. Es mi miedo, que se propaga en olas, y que ellos huelen. Me arrojo al siguiente rellano, sólo uno más, mientras ellos vienen a la carrera hacia mí. El impacto es como un golpe bajo para el hígado. Las piernas me fallan, pero me protegen el diafragma. Me doblo de dolor. Veo colores: amarillo, rojo y negro.

Me levanto, apretando los dientes, y me lanzo al siguiente rellano, el de la planta baja. Miro por el agujero antes de aterrizar, y veo manos con uñas largas en la barandilla, un torbellino de cuerpos destellando por la escalera con los ojos resplandecientes por la oscuridad. Un aceite negro que se desparrama en mi dirección.

Cruzo las puertas a mi izquierda, consigo que las piernas me respondan. Doblo a la derecha dos veces, luego a la izquierda y después encontraré el vestíbulo. Estoy a veinte segundos.

Ellos, a cinco o diez.

Con ácido láctico en las piernas, me esfuerzo por llegar a la salida, haciendo caso omiso de la certeza matemática de mi propio fracaso. Esa es la expresión exacta que se me mete en la cabeza: «La certeza matemática de mi propio fracaso».

Giro a la derecha, sabiendo que me quedan, como mucho, dos segundos de vida.

Corro por el pasillo; ya no queda nada de mi forma, tan sólo una muñeca de trapo impulsada por el miedo que mueve los brazos sin control.

Cinco segundos más tarde, al desembocar en el vestíbulo, sigo vivo. Casi no me lo puedo creer.

Deben de haber pasado la planta baja pensando que yo seguía arriba, en el centro de control. Estoy a salvo. Lo voy a conseguir...

De repente se oye un zambombazo. Han entrado de súbito, y ya corren por los pasillos hacia mí, a la velocidad del rayo, ahora motivados por el pánico de poder perderme con el sol del exterior. Un mar negro, una marea de ácido negro que se acerca.

Hundo los pies en la regia alfombra turca del vestíbulo. Giro a la izquierda. Allí. Las puertas principales de doble panel, finamente bordeadas por la luz del día en el exterior. Veinte metros para la libertad. Despego en esa dirección, la energía que me quedaba ha desaparecido hace rato, pero, de algún modo, cojo velocidad.

Por detrás me siguen las voces perturbadas y los arañazos, que resbalan y rebotan, en el mármol.

Sólo diez metros. Extiendo los brazos para llegar al mango de la puerta. Algo me sujeta por el tobillo.

Se trata de una sustancia caliente y pegajosa, pero con la suficiente solidez para agarrarme y tirarme al suelo.

Caigo con un golpe sordo, y el aire sale como si hubieran aplastado una gaita.

Phys-Ed, o la esponjosa pegajosidad que queda de él, por lo menos, me sujeta del tobillo y me arrastra hacia sí. El pus amarillo le cae por la cara de pizza. Hace ademán de silbar con la boca, a la que le faltan dientes (veo que se le han caído y los tiene desparramados por el pecho o el suelo), pero lo que le acaba saliendo es un embrollo chapucero de quejidos.

Le doy una patada con el pie pero él me agarra más fuerte.

—¡Grrr! —le grito—. ¡GRRRR!

Lo golpeo con el otro pie; aunque no consigo darle en la mano sí en la cara. Me hundo en la masa pegajosa y se me revuelve el estómago; noto su ojo contra mi planta antes de llegar al hueso. O lo que queda de él. Más que explotar, es como si su cabeza se le fuera pelando por el cuello.

No tengo tiempo que perder. Estoy de pie, con la mano sobre el mango de la puerta y empujando para abrir. La claridad es cegadora, pero no me detengo. Y menos, con los aullidos de rabia y frustración detrás. Corro con los ojos entornados, apenas puedo ver, golpeo la arena fuertemente con los pies en un intento de aumentar la distancia entre la salida y yo. No me detengo, ni siquiera cuando ya estoy lo suficientemente lejos, sigo corriendo y gritando «¡Grrr, grrr!» sin saber si es de rabia, victoria, amor o miedo. Continúo chillando hasta que prorrumpo en sollozos; ya no corro, sino que estoy tendido boca abajo en el suelo, agotado. Cojo arena con las

manos y la suelto; la tengo por todas partes: en los puños, en las fosas nasales, en la boca, y en la garganta. Los únicos sonidos que oigo son mi respiración entrecortada y mis ásperos sollozos; mis lágrimas, bañadas por la maravillosa y dolorosa luz del día, caen al suelo.

Mientras me recupero y me encamino al Domo, me he quedado sin energía, emociones o pensamientos. De la paliza que les he dado en la escalera, mis huesos aún tintinean. Me examino los tobillos: no están hinchados y, lo que aún es más importante, no tienen cortes ni rasguños en la zona por donde me han agarrado.

Reina el silencio. Ni siquiera se oye soplar el viento. Doy un gran rodeo a la biblioteca. No es que esté demasiado preocupado por si sale un cazador, sobre todo porque no hay capas solares, pero no quiero correr riesgos. Me parece oír un silbido, húmedo y lujurioso, en el interior. No obstante, a medida que me aproximo al Domo, ese silbido se desvanece.

Mientras tanto, todo está tranquilo en la aldea heper.

—¡Eh! Silencio.

—¡Eh!

Entro en una cabaña de barro. Está vacía, como suponía. La siguiente, también. Las motas de polvo flotan entre los rayos de luz.

Todos los sitios a los que voy están igual. Vacíos. No se ve ni un heper. Ni en el huerto ni bajo los manzanos ni en el campo de entrenamiento ni en ninguna de las cabañas.

Se han ido. Por lo que entiendo, lo hicieron a toda prisa. Dejaron el desayuno a medias: hay rebanadas de pan mordisqueadas, y vasos de leche medio llenos. Examino las llanuras por si distingo algún punto moviéndose, o una nube de polvo. No se les puede ver por ninguna parte.

El estanque me ofrece el alivio que busco: agua. Además de espacio, luz del sol y silencio. Bebo un gran trago y luego me tumbo, con la pierna y el brazo derechos sumergidos en el agua fresca. Dentro de unas cuatro horas, las paredes del Domo subirán, sin sus ocupantes anteriores. Los sustituirá uno nuevo; no, un ocupante no: un prisionero. Porque eso es lo que me va a parecer cuando esté solo entre estas paredes de cristal. Encarcelado, como Ashley June entre las paredes del pozo, en los bajos y oscuros recovecos de la tierra.

¿Cuánto tiempo puede durar allá abajo? Dijeron que el heper viejo había almacenado comida y agua suficientes para aguantar unos tres o cuatro meses. Pero ¿cuánto tiempo podría durar, sola en el frío y la oscuridad, antes de perder toda esperanza? ¿Cuánto se puede resistir antes de volverse loco, sometido al constante golpeteo de una puerta?

Y ¿por qué lo ha hecho?

Conozco la respuesta. Es obvia, pero no la comprendo.

Ha sido por mí. En cuanto ha visto al hombre con la capa solar entrando en el edificio principal, ha sabido que yo sería hombre muerto en cuestión de minutos. Ha

hecho lo único que podía salvarme.

Paso la mano por encima de la gravilla, dejando que se me clave en la palma. Me muerdo el labio inferior, incapaz de quitarme de la cabeza que se me escapa algo realmente importante. La imborrable sensación de que estoy holgazaneando cuando tendría que estar dándome prisa. Debería hacer algo, pero ¿qué? Doy una palmada de frustración, y dejo que el agua me salpique la cara y el cuerpo.

Me siento. ¿De qué me olvido? Vuelvo a visualizar las últimas imágenes de Ashley June en orden inverso: saltando al pozo, corriendo a «La presentación», bajando la escalera, escribiendo una carta en la cocina, tirándola en un horno...

De golpe doy un salto.

No se trataba de un horno. Era el umbilical.

Me pongo en pie y corro hacia allí. Incluso a metros de distancia, veo la luz verde que parpadea por encima de la puerta. Llego al cabo de segundos. Tiro para abrir.

Ahí está. En la esquina hay un pequeño trozo de papel doblado.

Al abrirlo, se arruga un poco entre mis dedos. Es una breve carta, escrita a toda prisa o, mejor dicho, frenéticamente.

Gene,

Si lees esto, es que lo has conseguido. No te enfades conmigo. Ni contigo. Era la única manera.

No me va a pasar nada. Me has dado algo de lo que poder acordarme. Da igual lo oscuro que esté o lo sola que me encuentre ahí abajo, siempre tendré los recuerdos que compartimos. Esas horas en las que aún tenemos tiempo. Haz que los hepers regresen. Cuando regreses, mientras todos vayan hacia ellos, aprovecha para venir a buscarme. Estoy en la prese. T espero.

Sé rápido, establ

No olvides nunca

Así termina la carta, al parecer a media frase. Hacia el final tuvo que apresurarse y, presa del pánico, escribir rápido sacrificando la gramática.

La leo una y otra vez hasta que las palabras se me graban en la memoria, hasta que caigo en la cuenta de cuán imposible es lo que me pide.

«Haz que los hepers regresen.» Con la voz de Ashley June, esas palabras me hablan con una autenticidad fascinante. Oigo el susurro y el apremio en las inflexiones de su voz. Pero yo ya no puedo hacer nada, y ella tiene que saberlo. No puedo hacer que regresen. Los hepers se han ido, y no tengo ni idea de dónde están. Tampoco puedo salir a explorar las Vastas al azar, esperando tropezarme con ellos. Eso equivaldría a meter la mano en la arena del desierto con la esperanza de encontrar una moneda perdida hace tiempo. Entonces, cuando llegue la noche y siga allí, será el fin. Me olerán y me atraparán, como al resto de hepers.

Abro los ojos y dejo que penetre el sol, esperando que la luz borre sus palabras de mi mente. Voy hacia el campo de entrenamiento, en busca de algo con lo que poder desahogarme: una flecha para partir o una lanza que tirar a una cabaña. Pero no encuentro nada. Doy patadas a las rocas, lanzo piedras a las Vastas lo más lejos posible. Durante todo el tiempo, me corroe el sentimiento de que paso algo por alto, que no estoy leyendo bien la carta.

«Haz que los hepers regresen.»

Hago caso omiso de esas palabras, y cojo más piedras. Iré hasta el manzano a ver si...

«Haz que los hepers regresen.»

—¿Cómo se supone que debo hacerlo?! —grito al aire—. ¡Si ni siquiera sé dónde están!

«Sé rápido, estable.»

Hago una bola con el papel y lo tiro lo más lejos que puedo.

«Sé rápido, estable.» Sigo oyendo su voz en mi cabeza.

Después de unos instantes, recojo el papel que he tirado por mi teatralidad.

Ahora está más arrugado que un parabrisas roto; las palabras y las frases cuelgan como insectos de una telaraña. Hay una arruga que va de arriba abajo, justo entre «Sé rápido» y «establ».

De repente se me enciende la bombilla y lo entiendo.

Sé rápido, establ

Sé rápido, establ

Sé establ establ

El establo forma parte del ala sur del Instituto. Estoy delante de las puertas de cromo reforzadas y me pongo a escuchar con atención. Silencio. No hay gruñidos, gimoteos ni silbidos.

Preso de la indecisión, tamborileo con los dedos en la pierna. Alcanzo el mango de la puerta y tiro. No cede. Está firmemente cerrada.

Entonces oigo un caballo relinchar. Lo extraño es que el sonido procede del exterior. Me doy la vuelta. Hay un cupé aparcado con el caballo árabe de color azabache aún atado al carruaje. Lo más seguro es que pertenezca a algún invitado que llegó tarde, cuando los empleados ya se habían retirado, y corrió a los festejos dejando el regalo perfecto.

Sé perfectamente que no debo asustarlo acercándome por detrás. Me aproximo en diagonal, dando fuertes pisadas en el suelo. Levanta la cabeza de inmediato, y orienta el hocico en mi dirección.

—Vamos, chico, tranquilo —le digo con el tono más apaciguador que encuentro.

Nervioso, deja ir un bufido y dispara un chorro de saliva. Tiene las fosas nasales grandes y húmedas, casi como si pestañeara de sorpresa. «¿Un heper?», parece estar preguntándose.

Eso es bueno. Un caballo entrenado para identificar hepers. Justo lo que buscaba.

Alargo la mano para que la huela. Me roza los dedos con los cortos bigotes. Le acaricio el cuello, no demasiado suave como si le estuviera haciendo cosquillas pero sí de manera lo bastante firme como para que sea un toque reconfortante y seguro. Le han cepillado bien; con la cola en alto, el cuello arqueado y unos musculosos cuartos traseros, se trata claramente de un ejemplar de buena raza. Además, lo más seguro es que esté bien entrenado.

Aunque al principio está inquieto, no tarda en calmarse. Cuando noto que está listo, suelto la rienda del poste y me lo llevo. Se le oye cabalgar ruidosamente por la gravilla, pero no es que me importe demasiado. Nadie saldrá corriendo a plena luz del día para ir a mi encuentro.

—Buen chico. Eres bueno, ¿verdad? —Se vuelve para mirarme con ojos grandes e inteligentes.

El carruaje también es de primera; con las ruedas bien lubricadas, circula suavemente y sin hacer ruido. El animal resopla, quejándose. Pensaba que lo iba a llevar al establo para que descansara.

—Aún no, bonito. Hoy tenemos que correr un poco.

Vuelve a resoplar como señal de protesta. Sin embargo, se relaja cuando le acaricio el hocico. Lo empujo hacia delante y me sigue, con sólo un poco de impulso. Es un buen caballo. He tenido suerte.

Me monto en el carruaje, dejo a mi lado el diario del científico y tomo las riendas en el asiento del conductor. Seguramente tendría que comer algo antes de que partamos, pero su comida debe de estar dentro del establo. No me puedo arriesgar. Ni perder el tiempo.

—¡Arre! —exclamo, sacudiendo las riendas. El caballo no se mueve.

—¡Arre! ¡ARRE! —grito más fuerte. Se queda inmóvil, sin sorprenderse.

No estoy seguro de qué debo hacer. He montado a caballo, pero nunca he conducido ningún carruaje.

—Por favor —le suplico—, vamos.

Entonces da un relincho y empieza a trotar. Con la cabeza en alto, seguro y orgulloso. Hasta podría llegar a quererlo.

Paro en el Domo para que él pueda beber agua del estanque y yo vaya a buscar algo de ropa de los hepers en las cabañas. Cuando vuelvo, sigue bebiendo; tiene el hocico medio sumergido en el agua. Levanta la cabeza y, en señal de agradecimiento, hace un bufido. Como me parece que está por la labor de cooperar, le acerco la ropa al hocico. Parece que lo comprende; lo aprieta contra las camisas y los pantalones, uno por uno, olfateando en profundidad hasta que está seguro de reconocer el olor. Hace una pausa y vuelve a la carga, salpicando un vaho de agua y moco. Entonces, como si fuera un viejo sabio, contempla con mirada triste el horizonte. Pestañea dos veces y emprende la marcha sin tener que hacerle más señas. Casi ni me espera a que suba al carruaje. Me agarro de la barandilla, me aúpo y me sitúo en el pescante.

«Haz que los hepers regresen.»

Las palabras que escribió Ashley June me vuelven a la mente. «Lo estoy intentando —me gustaría poder decirle—. Lo más rápido posible.» Querría contarle muchas cosas. Que estoy vivo. Que su sacrificio no ha sido en vano. Que tengo su carta. Y que me esfuerzo al máximo por salvarla. Quiero enviarle mis pensamientos, a través de la extensión de tierra que nos separa, a través del cemento, el metal y las puertas hasta llegar a su mente.

«Sé rápido.»

«No sé —quiero decirle—. No sé si hay tiempo. No sé si encontraré a los hepers o podré convencerles para que vuelvan conmigo. No sé si se darán cuenta de que tan sólo los quiero engañar. Que quiero utilizarlos como anzuelo, hacerles regresar a la boca del lobo, donde estarán tan tentadoramente cerca de ellos que nadie (cazadores, invitados, personal, mozos de cuadra, centinelas, escoltas, cocineros, sastres, ni periodistas) será capaz de resistirse. Sin duda no lo harán una vez empiece a fluir y a filtrarse por el suelo la sangre heper, con el olor propagándose por el aire. Entonces, justo en ese preciso instante, cuando se unan al banquete decenas, por no decir cientos de personas sin autorización, será el momento en que...

»... ni siquiera entonces, Ashley June, sé si podré colarme y rescatarte.»

«Sé rápido.»

—¡Tah! —grito, chasqueando las riendas mucho más de lo que el caballo merece—. ¡Tah! —Entonces coge velocidad, como si el músculo se le saliera del anca, y el suelo se torna borroso debajo de nosotros. Este súbito ímpetu me entusiasma y me pilla desprevenido; me quita la respiración, el aire no me llega a los pulmones. Además, a medida que el Instituto se va haciendo pequeño a lo lejos, mientras empezamos a adentrarnos en las inexploradas Vastas, hay algo que me cautiva. Quizá sea la sensación del viento en mi cabello, el sol en la cara, las montañas del este tan cercanas, la negra espalda brillante del caballo, y su melena flotando libre. Pero es algo más que esta belleza. Me fascina la contradicción: cómo, en este momento de horror indescriptible, puedo tener la suerte de disfrutar de algo tan hermoso. De este lugar, del caballo. No puedo controlarme. No sé cómo manejarlo.

—¡Arre! —exclamo a pleno pulmón. El polvo que levanta el caballo me deja la voz áspera—. ¡ARRE!

«Haz que los hepers regresen.»

«Ya voy, Ashley June. Ya voy.»

La Caza Heper

El cielo de color zafiro se extiende en lo alto mientras nos adentramos en las Vastas. Unas nubes aisladas manchan el firmamento como espacios en blanco, aún por pintar, de un lienzo azul oscuro. A medida que el terreno se convierte en tierra más dura y lisa, el caballo coge velocidad, y avanza con furia implacable. Va tan rápido que, cuando nos topamos con baches más grandes, salto del asiento. Por unos segundos excitantes, vuelo.

Diviso el paisaje. Aparte de lo raro que es ver un árbol de Josué, apenas hay nada que interrumpa la yerma monotonía de la hierba y el terreno baldío. No hay animales salvajes, ni una sola hiena, ni perros salvajes. Sólo buitres cuya manera de volar en círculos sobre mí me desconcierta.

Después de media hora de intenso trayecto, no hay ni un solo heper a la vista.

—So, chico, sooo —le ordeno tirando fuerte de las riendas. Disminuye el trote hasta que se detiene. Se le ve un brillo de sudor en el lomo, que le baja por el tórax y las ancas—. Te voy a dejar descansar un poco, ¿vale, caballito?

Desato las cuerdas del diario y lo abro por la página en blanco. A la luz del sol, los colores y el contorno del mapa son desbordantes. Se ha levantado un viento fuerte y tengo que sujetar las páginas con las manos para que no vuelen. Doy con mi ubicación utilizando como referencia una pila de rocas grandes que hay a mi derecha. La atención al detalle vuelve a impresionarme; no sólo el color de las rocas, gris lavado, sino también el número exacto: cuatro.

¿Dónde están los hepers? No pueden haber ido tan lejos. Aunque hubieran corrido, a estas alturas ya tendría que haberlos alcanzado.

Saco del carruaje la ropa que tengo de ellos y se la llevo al animal para que la olfatee, pero no hay manera. De la boca le cuelgan pegotes de saliva y le sale aire caliente. «No estoy de humor para oler, gracias.»

—Está bien, bonito. Lo has hecho bien. Descansaremos un poco más, ¿vale?

Una vez más el caballo se me queda mirando con esos ojos llenos de inteligencia, pestañea y mira al horizonte con aire distraído.

Vuelvo a subir al carruaje y, desde el asiento del conductor, observo la extensión interminable. Al frente, más grandes de lo que las había visto hasta ahora, me encuentro las montañas del este con los picos nevados. A mi izquierda y a mi derecha sólo se ven las secas llanuras, un horizonte despojado de actividad. Miro al caballo. ¿Puede ser que me haya tomado el pelo durante todo este tiempo? Quizá no tiene ni idea de hacia dónde ir, corre a la desesperada y he confundido el destello de la locura en sus ojos por una mirada sagaz.

Como si oyera mis pensamientos, de repente inclina la cabeza y gira la oreja izquierda en mi dirección. Entonces apunta el hocico al aire, olfateando. Ahora el viento sopla a ráfagas, levantando arena, y veo cómo se agitan los bigotes del caballo. Se pone a relinchar y así, de pronto, emprendemos la marcha de nuevo. Apenas tengo

tiempo de saltar a mi asiento y tomar las riendas cuando me encuentro volando por las llanuras, aunque esta vez nos dirigimos más al sur. Más en concreto, hemos dado un giro de noventa grados.

Ahora me pregunto muy en serio si sabe lo que hace. Ya no corre con convicción, de vez en cuando reduce la marcha y se pone a olfatear el aire. Después, cambia de rumbo y vuelve a galopar. Quizá sea el viento, que sopla en todas las direcciones, ora al este, ora al norte, ora al sur, y tal vez lo esté desorientando. Eso puede explicar por qué tiene problemas para seguir el rastro que deja el olor.

La primera vez que veo el punto negro en el cielo, lo confundo con una bandada de buitres. Entonces aumenta de tamaño y se hace más oscuro, y me doy cuenta de que es un nubarrón negro que crece como una mancha de tinta. Le siguen una marea de nubes tan negras como el caballo.

«Sé rápido.»

El viento me azota. Las páginas del diario revolotean hacia delante y atrás, casi deterioradas por la fuerza brutal y la dirección cambiante del viento.

—¡Arre! —grito mientras tiro de las riendas. El lo comprende, y sus patas van más rápido, como si hubiera absorbido mi miedo. Las ráfagas de arena vuelan por las llanuras a una velocidad increíble; son como apariciones de un tono amarillo y marrón que avanzan velozmente en espiral.

«Sé rápido.»

Ansió encontrar algo de movimiento en medio de una luz cada vez más tenue, pero no hay nada. No importa cuánto nos adentremos en las Vastas, la pizarra en blanco de la que se compone el terreno no cambia nunca.

—¡Sigue, caballito!

Sin embargo, el animal está cada vez más frustrado y descarrilado; le cuesta más respirar y galopar. Hasta que, al final, para. Salto del banco y cojo la ropa. Ahora está aún menos receptivo, y la aparta con el hocico. Decepcionado, da fuertes patadas al suelo compacto. El cielo se oscurece. Dentro de poco, las nubes cubrirán el sol y la tierra quedará sumergida en la oscuridad. Será aún más difícil encontrar a los hepers.

—Tenemos que seguir intentando...

Entonces el caballo levanta la cabeza. Hace un movimiento brusco: ha encontrado algo. Sus fosas nasales, con los hilos de saliva que le cuelgan, son como ojos negros que han visto algo de repente. Se tambalea hacia delante. Me agarro de la barandilla justo a tiempo y subo al carruaje, pero la ropa de los hepers cae al suelo.

De todos modos, ya no la necesita. Galopa fuerte y en línea recta, sin ningún atisbo de duda. En su paso hay determinación y apremio, como si quisiera compensar el tiempo perdido, como si supiera que las bandas espesas de nubes amenazan con ennegrecer el cielo.

Tardo diez minutos en divisarlos. Una minúscula línea de puntos, como hormigas.

—¡Allí, caballito! ¡Allí! —Pero el cuadrúpedo no necesita ánimos ni orientación.

Cuando les damos alcance, se han agrupado como señal de defensa. Reduzco la

marcha y me bajo del carruaje cuando aún estamos un poco lejos. No quiero llegar tan bruscamente.

Tienen aspecto agotado y una expresión angustiada en la cara. Cuando hablan, lo hacen entre ellos, no se dirigen a mí.

—Os dije que deberíamos haber mirado en el establo. Un carruaje nos habría venido bien. Bueno, no sé, quizá hace seis horas —dice Epap maliciosamente.

—Yo lo hice —le responde Sissy—. Justo cuando tú estabas reuniendo todos tus valiosos dibujos. El establo estaba cerrado. Como siempre.

—Bueno, pues resulta que él sí que encontró un caballo y un carruaje.

Ahora me observan todos; Epap y Sissy, con desconfianza. Cada uno lleva una mochila pesada, varias flechas y lanzas atadas en un costado y botellas de agua colgando del hombro. También tienen maletines, cinco en total. El polvo y la arena les cubren el pelo, la cara y la ropa.

—Debéis venir conmigo. —Por el engaño lo digo en voz bien alta. Ellos se me quedan mirando sin articular palabra.

—Ahora —insisto—. No hay tiempo que perder. Epap da un paso adelante.

—¿Adonde? —pregunta mordaz.

—De vuelta. Al Domo.

Epap se queda boquiabierto, y luego hace una mueca.

—Esta carta —me dice mientras busca en el bolsillo de atrás del pantalón—. La recogimos del umbilical esta mañana. Dice que el Domo no funciona correctamente. Que el sensor está estropeado. No se cerrará al anochecer.

—Por eso os hablaron de un refugio. Os dieron un mapa y os dijeron que os dierais prisa. Que está a seis horas de distancia. —Hago una pausa—. ¿Qué pasa si os digo que es todo mentira? Que el Domo no está roto. Que no hay ningún santuario. —Me resulta fácil hablar con convicción, porque todo lo que he dicho hasta ahora es cierto. Ellos lo notan también. El pánico se apodera de su mirada, y los pone en tensión. Veo al pequeño Ben mirar a lo lejos, con preocupación. No hay ningún refugio a la vista, y eso que ya tendrían que haber llegado. Lo saben todos.

Sissy, que hasta ahora ha permanecido callada, pregunta:

—¿Por qué lo hacen?

—Subid al carruaje. Os lo contaré mientras volvemos. Debemos darnos prisa.

—Yo no pienso subir ahí hasta que no nos expliques qué pasa. Podría convertirse en mi ataúd —protesta Epap.

Entonces se lo cuento. Les cuento todo sobre la Caza de Hepers. Por qué les han dado armas. La razón por la cual ha habido tanta actividad reciente en el Instituto.

—Y una mierda —espeta Epap—. ¿Vais a escuchar las tonterías que suelta este tío?

Sissy, que sigue mirándome con atención, me pide que continúe.

—Debemos volver al Domo. No está roto. —Y aquí empieza la mentira—. Allí estaréis a salvo. Llegaremos antes de que se ponga el sol y las paredes suban.

Imaginaos su cara de sorpresa cuando salgan de caza y vosotros estéis protegidos en el interior, comiendo fruta tan tranquilos.

Epap se da la vuelta y mira a Sissy.

—No podemos creerle. Si miente y volvemos, estamos muertos. El sol se va, el Domo no sube, y nosotros estamos acabados.

—Y si os estoy diciendo la verdad y no volvéis, moriréis aquí.

—¡No podemos confiar en él!

—¿Cómo creéis que murieron vuestros padres? —exploto—. No salieron a buscar fruta. Fue una Caza de Hepers. ¡Les hicieron salir para cazarlos! ¡Igual que ahora os han hecho a vosotros! ¿No lo veis? ¿No os resulta obvio? Vuelve a pasar lo mismo. Una carta os envía a las Vastas, lejos de la protección del Domo. ¿Cómo podéis ser tan ingenuos?

La cara de Sissy muestra su conflicto interior.

—¡Sissy, no le escuches! Ayer nos podría haber hablado de la supuesta Caza, pero no lo hizo. ¿Por qué deberíamos creernos nada de lo que nos ha dicho? ¡Apuesto a que ni siquiera es el sustituto del científico!

Cuando lo menciona, me viene una idea a la cabeza.

—Esperad. —Corro al carruaje a coger el diario—. Lo escribió el científico. Es todo sobre la Caza. Ahora decidme si miento.

Entonces se lo paso a Sissy, que le da la vuelta, me mira con recelo, y lo abre por la primera página. El resto se apiñan a su alrededor. No dicen nada mientras leen, pero sus cuerpos están cada vez más tensos. La expresión de Sissy pasa del pavor a la incredulidad hasta llegar a la rabia.

— ¿Me creéis ahora? —les pregunto con suavidad.

No responde nadie. Al final, David da un paso adelante.

—No sé qué creer: si a ti o a la carta. Pero, según el mapa que nos dieron, el refugio es accesible. Ahora que tenemos un carruaje, podemos ir más de prisa. Si no logramos encontrarlo, entonces volveremos al Domo.

—Ese mapa es una farsa. El refugio no existe.

De repente se oscurece. Me doy la vuelta para mirar al sol. Una nube fina, como unas entrañas, lo cubre.

«Sé rápido.»

—¡Venga! ¡Vámonos! —exclamo alzando la voz.

—¡No! —grita Epap.

—¡Entonces mirad el mapa que tengo yo! En el diario. Allí no hay ningún refugio. Sale cada detalle de la flora y la fauna, las piedras y las rocas. ¿No os parece extraño que se dejara algo tan importante como el lugar donde poder cobijarse? Id si queréis, ya estoy harto de discutir con vosotros, ese santuario no es más que un espejismo.

Es un farol total. Necesito que vuelvan conmigo y, a estas alturas, ya me he quedado sin opciones.

Sissy levanta la cabeza del mapa.

—Haremos lo que propone David. Buscaremos el santuario y volveremos si no conseguimos encontrarlo. Por allí...

—¡No hay tiempo! —grito—. Debemos apresurarnos. ¿No veis esas nubes? Dentro de una hora estará completamente oscuro. Tampoco necesitáis que os explique lo que significa eso.

Ahora no me estoy echando ningún farol. Una banda de siniestros nubarrones negros avanzan por el cielo y amenazan con hacer llegar la oscuridad antes de tiempo, horas antes del anochecer.

—¡Cállate! —chilla Epap, furioso y con la cara roja—. ¿Quién te ha dado vela en este entierro? —Se dirige hacia mí con sus huesudos brazos rígidos.

—Cálmate —le advierto. Pero él sigue acercándose.

—Ni siquiera te necesitamos. —Entonces mira a los hepers y les hace una seña con el brazo—. Vamos, tomemos el carruaje.

Intento detenerlo, pero él me aparta el brazo.

—Basta —ordena Sissy con firmeza—. Permaneceremos juntos. Todos nosotros. —Se pone a mirar más allá de donde estamos, al oeste, donde está el Instituto.

—No podemos confiar en él —insiste Epap.

—Podemos, y lo haremos. Tiene razón. No hay tiempo. Esas nubes van muy en serio.

Epap escupe en el suelo.

—¿Por qué no has tardado nada en creerlo?

Ella se lo queda mirando un buen rato, como si le diera una oportunidad para que llegara por sí solo a la respuesta obvia.

—Porque —continúa, y entonces dirige la mirada al carruaje— no tenía ninguna obligación de venir hasta aquí, ¿no crees?

Ben se sienta a mi lado, en el asiento del conductor. Los otros cuatro se apretujan en el interior del carruaje para volver al Instituto. Permanecen en silencio, mirando por la ventana. Sissy está inmersa en el diario, estudiándolo en profundidad.

—¿Cómo se llama el caballo? —me pregunta Ben.

—No lo sé.

—A lo mejor podríamos inventarnos algún nombre entre los dos.

—No creo. Sigamos callados, ¿vale? —corto con sequedad. No estoy de humor para hablar. Hay algo en el hecho de conducir a un niño a su muerte que elimina cualquier posibilidad de conversación.

Sólo sigue en silencio un rato.

—Me alegro mucho de que hayas venido. En cuanto vi la nube de polvo, supe que tenías que ser tú. Todo el mundo estaba asustado pensando que sería uno de ellos. Pero, con el sol, yo sabía que no podía ser. —Se queda mirando al cuadrúpedo, impresionado—. Es genial que hayas venido en caballo. Nosotros siempre hemos intentado robar uno del establo.

A pesar de todo, siento curiosidad.

—¿Y eso?

—Sissy quiere irse. Odia el Domo. Dice que es una cárcel.

— ¿Por qué no habéis escapado hace años? Cuando bajaban las paredes, os podríais haber largado lo más lejos posible.

Ben niega con la cabeza, con demasiada tristeza para un chico de su edad.

—No llegaríamos demasiado lejos. Ni siquiera en verano, con las catorce horas de sol, podríamos recorrer más de sesenta kilómetros. Cuando se hiciera de noche, ellos sólo tardarían tres horas en atraparnos. Además, no hay adonde ir. Es una extensión de tierra interminable.

El viento ha vuelto a cobrar fuerza, y les da a las nubes un tono más lúgubre. Más remolinos de arena recorren las llanuras, como si se tratara de fantasmas asustados de sus propias sombras. Hay momentos en los que el viento incide en el carruaje de tal manera que parece que silbe con un júbilo espeluznante. Una espesa franja de nubes se desplaza por delante del sol. Los rayos se filtran entre la neblina y, a continuación, desaparecen. Las Vastas se sumen en la fúnebre oscuridad del día que ha muerto.

Ben, asustado, me coloca la mano regordeta en la pierna. Yo la miro. Topamos con un bache, y él se pega aún más a mí.

—Está bien —le aseguro.

—¿El qué?

—¡Todo! —grito—. Todo irá bien.

Él levanta la vista para mirarme, con los labios apretados y formándosele las lágrimas. Le caen dos chorros por la cara cubierta de polvo. Asiente dos veces sin dejar de mirarme.

Algo se rompe en mi interior. Aparto la vista.

«Sé rápido.»

Una cosa es planear algo así, y otra muy distinta, llevarlo a cabo.

«No olvides nunca.»

Tiro de las riendas para que el caballo se detenga. Ben me mira sorprendido.

—Oye —le digo mirando al frente—, tienes que meterte en el carruaje.

—No hay sitio.

—Sí que lo hay. Necesito estar solo durante este último tramo.

—¿Por qué hemos parado? —pregunta Epap mientras saca la cabeza por la ventana.

—Va a ir con vosotros —digo con frialdad—. Aquí no hay sitio. —Me bajo para indicarle a Ben que haga lo mismo.

—No hay espacio —contesta Epap—. Parece que hasta ahora no has tenido problema.

—¡¿Por qué no cierras el pico?! —le grito.

Entonces salen del carruaje. La tensión se puede cortar con un cuchillo. Miro a Jacob y a David, que se han puesto al lado de Epap.

—¿Siempre necesitas que te ayuden en las peleas?

—¡Cállate! —grita Epap.

—Tranquilo —le dice Sissy bajando del carruaje—. Sólo intenta provocarte.

— ¿También necesitas que ella te diga siempre lo que debes hacer?

Epap se prepara para abalanzarse sobre mí. Le veo flexionar las piernas y cambiar la expresión, pero de repente se oye una bocina. El sonido procede del oeste, de la dirección del Instituto.

Por un momento nos quedamos tan atónitos que nos limitamos a mirarnos entre nosotros. Entonces, poco a poco, nos damos la vuelta.

No vemos nada por las llanuras. Sólo una banda oscura en el horizonte. Se oye otro bocinazo más: un sonido errante y desesperado.

—¿Qué pasa? —pregunta Epap—. ¿Qué es ese ruido? Todas las miradas se posan en mí.

—La Caza. Ha empezado. Ya vienen.

—Tan sólo son nuestros oídos, que nos juegan una mala pasada. Es el viento que choca contra esas rocas —dice Epap mientras apunta a nuestra izquierda, donde hay una pila de piedras mal puestas.

Nadie responde.

—Allí —dice Ben de pie en el asiento del conductor apuntando con el dedo, como si fuera una veleta. Justo delante de nosotros, en la dirección del Instituto. Lo dice con tono neutro, casi despreocupado.

—No veo nada, Ben —dice Sissy.

—¡Allí! —insiste asustado con un tono más alto.

Entonces todos lo vemos. A lo lejos, emerge una nube de polvo.

Siento como si mis vísceras cayeran por una trampilla que se abriera de repente.

Vienen los cazadores. Y de qué manera.

Intento no pensar en Ashley June, en la fría y oscura celda, manteniendo la esperanza...

Alguien me agarra por el cuello.

—Tienes que darnos unas cuantas explicaciones. —Es la voz de Epap—. ¿Qué está pasando?

—¡Suéltame! —grito mientras me libero con el brazo y le pego en el pómulo. El impulso es tal que su cabeza se echa atrás. Al volver hacia delante tiene una mirada enfurecida. Me devuelve el golpe, un puñetazo glacial que me pilla desprevenido. Antes de que pueda responderle, me ha aporreado el estómago, y me deja sin respiración. Me doblo y caigo de rodillas. Pero aún no ha terminado conmigo. Me da una patada en las costillas. Un destello blanco me nubla la visión.

—¡Eres un enclenque! ¡Un cagado, falso y debilucho! No podrías apartar el grano de la paja ni aunque tu vida dependiera de ello.

«Haz que los hepers regresen.»

—¡Dinos qué está pasando!

Escupo sangre al suelo y salpica la tierra, como la huella de una paloma. Cierro los ojos: aún lo veo todo blanco.

—Vienen para acá —le digo.

—¿Quiénes?

—¡Los cazadores! —Se produce un largo silencio. No me atrevo a levantar la cabeza y mirarles a los ojos.

Entonces volvemos a oírlo. Esta vez no es un aullido aislado, sino todo un coro.

Es mi sangre. Ya la han olido.

—Ya lo has conseguido, imbécil —le acuso—. Ahora se lo has puesto más fácil para que nos encuentren.

—No. Para que te encuentren a ti, no a nosotros. —Epap se vuelve para mirar al resto—. Propongo que dejemos aquí a este tío. Nos montamos en el carruaje. Eso hará...

—No —dice Sissy.

—Pero Sissy, nosotros...

—¡No, Epap! Tienes razón: no podemos fiarnos de él. Sabe mucho más de lo que nos dice, pero justo por eso no podemos dejarlo. Necesitamos la información que nos pueda aportar. —Se aproxima hacia mí, levantando el polvo—. Es un superviviente. Eso es todo lo que sabemos. Si él puede hacerlo, si nos quedamos a su lado aumentaremos nuestras propias posibilidades de salir de ésta. —Me mira con los ojos encendidos—. Así que empieza a cantar. ¿Qué hacemos?

Me levanto. De repente, mi corazón abatido siente un estímulo.

—Les hacemos frente y peleamos. —Me sacudo la arena de la ropa—. Les sorprendemos al no huir, porque eso es lo último que esperan de vosotros. Creen que sois débiles, cobardes, desorganizados. Sin embargo, los pillaréis desprevenidos si peleáis.

Epap empieza a interrumpir.

—No tenemos ninguna posibilidad...

— ¡Sí que la tenemos! A ver, he visto cómo manejáis las flechas y las lanzas. Podrías causarles mucho daño. No esperaban que os convirtierais en expertos. Esas armas sólo tenían una finalidad estética. Y mirad. Tenemos montones. Sólo quedan tres cazadores, y nosotros somos seis. Además, tenemos los malditos FLUN. Podemos hacerlo. Les podemos vencer. Entonces no habrá nada que se interponga entre nosotros y la protección del Domo.

—¡Estás loco, ¿lo sabes?! —grita Epap—. No tienes ni idea de lo que son capaces. Uno de ellos tiene la fuerza y la velocidad de diez como nosotros. Así que nos superan en número, imbécil, treinta contra seis. En número, en fuerza y en velocidad. Luchar contra ellos es un suicidio.

Tiene razón, lo sé. No hay ninguna posibilidad de derrotar a los cazadores. Sin embargo, la única esperanza que tengo de rescatar a Ashley June es que los hepers y yo podamos superarlos de alguna manera y llegar hasta el Instituto. Aun así, para que

eso ocurra, primero necesito convencerlos para que luchen y no huyan.

Epap mira a Sissy.

—Tenemos que salir corriendo. Ahora mismo. Dejamos a este tío aquí, y él nos dará la ventaja que necesitamos para conseguir algo de distancia entre ellos y nosotros.

Aún no ha terminado y ya estoy negando con la cabeza.

—No lo pillas, ¿verdad? Correr sólo te dará veinte minutos, como mucho. Menos. El caballo está cansado, lleva todo el día galopando. Nos alcanzarán tarde o temprano.

Entonces se quedan callados. Saben que tengo razón. En el carruaje, Ben empieza a llorar. Hasta el caballo, mirando la nube, empieza a relinchar.

Sissy da dos pasos hacia mí.

—¿Qué me dices del mapa? —me pregunta. Me sorprende la suavidad en su voz, lo tranquila que está a pesar de la situación.

—¿Qué pasa con él?

—Muestra una barca en el norte. Atada a un muelle. Si llegamos a tiempo, podemos tener una oportunidad.

—¿Estás loca? No te puedes fiar de ese mapa. El científico estaba chiflado.

—A nuestros ojos, no. Parecía una persona razonable.

Miro hacia el norte, en la dirección donde debería estar la barca.

—Si fuera real, ¿por qué no os habló nunca de ella?

Se le forma una arruga en la frente.

—Ni idea. Lo único que sé es que todo lo demás es exacto. Las cimas, las montañas, y todo lo que está en el mapa es preciso. Hasta esas rocas de allí —explica señalándolas—. Entonces ¿por qué no puede serlo también la barca?

Niego con la cabeza.

—Mira, incluso si existiera, y no es así, no llegaríais a tiempo.

—Preferiría morir en el intento.

—Pues yo te digo que la única opción de sobrevivir es enfrentarse directamente a ellos.

Epap avanza.

—Vamos, Sissy. Vámonos. Dejémoslo aquí, y punto.

Entonces tengo una idea. Los cazadores ni siquiera saben que me encuentro con los hepers. Estoy solo, separado de ellos y no hay motivo para que piensen de otra manera. Además, ahora el olor de mi sangre, incluso a varios kilómetros de distancia por las Vastas, supera cualquier rastro del olor a heper.

Sissy se adelanta y se coloca frente a mí con una mirada de curiosidad.

—¿Qué pasa? Parece como si se te hubiera ocurrido algo.

Entonces los miro, y les dedico unos segundos a todos, uno por uno.

—Largaos si es eso lo que debéis hacer. Pero si queréis uniros a mí y luchar, tengo un plan —concluyo.

La noche se funde en negro. No hay ni una mota de luz en el cielo; los colosales nubarrones en movimiento, continentes hinchados de amenazadora penumbra, esconden las estrellas. Las montañas del este han desaparecido, y sus bordes antes definidos quedan ahora ocultos por la oscuridad.

Estoy solo. Sentado en el suelo apoyado contra una roca. En la mano tengo la lanza que Sissy me ha dado justo antes de desaparecer en la tenebrosidad. Coloco la punta en la palma de mi mano y hago una pausa. Ante mí sólo hay vacío, las Vastas se extienden por el gris interminable que aún no es del todo negro. Sólo la roca en la que estoy reclinado me hace compañía. Siento su superficie en mi espalda, fría y frágil, pero en este mar inacabable de acuosa oscuridad, su solidez es extrañamente reconfortante.

Presiono la punta de la lanza contra la piel y la deslizo hacia abajo. Se produce un pequeño corte del que tan sólo sale un hilito de sangre. Sin embargo, para los cazadores que vienen por mí es más que suficiente. Un faro que ilumina en un mar de tinieblas.

Tan sólo unos segundos después, el grito del ansia desgarrar las Vastas. Las entonaciones de deseo, realzadas, se oyen cada vez más fuerte y cerca. Pronto habrán llegado, en menos de un minuto.

Cierro el puño y aprieto. Sale más sangre. Suficiente como para inundar su sentido del olfato. No hay ni una posibilidad de que los distraiga un tenue olor a heper. Siento el pulso de la sangre en el corte y cómo empuja el líquido; está extrañamente sincronizado con los rápidos y terribles latidos de mi corazón.

Los hepers sólo me han dejado esta lanza.

Llegan a mis oídos los retumbos, la arena sacudida con dureza, y los silbidos susurrantes.

Los cazadores han llegado.

Aunque tengo las rodillas resentidas, me pongo en pie.

Como una bala, de izquierda a derecha, veo una ráfaga neblinosa. Después, otra en la dirección opuesta, justo fuera de mi campo de visión. Tres formas emergen de las tinieblas; primero débilmente, y después más definidas.

Abs.

Crimson Lips. Gaunt-Man.

Y a continuación, solidificándose en medio del gris, surgen dos más; al principio parecen fantasmas, pero después se convierten en seres espantosamente reales.

Filly Dress. El director.

Yo sólo esperaba tres, no cinco. Es una imagen repulsiva. Están todos desnudos, con la loción para bloquear el sol embadurnada por todo el cuerpo, como si fuera el glaseado de una tarta. En las zonas en las que la crema ha desaparecido, tienen llagas abiertas que pueblan la piel de cráteres volcánicos y que brillan incluso en la oscuridad con un color rojo crudo. Son los efectos de un día entero en la biblioteca con la luz del sol entrando. Sin embargo, lo más escalofriante son los ojos, con la

rabia que surge de detrás de las órbitas; el odio total mezclado con el ansia latente por mi sangre.

—Desde luego, da gusto veros.

Ellos avanzan lentamente, gruñéndome. Poco a poco, tan sólo unos metros cada vez, se van acercando hacia mí.

Algo va mal. No es así como había visualizado la escena. Están demasiado controlados. Lo que yo me había imaginado era un frenesí cada vez más salvaje: cuerpos volando en mi dirección, colmillos, y una carrera para conseguir llegar hasta mí, para hacerme pedazos. Que me hicieran añicos en cuestión de segundos. En cambio, esto parece demasiado metódico.

—¿No habéis tenido vuestro sueño reparador? —les pregunto—. Tenéis un aspecto espantoso.

Empiezan a desplegarse en un gran arco.

Los miro a todos, pero en particular al director, a quien tengo enfrente. Es el más tranquilo del grupo; respira pausadamente y pisa la gravilla del desierto con meticulosidad. Balancea el largo brazo izquierdo y, con las uñas, se da golpecitos delicados en la rótula. Lo más extraño es que tiene el brazo derecho colocado detrás de la espalda.

—Hemos decidido jugar a algo.

—Sorpréndame.

Gaunt–Man, un poco lejos a mi izquierda, está acuclillado y sigue haciendo el recorrido de un arco imaginario.

—Intento decidir cómo llamarlo. Las dos mejores opciones podrían ser «El juego de compartir» y «El juego de saborear».

Frilly Dress, a mi derecha, rueda lentamente como una bola de bolos con la mirada cargada de expectación. Sus bolsas de grasa le cuelgan por el cuerpo, como pequeñas gotas de agua a punto de desintegrarse. Enseña los dientes y se le escapa un leve silbido. Continúa rodando a la derecha hasta que choca contra la roca.

Lo mismo que le ocurre a Gaunt–Man, que está a mi izquierda. Cada uno de ellos tiene una posición, y miran al director a la espera de instrucciones. Entonces se juntan y el círculo se estrecha.

—Mire, le tenemos que poner un castigo ejemplar —prosigue el director—. Se ha burlado de la Caza, de la institución, y del gobernante. Y de mí. Mi reputación ha sufrido un daño irreparable. ¿Qué clase de experto en hepers no detectaría a uno delante de sus narices? —Por primera vez le traiciona la emoción, y eso se nota en su voz. Un contratiempo—. No basta con que nos limitemos a devorarlo. Sería demasiado rápido, para usted y para nosotros. Por ello hemos decidido, por supuesto guiados por mi propuesta, compartirlo, saborearlo. Poco a poco. Llenos de entusiasmo. Una parte cada vez.

Aun así, avanzan, moviendo los ojos adelante y atrás, examinándome. De repente, Crimson Lips se abalanza sobre mí.

—¡DETENTE! —le ordena el director, y ella se queda congelada haciendo una flexión; tiene el cuerpo erecto como un gato sobresaltado. Por primera vez veo un FLUN, en la mano derecha del superior, apuntado a la insurgente. Debe de ser el de Ashley June, el que se quedó en la biblioteca.

Crimson Lips vuelve a su posición.

—Es un juego difícil. La excitación nos puede vencer a veces. —Se da media vuelta y mira a los cazadores uno por uno—. Procedan.

Siguen acercándose a mí, y el círculo se va haciendo más pequeño. Todos se mantienen en sus puestos. Sus ojos están en constante movimiento, escudriñándome. Entonces veo los cascos en la cabeza; cada uno de ellos lleva pegado un pequeño círculo de cristal en el centro, como un ojo. Las cámaras de vídeo. Por eso alargan la matanza. Cuanto más dure, mejor será para el público. Y por ese mismo motivo me rodean: para tener más ángulos.

—Lo iremos despedazando, miembro por miembro. Uno cada vez —me informa el director—. Los hombres, uno por uno, le arrancarán los brazos respectivamente, y las damas, las piernas. Lo espaciaremos, quizá dejaremos... ¿cinco minutos entre cada extremidad? Nos aseguraremos de mantenerlo vivo durante todo el proceso. El último seré yo. Me quedo con su cabeza.

—Y luego, ¿qué?

El director se echa atrás como un lobo que aullase al cielo nocturno, rascándose la muñeca con extremo desvarío.

—¿En serio ha preguntado: «Y luego, qué»? ¿Y a usted qué le importa?

¡Estará muerto! —Hace una pausa para estudiarme—. Ah, ¿le preocupan sus amiguitos heper? No tema. Acabaremos dando con ellos. Incluso en medio de este gran desierto, los encontraremos.

«No saben dónde están los otros», pienso.

—¡Y después volveremos a donde está tu novia, y le contaremos lo que te hemos hecho! —se burla Gaunt-Man, chorreando baba.

—Así será —le corta el director, dirigiéndole una mirada fría con la expresión irritada del hombre que se ha quedado sin poder contar el chiste final que tanto deseaba—. Al final, le haremos lo mismo a ella. Extremidad por extremidad. «El juego de saborear.» Por cierto, me gusta bastante el nombre, creo que será el definitivo.

El círculo se vuelve a hacer más pequeño. Sus cuerpos bullen de hambrienta excitación, mueven las cabezas arriba y abajo, tienen tics en los brazos al costado, y de sus labios se escapan unos extraños sonidos.

—¿Quién cree que gritará más? ¿Usted o ella? Esa chica es muy apasionada, así que quizá sea ella. Pero, por otro lado, es bastante valiente, ¿no cree? Vaya proeza realizó; no como usted, que huyó como una ardilla y la dejó completamente sola.

Abs grita de frustración e impaciencia.

—Basta de plática. ¡Déjenos lanzarnos ya sobre él! —La lengua, dura e insistente

como una lima para callos, le sale disparada por el labio lleno de costras—. ¡Déjemelo ya! —Se agacha, preparándose.

El director levanta la cabeza, supervisa la escena; es un plano de situación para los espectadores en casa.

—Perfecto, pero recuerde que sólo debe llevarse la pierna izquierda. Todos los demás, esperen —ordena, dando golpecitos al FLUN—, ya les llegará el turno. Y ahora, para placer del gobernante más excelso y para el deleite de sus respetables ciudadanos, yo...

E incluso antes de que haya terminado de hablar, Abs ya está corriendo hacia mí a cuatro patas, como una hiena rabiosa, con el pelo volando en una imposible línea recta. Aunque se mueve a la velocidad del rayo, parece que todo sea más lento. Puedo ver cada detalle: sus labios hacia atrás, su cara que no es más que un agujero negro bostezando con dientes afilados, y sus ojos rojos resplandecientes.

Medio segundo después, veo al resto de cazadores saltar también. Sus cuerpos son incapaces de resistirse; desenrollan las patas traseras como las de un guepardo, impulsándose por el aire con movimientos aerodinámicos; al caer, encuentran tracción con uñas y garras en la gravilla del desierto, y después vuelven a empezar, volando hacia mí con una gracia que contradice sus violentas intenciones.

Veo al director, con expresión anodina pero con los ojos inyectados de furia, que levanta el FLUN hacia Crimson Lips y Abs con la mano temblorosa de rabia y sorpresa.

Abs se arroja hacia mí por última vez con los brazos extendidos, elevándose por el aire, con la saliva y los mocos dejando una estela tras de sí, con la boca abierta torciéndose cuando da con mi nuez.

Un severo rayo de luz, y después, una fugaz ceguera blanca. Un grito perfora la noche. El hedor a carne quemada me inunda la nariz. Un segundo más tarde, veo a la cazadora retorcida en el suelo, gritando, con un agujero ardiendo en su clavícula. O mejor dicho, donde la tenía.

El director, que mira embobado el FLUN, no entiende nada.

Desde atrás, y por encima de mí, se dispara otro rayo de luz. Es alguien que lo hace desde la roca. Alcanza a Crimson Lips en la parte superior del muslo en el momento en que se lanzaba hacia mí.

—¡CHA! —chilla la víctima, y en vano se toca la herida con la mano. Le sale humo de la pierna.

—¡GENE! ¡AGÁCHATE! —ordena Sissy.

Me arrodillo justo en el momento en que Frilly Dress salta en mi dirección. Con el impulso, me alcanza y me rasga la parte de atrás de la camisa.

Cae del otro lado con un eficiente salto mortal, y vuelve a arremeter contra mí de inmediato.

Otro disparo desde arriba, totalmente errado, va a parar al suelo vacío del desierto.

Veó una sombra con el rabillo del ojo. Se trata de Gaunt–Man, que salta a las rocas.

—¡Jacob! ¡Vigila por los lados, nos está flanqueando! —trato de advertirle.

Frilly Dress salta con la boca torcida en un gruñido, como si estuviera sonriendo.

Detrás de mí, totalmente atemorizado, alguien pregunta:

—¿David? ¿Ben?

Sale otro rayo, esta vez desde lo lejos de la roca, y falla perdiéndose en el cielo. Oigo que Epap, alarmado, pide ayuda a Sissy.

Entonces, una serie de destellos crean el efecto de una luz estroboscópica. La embestida de Frilly Dress es entrecortada y accidentada. De repente está volando sobre mí y baja con todo su peso y tamaño. Me mira fijamente, intensa y concentrada, como a un amante.

Desde arriba se ve un círculo de luz; de repente se le crea un halo alrededor, como una nube de luz. A mitad del trayecto, su cuerpo se afloja. Cede y se me cae encima. La aparto. El olor a carne carbonizada es rancio y nauseabundo. De la nuca le salen nubes de humo. Miro arriba. Sissy baja la mirada en mi dirección, y entonces se vuelve cuando oye a Epap anunciar:

— ¡Me he quedado sin carga en el FLUN!

Me doy la vuelta y analizo la escena. Sólo Frilly Dress permanece postrada en el suelo. Abs y Crimson Lips vuelven a ponerse de pie; tienen el cuerpo quemado, pero la adrenalina, la rabia y el hambre les impulsan a levantarse. Corren y se lanzan a las rocas.

Nada va como estaba previsto.

Jacob, encima de una roca, está agazapado sobre su FLUN, intentando apretar el gatillo. Pero es inútil: se ha olvidado de quitar el seguro. No ha disparado ni una sola carga, y ésa es una de las razones por las que el plan está fracasando de manera tan estrepitosa. A unos metros, Gaunt–Man ha coronado una roca y está empezando a ir a por Jacob.

—¡Jacob! ¡Lánzame el FLUN! —le pido.

Él se vuelve hacia mí con cara de miedo. Desde el otro lado de las rocas, torpemente se sucede una ráfaga de rayos disparados por el pánico. Se trata de Epap, que está gastando absurdamente todas las cargas del segundo y último FLUN. Con la luz, veo las lágrimas en la cara de Jacob y su expresión de pavor.

—¡Ahora, Jacob! ¡Tíramelo!

Lo arroja en un lanzamiento perfecto. Tenía que serlo. Quito el seguro y disparo un rayo cuando aún estoy forcejeando con el arma. Le da a Gaunt–Man en medio de la nariz. Pero el FLUN está a la mínima potencia. El cazador, atónito, tan sólo cae al suelo de espaldas. Pero vuelve a levantarse y se lanza por Jacob.

Ajusto el arma a la máxima potencia y miro hacia arriba. Gaunt–Man ya casi está encima de su presa. Vuelvo a disparar. El rayo le pasa a un metro de distancia. Se da la vuelta y me dedica un gruñido. Le apunto a los ojos y disparo la última carga. Esta

vez le pasa por encima de la cabeza, unos centímetros demasiado arriba. De todos modos, eso lo deja temporalmente ciego. Unos segundos, por lo menos.

—¡Bajad de las rocas! —grito, mientras tiro el FLUN descargado—. ¡Idos todos de ahí! ¡Reunios aquí!

Entonces los veo bajar dando tumbos, con las caras crispadas por el miedo. Epap cae a mi lado, lo agarro del cuello y lo levanto.

—¿Dónde está tu FLUN?

Serio, niega con la cabeza.

Sissy está justo detrás, saltando desde lo alto de las rocas, con las flechas colgando en la espalda, el arco en una mano y, con la otra, haciendo bajar bruscamente a Jacob. Caen todos juntos. Epap y yo vamos a ayudarlo.

Nadie tiene FLUNS.

De inmediato nos batimos en retirada. Epap recoge la lanza que se me ha caído y empezamos a correr.

Los cazadores ya empiezan a saltar desde las rocas. Gaunt–Man aterriza sobre Frilly Dress, que aún está boca abajo, y consigue que el cuerpo flácido amortigüe la caída. Todos los cazadores están heridos, pero su dolor no hace más que aumentar su sed de venganza.

—¡VAMOS, DAVID! ¡TE NECESITAMOS AHORA! —grita Sissy en el aire.

Los cazadores se agachan y empiezan a correr hacia nosotros con unos alaridos que nos perforan los tímpanos.

—¿Dónde está? ¡DAVID! —grita Epap mientras corre en su busca.

—Necesitamos los FLUN —exclamo.

—¡A la mierda los FLUN! —grita Sissy mientras coge una flecha. Me aparta, carga el arco y estira la cuerda más de lo que me parece posible. Se pone a contar, y entonces la suelta. No hace una pausa para ver si ha acertado en el objetivo o para seguir la trayectoria. De inmediato vuelve a cargar y disparar, y así otra vez. Tres flechas surcan el aire hacia los tres cazadores que vienen por nosotros.

Mientras tanto, pienso: «Necesitamos un FLUN. Las flechas no sirven para nada».

La primera le da a Crimson Lips en la pierna. Para mi sorpresa, éste grita de dolor y cae al suelo. Se agarra el muslo con la mitad de la flecha ensartada.

La segunda coge a Abs por la espalda. Se revuelve en el aire, como con una violenta sacudida, y después cae al suelo torpemente, quejándose. La flecha le ha atravesado el cuerpo, y le ha rasgado la espalda por el omóplato.

«¿Cómo lo hace? ¿Cómo pueden tener las flechas una fuerza tan demoledora?»

Entonces caigo en la cuenta de lo que ha hecho. Ha apuntado a los puntos concretos donde los cazadores habían sufrido los insignificantes ataques del FLUN. A la marca empapada en forma de «X» de carne perforada y músculo desintegrándose que ha dejado la descarga. A la clavícula de Abs, y al muslo de Crimson Lips. Las únicas zonas donde una flecha podría causar tanto daño.

En cambio, la tercera va en dirección a la nariz de Gaunt–Man. Pero éste ya ha visto lo que les ha pasado a los otros dos cazadores. Se agacha en el último milisegundo, y la flecha le pasa por encima de la cabeza. Sin perder zancada, se dirige hacia nosotros. Más en concreto, va a por Sissy, en un intento de alcanzarla antes de que vuelva a cargar la flecha.

Y lo va a conseguir, de largo. Sissy es rápida cargando el arco, pero no lo suficiente, ni mucho menos. Gaunt–Man salta encima de nosotros mientras ella está tensando la cuerda. Ella lo ve y se desespera. Sabe que es demasiado tarde. Justo entonces, desde un lado, Epap tira la lanza.

Corta el aire de la noche, es un tiro magnífico desprovisto de vacilaciones que cae justo en la nariz de Gaunt–Man.

El sonido de despachurramiento que se produce es terrible. El cazador echa atrás la cabeza, y le fallan las piernas; queda paralizado, colgando en el aire con el cuerpo paralelo al suelo, y después se estrella. La lanza, que le empala la cara, queda tan ridícula como la nariz de Pinocho.

Agarro a Jacob y a Epap, y empiezo a arrastrarlos hacia atrás. Sissy tan sólo ha conseguido un breve indulto. Ella también lo sabe.

—¡DAVID! —grita—. ¡Te necesitamos ya!

Entonces oímos el sonido de los cascos que golpean el suelo. El carruaje viene chirriando en nuestra dirección.

—¿Por qué has tardado tanto? —le recrimina Epap.

—Por el estúpido caballo —contesta, petrificado al ver a los cazadores que gimen despatarrados por el suelo—. Ha salido en la dirección equivocada. Intentaba escaparse.

—¡Vayámonos, por favor! ¡Vamos! —grita Ben desde el carruaje, con lágrimas en la cara.

—Tranquilo, ahora nos vamos. Todo irá bien —le tranquiliza Epap. Empezamos a apretujarnos. Pero algo que no puedo identificar va mal.

—¡Espera! —grito mientras agarro a Epap del hombro y le impido que suba—. ¡Sal!

—¿Qué pasa? —No me mira enfadado, como esperaba, sino con miedo.

Me doy la vuelta mientras intento comprender. Mi mirada se cruza con la de Sissy, que es un reflejo de la mía: la sensación de un peligro inminente, de que nos hemos olvidado de algo...

O de alguien.

—El director —digo, en un susurro.

Me doy la vuelta y miro entre la oscuridad. Nada.

—Que no se mueva nadie —digo en voz baja.

Todos nos quedamos paralizados, sin apenas respirar. Él está ahí, detrás de la pared de tinieblas, observándonos. Lo sé perfectamente. Está esperando a que gastemos todas las armas, a que empleemos toda nuestra energía con los otros

cazadores. Observando y esperando que nos agrupemos en el carruaje. Una vez que estemos como ovejas en el corral, vendrá volando para celebrar una orgía desenfadada. Nos atacará con dientes y garras como salvajes cuchillas, y convertirá el carruaje en un ataúd sangriento.

Sissy también lo sabe. Sin moverse, susurra:

—David, dame el FLUN que te dejamos.

—No funciona. Intenté dispararlo, pero no salió nada.

—El seguro. Gene te explicó cómo quitarlo.

—¿Cómo? No sé hacerlo...

De repente, la cabeza del caballo gira a la izquierda, y la nariz se le hincha del pánico. De la oscuridad sale una forma negra, inquietantemente rápida. El director viene a por nosotros en silencio, corriendo a cuatro patas, recorriendo veinte metros con cada zancada. La velocidad le estira las mejillas y los labios, y deja a la vista sus dientes en lo que parece una sonrisa jovial y enfermiza. Levanta el cuerpo hacia mí. Soy su primer objetivo.

Cierro los ojos para morir.

Unos segundos después, sigo vivo. Cuando los abro, está delante de nosotros, a unos diez metros. No nos mira ni a Sissy ni a mí, sino hacia atrás.

Me doy la vuelta. David está de pie en el asiento del conductor. Lo apunta con el FLUN. Detrás de su mano, oculto al director, veo el seguro. Que sigue puesto.

—Está a la máxima potencia —anuncia David con voz firme—. Listo para matar.

El director se rasca la muñeca.

—Un niño que se quiere hacer el héroe. Qué mono.

David hace caso omiso de sus palabras y le dice:

—El FLUN que tiene atado a la espalda. Tírenoslo.

—¿Para qué? No puede haceros daño.

—¡Lánzelo ya! —le ordena David. El miedo dispara sus palabras. Su mirada se desvía hacia las rocas. Las sombras empiezan a levantarse del suelo.

—Ah, entiendo. Te preocupan los otros cazadores.

—No. Sólo usted. Es el único que me preocupa ahora mismo. Y por eso voy a dispararle dentro de tres segundos si no me da el FLUN.

Debe de haber algo convincente en el tono de voz del chico, porque el director le hace caso. El FLUN cae a los pies de Sissy, quien lo recoge.

—¿Y ahora, qué? —pregunta el director. Se pone a estudiar la cara de David—. ¿De verdad vas a matarme? ¿Por qué? Te conozco desde que naciste. Te he visto crecer, desde que eras un dulce bebé. Yo era el que te enviaba todos aquellos regalos por tu cumpleaños: los libros, la tarta... ¿Te acuerdas? ¿En serio vas a...?

—Sí —interrumpe Sissy, y le dispara al pecho.

En una imagen borrosa, el director sale disparado hacia atrás. El rayo no ha hecho más que rozarlo, y le ha producido una quemadura superficial. De todos modos, eso basta para hacer que vaya más lento. Se retira revoloteando en la penumbra.

Sissy nos hace una seña, y todos nos apiñamos rápidamente en el carruaje. Salto al asiento del conductor y tomo las riendas. Ella, a mi lado, con el cuerpo retorcido y vigilando en la oscuridad, tiene el dedo puesto en el gatillo del FLUN.

— ¿Creéis que habéis ganado? —La voz del director resuena en la negrura—. ¿Os pensáis que nos habéis vencido? ¿Vosotros? Apeustosos hepers. Miro a Sissy, quien sacude la cabeza; no puede verlo.

—Tan sólo habéis retrasado lo inevitable. Escuchad, ¿lo oís? No se oye más que el viento.

Y entonces lo identifico. Un leve crujido como el de las hojas de otoño pisoteadas. Pero, también, mezclado con el murmullo de las conversaciones y sonidos afilados, como si frotaran limaduras de metal en trozos de cristal. Sissy se vuelve en la dirección del ruido, hacia el lejano Instituto. Horrorizada, se queda boquiabierta.

Un muro de tinieblas se eleva como un tsunami que se aproxima a nosotros.

—Llegan los respetables ciudadanos —se burla el director—. Todos los invitados, el personal, y los medios de comunicación. Cientos de individuos. Alguien desactivó el cierre. Una vez se dieron cuenta, no hubo manera de frenar a las personas ejemplares. No se las puede contener. Sólo me queda esperar superarlos, junto con los cazadores, empleando los accesorios para sacar ventaja. Ay...

Entonces su voz se marchita. Ahora se oyen más sonidos a lo lejos: gritos y chillidos de deseo.

—Madre mía, ¿os imagináis la locura que será esto cuando se den cuenta de que todos y cada uno de los hepers seguís vivos?

Tomo las riendas y sacudo al caballo. Vamos hacia delante. A la única opción que nos queda. La barca. Si es que existe.

«Lo siento, Ashley June. Lo siento...»

—¡Ya llegan! —grita el director, y su voz nos sigue mientras empezamos a volar por las llanuras—. ¡Ya llegan, ya llegan, ya llegan, ya...!

Apenas rozamos el inhóspito terreno, el caballo cabalga más rápido que nunca. Aunque antes parecía moverse con gracia y ahora lo hace a trompicones, desesperadamente, presa del pánico. La fatiga se hace más evidente a medida que pasa el tiempo.

La pared de polvo que nos perseguía se ha disipado ligeramente. Aun así, lo que provoca la sensación de desaparición es la profunda oscuridad, y no la distancia, que va en aumento. El volumen de los gruñidos y los gritos sólo se ha multiplicado. Ahora tengo a Ashley June sentada a mi lado, mirando el plano. Hace rato que se ha ido la luz del sol, y el mapa se esfuma en la página, los colores se desvanecen en el vacío. Recorre con los dedos un camino sobre el diario, mientras busca con la cabeza los puntos de referencia.

—¡Debemos ir más rápido! —me grita al oído.

El corte de la mano me sigue sangrando. Hago lo que puedo para cortarlo. Aprieto un trozo de ropa sobre la herida, pero es complicado hacerlo mientras intento

conducir un caballo.

Siento unos dedos en la mano. Me quitan el trozo de tela. Es ella, que lo dobla y vuelve a aplicar presión.

—Tienes que dejar de sangrar.

—No pasa nada. No me duele demasiado. Entonces me aprieta encima un poco más.

—Lo que me preocupa no es el dolor, sino el rastro que va dejando tu sangre.

Me quito la tela.

—No te agobies por cortar la hemorragia. Pueden vernos perfectamente bien a oscuras.

Mira atrás unos segundos y, cuando se vuelve, tiene la inquietud grabada en el rostro. No me hace falta preguntarle. El sonido de la masa a la carga se oye cada vez más nítido.

—El mapa se ha quedado en blanco —me explica, desanimada.

—Tranquila —le digo con los ojos concentrados al frente—. No lo necesitamos. Sólo tenemos que seguir recto, y llegaremos al río. Luego seguiremos su curso hacia el norte y, al cabo de poco, encontraremos la barca. Es así de simple.

—Así de simple —repite, mientras niega con la cabeza—. Eso es lo que dijiste sobre tu plan contra los cazadores. Y entonces fue una catástrofe. Pensaba que habías dicho que sólo habría tres, no cinco.

—Todos vosotros me asegurasteis que podíais utilizar los FLUN. Pero la realidad es que Epap, dominado por el miedo, ha disparado todas las cargas en cinco segundos. Luego está Jacob, que ni siquiera ha disparado un solo tiro.

¿Cuántas veces más podría haber dicho «No os olvidéis de quitar el seguro»?

Ella esconde la cara y me doy cuenta de que se muerde la lengua. Unos minutos después le digo:

—Gracias por no abandonarme. Por haberos quedado a luchar conmigo.

—Nosotros no hacemos eso.

—¿El qué?

—Abandonar a los nuestros. No somos así.

—Epap decía...

—Pura palabrería. Le conozco lo suficientemente bien como para saberlo. No abandonamos a los nuestros.

Sus palabras me calan hondo. Ahora me toca quedarme en silencio.

Pienso en Ashley June, sola en la celda. Después oigo al director con su voz acusadora: «No como usted, que huyó como una ardilla y la dejó completamente sola».

Sacudo las riendas para coger más velocidad. El caballo sigue deslomándose, resoplando. El sudor le brilla por todo el cuerpo.

Un lamento estalla en el cielo. Muy fuerte, muy cerca, muy rápido. Entonces lo empiezo a notar. Son gotas de lluvia que me caen en las mejillas. Miro arriba,

horrorizado. Se ven unos nubarrones, negros como boca de lobo, hinchados y protuberantes. El agua suavizará la tierra, y para el caballo será como patinar.

A Sissy también le han caído gotas. Se vuelve y clava los ojos en mí. Es como si me preguntara: «¿Lo has notado?». Mi silencio es lo suficientemente elocuente; ella se muerde el labio inferior.

Entonces se pone de pie en el banco. El caballo sigue al galope, y el carruaje todavía da traqueteos. El viento le echa atrás la ropa, que revolotea de manera enfurecida. La lluvia empieza a caer a conciencia, y le golpea brazos, cuello, cara y piernas como estrellas en miniatura.

—¡Allí! —grita. Su largo brazo, musculoso y agrietado como una estatua de bronce, señala directamente delante de nosotros—. ¡Lo veo, Gene! Lo veo. ¡El río! ¡El dichoso río!

—¿Y la barca? ¿La ves?

—¡No! —grita mientras vuelve a sentarse—, pero sólo es cuestión de tiempo.

Detrás, el retumbo atronador en el suelo, los gruñidos y los silbidos cada vez se oyen más. Mucho más cerca. Echo un vistazo. Pero no veo nada, sólo oscuridad. «Es sólo cuestión de tiempo.» Sissy tiene razón. Pase lo que pase, ya es sólo una cuestión de tiempo.

El río es una maravilla. Hasta con el traqueteo del carruaje y el clamor de la masa que nos persigue, oímos a lo lejos su amable borboteo, profundo y sonoro. Cuando llegamos, minutos más tarde, su tamaño nos sorprende al principio. Un ancho masculino separa las orillas, por lo menos hay doscientos metros. Aun así, hasta debajo de un cielo cubierto de nubarrones, el río parece ligero y femenino, lleno de destellos como luciérnagas. El agua fluye como placas ondulantes de una lisa armadura.

El caballo ha reducido la marcha considerablemente. Respira cansado incluso cuando da una zancada más corta. Varias veces se acerca demasiado a la orilla del río antes de corregirse él mismo. Lo he forzado demasiado. Reduce el trote y, después, se detiene. Sacudo las riendas, pero sé que es en vano. El caballo necesita descansar.

— ¡¿Por qué paramos?! —grita Epap desde el interior. Como nadie responde, salta afuera—. ¿Qué pasa? No podemos permitirnos parar.

—Lo que no podemos permitirnos es no parar —le contesto—. Este caballo está a punto de morir. Sólo un minuto. Deja que recupere el aliento.

—No disponemos de un minuto. ¡En ese lapso de tiempo los tendremos encima! —Ahora señala hacia la oscuridad, desde donde llegan los chirridos de excitación.

No le hago caso, porque tiene razón, y vuelvo al asiento. El caballo sacude los músculos de la pata cuando lo toco.

—Buen caballo, buen caballo. Te he hecho trabajar mucho, ¿verdad?

Epap da media vuelta y hace gestos de incredulidad.

—¿Os podéis creer lo que hace este tío? ¿En un momento como éste intenta susurrarle al caballo? Sissy, ¿adonde vas?

Ella corre hacia al río. Se agacha en la orilla y vuelve con un cuenco lleno de agua. El caballo hunde el hocico, y sorbe el contenido con torpeza. Menos de cinco segundos después, lo ha terminado y relincha pidiendo más.

Sissy le acaricia la cabeza.

—Ojalá pudiera darte más, pero no hay tiempo. Tú sigue, encuéntranos la barca, y te prometo que tendrás toda el agua que quieras. Pero encuéntrala. Rápido. ¡Rápido!

Las últimas palabras llegan como un rugido mientras le da golpes en el lomo. Entonces el animal pestañea, relincha y se lanza hacia delante. Todos saltamos al carruaje. El caballo reemprende la marcha.

Desde atrás, el ruido ruge cada vez con más fuerza. La lluvia no da tregua.

Avanzamos con esfuerzo. La tierra está empapada; parece una esponja chupando las ruedas del carruaje y los cascos del caballo. Incluso el viento vigoroso va en nuestra contra, tan fiero como un vendaval; nos empuja y devuelve el olor hacia las hordas que nos acechan, lo que las excita más. El agua que cae no nos deja ver.

Entonces la oscuridad, que satura el aire, hace que el caballo se difumine entre la noche. Las únicas pruebas de su presencia ahí son su respiración trabajosa y el movimiento del carruaje.

Sissy se ha quedado en silencio. En las miradas rápidas que le echo, alcanzo a ver sus labios, apretados, y sus ojos, entreabiertos por la lluvia. Tiene mechones de pelo pegados a la frente, como si le cortaran la cara en diagonal. Un aullido resuena por las llanuras, tan cerca que nos desconcierta. Ella me mira, y yo asiento.

Me agarra el FLUN que llevo a la espalda y sujeta firmemente el que tiene en la mano.

Se oye un gruñido, al que se unen en una barahúnda de rugidos y crujidos de mandíbula. Pero no desde atrás, sino al lado.

Sissy quita el seguro.

El trueno retumba como una profunda reverberación por el cielo. Miro arriba, de repente con esperanza.

Explota un aullido cargado de disgusto.

Entonces estalla un relámpago, un fortísimo y cruel destello. Al momento ilumina la tierra en blanco y negro. Las montañas del este muestran negras fisuras, el río se refleja como plata fundida. Echo la vista atrás con rapidez y, en ese milisegundo antes de que la tierra vuelva a sumergirse en la oscuridad, los veo: una cantidad infinita que avanza hacia nosotros, tumbados de momento como cartas en el suelo, escondiéndose del relámpago. Pero son muchos. Y están muy cerca. A tiro de piedra. Los ojos y los colmillos les relucen.

Explota un violento estampido de trueno que hace temblar la tierra. Se va retumbando, y deja detrás una estela de gritos agónicos y rabiosos. Todos se han quedado ciegos. Por el relámpago. Eso nos dará un minuto, seguramente.

—¿Lo has visto?! —me grita Sissy mientras me sujeta fuerte del brazo—. ¿Lo has visto?!

—Sí, sí, pero no te preocupes...

—¡La barca! —chilla mientras salta—. ¡La he visto! ¡La he visto! ¡Está ahí, en serio! —Se da la vuelta y les grita al resto—: ¡He visto la barca, está justo...!

De golpe, el carruaje topa con un bache en el barro: las ruedas se hunden en el fango y quedan atrapadas. Sissy sale volando por los aires y desaparece en medio de la noche. Yo también salto del asiento, pero doy con los pies en la barandilla y corto la trayectoria. Caigo en la espalda del caballo, que está mojado y sudado.

Todo el mundo da vueltas mientras intento recobrarme. ¿Arriba, abajo, izquierda, derecha, norte, sur? Todo se ha mezclado. Oigo a un niño que llora a mi derecha: es Ben. Corro hacia él y lo levanto del barro. Como yo, ha quedado totalmente enfangado.

—¡Ben! ¡No pasa nada! ¿Te has hecho daño? ¿Te has roto algo?

Los gruñidos y los dientes que rechinan se oyen cada vez más cerca. Ben no dice nada, pero me mira y niega con la cabeza. Lo levanto.

—Tenemos que movernos. ¡Sissy! ¿Dónde estás?

Un breve relámpago ilumina el paisaje. Dura muy poco como para poder ver a los hepers, que se están levantando del suelo. Menos Sissy, que está un poco más lejos, aún tumbada sobre el barro. Corro hacia ella mientras un trueno sacude el cielo.

—¡Debes levantarte! Tenemos que movernos. —Está grogui, pero consigo ponerla en pie—. ¡Sissy! —Entonces abre los ojos. El pánico consigue borrar el aturdimiento.

—¿Dónde están los demás? ¿Están bien?

—Sí, tenemos que irnos. Señálanos dónde está el bote.

—¡No! ¡Los FLUN! ¡Los necesitamos!

—¡No hay tiempo! ¡Ya están aquí!

—No sobreviviremos sin...

Los aullidos de hiena suenan como risas muy cerca de nosotros. Puedo oír cada entonación, y la babeante humedad entre cada sílaba.

— ¡Sissy! ¡Escúchame! —grito señalando al resto de hepers—. Ellos no me van a hacer caso. Sólo a ti. Haz que corran al bote. Hazles...

Una serie de relámpagos iluminan el cielo y la tierra mojada. La veo. Veo la barca, felizmente cerca, a unos cien metros. Sin embargo, también veo a la gran masa.

Ya los tenemos encima. Incluso en ese breve destello, vislumbro sus pálidas y relucientes figuras que saltan en nuestra dirección a una velocidad escalofriante, como si jugaran a lanzar la piedra.

Mientras dura el relámpago, se tiran al suelo, como las púas de un puercoespín que se escondiera, aullando de rabia.

—¡Ahora, Sissy!

Pero ella ya está corriendo y reuniendo a los demás, metiéndoles prisa. Los sigo a la carrera, con el suelo fangoso chapoteando debajo. El barro me succiona los zapatos

con empeño, como en un beso mortal, y hace que mi velocidad se convierta en un movimiento a cámara lenta.

Vuelve la oscuridad. Entonces, se suceden los truenos. La lluvia vuelve a caer sobre nosotros como gritos astillosos de deseo.

Ya vienen.

Oigo pisadas en el barro por detrás. Susurros, susurros y más susurros que me soplan en la nuca.

—¡Santo Dios! —grito. Hacía años que no pronunciaba estas palabras. Se las solía decir todas las noches a mi madre, que me miraba con generosidad mientras me cogía las manos. Son palabras olvidadas, incrustadas tan dentro de mí que sólo una pala de terror extremo puede desenterrarlas—. ¡Santo Dios!

No es un solo relámpago el que ilumina el cielo, sino una red de destellos cruzados que desgarran la cúpula celeste. Hay tanta luz (incluso yo me quedo ciego por un momento) que todo el paisaje se tiñe de un blanco imposible. Pero no dejo de correr, ni siquiera cuando cierro los ojos. Porque sigo viendo la barca, el negativo de su imagen, en blanco y negro, grabado a fuego en mis ojos cerrados.

—¡No paréis! ¡Seguid! —los animo, incluso cuando los aullidos de angustia y dolor estallan a nuestro alrededor. Cuando abro los ojos, me encuentro en el muelle—. ¡Allí! —chillo, antes de ver que se me han adelantado, y sus pisadas huecas resuenan por las tablas de madera. Corro tras ellos, que ya están saltando a la barca. Epap está a punto de levar anclas, y Sissy maneja una vara para alejarse de la orilla.

Como soy el último en llegar, soy el único que ve lo que ocurre. Algo que va terriblemente mal.

Me doy la vuelta, intentando ver más allá del muelle. Está demasiado oscuro.

—¡Sube! —me grita Epap—. ¿A qué esperas? Flexiono las rodillas para saltar y paro.

—¡Sube!

Me quedo paralizado, incapaz de mover las piernas. Vuelvo a darme la vuelta. El muelle sigue vacío.

Los aullidos de angustia empiezan a aumentar. Pronto volverán a estar en pie. Pisándonos los talones en cuestión de segundos.

—Empezad sin mí. ¡Ya os alcanzaré!

—No, Gene. Deja el caballo, no seas tonto... Pero yo ya estoy corriendo en esa dirección.

Pequeños destellos de relámpagos, secuelas del apocalipsis anterior, barren el cielo. Lo suficiente para mantenerlos a distancia unos segundos más, para darme la luz que necesito para ver.

Ahí. Delante del carruaje. No el caballo, sino Ben.

Está moviendo las riendas como loco, intentando soltar al animal, con la cabeza cubierta de barro excepto en las zonas donde le han caído las lágrimas y la lluvia. Tiene la boca abierta y se le escapan extraños sonidos al azar: «Ahh, ahh, no, no, por

favor, argh».

Lo agarro del pecho y lo subo a mis hombros mientras doy la vuelta para volver corriendo al muelle. Mientras tanto, Ben deshace el último nudo y el caballo se libera. Tiene los ojos abultados del miedo; está listo para salir a la estampida. Entonces tengo una idea. Agarro las riendas antes de que pueda huir.

Oigo a mí alrededor el chapoteo del barro y los gemidos de deseo. Lanzo a Ben a lomos del caballo.

Se suceden unos gritos que perforan los tímpanos. Ya están saltando detrás de mí, para darme alcance.

Flexiono la pierna, a punto de montar. Pero, de pronto, la bestia sale disparada en medio de la oscuridad y me deja atrás. Veo a Ben que se agarra de su cuello desesperadamente, y después ambos desaparecen entre las tinieblas a toda prisa.

Cojo el FLUN que llevo atado y le quito el seguro. Un grito primario invade el aire.

Empiezo a correr, con las manos en el FLUN, y la cabeza alerta mirando atrás. «No te desorientes, no pierdas el rumbo.» Me acerco a la orilla del río a mi derecha.

«Sé rápido.»

Lanzo una furtiva mirada hacia atrás.

Las formas oscuras se mueven arriba y abajo como flotadores en una piscina; una ola viene hacia mí. Otra sombra corre gritando en mi dirección. Su cuerpo desnudo brilla como el mármol húmedo, y sus colmillos parecen un halo de luz. El rayo lo alcanza en el estómago, da una vuelta en el aire y cae justo a mis pies, apretando los ojos del dolor, con un grito insoportable. Siento que me agarra del tobillo con sus dedos larguiruchos y noto su aliento cálido en la espinilla.

—Ja —grito mientras me fuerzo a girar las piernas y empezar a correr. Un silbido a mi izquierda. Me vuelvo...

Y me agacho. Una forma vuela hacia mí y cae sobre sus pies. Da vueltas. Ya me tiene, me agarra del cuello con la boca abierta. Veo los colmillos y después el oscuro pozo al final. Si fallo, mi carne, mi sangre, mis huesos desaparecerán en ese abismo.

El rayo le da justo en la boca, en toda la garganta. No grita: no puede. Tiro el FLUN, que ya está totalmente agotado. Y vuelvo a correr, con el muelle de nuevo en mi horizonte.

Una oleada de enemigos se cuele en mi campo visual por la izquierda. Delante de mí. Me han cortado el camino. La mitad va a toda prisa por el muelle, en dirección a la barca, y el resto viene a por mí. Estoy acorralado: delante, detrás y a mi izquierda. Están por todas partes.

Menos en el río.

Me apresuro a llegar a la orilla. Los que tenía detrás están ahora a la derecha, y me rodean con empeño feroz.

Estoy a treinta metros.

Empiezan a dejarse ver por la derecha, como las aguas de un dique roto, a cien

metros.

Veinte metros más. Se me doblan las rodillas.

Entonces, todo termina. Así, tal cual: me han arrinconado. Veo a unos cuantos delante, bordeando la orilla, agazapados, preparándose para abalanzarse sobre mí.

Sin embargo, no me detengo. Ni siquiera cuando me caen las lágrimas, las piernas amenazan con desplomarse y mis pulmones explotan; yo no paro. No moriré de pie. Ni de rodillas. Moriré luchando y corriendo. Les plantaré cara. Una repentina ola de rabia crece en mi interior; con más luz y calor que el relámpago que recorrió el cielo, un rayo de energía que me recarga el cuerpo.

«No te olvides nunca.» Oigo con claridad la voz de Ashley June.

«No te olvides nunca de quién eres.» La voz de mi padre, profunda y solemne.

Grito, y voy zumbando en su dirección. Ellos cargan contra mí.

Entonces salto en el aire, más alto que nunca, y los dejo atrás, volando hacia el río. Las aguas se apresuran a recibirme.

—¡EL ESTILO PROHIBIDO! —grito.

Después me encuentro en el río, y el agua está sorprendentemente templada. La calma que encuentro allí supone un descanso momentáneo pero maravilloso de los aullidos y los gritos. Tan sólo oigo burbujas y una agitación de fondo. Luego, el sonido incesante del salpicar. Saltan a por mí.

Extiendo el brazo, lo estiro con elegancia y lo sumerjo. Siento la propulsión de mi cuerpo, cómo me pasa el agua por la cabeza. Después empiezo a mover las piernas, estirando el otro brazo y sumergiéndolo. Como siempre he querido nadar, como siempre lo he sentido. Levanto un momento la cabeza: ya están en el río, pero son inofensivos. En este medio, ellos son como un perro, y yo, el veloz delfín.

La barca se ha separado del muelle y, a salvo, navega aguas abajo por el centro del río. El muelle está abarrotado de gente que silba y gruñe de la rabia. Veo cómo Epap y Jacob manejan las varas, y se alejan a buen ritmo.

Intento llamarlos, pero con todo el jaleo y la lluvia no me oyen. Aunque grito con todas mis fuerzas, el viento aleja mi voz del bote y de los hepers. Sigo dando rápidas brazadas; aun así, la barca, que ha cogido el rumbo mejor que yo, es más veloz y se separa de mí mientras noto un bajón de energía. Siento el cuerpo increíblemente pesado. Los brazos y las piernas parecen cargados de un fluido opresivo. Mis pulmones son incapaces de coger aire.

— ¡Eh! ¡Esperad!

Me doy cuenta de que es mi ropa empapada, que actúa como peso muerto. Sin embargo, no puedo quitármela, ya que no puedo nadar y desnudarme al mismo tiempo. Así que continúo con esfuerzo, concentrándome en poner un brazo después del otro, dando las brazadas más fuertes que puedo. Sin embargo, por más que lo intente, la barca está cada vez más lejos.

Me abandonan. Los hepers.

Me doy la vuelta y me quedo de espaldas, flotando. Estoy demasiado cansado.

Las gotas de lluvia me caen en la cara. Por último, comprendo lo que significa que te descarten. Lo he sentido durante toda mi vida, pero ahora sé lo que es.

Una vez Ashley June me describió la tentación que tuvo de pincharse un dedo en el patio del colegio. Para que llegara el final, para rendirse. Sería tan fácil ahora... Cerrar los ojos, dejar que mi cuerpo vaya a la deriva y que vengan por mí. Sucumbir por fin. Con tantos, el final sería rápido.

No obstante, permitir que todo termine significaría descartar a la única persona que se negó a hacerlo. Ashley June.

Me doy la vuelta y me fuerzo a dar brazadas. Carecen de fuerza, siento los brazos como montones de barro chapoteando en el agua. Empiezo a hundirme.

Entonces oigo el sonido del agua que salpica detrás de mí.

Unas manos me agarran por la espalda y me dan la vuelta. Un brazo me sujeta por el pecho, sale una cara desde abajo y se aprieta contra la mía.

—Ya te tengo, sólo tienes que flotar. Ya te tengo.

En mi estado de fatiga, creo que es Ashley June con su voz susurrante, que escupe agua a la altura de mi nuca y oído, con su respiración grave y cálida. Quiero preguntarle cómo escapó del pozo, cómo ha llegado tan rápido...

Entonces me arrastran como una red de pesca hasta la barca. Me colocan en el centro, y todos me miran preocupados. David. Jacob. Un cuerpo, mojado y negro como el de una foca, se deja caer a mi lado.

Sissy.

—Ponedlo de lado —les ordena, escupiendo agua.

Siento la madera, lisa y desgastada, presionándome un lado de la cara y los suaves golpes del agua en la parte inferior de la barca. Me incorporo y me siento.

La embarcación no es más que una balsa con un nombre más pomposo, pero es amplia y resistente. En el centro está la cabina, poco más que un montón de madera. Al fondo, Epap y Jacob siguen manejando las varas, conduciendo la barca aguas abajo, lejos de la orilla. Por fin veo a Ben, que está sentado cogiéndose las rodillas. Me mira y, en medio de la cara llena de lágrimas, se le forma una sonrisa. Señala el fondo de la cabina y cuando oigo un relincho, seguido del ruido hueco de los cascos sobre la madera, comprendo lo que ha pasado.

Durante toda la noche nos persiguen centenares de ellos por la orilla del río, gruñendo con el odio de aquellos que han sido engañados e injustamente desfavorecidos. Es una noche interminable, impregnada por la lluvia, la oscuridad y el sonido incesante de sus gritos primarios. Al final deja de llover y las nubes se disipan. Salen la luna y las estrellas, que brillan de manera enfermiza sobre los cientos de personas que se amontonan en la orilla con los ojos fuera de las órbitas por el deseo, incluso en estos momentos. La luz de la luna los enfurece, pero se quedan con nosotros, se niegan a darse por vencidos. Como siempre, el cielo nocturno termina clareando, y un atisbo de gris se cuela en la negrura. Poco a poco, se van. Al principio sólo unos pocos, pero luego, tras un aullido colectivo que dura más de un

minuto y está cargado de rabia por el deseo no consumado, los demás, como si fueran uno solo, dan media vuelta y salen corriendo. Vuelven al Instituto, a la oscuridad enclaustrada de sus paredes.

Decidimos hacer turnos durante el día: dos de nosotros en las varas, y otro, vigilando. Cuando no nos toca ninguna de las dos tareas, dormimos (o eso se supone) en la cabina, una estructura de madera que parece una barraca abierta por delante.

Me dejan tomarme libre el primer turno, pero estoy demasiado acelerado como para dormir. Me paso el tiempo mojando la camisa en el agua y dejando que el caballo la chupe. Como los demás, sigo sin quitarles ojo a las Vastas, por si hay movimiento, aunque sé que el calor y el sol son suficiente protección. Una hora más tarde, se me cansan las piernas y me tumbo. El sueño revolotea como una mariposa con una sola ala: de manera ligera y errática.

Cuando me despierto, ya es por la tarde. Me han dejado dormir dos turnos. Ben y Epap roncan a mi lado; el pequeño murmura cosas incoherentes. Sissy está al frente, en el turno de vigilancia, y me uno a ella.

—Volverán esta noche —me dice. Asiento con la cabeza.

—Y mañana por la noche. Y al día siguiente, quizá.

Se pasa el brazo por la nariz.

—Más vale que este río continúe. Si hoy llegamos al final, mañana... No hace falta que termine la frase.

Durante un rato nos quedamos callados.

—¿Dejarán de perseguirnos?

—No. —Miro a las montañas del este—. Mientras sepan que estamos aquí, seguirán viniendo. No pararán. Construirán refugios para el día y los utilizarán para cobijarse hasta que acaben por llegar hasta nosotros.

Toma un sorbo de la taza y mira hacia las llanuras.

—Podemos parar de día para buscar comida. Si vemos alguna presa, podemos cazarla. Necesitamos comer.

—¿Tenemos armas?

—David cogió una lanza. Es todo lo que tenemos.

—Todo lo que tuvimos tiempo de coger —corrijo yo.

—Podríamos haberlo hecho mejor. Por lo menos yo. No cogí absolutamente nada. Hasta Jacob agarró algo: la bolsa de Epap. No es que haya gran cosa dentro, sólo algo de ropa y su cuaderno, pero algo es algo.

—Fue una locura —digo con suavidad—. No hubo tiempo para nada.

El agua choca contra un lado de la barca con golpes rítmicos. Ella se mira las manos, y arrastra un poco los pies.

—Gracias por volver para buscar a Ben —me dice, y después se va al fondo del bote.

Regresan cuando cae la noche. Esta vez son más, y vienen hambrientos y cargados de un odio que no creía posible. Los más valientes y famélicos atraviesan el

río nadando para colocarse en la otra orilla. Permanecemos despiertos toda la noche, alerta y asustados. Me preocupa que el río se estreche o incluso que termine. Pero no lo hace; por lo menos, no esta noche. Los alaridos cesan cuando la luna baja y el cielo empieza a iluminarse. Uno por uno, después en un grito colectivo, dan la vuelta y se van.

Sale el sol y el paisaje cambia completamente de la noche a la mañana. En lugar de los adustos sedimentos marrones del desierto, se introducen franjas verdes de hierba en el lugar. Al mediodía, se ha convertido en un rico pasto verde, con narcisos y rododendros esparcidos aquí y allá. Se amontonan grandes árboles, e incluso vemos un par de perros de las praderas. Atracamos. El caballo es el que más agradece el cambio, y sale tan rápido al galope, hacia el pasto verde, que creemos que se ha ido definitivamente. Pero sólo tiene hambre. Se queda cerca de nosotros todo el tiempo, masticando hierba. Cuando nos vamos una hora después —pues todos tenemos ganas de poner distancia, por tentador que parezca el lugar—, el caballo relincha y vuelve al galope hasta la barca.

Esta noche regresan varias horas después del anochecer. Ahora tardan mucho más en alcanzarnos. Además, el grupo se ha reducido, y ya sólo vienen los más jóvenes y los que están más en forma, que no son más de doce. Sólo se quedan un par de horas hasta que se ven obligados a desaparecer en la oscuridad, horas antes del alba, cuando la luna y las estrellas siguen brillando.

Estoy en el turno de vigilancia cuando sale el sol. Es de un naranja apagado, tan tenue que puedo mirarlo directamente, y empieza a salir por las montañas del este.

—¿Ya está? —me pregunta Ben con ojos soñolientos—. ¿Volverán? ¿Es la última vez que los vemos?

«Sí, es la última vez», estoy a punto de decirle. Sin embargo, no me he olvidado, ni siquiera ahora, de que, lejos del alcance del sol y del fluir animado del agua, hay una chica que una vez tomó mi mano entre las suyas, y que está esperándome.

—¿Es la última vez? —insiste.

Aparto la vista, incapaz de responder.

Esa tarde volvemos a atracar. David ha visto un conejo; en efecto, diez minutos después de haber salido a la caza, vuelve corriendo con un conejo gordo y gris. Sonríe satisfecho y lo sostiene como un trofeo. Sissy mira en dirección al sol, y nos dice que hay tiempo. Hagamos una hoguera y démonos un banquete hoy. Ben salta de alegría. Su voz se oye por toda la pradera.

Todo el mundo se pone a trabajar. Sissy y David despellejan al animal. Ben y Jacob salen a buscar leña, pero no hay mucho que encontrar. Sólo un poco de hierba seca y unas ramas. Epap frota con furia dos ramas intentando conseguir una chispa. Yo doy vueltas tratando de parecer ocupado. Se habla de desmontar en piezas la barca, pero pronto se descarta la idea.

—Mi cuaderno de dibujo —sugiere Epap—. Podemos quemarlo, página por página.

—¿Estás seguro? —le pregunta David.

—Sí, no pasa nada —contesta mientras se levanta.

—Ya lo voy a buscar yo —me ofrezco, intentando ayudar en algo—. En tu bolsa, ¿verdad? —Salgo corriendo antes de que pueda decir nada.

Está en un rincón de la cabina. Quito la correa y abro la solapa. Es un cuaderno grande. La cubierta de cuero está gastada porque es vieja; tengo que doblarlo para sacarlo de la bolsa. Una ráfaga de viento hace pasar las páginas, y lo deja abierto en un dibujo del Domo. Me lo llevo. Dibuja bien, eso debo admitirlo; los trazos son definidos y expresivos. Voy pasando páginas. Casi todo son retratos de los hepers, uno en cada página, con los nombres arriba. David. Jacob. Ben. Sissy. La mayoría son de la chica. Mientras cocina, lee un libro, corre con una lanza o lava ropa en el estanque. Dormida en la cama con los ojos cerrados y expresión dulce y tranquila. Entonces empiezo a pasar hacia atrás, retrocediendo en el tiempo. En los dibujos, se ven cada vez más jóvenes.

—Venga, Gene, ¡¿por qué tardas tanto?! —grita Epap desde lejos.

—Ya voy. —Vuelvo la página. Estoy a punto de cerrar el cuaderno, pero de pronto algo me llama la atención.

Un nombre distinto en la parte superior, que dice: «El científico». Miro el dibujo...

...y el libro se me cae de las manos.

Se trata de mi padre.



ANDREW FUKUDA Nacido en Manhattan y criado en Hong Kong, Andrew Fukuda es mitad chino, mitad japonés. Después de obtener una licenciatura en historia en la Universidad de Cornell, Fukuda trabajó en el Barrio Chino de Manhattan con la comunidad adolescente inmigrante. Esa experiencia llevó a la redacción de *la travesía*, su primera novela. Su segunda novela, *La caza*, la primera de una nueva serie, fue comprada en una subasta por la prensa del St. Martin, y fue publicado en Junio de 2012. Antes de convertirse en un escritor a tiempo completo, Fukuda fue fiscal penal durante siete años. En la actualidad reside en Long Island, Nueva York, con su familia.